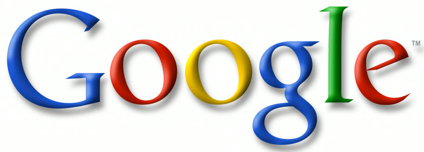
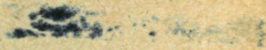





SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIUM
DISCIPLINA
CIVITATIS



APARIENCIAS

De esta obra han sido impresos 25 ejemplares especiales numerados por el autor.

FEDERICO GAMBOA

C. de la Real Academia Española

APARIENCIAS

« *Pourquoi ne pas peindre les types de la*
« *vie réelle, que nous avons sous les yeux?*
« *Pourquoi ne pas les représenter avec leurs*
« *misères et leurs douleurs? La vie contem-*
« *poraine n'est-elle donc qu'une comédie?*
« *n'a-t-elle pas des côtés lugubres? n'y a-t-il*
« *pas des passions fortes dans notre société?*
« *La vie contemporaine est un livre immense*
« *et qui vaut la peine d'être lu; ouvrons-le*
« *donc et feuilletons-le.* »

DIDEROT

CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
Esquina San Martín y Cangallo

LA PLATA
Boulevard Independencia esq. 53

ROSARIO
522—Calle San Martín—524

1892

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural — ESBOZOS CONTEMPORÁNEOS

2.ª edición — I volumen — Guatemala 1889

EN PREPARACIÓN:

IMPRESIONES Y RECUERDOS

MUCHO DE MI VIDA Y ALGO DE LA DE OTROS

A Alfredo Volante

MÉJICO

Por tí comencé á escribir para el público y justo es que expíes delito tamaño con una pena proporcionada á tu crimen. Por eso te dedico esta obra mía; para que la lección te sirva de escarmiento y nunca te ocurra el reincidir.

Cuando, hace ya ocho años, me llevaste de la mano hasta la redacción de un diario y me dejaste en ella, y ella y él me dieron generosa hospitalidad, cometiste varios pecados; uno contra el público — que bien se merece ése y muchos más; otro contra la literatura, que nunca me ofendió (plugiera al cielo que ella se expresara de mí en iguales términos); y otro contra mí mismo, por las desazones y amarguras que nos trae este ingrato oficio de «derramar negro sobre blanco,» según la feliz expresión de un escritor francés.

Te guió el cariño y te lo agradezco; y supuesto que con esa acción (y otras que por íntimas me callo) me has demostrado que no sólo la sangre establece lazos de duradero afecto, te dedica este ensayo analítico de nuestras dolencias sociales contemporáneas, tu hermano de corazón

Federico Gamboa

Buenos Aires: 5 de mayo de 1892



PRIMERA PARTE

I

¡Las noticias eran más desconsoladoras cada día!

En el pueblo, apenas si quedaban hombres disponibles. Todos habían marchado; por orden municipal los unos, por alistamiento voluntario los otros, pero todos con el mismo deseo y con el propio fin: sacrificar sus vidas por salvar la de la patria, amenazada de muerte.

¿Quién hubiera podido quedarse en su terruño cuando la invasión avanzaba incesante y destruía cuanto á su paso encontraba, aunque fuera inofensivo como el ganado y los campos sembrados; aunque fuera humanitario é igualmente servible para los dos bandos, como los hospitales y las ambulancias? Aquello no era ni podía ser el ejército originario de una nación culta; eran hordas salvajes aguijoneadas por la codicia. Y la

imaginación popular, fantástica y exagerada, sobre todo, si se trata de la de una pequeña población rural, abultaba de tal modo los refinamientos de crueldad que se empleaban para con los vencidos, los detalles sangrientos de los encuentros y de las derrotas, que, aunque graves de suyo los hechos aludidos, llegaban á lo imposible en la indignada narración que á los extraviados ó á los fugitivos, hacían en Villanueva las viudas de la víspera y las huérfanas del día siguiente.

Veíase á los ancianos, silenciosos y encorvados, encaminarse por grupos hasta los lindes del lugar, no muy distantes del centro, y estacionarse allí con la esperanza de divisar á lo lejos algún indicio que les revelara la verdad de tantos horrores. Y tornaban descorazonados y tristes arrastrando el tosco báculo, el sombrero sobre las cejas, las anchas mangas de la camisa ó de la blusa recogidas en el codo por efecto de la costumbre y no para ayudar á la ruda faena, ó bien, sujetas en la muñeca, con ondulaciones constantes, como de brazo sacudido por los nervios, producidas por la brisa del partir de la tarde. Las mujeres los rodeaban, los acababan á preguntas, los tiraban de la ropa, mientras los chiquillos se asían á la falda de

la madre, sin chistar, con esa conmovedora seriedad de los niños que presienten los grandes peligros sin explicárselos; y contemplados de lejos, distinguíase el efecto de las respuestas sin consuelo, de la incertidumbre; manotadas al aire, amenazas á la atmósfera como si encerrara al enemigo, algún delantal levantado por uno de sus extremos para enjugar una lágrima. Después, la proximidad de la noche disolvía el grupo, se separaban saludándose con cariño, en voz casi baja, y se alejaban conmovidos, sosegaban á los pequeños, el alma y el pensamiento volando en pos del desgraciado ausente!

Pasábase así el tiempo, con zozobras é inquietudes; con noticias falseadas ó tardías. ¿Á quién dirigirse? Con la ausencia de los varones se habían multiplicado las dificultades y, bien mirado, hasta los peligros. ¿Qué hacer en el evento inevitable, aunque más ó menos lejano, de la toma de Villanueva por las tropas francesas? Á seis horas de la cabecera, sin recursos propios, sin importancia política, pues no hubieran podido contribuir ni con la cuarta parte de un diputado, espantábalos la idea de la inminencia del peligro y de la certeza del abandono.

El más entrado en años, de los mucha-

chos del pueblo, era Pedro que frisaba en los dieciseis aunque apenas representara diez ó doce por su natural enfermizo y huraño. Cierto que en esta ocasión nada habían dado que decir ni él ni su padre, quien partió á la lucha desde el nacimiento de ésta sin cuidarse del chico que permaneció encomendado al boticario, por la analogía de carreras sin duda, y por la buena reputación de que disfrutaba en su vejez. Quedó Villanueva sin su sabio médico con la partida del padre de Pedro, pero le ganó la patria; y esta consideración, casi metafísica, consolaba á los raros enfermos del villorrio. Y lo que nadie habría creído se verificaba con general asombro. Pedro ejecutaba prodigio tras prodigio, sin quejarse nunca; sacaba fuerzas de flaqueza y acometía empresas arriesgadas. El caballo de que su padre se servía para las visitas facultativas y que en los primeros tiempos del inopinado descanso, pacía indolentemente hasta en la plazoleta principal, sin atinar con el origen de las sabrosas vacaciones, libre y rejuvenecido, amigo de todos y de todos acariciado, se sintió de nuevo en el trabajo al pasar de las moderadas caminatas del doctor á las vertiginosas carreras de su heredero; sangrá-

banle los ijares, perdió el pelo del lomo y la paciencia; iba dos y tres veces en el mismo día á la cabecera del distrito, sin pienso de partida ni pienso de retorno, y azuzado por Pedro que se le acostaba en el cuello para aligerar su peso, servía inconscientemente á la causa común. Los informes eran necesarios y no había quien mejorara á Pedro para la consecución de ellos, pues, aparte otros méritos, leía y escribía como una persona mayor. Claro que les parecía inhumanitario sacrificar un caballo, que al decir de su dueño, poseía honrosísima hoja de servicios, pero como era asunto de vida ó muerte el saber á qué atenerse, sofocaban su conciencia por lo que pudiera sobrevenir al arruinado cuadrúpedo.

Los comentarios y las suposiciones eran de matices varios; pintorescos los unos, abultadas las otras, incomprensibles los más. Reuníase la gente á cualquier hora, sin emplazamiento previo, cuando iban á lavar al río ó cuando regresaban apacentando los rebaños; en ocasiones sin detenerse, se hablaban á voces y el rumor se perdía entre las sembradas y multicolores planicies.

Tomaban la luz donde su buen instinto se las indicaba, es decir, de don Cosme el far-

macéutico, del señor cura y de los ancianos que habían conocido tierras cuando mozos.

De entre estos descollaba el tío Lucas.

En los pueblos se llama tío á todo el que tiene canas aun cuando sea más solitario que los hongos. La familia íntima del tío Lucas había desaparecido hacía bastantes años; él olvidó su apellido y su edad, pero parecía resuelto á no largarse aún por más que, contra su voluntad, se inclinara mucho hacia la tierra agobiado por los sufrimientos que dan los años. Pasaba por chiflado, y no iban muy desacertados los que de tal le calificaban. Contestaba siempre con malas palabras ó con palabras incoherentes y todos sus actos revelaban la impotencia senil de su cerebro. En cierta época le dió por inmoral, por bañarse en traje paradisiaco á la vista de todo el mundo; y aunque su cuerpo al desnudo sólo pudiera ofrecer tentaciones á un profesor de anatomía, chillaron las mujeres que lavaban en las márgenes del arroyo y hubo de renunciar á sus húmedos pasatiempos, pues dos ó tres maridos le impidieron por la fuerza que continuara practicándolos. Comía de caridad en cualquier casa y en el curato tenía una especie de cuartucho para recogerse por las noches.

Cuando vió partir á los voluntarios que marcharon al holocausto con cantos entusiastas, cogidos del brazo, agitando los sombreros de palma, con los cabellos en desorden y brillantes los ojos, seguidos de las lugareñas, que sollozaban bajo para no ser oídas, vínole un intervalo lúcido de prolongada duración. Y arrastrando los pies, les acompañó un par de leguas, dió consejos que ninguno escuchaba, jadeante, empolvado, hasta que no pudo más y profundamente emocionado se despidió de ellos, los llamó hijos y se sentó á orillas de la carretera; los miró desde allí mucho tiempo todavía, la cabeza inmóvil, la vista fija y á medio fruncir el canoso ceño; luego, al perderlos, murmuró para sí una oración y una protesta.

Le entró un interés creciente por la ofensa á la patria, y al cerciorarse de la verdad de los hechos, de que eran los franceses los que la hollaban, confundió nacionalidades, se le abrieron las cicatrizadas heridas y se irguió amenazador y terrible—representación genuina de la independencia rural—para reprobar el crimen y adelantar el castigo; dispuesto á sacrificar la vida y bajar á la tumba envuelto en el heroísmo. Reapareció el veterano del 47 y creyó que eran los mismos,

los americanos, los que por segunda vez llamaban en són de guerra y de conquista, á la puerta del hogar.

El bien intencionado de don Cosme trataba de sacarle de su error, mas nada lograba á pesar de sus fundadas peroraciones. El tío Lucas, se encerraba en la desconfiada terquedad de los campesinos y nadie le sacaba de su tema

— ¡Matarlos, señor don Cosme, matarlos; esta es como la otra!

Y le dejaban por imposible, sin insistir en convencerle; que pensara lo que quisiera, ni ofendía ni molestaba. Su pregunta favorita era: "¿cuándo llegarán?" Su costumbre invariable, apostarse en el derruído campanario con el deseo de distinguir hasta donde más pudiera, de ver á las claras lo que presentía en el fondo. Desesperábase de no adelantar nada no obstante sus esfuerzos y su tenacidad; bajaba de su observatorio con el rostro encendido y llorosos los ojos por lo prolongado de la guardia y lo ardiente del sol; maldecía de lo montuoso del terreno y de lo quebrado de su vista; se perdía por entre las desiertas callejas del pueblo para aparecer á la mañana siguiente y continuar su tarea, solo siempre, sin hablar y sin can-

sarse, abrumado por íntimos proyectos y por antiguas dolencias recrudecidas con la fatiga. Alguna vez que al bajar de la torre se encontró con un grupo de chiquillos que curiosamente le contemplaba á distancia, se dirigió á ellos agrandado por la melancólica luz del crepúsculo, y al acercarse, se arrepintió sin duda, les volvió la espalda y exclamó al marcharse: "todavía no."

Hasta que un día Pedro no pareció; Pedro que había partido la víspera risueño y contento como de costumbre, no daba señales de vida. Fué de balde esperarle; el viento gemidor de la montaña y el silencio imponente de la noche sólo sirvieron para empeorar el ánimo de sus amigos, contristado de veras. Organizóse una batida con jauría y demás requisitos; se sacaron perros de razas diversas, desde un mastín enorme, desdentado, de buen olfato pero de malas pulgas á juzgar por lo desazonado que le traían y por la certificación de su amo, hasta el falderillo de la esposa de don Cosme, de todo había; cada cual contribuyó con el suyo haciéndose lenguas de sus habilidades respectivas. Este conocía á Pedro, aquel corría como un desesperado, el de más allá defendía el corral y sus alados moradores que era una maravilla;

y como de improviso los juntaron, se provocó con la reunión un alboroto; ladridos y mordiscos por vía de saludo, carreras de prueba, saltos de júbilo, gruñidos-protesta; se reconocían entre sí por medio del olfato y, olvidados del pudor, levantaban la pata para cometer inconveniencias infantiles; rascaban en la tierra como mineros enfurecidos y se esperezaban en caprichosos dibujos para ahuyentar el sueño y la pereza.

Calmóse á los animalitos, no sin trabajo; se les sujetaba del collar ó de las orejas, que tan incompletos andaban los unos como las otras; se pasó lista de los expedicionarios; se encendieron cuatro hachones resinosos que aumentaban ó disminuían la sombra de los cuerpos, según los movimientos de las manos portadoras y se emprendió la marcha por la ancha carretera. Llamaban los de adelante á los de atrás y contestaban los del centro, para burlar al miedo que contra su voluntad los ganaba, con la conciencia de que todos iban, pero con la necesidad también de aturdirse y cobrar bríos con el sonido de sus propias voces.

La mayoría del grupo estaba formada por las mujeres, pues aunque llevaban hombres, estos no lo eran más que nominalmente; ó

muy recién entrados á la vida ó muy próximos á salir de ella. Y marcharían así un par de horas, con silbidos para los perros que se entraban á los sembrados, con detenciones de alarma para escuchar atentos los rumores misteriosos de los campos, é iluminados fantásticamente por los hachones que despedían millares de chispas al enroscar su flama en el vacío. De pronto la jauría se detuvo, las manos y las orejas rígidas, la cola agitada y en la vista el brillo fosforecente común á los de la raza cuando fijan la mirada en la obscuridad é inmovilizan la pupila. Los canes más crecidos ocupaban la delantera, y mostraban los colmillos con gruñidos amenazadores, apercibidos para el combate.

—Calma, calma!—indicaron los individuos animosos. Se estrechó el grupo y se azuzó á los perros que, contra lo que era de esperarse, no obedecieron ni ladraron tampoco; antes al contrario, uno de ellos se adelantó de buen talante y reapareció á poco acompañado del tío Lucas que se enjugaba la cara con el dorso de la mano para limpiársela en seguida sobre el pantalón.

—¿Que de dónde venía?... Pues del camino, de la encrucijada, de buscar á Pedro. Al notar la tardanza se había marchado á su en-

cuentro, desde temprano, y nada; el camino desierto, Pedro perdido, el caballo también, y oyéndose á lo lejos el tronar del cañón. Deben estar atacando la ciudad; ladrones! ladrones! — gritó volviéndose hacia el rumbo de la cabecera.

Se pusieron entonces á discutir sobre la utilidad ó inutilidad de sus pesquisas, y pronto estuvieron de acuerdo en abandonarlas, dado el infructuoso viaje del tío Lucas. Venció el egoísmo y se emprendió el regreso con más ligereza que la partida; con los movimientos más libres y la lengua más suelta, sin ese peso encima que á la ida los atormentaba. Para licenciar de una vez los últimos escrúpulos que aún les bailaban en la conciencia, con las manos pegadas á la boca, en forma de bocinas, gritaron á una en todas direcciones:

—Niño Pedro! niño Pedro!!

Y sólo el eco, lúgubre y lejano, les devolvió la terminación de la palabra que se perdió poco á poco entre barrancas y hondonadas.

El resto de la noche le pasó don Cosme muy agitado; sin resolución fija, pero con la creencia de que sus deberes de tutor, más que de patriota, le imponían la peligrosa

carga de salir en busca de su denodado pupilo muerto quizá á esas horas, en los albores de la vida, y sin una mano amiga que le cerrara los ojos ni un puñado de tierra con que cubrir sus restos entrados tan temprano en el reposo eterno. Y al encontrarse tan á gusto allí, en su casa abandonada en raras ocasiones; al oir cómo el viento azotaba las maderas de las ventanas y cómo hacía llorar á la movible enseña de su farmacia; al contemplarse dentro del lecho conyugal, con su mujer al lado que dormía descuidada bajo la egida marital, roncando prosaicamente durante el sueño, pero atenta siempre y siempre amable en la vigilia, se arrepintió de su generosidad, sofocó su ímpetu, pensó en reumatismos que no tenía, en lo avanzado de su edad, en la inexperiencia de los muchachos, y algo más resignado buscó en el tibio calor que le comunicaba su esposa el descanso de la azarosa velada.

Al día siguiente, un suceso inesperado vino á dar al traste con dudas y suposiciones. El tío Lucas avistó desde su observatorio el caballo de Pedro, que pacía indolente el verde césped de las afueras de Villanueva con el freno y las bridas colgados de la silla. Comunicó la nueva á los desarrapados ede-

canes que como siempre le esperaban al pie de la torre, y todos se lanzaron á propagar el descubrimiento. Se les mandó á traer el retardado jamelgo que llegó sin apresurarse, estirando el cuello, caídas las orejas y con un trotecillo de viejo que huye de bromas impertinentes. Los chicos le arreaban á pedradas, silbidos y denuestos. Se detuvo ante el primer grupo, sacudió el lomo haciendo oscilar los estribos que así siguieron un instante, y esperó las determinaciones de la asamblea sin hacer caso de los saltos y ladridos de un perro que le codiciaba el hocico mientras un cerdo le golpeaba una mano con la trompa y gruñía sordamente por esa inmovibilidad que le estorbaba sus voraces pesquisas. Las personas le interrogaban cual si debiera responderles; dábanle palmadas afectuosas en el anca, en los encuentros, en la cara; le tiraban los bigotes lacios y humedecidos por el resuello; observaban que tenía el pelo pegado al cuerpo y barro en los cascos, síntomas indudables de que mucho había corrido, y él, en tanto, se dejaba hacer, inflaba la nariz, entrecerraba los ojos, ó bien, los miraba con esa dulce indiferencia de los animales que, llegados á cierta edad ó á determinada condición, lo mismo aprecian,

las caricias que los castigos de los racionales.

En estas maniobras, descubrieron un papel atado á los tientos, escrito seguramente por Pedro. Y al considerar que podía ser un aviso enviado en momentos de supremo peligro por la denodada criatura, hubo mujer que le llamó: "alma mía" y más de un anciano á quien tembló la barba. Se lo disputaban con violentos ademanes y con impaciencia mal contenida; quién trataba de descifrarle clavándole la vista; quién le miraba de través, y todos lamentaban no poder leerle por falta de conocimientos suficientes para comprender el significado de esa semi-mágica ciencia que se llama escritura. Ya con don Cosme, el negocio fué otro; previa una concienzuda limpia de sus anteojos, les trasladó el contenido del despacho con puntos y comas, sin omitir letra; querían la lectura, nó el extracto, y hubo que darla.

—"Cogido al salir; preparen defensa ó apresuren huída.

PEDRO."

No se convencían de que ahí parara, se les callaba lo principal. Irritóse don Cosme, los llamó brutos, ingratos, maliciosos; ¿qué inte-

rés podía tener en ocultarles nada si en el negocio le iba tanto ó más que á ellos? Y arrepentido de su pasajera dureza, se llegó á los más cercanos, extendió el papel y principió á mostrarles el valor de cada rasgo y el sonido de cada vocablo; los ayudaba á deletrear, les construía la frase que salía perezosa, fría, casi sin sentido, como ejercicio de lectura entre principiantes, al ser repetida por la rústica multitud, que por fin entendió, á fuerza de repeticiones, y se asustó de veras al presentir la catástrofe próxima. Se avisó al cura porque alguien le mencionó, pues nadie le había recordado.

En las grandes crisis, la gente del campo es por lo general descreída; se preocupa más de la diminuta hacienda que posee en el momento actual, que crece y se aumenta á cada día á costa de afanes, de trabajo y de privaciones; que la convierte en propietaria; que la dá la materialidad de la posesión, que de la hacienda grandiosa y perdurable que todos los domingos le ofrece el párroco del lugar en discursos casi siempre vulgares y repetidos y olvidado ya de la oratoria sagrada que de prisa codeó en el seminario, se baja á la altura de sus oyentes para que le comprendan y triunfa en poquísimas ocasiones. El audito-

rio, formado en su mayoría de mujeres, es irrespetuoso sin darse cuenta de ello; riñe á la inquieta prole, amamanta vástagos y ríe de buena gana con las parábolas de anfibológica interpretación, llegando á veces—á la salida del templo—á calificarlas de "cosas del señor cura." Los hombres, que representan la parte seria, llegan tarde, dejan apagado el cigarro al entrar para que no se les consuma sin disfrutarle, no se explican el final de la plática sagrada, acuden á sus consortes, quienes ni el principio se han explicado, y en paz. Regresan á sus hogares sin remordimientos ni inquietudes á componer el huerto ó á afirmar un cercado, mientras el otro, el sacerdote, toma el chocolate matinal en el fondo apacible de su jardín: el pastor satisfecho, el rebaño contento. Al saber la noticia, decretó una misa extraordinaria que oyeron unos cuantos, y dos rogaciones á las que nadie asistió, ocupados cual lo estaban en esconder lo de más valor y en enterrar los pesos duros, producto del mercado semanario en la cabecera. Fué de balde que el acólito de guardia hiciera gemir desesperadamente á la destemplada esquila de la iglesia; perdíanse sus sonidos entre las verdes copas de los árboles, que algo murmuraban

á su paso, y en la límpida atmósfera de la aldea.

Sólo el tío Lucas permaneció mudo y pensativo, parte por el cariño que profesaba al muchacho y parte por lo que meditaba después de algún tiempo. Interrumpió sus diarias observaciones y llamó á capítulo á todos los granujas que hasta el pie del torreón por costumbre le acompañaban. Pero los llamó con cierto misterio, con señas encubiertas; los reunió á espaldas del cementerio, en donde no podían ser vistos ni oídos á menos que algún curioso se lo hubiera propuesto y la verdad es que nadie paró mientes en la reunión; ni los miembros componentes de ella, creyeron que se trataba de una nueva chifladura del tío Lucas que los aburriría un rato, ó de una lección para cazar pájaros y atrapar lagartos, como les había dado tantas siempre fructuosas en los resultados. De suerte que se le agruparon con interés, dispuestos á seguir sus indicaciones, olvidados de juegos y travesuras. Cercioróse el tío Lucas de que se hallaban enteramente solos, con miradas escudriñadoras; en efecto, no se veía á nadie por ahí y apenas si el silencio era turbado por una que otra chicharra invisible que tomaba el sol asida

á alguna de las ramas que sombreaba al grupo. Principió su discurso, pero en voz tan baja y con palabras tan ininteligibles que el círculo tuvo que hacerse más compacto y el orador que inclinarse. Los chiquillos al pronto, se miraron entre sí sin entender ni pizca de la monserga que el tío Lucas les enderezaba con los ojos á medio saltar, temblón el pulso y acariciadora la mano para acabar de conquistarlos. Había mucho de "patria," "muerte," "trincheras," "defensa" y "sacrificio." Y como impulsados por el mismo pensamiento le preguntaron en coro:

¿ Qué dice usted tío Lucas ?

Comenzó de nuevo la explicación, más clara en esta vez, sin las metáforas que habían adornado la primera y héchola incomprensible. Tratábase de defender á Villanueva, de impedir que la tomaran los yankees — como en su obcecación denominaba á los franceses que le eran desconocidos hasta de nombre — y para lograrlo no tenían que hacer, él y ellos, más que una cosa sencillísima: acarrear piedras, madera vieja y mucha arena, mucha, la que fuera necesaria para levantar una alta trinchera á la entrada del pueblo. Y al observar que sus secuaces vol-

vían á poner la cara seria cuando escuchaban aquel terminajo, resto de una táctica mal aprendida, se interrumpió, meditó el símil y al fin les dijo:

— Es una cerca pero maciza!

Aceptaron por unanimidad, entusiasmados ante la idea de asueto semejante tan diverso de sus juegos acostumbrados, entusiasmados ante la perspectiva del acarreo de la arena sobre todo, que les permitiría asolearse y estar á sus anchas Dios sabía cuánto tiempo.

El resto de los habitantes, sabiamente aconsejado por el párroco y por don Cosme, tenían resuelta la cosa de muy diversa manera; ni se defenderían ni huirían tampoco. Era muy remoto que los franceses la emprendieran en su contra por feroces que llegaran, al encontrárselos quietecitos y pacíficos; se les daría lo que pidieran, ¿qué remedio? y se procuraría que la pasaran lo menos mal posible para pasarla, ellos, mejor. Por prudencia, sin embargo, y dada la ninguna obligación que tenían de entenderse con los invasores, don Cosme les recomendó los buenos modales, y al despedirlos, les gritó:

—¡Digan *güi* á todo!

Qué alarma y que trastorno inusitados

presentó Villanueva, tan tranquila de antiguo! Cada casa era un desastre y cada mujer un torbellino. Se lloraba á gritos, se clamaba á la corte celestial, se echaba de menos á los hombres, muertos tal vez ó prisioneros ó heridos, pero ausentes en el momento peligroso. De los abuelos nadie hacía caso; los años y sus achaques no eran bastantes para animarlos á soltar esa carga pesada que se llama vida, más pesada conforme ha durado más sobre los hombros, y se les veía arrinconados y sin chistar, dirigir miradas de temor y de humildad, como animal golpeado ó criatura reñida, á las mujeres que pasaban y repasaban por las estancias con el rostro lloroso y el ánimo resuelto. Transcurrió así la noche, entre congojas y sobresaltos; con el dormir ligero, las puertas cerradas á muerte y los perros en suelta vigilancia; considerando al enemigo — un enemigo fantástico y agrandado por el terror — más cerca á cada momento; extremecidos á cada rumor, y son tantos los que tiene el campo en el silencio solemne de la noche; sin sueño que les calmara el cerebro, sin luz que los delatara, sin certeza de lo que les acontecería dentro de algunas horas y pobladas sus viviendas de fantasmas y de presentimientos negros

Triste fué el despertar, como triste había sido el sueño y como triste tenía que seguir la existencia. Se saludaron con sollozos y con frases truncas, y á hurtadillas, miraban sin querer hacia la entrada del pueblo sorprendidos de hallarse completos todavía y de no encontrarse caras nuevas entre las que de memoria conocían.

El tío Lucas, en tanto, continuaba su obra de defensa; crecía el montículo poco á poco, comenzaba á tomar forma, una forma irregular y que movía á risa por lo disparatado y anticientífico de la construcción. Se derrumbaban piedras que á fuerza de fuerzas se había logrado colocar en la creciente cima y á cada derrumbe, el trabajo tenía que empezarse de nuevo con más ahinco, para reparar el tiempo perdido, y con más cuidado para impedir los desperfectos que causaban las piedras en su violento y caprichoso descenso. Llevaban ya dos operarios heridos, poca cosa, una mano magullada y un pie torcido, que colocaban á sus dueños respectivos en un descanso forzoso y perjudicial.

Era realmente conmovedor el aspecto que ofrecía el tal grupo; varios niños y un anciano, tan inútiles é inválidos los unos como el otro, éste por cuenta de más y aquéllos

por cuenta de menos, afanarse en defender un pedazo de tierra indefendible, sin otros elementos para su empresa que la arena del arroyo, las piedras del ribazo y el deseo de no verse perturbados por un desconocido extranjero que tal vez no llegaría hasta ellos por suponerlo innecesario ó que en caso de llegar, limitaría sus furores al encontrarlos inermes é inofensivos. Dábanse, de cuando en cuando, instantes de indispensable tregua para regularizar la respiración y enjugarse el sudor; se hacían aire con el sombrero – los que le tenían—y sofocados, jadeantes, se inclinaban de nuevo pareciéndoles que aquello no adelantaba, que tendrían que estarse siempre así, clavados sobre una cosa que se empequeñecía adrede mientras más se afanaban por agrandarla.

Con el cansancio llegaba el desaliento, y entonces el tío Lucas inventaba mentiras para amedrantarlos, les narraba atrocidades imposibles: ¡Se los comerían y se los comerían vivos!

Mirábanse entre sí los chicos, mudos, sobrecogidos de espanto, y se acercaban al tío Lucas como para que los defendiera por ser el de más años; inclinábase él y estrechaba á cuatro ó cinco, hasta donde sus brazos al-

canzaban, juntábanse los demás y formaban un grupo encantador echados en la yerba, sombreados por algún árbol corpulento; conjunto informe y tierno que dejaba distinguir piececitos desnudos, manos enlazadas, y el todo, coronado por una variedad indescriptible de rizos negros y por las canas del tío Lucas que caían en plateadas guedejas acariciadas blandamente por el viento que se desprendía de las montañas, rozaba la llanura é iba á perderse en el espacio.

De pronto hicieron irrupción dos ó tres mujeronas que turbaron en un segundo el patriótico descanso, y aunque jamás pudo averiguarse quién les había comunicado lo de la trinchera, ello es que lo sabían y que levantaron á sus vástagos respectivos por donde pudieron, por las orejas ó por los brazos, y encarándose con el tío Lucas le agobiaron á reproches, le ahogaron á recriminaciones.

—¡En lugar de estarse tranquilo cual cuadraba á su edad, andar con trincheras y tonterías exponiéndolos á todos á que los franceses los achicharraran! No tenía nombre, ni perdón; de veras que estaba insufrible por sus chocheces.

Y después de derribar á pisadas lo que

llevaban construído, que no era mucho y que no ofreció sinó escasísima resistencia, arrastraron tras ellas á los operarios que protestaban de atentado semejante enviando cariñosos saludos á su maestro, descubierto en medio de las ruínas, impenetrable, conmovido, rígido! Permaneció en esa actitud hasta que los perdió de vista, hasta que entraron en sus casas, los chiquillos siempre llorando, las madres regañándolos siempre.

De repente llegó á sus oídos un sonido fatídico y lejano pero que no dejaba lugar á dudas, á él á lo menos, por un antiguo y olvidado hábito que renacía de pronto. Un clarín militar tocado á distancia le enviaba en el eco su armonía ingrata y abrillantada. Ahí estaban, ó por mejor decir, ahí estarían; cuestión de pocas horas y los tendrían en casa insolentes, risueños, felices, sin nada que enturbiara su dicha ni nadie que les atajara el paso; dueños del lugar y de los habitantes; con caricias lascivas para las mujeres, desprecio para los ancianos y crueldad para los niños. Pues no lo permitiría él, ya verían todos que no estaba tan chiflado como lo parecía; se opondría á la ocupación solo, sin auxiliares, y echó á correr y sacó de su cuarto una escopeta viejísima, de chispa,

arrinconada allí de tiempo atrás y seguramente olvidada del cura y del sacristán; se cercioró de que por dicha funcionaba aún, torpemente, con dificultades, como funciona todo lo viejo, pero al fin funcionaba; la cargó, y fué á ocultarse á la entrada misma del pueblo entre unos matorrales espesos y enmarañados.

En efecto, escuchábase distintamente el rumor de un clarín, rumor que se avivaba ó se amortiguaba según la dirección del aire, pero que, sin embargo, se notaba su avance; á cada instante eran más las notas que arribaban claras, frescas, casi retozonas, que las que se perdían vagas y confusas, por la lejanía sin duda, ó por el reposo á que se entregaría el músico. Diríase que el que tocaba lo hacía por entretenimiento y no por obedecer órdenes relativas, tan irregular era el toque que en suspenso tenía á los descorazonados habitantes de Villanueva. Á poco, lo que se oía ya era ese sonido regular y seco de caballos al trote; veíase la polvareda que debían de levantar en su marcha adelantarse amarillenta y tétrica cual precursora de desgracias y contratiempos. Hubo un momento en que dentro del pueblo habría sido perceptible el caer de un hoja, á pe-

sar de que todo el mundo se encontraba en la plaza para acortar su ansiedad y saber á qué atenerse en cuanto entraran las tropas. El tío Lucas sin pestañear, la mano lista, esperaba firme la primera aparición, sereno ante el peligro, y decidido á cualquier cosa, á lo que surgiera.

Y surgió en fin.

Un piquete de cazadores de África, quince ó veinte, mandados por un alférez, que llenaban la carretera marchando sin orden ni concierto, los soldados por delante, el oficial atrás, un guapo mozo de ojos azules y barba rubia algo empolvada por el camino; ancho de espaldas, erguido de pecho, bien sentado en la montura cuya rienda flotaba abandonada por el cuello; desconfíado y pensativo como todo invasor, sin mezclarse con sus muchachos, el cuerpo ahí en una tierra extraña y poco amable, mas el espíritu lejos, muy lejos, consolando á una madre anciana ó á una esposa joven. En la orden recibida se hablaba de la ocupación de Villanueva con seguridad plena; todos los informes acusaban carencia total del elemento masculino y por consiguiente de hostilidades. Se les enviaba por enviarlos, por realizar la ocupación material de la mayor parte posible

de territorio, aunque ocupaciones como ésa sólo pudieran semejarse con el susto que en pieza obscura se da á una señora nerviosa. De tal suerte, que los soldados iban á sus anchas; reían y conversaban á voces, algunos á pie tiraban del caballo por la brida; otros, formaban grupos retardatarios; el corneta se entregaba á escoleta voluntaria y todos se prometían regalar hasta la saciedad los cinco sentidos. Poco les importaba llegar desde luego, lo que es buena cena y buena cama las tendrían de fijo.

En esos momentos el tío Lucas titubeaba en tirar, no se decidía ni por éste ni por aquél, por mucho que los tuviera al alcance de su escopeta; hubiera preferido al oficial porque con el dorado de sus galones parecía desafiarle en lo personal, pero quedaba lejos y perder un tiro, el único de que disponía, le significaba un desastre. Decidióse por cualquiera, por el primero que pasara por la mira y lo fué un soldado rollizo de media edad, que precisamente detuvo su caballo frente al matorral para encender la pipa. Su suerte estaba echada, enderezóse el tío Lucas, se apoyó sobre un codo, afirmó la puntería y disparó! La víctima abrió los brazos, perdió el kepí y cayó redondo con un hilo de sangre

que le brotaba de la sien izquierda, mientras el caballo, espantado por la detonación y libre de su carga, volvió grupas y partió á escape en dirección opuesta á la del pueblo. Los demás se pararon estupefactos del recibimiento, el oficial ganó su puesto y mandó formar creyendo en una emboscada; las monturas, nerviosas, trataban de encabritarse y los soldados, sable en mano, se preparaban para la carga. Al notar que no continuaban los disparos, repusiéronse un tanto y buscaron con la vista al enemigo, que suponían numeroso y que no tardaron en descubrir solo y tranquilamente ocupado en cargar de nuevo su fusil. Creciéronles los bríos ante la soledad del anciano y sin esperar voz de mando, enardecidos por vengar á un compañero, por los rayos del sol que comenzaba á hundirse majestuoso, por el humo de la pólvora que poco aspirado excita y mucho, ahoga, se echaron sobre él y le acribillaron con los prolongados y relucientes sables. Cayó á su vez el tío Lucas, describiendo una parábola triste y solemne, sin exhalar un quejido ni pronunciar una frase, saliendo la sangre con silenciosa abundancia de sus anchas é innumerables heridas. Todavía se ensañaron un instante en el inanimado cuerpo;

picaron aquí y allá, por divertirse los unos y por concluir los más. Cargaron con su muerto, al que atravesaron en la silla de un jinete desmontado, y en tropel, sin enjugar las espadas, entraron á la villa sin volverse á mirar los despojos del único defensor que la guarnecía. Y al cruzar las calles, para que no se les tildara de asustadizos ó timoratos, ensartaron dos ó tres gallinas que huían del tumulto con las alas entreabiertas y las piernas dislocadas.

Avanzó la noche indiferente y tibia — que la naturaleza se complace también en lucir sus contrastes y sus ironías—y la luna, en su primer cuarto, alumbró el vivac establecido por los franceses del que partían las risotadas de hombres satisfechos y la claridad de fogatas bien alimentadas, mientras á pocos pasos, el insepulto cadáver del tío Lucas con los brazos abiertos como redentor y la mirada triste y vidriosa de los mártires, abandonado de propios y de extraños, parecía, aún después de muerto, defender con su cuerpo y su actitud el rincón ignorado que le sirvió de cuna.



II

En la cabecera otra era la decoración.

La invasión se manifestaba ahí más á sus anchas, más imponente, más formal. Parecía que lo reciente del triunfo, lo obstinado de la resistencia y la dignidad de los vencidos, exasperaran profundamente á los irascibles ocupantes. Á cualquiera cosa la consideraban delito y á cualquier individuo le declaraban conspirador. No podían perdonar el recibimiento de que se les había hecho objeto. ¿Recibirlos á balazos primero, prolongar la acción cuarenta y ocho horas, y rendirse al fin ante la superioridad del número y de armas, sin admitir ni ofrecer capitulaciones, muertos de hambre y de fatiga, diezmados hasta la impotencia y crecidos hasta el heroísmo, no eran hechos que aislados ó en conjunto merecían un ejemplar castigo y una crueldad refinada para escarmiento de

las demás poblaciones que aún quedaban por rendirse? Y como se interrogaban entre sí, pronto estuvieron por la afirmativa, una afirmativa que si nada bueno prometía, menos bueno era lo que llevaba á término.

¡Qué días los que siguieron al de la ocupación y qué aspecto el de la ciudad!

Las calles convertidas en antesalas de cementerio, con cuerpos inmóviles de uno y de otro lado; las casas agujereadas en las paredes como convalecientes fantásticos de una epidemia mónstruo de viruela, con los vidrios despedazados, los barandales de hierro en espantosas contorsiones cual desesperados del espectáculo; las maderas de puertas y ventanas suspendidas de un solo gozne, próximas á caer y quedadas así en una exageración de equilibrio inverosímil y hasta la torre de uno de los templos—el más cercano al sitio donde la refriega tuvo lugar—mostraba un hueco inmenso que, por lo irregular de los contornos, simulaba un ojo de piedra en guiños de dolor.

En donde quiera se establecían ambulancias; en las tiendas espaciosas, en las moradas de los vecinos acomodados, en las esquinas resguardadas del viento y que por su situación ofrecían sombra, en los portales

públicos que daban á la plaza y en los privados que dan al interior de los inmuebles. En las farmacias, ni que decirlo, se encontraban atestadas de heridos, de agonizantes y de deudos.

Los sacerdotes pasaban apresurados, á medio revestir, con la pelliz torcida ó la sotana desabrochada—adivinábase el ansia con que debían haberlo ejecutado—y, precedidos de un acólito en traje láico, es decir, sin traje casi, daban los últimos auxilios á los muchos necesitados que, según su temperamento y sus creencias, los pedían á gritos, los recibían con devoción ó los rechazaban con irreverencia. Los eclesiásticos apenas si andaban libremente unos cuantos pasos, se les veía inclinarse con frecuencia, prodigar palabras de consuelo, animar decaídos y reconfortar huérfanos. Tropezaban con los médicos que también ejercitaban su ministerio augusto, y más de una vez se dió el caso de que recíprocamente se ayudaran por la premura de las circunstancias y de que, los papeles y las misiones confundidos, el doctor administrara los sacramentos y el sacerdote aplicara una sangría ó sujetara un vendaje! Y al notar el error, sonreían con tristeza, se daban la mano para más estre-

char la casual alianza, y se separaban sin chistar para encontrarse luego y después y siempre mientras durara la catástrofe aquella.

Las señoras, organizadas en secciones, prestaban servicios caritativos sin reparar en nacionalidades; lo mismo atendían á los vencidos que á los vencedores, pues de todo había en la hecatombe.

El comercio, si no paralizado del todo, sí estaba desconfiado y poco comunicativo; las tiendas á medio cerrar, los propietarios hoscos y silenciosos y las mercancías desvanecidas en la penumbra interior de los establecimientos.

Y en medio del murmullo peculiar á las reuniones de mucha gente, escuchábanse el paso acompasado de las patrullas de vigilancia, redobles de tambor y toques de corneta; el pesado y pavoroso rodar de los trenes de artillería, que ensordece de cerca y de lejos parece el derrumbe de algún edificio de hierro; el rumor de los herrados cascos de los caballos, y de vez en cuando, cual adecuada nota á tan lúgubre cuadro, el eco de una descarga militarmente ejecutada, anunciaba con despiadado laconismo —verdadero telégrafo de la muerte — que los invasores se daban prisa por manchar su vic-

toria fusilando muchos patriotas; víctimas de más y pólvora de menos, presillas mal ganadas y existencias bien perdidas.

Por la noche los triunfadores se festejaban gratis en las vinaterías de la población, y en grupos recorrían las obscuras y desiertas calles; obscuras porque no quedaban más que los esqueletos de los faroles y desiertas, porque no quedaba de los habitantes más que la parte débil y asustadiza.

Fué esa misma noche, al fugarse, cuando Pedro cayó prisionero. Gritáronle un "¿quién vive?" al que siguió una detonación; y él prudentemente y, á decir verdad, atemorizado del burdo lenguaje en que le dirigían la pregunta, se echó al suelo, arrancó las bridas del caballo, las colgó en la silla y le dejó partir á escape con el aviso manuscripto por la mañana, cuando se cercioró de que los franceses eran dueños de la plaza. Lo menos diez bayonetas le acercaron á la cara para identificarle; le rodearon, le interrogaron, le volvían de uno y de otro lado, le buscaban armas en los bolsillos, en la cintura, en los zapatos, y al encontrarle la única que por olvido llevaba consigo, una flecha de elástico para cazar pajaritos, les entró remordimiento y se humanizaron con la criatura. Por fortu-

na no entendió una palabra de las muchas que le dijeron, y esa circunstancia disminuyó en la mitad lo menos, el pánico de que debió ser presa al hallarse entre las garras de soldadesca irresponsable y desenfrenada. Sí creyó firmemente que su postrer hora debía andar por ahí cerca, en esa esquina, en la otra ó donde se les concluyera la paciencia de custodiarle á unos señores de tan mal carácter. Y como no estaba preparado para recibirla —pues por lo general sus visitas no son muy matinales—pensó en una despedida muda y tierna, ocultó su turbación y explicable desaliento, se recogió dentro de sí mismo y, á solas ahí, se confesó que la vida aún no le había mostrado una fisonomía poco simpática que justificara que él en la luna de miel de ese conocimiento fatal de resultados misteriosos, se lo pagara con la reverencia postrera. ¿Por qué separarle de una persona acabada de conocer y con la que estaba apenas en las frases de cortesía y en los cumplimientos de sociedad? ¿Por qué volverle la espalda si no le disgustaba el que le saludara con amable sonrisa, el que le instara afectuosamente á pasar de prisa por los años, que son las puertas de unas habitaciones llenas de encantos y de horrores, y el que le prometiera

multitud de fantasías para lo futuro? Dios le librara de dar pábulo para que le tildara nadie de chico mal educado, no señor, y sintiendo dentro de sí una fuerza amiga, el instinto de la propia conservación que se le manifestaba solícito y elocuente, se prometió desenvolver tesoros de astucia de los que nunca se sospechó poseedor. Para no despertar sospechas en sus acompañantes y para no adormecer el plan de conducta que mascullaba en el cerebro, se manifestó en todo el trayecto obediente y sumiso. Marchaba con tal gravedad en el centro del pelotón, que más que niño parecía un prisionero de guerra que meditara en las consecuencias que con su desaparecimiento sobrevendrían á los partidarios de la causa común. Aguzaba el oído para mejor percibir los vocablos y á pesar de su esfuerzo, no podía sacar nada en limpio por desconocer el idioma. Algo le tranquilizaban las risas con que de tiempo en tiempo salpicaban su plática; no creía que pudiera hacerse nada malo con la risa en los labios. Al cabo de dos ó tres paradas de variable duración, según se tratara de encender los cigarros, de hacer una caricia á la botella ó de arriesgar una opinión sobre la patria ausente y el peligro vecino, llegaron al cuartel general es-

tablecido por el momento en el atrio de la iglesia parroquial. Conforme se acercaban, notaba Pedro una multiplicación incesante de soldados; los había á pie, á caballo; cenando, durmiendo sobre las mochilas; algunos con gorra y mandil de cocinero discurrían por el campamento; otros, con grandes baldes de agua en las manos, volvían de la fuente y se apoyaban al andar en uno y otro lado, para restablecer el equilibrio; los centinelas paseaban solemnes envueltos en sus largos capotes, como monjes en pena; los caballos comían los sembrados del jardincillo municipal, sin advertir los atentados que hacían á esos primores de la floricultura provinciana. Ya habían tocado silencio y las fogatas se consumían; las más lejanas parecían palacios encantados de hormigas luminosas, por el sinnúmero de chispas vivas aún; y las próximas dejaban entrever en el brumoso fondo de la noche, una infinidad de fusiles formados en pabellones y que á su vez parecían ebrios que se prestan su inseguro y mútuo auxilio para no caer.

Sólo había luz en el interior de las tiendas de los oficiales superiores, y á no mediar el recuerdo sangriento de la reciente lucha, hubiérase creido que la ciudad celebraba al-

guna de sus ferias anuales con los juegos de azar que las adornan, y que dentro de aquellas tiendas iluminadas, en lugar de oficiales extranjeros, perdían su dinero los desvelados devotos del "monte" y de la "ruleta." Pedro pensó que las tiendas de campaña debían de ser rojas y no blancas; estarían más en carácter y engañarían menos.

Caminaba de sorpresa en sorpresa; le llevaban á una tienda y el ordenanza de servicio les impedía la entrada para no turbar el reposo del jefe ocupante; le llevaban á otra y acontecía lo propio; allí dormían todos los superiores. Los aprehensores deliberaron entre sí y por poco le sueltan; pero á un oficial, de guardia sin duda, le ocurrió la malhadada idea de intervenir, que si no, Pedro se marcha y ni quien hubiera vuelto á recordarle. Hablaba el oficial poco y de prisa, con cierto despotismo en el gesto, fruncido el ceño y ahuecada la voz, como todo el que está recién investido de autoridad y quiere convencerse de que tiene subalternos de carne y hueso obligados á cumplir sus órdenes; por eso y bajo el pretexto de que debieron dirigirse á él desde un principio, con lo que se habrían ahorrado un paseo inútil dentro del campamento, los riñó con acritud; ¿acaso

no sabían la ordenanza? Y los otros permanecían inmóviles, sin chistar, cuadrados, con las armas terciadas en el pecho y la fatiga en el rostro, aguantando el chubasco. Pedro mientras tanto, contemplaba todo aquello, nuevo para él, medio alarmado por lo que pudiera sucederle y medio entusiasmado por el aparato militar, pues en el fondo, los niños y las mujeres son siempre adoradores de los guerreros. El oficial despachó el pelotón con entonación moderada y suaves ademanes, compadecido de los soldados por lo que experimentaba él: frío, sueño y cansancio. ¿Á qué hora los relevarían? El sargento contestó por todos que al amanecer, cuando tocaran diana, y rindió su informe un tanto adulterado en los detalles; el chico había resistido, no quería contestar, el sitio de la aprehensión sospechoso y un caballo en huída desesperada. Se despidió luego de acuerdo con la ordenanza — para que no se la echaran de nuevo en cara—golpeó con la palma de la mano las correas y la baqueta del fusil que contestó con un ruido metálico, y pronunció claramente la frase de rigor: -- Con permiso de usted, mi teniente!

Desaparecieron á poco en medio de las sombras, como comparsas de teatro en pieza

de aparato que se eclipsan con bastidor y todo al pitar el silbato del director de escena, y durante unos minutos aún se les oyó caminar y responder á los "¿quién vive?" de los adormecidos centinelas. El oficial tocó á Pedro en el hombro para que le siguiera y se encaminaron al cuerpo de guardia establecido á la intemperie, cerca de la tienda del comandante y sin otra especialidad que un tambor con restos de cena encima y muchos soldados en el suelo, sobre las mochilas, con el fusil entre las piernas y la cabeza cubierta con el schacó. Le dejaron allí y se buscó un sitio libre, acomodóse en él y resolvió no dormir para evitar una sorpresa. Como á los quince años es imposible casi pasar al claro una noche, después de breve lucha, rindióle el sueño y soñó cualquier cosa, pero precisamente lo contrario de lo que era probable que soñara: que se hallaba en Villanueva, que no había guerra ni su madre había muerto, ni el doctor le había dejado solo, pues así es de ilógico el pensamiento; por eso los prisioneros se sueñan libres, los desahuciados jóvenes en el goce de respetable ancianidad, niños los hombres y los hombres niños.

Con los primeros bostezos de la aurora

al levantarse—cosa que no hizo de muy buen talante al saber lo de la ocupación y que dió á conocer embozándose en la más sucia de sus batas, unas nubes arremolinadas y cenicientas—salieron las mixtas armonías de la diana simultáneamente ejecutada por todas las bandas del campamento. Ahullaban los perros y sentados sobre las patas dirigían miradas de gracia á los impasibles ejecutantes; los soldados se esperezaban, extremecidos los pusilánimes, alegres los de temple, pensativos los de alguna edad, severos los cabos y los sargentos; los perezosos estiraban un brazo, una pierna, ó bien, se volvían del lado contrario para ganar un minuto más y prolongarse el ganado descanso interrumpido así, con grosería, cuando el fresco de la mañana hace la manta más servicial y la postura más agradable. Pedro fué de estos últimos; dormía plácidamente en medio de tanto enemigo, cual hubiera podido dormir en el cuarto de su casita, arrullado por su niñez. Un soldado le despertó de una manera bestial, con el pie; enderezóse en el acto colérico y herido más en su dignidad que en su cuerpo. Le insultó en español y el otro le repuso en francés, sin comprenderse ninguno de los dos, pero con odio profundo y recon-

centrado; gritábanse blasfemias que adivinaban con sus respectivos instintos de invasor y de invadido, devorábanse con los ojos, mientras á unos cuantos pasos se servía el café matutino hirviente dentro de una gran marmita de metal, marmita que despedía por la boca—como persona que en invierno cambia de temperatura y arroja vaho al hablar—nubes azuladas que se perdían en confusas y caprichosas espirales, repartiendo un aroma reconfortante y tibia.

Apenas si se fijaron en los de la disputa que, por otra parte, no podía ser de consecuencias dada la edad que representaba Pedro. Se agrupaban al rededor del café y alargaban una taza de lata para recibir el desayuno. Pedro estaba pálido, el soldado rojo, ambos obstinados; hasta que el soldado notó que le ganaban su puesto, que el líquido se concluía, quiso finalizar festivamente la querella y dió una bofetada á Pedro en plena faz riendo á carcajadas de su agudeza. Pedro después de la sensación física, que no valía la pena, perdió la razón y la prudencia y cuanto hay; tomó una bayoneta de tantas como había á su alcance é hirió en una pierna á su agresor. Gritó éste, brotó la sangre y maniataron á Pedro entre varios, sin que

opusiera él la menor resistencia. Le condujeron ante el mismo oficial que le había recibido la víspera y se arrebataron la palabra por acriminarle; quién le impidió de consumar el crimen con peligro propio, quién fué el primero que le echó el guante, quién se lo figuró desde un principio y no le perdía de vista; acumulábanle pormenores agravantes, era una fiera en pequeño que convenía destruir. El teniente los escuchaba con los brazos cruzados, sin apartar su mirada de Pedro que la sostuvo con entereza, resignado á las consecuencias, sin arrepentimiento por lo ejecutado ni rencor para los testigos. Simpatizó con el muchacho por su aspecto despejado y su continente digno, y le apenaba considerar que dentro de algunos instantes la corte marcial le condenaría sin remedio por más que, en abstracto, su acción no fuera vituperable. La corte susodicha era un verdadero prólogo del sepulcro; en cuanta población ocupaban las extranjeras tropas, establecían aquélla, que no tenía otras atribuciones, en la mayoría de los casos, que condenar á la última pena á cuanto desventurado caía en su poder. Aunque por fórmula admitía defensores, no siempre les daba tiempo de formular la defensa, y ocasión hubo

en que un abogado no defendió á su defenso sinó al que le seguía en número; despachaban de prisa por la abundancia de material.

El herido quiso hablar antes de que le confinaran á la enfermería, y en un arranque de arrepentimiento, puso los hechos en su lugar, se reconoció principal culpable y alegó que el puntapié le había dado sin intención dañada y el bofetón por castigar lo que creyó insultos; mas que estaba dispuesto á declararlo así á la hora del juicio. Felicitóse el teniente del tal arrepentimiento que venía á ahorrarle una mortificación, tener que acusar á aquel mocito en el parte que diera de la riña y de sus consecuencias. Alabó la conducta del herido y le mostró de ejemplo á sus compañeros; así debía de comportarse siempre un soldado francés! Desligaron á Pedro y el oficial le invitó á desayunar. Pedro aceptó con gratitud pero sobre todo con apetito.

La noticia principió á circular por la población, muy abultada, inconoscible; le daba á Pedro dimensiones, palabras y actitudes de heroe y la conducía esa infinidad de renacuajos humanos que sigue á todos los ejércitos, que habla mal todos los idiomas, el propio inclusive, que ejecuta todos los oficios y los peores de preferencia, que desbalija muertos,

remata heridos y engaña vivos, que hoy son guías y mañana intérpretes ó delatores.

Los comentarios y la curiosidad nacieron entre los tenderos y los criados que habían salido á la compra, pero á poco subieron hasta los amos convertidos en inverosímil leyenda. Tratábase de un muchacho atacado á campo raso y que despachó franceses al otro barrio con una facilidad extraordinaria; según los cálculos y las probabilidades — pues no se conocía á ciencia cierta la verdadera cifra — había muerto veinte por lo menos y caído al fin prisionero sin el menor rasguño, entrando tan campante y tan satisfecho que era una maravilla. Seguramente le fusilarían en el mismo día; qué lástima! Se agregaba que parecía persona decente, y alguna maritornes mejor informada, aseguró que era el hijo del médico de Villanueva.

Convirtióse Pedro en objeto de peregrinaciones sucesivas, de oraciones á distancia y de admiración general. Cada quien deseaba contemplarle de cerca, aunque fuera un instante; darle la mano ó los buenos días, pero darle algo; unos le preparaban el almuerzo y otros la comida; quién le mandaba un abrigo viejo y quién unas babuchas nuevas; hasta cigarrillos y papel de cartas adicionaron á los donativos.

Las señoras muy especialmente, eran las más entusiastas y las más conmovidas. Interesaban á los papás y á los maridos que habían permanecido ocultos y atemorizados después de la ocupación; les ayudaban á vestirse, á soltar la bata y á soltar el miedo; los empujaban escaleras abajo con el cepillo en la mano que borra los últimos desperfectos y la sonrisa en los labios que ahuyenta los últimos temores. Los ensordecían con recomendaciones y los mareaban con argumentos unas y otros pequeños, ligeros, superficiales, pero convincentes al pronto, deslumbradores y sentidos; como son todos los argumentos de las mujeres que á la hora de razonar se dejan el cerebro á un lado y sólo emplean, cuando sinceras, el corazón, y cuando fingen el sofisma.

Poquísimos lograron ver á Pedro porque la vigilancia con los prisioneros era excesiva; apenas si permitieron que se le acercaran dos ó tres de calidad, y eso, para unas cuantas palabras fiscalizadas por un oficial, y se acabó.

Tuvieron que limitarse, los que le hablaron, á significarle sus buenos deseos y los que nó, á empinarse sobre la punta de los pies y hacerle señas de positiva condolencia.

III

Entre las prominencias personales de la ciudad, descollaba merecidamente don Luis Verde, abogado de antigua fecha que, con el ejercicio de su carrera, sus vastos conocimientos y su honradez á toda prueba, se hizo de respetable hacienda y de no menos respetable reputación al alcanzar los cuarenta años, una edad que llevaba tan bien como su crédito.

Se retiró de los negocios para entregarse á un ejercicio del que era muy devoto de tiempo atrás: la lectura asídua de filósofos y enciclopedistas quienes con sus doctrinas fueron poco á poco ensanchándole el abdómen y la bilis, con perjuicio de su antiguo buen humor. Tornóse indiferente, desconfíado y un tanto egoísta; de escasos amigos y malísimas violencias; con discusiones á propósito de nada y resentimientos á propósito de todo,

hasta que se aisló por completo y se encerró en su casa con sus libros y con sus extravagancias. Buen hombre en el fondo, no se acostumbraba á esa reclusión perpétua y como al mismo tiempo no quería dar su brazo á torcer, en cierto día arregló sus asuntos, lió los bártulos y sin participárselo á nadie ni decir adiós á parientes ni conocidos se marchó á Europa decidido á no regresar en mucho tiempo, á ver si en el ínterin cambiaba la humanidad de manera de ser ó cambiaba él de carácter.

Á los cuatro años de paseo, cuando había recorrido casi todo el continente viejo, cuando había vencido la nostalgia inevitable que abruma á cualesquier viajero en las primeras épocas de la ausencia, le alcanzó la infausta nueva de la invasión extranjera en Méjico; nueva que leyó por casualidad en un café del extremo Oriente, adondè entonces se encontraba. Un diario narraba el atentado con periodística frialdad; cinco ó seis líneas en la columna de telegramas, escritas sin respeto á la gramática ni á la filantropía, á renglón seguido de la alza del oro y de la baja de los príncipes; mientras en tal ciudad la bolsa estaba de norabuena, en tal otra preparaban regios funerales al heredero de una corona muerto la víspera.

Apresuró el regreso, con el cariño á la patria avivado por la distancia, los defectos de ella y de sus hijos, desvanecidos, imperceptibles, y las cualidades agrandadas, brillantes é inagotables. Dejó de visitar ciudades de interés, de comprar curiosidades, de alquilar mujeres, para que nada entorpeciera su marcha; se dejó estafar en las agencias de vapores y de caminos de hierro; perdió dos baules que no acabaron de alistarle á tiempo. Los trenes expresos se le antojaban de carga; no los sentía marchar de acuerdo con su impaciencia. Al cruzar una frontera, por poco le arrestan; se había olvidado en su prisa de que le visaran el pasaporte y tuvo que apelar á la franqueza, es decir, á soltar francos y á declarar que la omisión no reconocía fines torcidos. Así viajó; más parecía carta certificada que en la cubierta lleva escritos los lugares por donde debe pasar sin detenerse, que pasajero de carne y hueso. Llegó á Paris rendido, con deseos vivísimos de verse á bordo de una vez, en camino de su casa, y se encontró con que le habían suspendido los envíos de fondos. Forzado por las circunstancias esperó á que el dinero llegara cuando Dios quisiera y, mientras tanto, vivió en los barrios económicos, con su nacionali-

dad oculta para resguardarse de un desafuero, dada la excitación que reinó entre los parisienses durante los principios de la guerra. Hasta que la ocupación se sistematizó y las comunicaciones se restablecieron y con los periódicos, las cartas y los informes militares comenzaron á llegar los giros monetarios, no pudo emprender la marcha definitiva. Pero ya con otro criterio y otras resoluciones; convencido de que á la altura á que por desgracia andaban las cosas, de nada serviría su sacrificio.

La prensa europea presentaba la empresa como concluída con felicidad y sin temores para lo futuro; con un imperio firmemente cimentado, un ejército victorioso sin más ocupación que cosechar laureles, y una república hambrienta y haraposa, en positiva agonía; hoy expulsada de aquí, mañana socorrida allá, pero siempre en sus postrimerías; refugiada en un pueblecillo de la frontera del norte, adonde por misericordia la dejarían morir en paz cual pecadora arrepentida que abjura y reconoce sus yerros!

Y aunque al principio dudó de la veracidad de las narraciones, por la tachable fuente de que provenían, algo creyó al fin; tanto detalle reproducido sin contradicción ni rectifi-

cación de ninguna especie se le impusieron, le ganó el desaliento; creyó en una de esas desgracias inmensas que repentinamente afligen aún á las naciones más florecientes, y confió en que su país se levantaría pronto y con mejor semblante de la gravísima dolencia—como se levantan los enfermos jóvenes, que en un momento recuperan lo perdido, asombran al médico, á los amigos, á los herederos; bórranseles en una semana las huellas del sufrimiento que los postró, y, á la otra, en vez de esquelas mortuorias, reparten ellos mismos, amables invitaciones á un festín de renacimiento.

Sin embargo, se puso á reflexionar por el camino en la conducta que observaría á su llegada; en si se entregaría á los escasos republicanos que todavía lucharan ó se limitaría á una digna indiferencia dentro de su casa, no mezclándose en la cosa pública así se lo rogaran de rodillas, que no se lo habían de rogar.

Optó por lo último, muy en contra de su voluntad, porque al tomar la diligencia en los instantes que se ventilaba á pocos pasos una sangrienta escaramuza, le hirieron seriamente, tanto, que tuvo que guardar cama por tiempo indefinido y que encerrarse más que

antes de su partida. Dióse á coleccionar vistas fotográficas del extranjero y noticias de descalabros domésticos que pegaba en dos columnas marcadas con las palabras "debe" y "haber;" las de la primera eran las sufridas por las tropas nacionales y las de la segunda, las sufridas por las invasoras; una contabilidad exacta, minuciosa, por partida doble, y al finalizar cada mes, un corte de caja ignorado y lúgubre.

En estas faenas le cogió la noticia de la aprehensión y juicio de Pedro; se hizo repetir lo que ya corría con validez, que era el hijo del médico de Villanueva, muy joven y muy abnegado; que como nadie le conocía, nadie tampoco le defendería y que quizá á la siguiente mañana no quedaría más que el recuerdo del denodado hombrecillo. Se interesó, se dejó llevar de un entusiasmo que le ganaba á su pesar y de una reminiscencia que le traía el apellido del muchacho; acordábase vagamente de habérselo oído mencionar con respeto y reconocimiento á su propio padre, quien se confesó deudor de grandes favores. No le cabía duda, era el mismo nombre ni más ni menos. Precisó la reminiscencia que con trabajos se abría sitio en su memoria, pues así concluyen por triunfar de

las ingratitudes de la mente algunos hechos aislados y al parecer sin importancia, presenciados en la niñez.

Veía el comedor de su casa en una de esas noches en que la sobremesa se prolonga y la charla se retarda, sazonada con el dulce calor de la familia completa; cuando los criados dejan los manteles para no turbar al jefe del hogar que habla reposada y gravemente, animado por la amorosa atención de los suyos, por el humo del cigarro, por los restos del café que comienza á entibiarse en el fondo de la taza y por ese viaje retrospectivo al través de los años que fueron; cuando mira con orgullo el mayor de los hijos, estudiante profesional y baluarte de sus esperanzas; con tristes presentimientos al mala cabeza que le recuerda sus calaveradas juveniles; con planes de matrimonio en embrión, á la mujercita, y con gratitud á su esposa, la sufrida compañera de los años de prueba y los días de lucha! Una de tantas conversaciones difíciles de olvidarse, por la ternura con que brotaron y la religiosidad con que se recogieron; que son como los codicilos verbales de un padre, quien, con la narración, despierta cultos profundos por personas que no conocemos; pagarés de agradecimiento que los hijos saldan

con delicia al vencerse; disposiciones póstumas que se acatan con mayor gusto que las escritas en papel sellado, porque tienen de ejecutores á la nobleza y el sentimiento, sin que se entrometan abogados, notarios ni litigios; una simple palabra que se torna en mandato: "Cuando ustedes encuentren al hijo de Fulano, sírvanle sin vacilar, es un acreedor de beneficios" y nada más, pero basta, aquello se graba y se cumple en oportunidad, es una cadena social de servicios mútuos á la que antecesores y sucesores agregan eslabón tras eslabón aunque pueda romperse, porque á la fin y á la postre, todo se rompe en este mundo.

De suerte que don Luis, movido en un principio por mera filantropía hacia Pedro, vióse después obligado moralmente para con él, se sintió su deudor y ya no perdonó influencia ni recurso para solicitar la defensa, obtenerla, y ver de salvarle por cuantos medios quedaban á su alcance. Consiguió una entrevista con el prisionero para escuchar de su boca los móviles y los detalles de la historia; se le presentó como un amigo antiguo, con apretones de mano y frases de confianza.

—Usted no me conoce pero yo sí, mi querido Pedro. Mi padre trató mucho al de

usted, fueron buenos amigos y fuerza es que nosotros los imitemos; y siguió por ese tenor, le recomendaba la sinceridad en las respuestas, que se abriera el pecho y le contara todo. Iba para defenderle y, podía estar tranquilo, creía conseguirlo.

Pedro contestó con naturalidad á cuanto le preguntaba el abogado, mas entre una respuesta y otra, aventuraba preguntas para acabar de identificarle; también él quería saber quién era aquel caballero que tan desinteresadamente se mezclaba á sus cuitas y que le repetía á cada paso:

—Soy Verde, hombre; ¿no recuerda usted haber oído nunca mi nombre en su casa?

—Pues no he de recordarlo—contestaba Pedro—sí señor y con frecuencia lo hacían.

Pero la verdad era que no recordaba nombre semejante, que ni sospechaba que existiera, que nunca le había oído mencionar en su casa ni en ninguna otra parte. Aseveraba una falsedad, porque sí, porque sabía que es de mala educación desmentir á una persona formal.

—Verde, Verde! murmuraba Pedro, y por más vueltas que le daba al apellido no lograba aclarar nada. Sonreíale á don Luis,

pues que al fin y al cabo no debía importarle la procedencia de un salvador, conociérale ó nó; lo esencial estribaba en que persistiera en sus buenos deseos, que los pusiera en planta y le sacara á él de esas mal afamadas garras.

Mucho le apenó observar que, á pesar de todo, el individuo aquel no le fuera simpático sinó al contrario. Se preguntaba por qué y en vez de argumentos topábase con respuestas tontas, inconducentes, ridículas. Ya era un defecto físico apenas perceptible y que le afeaba un tanto; ya el sonido de la voz, ligeramente chillón en el final de las frases largas, nada, cualquiera pequeñez, mas en realidad, un fenómeno común, una antipatía despótica que viene sin que sepamos el momento exacto de su arribo ni menos la razón de su existencia y que se nos impone, nos subyuga, como todas las pasiones buenas ó malas, que son las plagas incurables del espíritu. ¡Cuántas veces al recibir un favor de importancia no sentimos cierto escozor desagradable! Pedro, comprendía que no era buena su disposición de ánimo, pero no podía remediarla y á fuerza de disimulo obtuvo que el abogado no advirtiera el combate que libraba dentro de sí.

Don Luis, en cambio, estaba encantado con el chico. Le seducían sus modales, el candor de que hacía uso para narrar su empresa y el fiasco de ésta; candor que acusaba la influencia del campo en la educación del mozo. La ciudad le habría hecho más regular en sus dichos y contornos pero muy complicado en sus interiores.

Separóse de él y fué á darse á conocer como el defensor de Pedro; exigió que le mostraran la sumaria, el acta verbal ó los documentos en que apoyaran la acusación; quería enterarse para preparar el discurso y la réplica. Y un capitán encargado del asunto, le significó que pedía mucho; que lo que podían otorgarle en obsequio de su valer, era que charlara con su defenso cuanto quisiera ó cuanto necesitara, porque en materia de papeles andaban escasos.

—Usted comprenderá que en campaña...

Y le acarició en un hombro, hízole un amistoso guiño de ojos y le dejó ahí plantado, alejándose él con la convicción de haberse conducido de acuerdo con la elevada posición de entrambos interlocutores, un abogado y un capitán.

—Pues señor, estamos frescos—se dijo don Luis. De modo que sin ver nada ni ente-

rarme de nada, tengo yo que salvar á este muchacho? Si no puede ser....

Sin embargo, de hacerlo, tendría que hacerlo así. El capitán había hablado con franqueza; ¡qué papeles ni qué ocho cuartos tenían que emplear para llevar á cabo actos y sentencias que nadie revisaba!

Llegó á su casa y comenzó á consultar autores, á acumular citas, en una palabra, á pulir las armas y apercibirse para el encuentro que suponía infructuoso y le apenaba de veras.

Y como todo tiene término en la vida—ella inclusive—la hora del juicio vino á la cabecera con la cruel impasibilidad del tiempo, que no se retarda ni se apresura jamás y lo mismo nos anuncia nuestras tristezas que nuestras alegrías. Para colmo del sarcasmo, la ambulante corte marcial, estaba transitoriamente instalada en el interior de uno de los templos, pues los demás locales á propósito andaban incompletos por la metralla ó reventaban de heridos.

Notábase que apenas habían podido retirar las vestiduras de los altares, las imágenes y los ornamentos. Quedaban rezagados uno que otro florero de porcelana con sus flores de trapo tronchadas y desteñidas por el uso; algunos cuadros á medio descolgar, los can-

deleros sin cirios; un santo apoyado contra la pared, sucio y manco, y el presbiterio del altar mayor clausurado por respeto. Las oleografías del *vía crucis* interrumpidas, en el marco correspondiente á la estación XIV se leía un aviso impreso én francés y firmado por el general en jefe.

El tribunal se estableció abajo del enrejado de madera estucada que circundaba al presbiterio; una gran mesa de la sacristía que servía para que los sacerdotes tomaran su desayuno al concluir de la misa, formaba el fondo, cubierta con un paño negro descolorido y con manchas de cera extendida, de esos con que ocultan los altares en la semana de pasión, doblado en cuatro; los tres sitiales de cuero ennegrecido y abrillantado por el roce, con clavos dorados, que ocupan los tres padres que ofician en las misas cantadas, se destinaron al presidente, al secretario y al fiscal; y los bancos de respaldo y asiento de madera, habitualmente para los fieles, se reservaron para los vocales, para los prisioneros y para los soldados. El público se colocaría donde pudiera.

Se abrió la sesión á la una de la tarde, después del almuerzo de los oficiales que entraron mohinos y mal humorados, la pipa entre los

labios, el kepí sobre las cejas, enrojecida la cara por el principio de la digestión, golpeando los sables con las piernas y mal dispuesto el ánimo por el fastidio que los esperaba. El presidente, que lo era el coronel, llegó el último, acompañado del secretario, subalterno inmediato que procuraba en todas oportunidades bienquistarse con su jefe. Sentóse todo el mundo y al desdoblar el acta y abrir el tintero, advirtieron que faltaba un crucifijo; un grupo se precipitó en su busca, tropezándose y con ganas de ser cada cual el portador. Como no fuera eso lo que dejara de haber, resultó abundancia de la santa figura; eligieron uno, el menos frecuentado por las moscas y se dió principio al acto. ¡Qué cantidad de procesados entraba por la puerta del medio con sólo el postigo abierto para evitar tumultos! Los había de todos grados y de todas edades; dignos unos, insolentes otros, prudentes éstos, desconfiados aquéllos, acobardados los de aquí, enteros y resueltos los de allá. Acomodáronlos sin consideración ni miramientos, agrupados en dos bancos, codo con codo, inmóviles, dolientes; algunos heridos con el brazo en cabestrillo ó la venda de la cabeza, simulaban otros tantos puntos blancos sobre aquel con-

junto medroso y triste. Se pasó lista de los miembros componentes del jurado, primero, de los reos después; se habló en voz baja al intérprete, y principiaron los interrogatorios pronunciados con voz breve y gritona por el secretario, que permaneció sentado. Más que interrogatorios, eran apariencias groseras de formalidad; se confundían las preguntas con las respuestas, los cargos con los descargos, las sentencias con las apelaciones. Perdíanse las protestas de los sentenciados en las frías bóvedas de la iglesia, y mientras los individuos del tribunal permanecían impasibles, familiarizados con ese género de espectáculo, partían de los rincones y de junto á las columnas, ahogados sollozos de inconsolables é ignorados deudos. Se adivinaban hondos pesares en el eco de esos gemidos; se palpaba el efecto de las esperanzas perdidas y de las oraciones sin fruto. La idea del próximo, del inmediato abandono, se dejaba sentir en toda su fuerza; notábase el agotamiento de la resistencia física ante la realidad descarnada y muda, y algún condenado, al escuchar la lectura de su pasaporte á la eternidad, volvió el rostro descompuesto y lívido hacia la apiñada multitud, en busca de canas respetables ó de

una sonrisa amorosa y tierna que le sirvieran de estímulo para consumar el sacrificio.

Tocó su turno á la causa de Pedro, quien llevaba un buen rato de haber perdido la conciencia de cuanto acaecía á su alrededor y no se daba exacta cuenta de que sus pensamientos caminaran muy derechos. Conforme fué escuchando las sentencias de muerte, que se sucedían con orden aterrador, una después de otra y hasta dos á la vez, perdió la confianza que le animara en un principio, aumentósele un escalofrío justificado, y poco á poco, sin advertirlo, entró en una atonía en la que se mezclaban confundidos los recuerdos recientes de su niñez, recuerdos casi siempre sonrosados y dulces, y los horrores que presenciaba. La corte calificaba de bandidos y salteadores á muchos militares que conservaban aún el uniforme, desgarrado, sucio, pero uniforme al fin. Pues á él que no le vestía ¿de qué irían á calificarle? Y se levantó cuando le interpelaron, contestó automáticamente á las generales porque le interrogaban, es decir, dió su nombre, apellido, edad, como se contestan esas cosas, que por lo muy sabidas, nada importa el estado del ánimo para decirlas con claridad y exactitud. Se dejó caer después sobre el banco,

y apretó los ojos, como cuando se espera escuchar una detonación ó recibir un golpe. Ya sus oídos se habían acostumbrado á la voz del secretario y así pudo seguirle en la lectura de su lacónico informe; sobrevino en seguida el momento de silencio de la votación, y se estremeció, iban á resolver sobre su vida! En medio de esa especie de somnolencia que le aletargaba sin dejarle otra fuerza que la de inercia, oyó algo raro, rarísimo; una voz enérgica que clamaba justicia, que invocaba clemencia, siendo lo más raro que la escuchaban con atención supuesto que la permitían continuar y ni la interrumpían ni la mandaban fuera. Abrió los ojos para cerciorarse de que era cierto que se ocupaban de él, que no todo estaba perdido, que podía vivir y que bastaba para ello que aquel señor gritara duro y que los otros se dejaran ablandar. Aunque las sombras comenzaban á posesionarse del recinto, pudo distinguir la figura de don Luis, que accionaba y argüía con verdadero interés, posesionado de la defensa, identificado con el defendido, elocuente y noble. Cómo se reprobaba Pedro la primera impresión de antipatía que sintió por el abogado, y cómo le avergonzaba que de tan generosa manera se la correspondiera! Se

prometió, si salía con bien del atolladero, no faltar jamás ni en pensamiento á un hombre á quien iba á deber la vida; serle fiel y grato y cuanto hay de bueno y de levantado en el pecho de un joven. Impúsose la gratitud como un deber ineludible, y se propuso cuidar y desarrollar con esmero una flor tan rara y delicada. Pedro fué absuelto, más bien por su edad que por los argumentos del defensor, pues, aunque nutridos y científicos, no los entendieron por la maldecida diferencia de los dos idiomas. Quisieron echársela de bondadosos una vez entre mil, minorar los duros calificativos con que los obsequiaban por su crueldad, preparar la estadística de la expedición oponiendo al sin número de fusilamientos, uno de los raros casos de perdón. Pero, en lo ostensible, el éxito se debió á los esfuerzos de don Luis Verde, felicitado calurosamente hasta por los del tribunal.

Acercóse á Pedro, le tocó en el hombro y le dijo:

— Amigo Pedro, está usted en libertad, vámonos de aquí.

Y antes de que pudiera objetarle algo, le agregó que á su casa ¿á dónde habían de ir? En ella le esperaba un acontecimiento solemne acerca del que nada quería decirle, á la

vez que le recomendaba paciencia y conformidad para tolerarle.

Marcháronse del brazo; el abogado con el contento que deja una buena acción en el espíritu del que la ejecuta, si es recto y honrado; y Pedro, ebrio de felicidad, aspirando el aire á plenos pulmones, con ganas de dar gritos ó de brincar en la calle, de hacer algo que le convenciera de su libertad.

Al propio tiempo, salían los condenados silenciosos y por parejas, dentro de una doble fila de soldados que no les permitían ni estornudos en la atmósfera por la inmensa responsabilidad que pesaba sobre ellos. Las señoras y las mujeres — pues los grandes dolores así como los grandes placeres borran las diferencias sociales — los cortejaban con el llanto en los ojos y los sonidos apagados en la garganta. Y se dirigían despedidas mudas y conmovedoras; miradas á la altura; señas en el aire de postreros adioses; besos sugestivos y recomendaciones sagradas, sin lenguaje, sin palabras, con la sola mirada que realiza prodigios cuando dos seres han vivido juntos años y años, con verdadero amor y cambio mútuo de ideas, de costumbres y de impresiones.

Llegaron así hasta la prision general—las

calles ya enteramente á obscuras—y allí, en la puerta, tuvo lugar la separación definitiva, la irreparable, la eterna. Entonces los gritos salieron francos, vinieron los verdaderos ataques de nervios, esos que no pueden engañar porque la paciente cae contra el empedrado con la misma dejadez con que las damas encopetadas lo hacen sobre los divanes y sobre el lecho; en que se ve el craneo abierto, espectáculo horrible, pero no el alma cuando se desgarra, espectáculo más horrible todavía.

Después, nada; la calle desierta, el centinela inmóvil, el mundo en marcha.



IV

La casa de don Luis estaba iluminada ya cuando á ella llegaron el abogado y Pedro.

Un criado antiguo vino á abrir y cruzó con su amo algunas palabras por lo bajo. Apartóse Pedro sin sospechar el origen de misterio semejante. La verdad es que, en el fondo, no le preocupaba mayormente; atravesaba por una de esas crisis de egoísmo que le aislan á uno del resto de sus congéneres, que nos convierten en indiferentes á las claras, y que experimentamos al conjurar un gran peligro ó al realizar un gran deseo. De suerte que cuando le ordenaron que entrara á la biblioteca, que no se moviera de ahí hasta que no se lo indicaran, lo practicó de buen grado, alegre y risueño, deseoso de hallarse á solas para convencerse de su dicha. Se palpaba con delicia y

apoyaba la mano con algo de voluptuosidad en los sitios que comenzaban á desarrollársele, los biceps y los muslos. Después, se reconoció todo el cuerpo por encima de la ropa; estaba ileso, y sin saber por qué, sintióse como no se había sentido más que en una ó dos veces, allá en Villanueva; la primera en que vistió pantalones, y al curar de una singular dolencia que le atacó al cumplir los 14 años y que oyó bautizar de pubertad; opresión de pecho y melancolías sin causa.

Lo mismísimo sentía ahora, una sensación rara, algo así como exceso de fuerzas vitales y de aliento para luchar con lo porvenir, ganas de reírse, deseos de dar puñadas á los muebles, de probar su agilidad y de alabarse su estatura.

Las curiosidades que adornaban la biblioteca de don Luis le hicieron recobrar la calma; parecíanle impagables y exquisitas, de un gusto refinado, y no apartaba de ellas la vista; seducido por la opacidad de los bronces, por la triste blancura de los mármoles, por los reflejos de las armas antiguas, por el conjunto incoherente de las pinturas que, miradas de noche y con escasa luz, pierden la veracidad del contorno y los encantos del colorido para adquirir en cambio una mezcla

fantástica y desvanecida. Le infundían respeto los libros multicolores en apretadas hileras dentro de los armarios, la mesa llena de papeles esparcidos sin orden ni concierto, el contínuo y sordo rumor de un reloj oculto y que no pudo descubrir; y sobre todo, la atmósfera de serena gravedad de que parecen impregnadas tales estancias—gimnasios de la idea—en las que, con ligero esfuerzo, creése percibir las últimas impresiones de una lectura interrumpida y las primeras de una hoja manuscripta con sus tachas y sus enmendaturas de perfeccionamiento, que flotaran por entre el polvo y el silencio.

Á poco, entró el abogado revestido de la forzada seriedad que exigen las conversaciones solemnes, y principió á hablar á Pedro con circunloquios y vueltas á las frases. Ya estaba en edad de aguantar malas nuevas y resistir impresiones dolorosas; en la vida, no es todo triunfos y alegrías, al contrario, son más los contratiempos y los instantes amargos. Y siguió usando del inagotable caudal de lugares comunes que sirven de prefacio á las noticias sombrías.

—¿Desde cuándo no sabe usted de su padre?....

Pedro no quiso adivinar, negóse á dar pá-

bulo á lo que presentía. Sobraban conjeturas á que atribuir el exordio de su salvador; indudablemente se trataba de su padre, pero de su padre bueno y sano, oculto, herido quizá. ¿Y si estuviera agonizante ó muerto? Levantóse trémulo de emoción; olvidado ya del peligro de que acababan de librarle, de su alegría de vivir, de su usufructo de juventud naciente y preguntó:

—Dígame usted dónde se halla, lo que tiene, lo que pasa; yo le juro que seré prudente, pero dígamelo usted.

Estaba allí mismo, en su casa; muy mal herido, desgraciadamente, mas con esperanzas de vida.

—Sobre todo, que no note que usted se encuentra afectado; el doctor que le asiste teme mucho las emociones para él. Domínese usted, ya sé que es difícil, pero no hay otro recurso.

Y condujo á Pedro á la mejor de las habitaciones superiores, la que daba á la calle y que era el dormitorio mismo del amo de la casa. Una gran pantalla sumía la pieza en suave media tinta al disminuir la claridad de un quinqué de petróleo que ardía sobre la mesa de noche, atestada de frascos, hilas y medicamentos. Pedro percibió un pronun-

ciado olor á ácido fénico, y se detuvo en la puerta fúnebremente impresionado; recordó con ese aroma, la cámara mortuoria de su madre. Vencióse y se acercó al lecho de puntillas, para no turbar el descanso del anciano médico, descanso que no debía de ser mucho á juzgar por lo ronco y trabajoso de la respiración. Y se quedó así, parado junto á la cama, ahogando sus sollozos y en muda contemplación de las facciones descompuestas de su padre, hasta que éste abrió los ojos, se volvió de su lado y le miró un instante que á Pedro se le antojó siglo; extendió un brazo, y le tocó como tocan los ciegos ó los febricitantes, con desconfianza y á intervalos; levantó la cabeza para cerciorarse, aventuró la otra mano para afianzar lo que suponía visión, mientras Pedro iba inclinándose, inclinándose, hasta que tuvo que caer de rodillas y, cuando las dos caras estuvieron cerca la una de la otra, se oyó un beso sonoro, poderoso, enlazáronse cuatro brazos y cayeron las dos cabezas sobre la almohada donde permanecieron unidas, muy unidas, empapándose mútuamente en un raudal de desgarradoras lágrimas.

Don Luis, el médico de cabecera y un criado, testigos de aquel transporte, se ale-

jaron con respetuoso silencio. Suspiraban á la par de Pedro, conmovidos, por más que les pareciera naturalmente lógico el que un anciano, herido por los años y por una bala, se muera sin remedio. Pero vaya usted á pensar en esas naturalidades cuando mira de cerca un adiós con colores tan vivos.

Como ciertas expansiones reclaman la soledad, con ella los dejaron. Por mucho que el doctor y Pedro procuraran dominarse, no lo lograban; de suerte que, aunque se retiraban de vez en cuando y se sonreían para engañarse, volvían á abrazarse con mayor fuerza todavía y á confundir su llanto y sus alientos. Al fin el doctor se enderezó sereno, con la conciencia de que aquello se concluía y era preciso aprovechar los minutos; con la fiebre intensa vendría pronto el delirio. Debilitado por el esfuerzo, reclinó de nuevo la cabeza, se atrajo la de Pedro y casi al oído, en voz muy baja que interrumpía á cada período largo, le contó cómo había sabido su prisión y cómo le había dado por muerto, que con mil astucias logró llegar hasta allí para verle siquiera en sus últimos instantes y que, al cruzar de noche la línea de fortificaciones, le habían herido.

— Don Luis ha hecho prodigios por sal-

varnos á tí y á mí y contigo lo ha conseguido, bendito sea Dios! Tú puedes ser más útil á la sociedad porque ahora empiezas, mientras que yo hijo mío, hace tiempo que debí marcharme. Gracias á que lo hago de manera digna y que muero víctima de una causa santa; porque no creas, en el mundo acontece lo que en las visitas de etiqueta, es más difícil la salida que la entrada. ¿Si vieras lo que me entristece dejarte en la peligrosísima edad en que te encuentras? Te tenía yo en una aldea para evitarte el contagio de los grandes centros que encierran enfermedades morales incurables. Continuó dándole consejos, reiterándole recomendaciones, encareciéndole sacrificios; deliciosamente amalgamados los escrúpulos de su edad, el materialismo inherente á sus estudios médicos y los remedios para curar las asechanzas por venir que le sugería su doble vista de progenitor cuidadoso. Le recomendó una ilimitada gratitud para con don Luis; "le debes la vida," repetíale, debía pagar con servicios en relación del recibido.

—Llámale, quiero juntarlos antes de marcharme.

Pedro respondió que sí á todo; juró y rejuró cumplir punto por punto consejos tan

sabios, recomendaciones tan cariñosas, y querer y respetar al abogado como á sí mismo.

Después de la tierna escena en que los juntó y en la que ambos —don Luis y Pedro —dándose la mano se prometieron estrecha y perdurable alianza, el delirio llegó con toda su fuerza á acelerar la separación, como los conductores nuevos que en los caminos de hierro apresuran la partida, y con ella privan á la familia y á los amigos del viajero, de las últimas palabras de afecto.

Tras el delirio vino el momento de calma y lucidez precursor de la agonía; luego ésta, y á eso de las tres de la mañana emprendió el doctor la postrer caminata, tranquilo ante el inconoscible umbral, sin atormentar á los que le rodeaban. Se colocó sobre las espaldas, les estrechó la mano, cerró los ojos, y nada más!

Pedro, á pesar de sus pocos años lloró algo pero pensó bastante. No pudo reflexionar con mucha claridad porque el corazón se le quejaba dentro del pecho; sí adivinaba que había perdido algo muy importante sin poder delinear las consecuencias. Á la vista de aquel cuerpo inmóvil que le fué tan caro, no se familiarizaba con la desconsola-

dora idea de una separación absoluta; su criterio de niño le aseguraba que volverían á verse. Mientras tanto se sentía en el aire y permanecía quieto, para impedir que el menor movimiento le devolviera á la realidad que presentía inexorable y descarnada. Viniéronle ímpetus que no pudo reprimir, de hablarle y moverle; se acercó á un oído y muy piano, murmuró:

— Papá, papacito!

Y el oído permaneció sordo. Levantóle un brazo, le sacudió, y en cuanto le soltó cayó inerte sobre las sábanas. Entonces principió á penetrar la convicción de que era un asunto terminado; que en un minuto había perdido quizá para siempre, un ser inolvidable, que no le vería más; que á poco habría que encajonarle, que dejarle solitario y aislado en medio de cuatro cirios amarillentos y quejumbrosos.

Por fortuna para Pedro, y gracias al mundo y á las ideas de don Luis, no hubo que lamentar los detalles vulgares que desnaturalizan lo imponente de un fallecimiento. No hubo parientes que dieran órdenes, ni hubo extraños que censuraran intimidades; no hubo repartición de cabello, anillos y demás prendas del finado; no hubo cirios pernicio-

sos que precipitaran la descomposición cadavérica; no hubo redacción de esquelas mortuorias en asamblea, no hubo nada de esto. Le dejaron con el cadáver de su padre cuanto tiempo quiso permanecer en tal compañía, sin importunarle y sin desampararle; don Luis sentado á sus espaldas, el médico en la pieza siguiente y los criados rondando por los corredores. Los balcones abiertos tenían los transparentes descorridos que se hinchaban en su lucha contra el viento para que entrara disminuído dentro de la habitación.

Cerca de la madrugada y después de oir las prudentes advertencias del médico, don Luis se acercó á Pedro y sin darle la cara ni entrar en consideraciones fuera de lugar, pero con la voz conmovida le preguntó:

—¿Quiere usted vestirle?

Pedro por única respuesta le estrechó la mano y comenzó en seguida á desabrochar la camisa de su padre con igual delicadeza que si le tuviera vivo; alzábale la cabeza con cuidado sumo y se la volvía á reclinar muy poco á poco, como se hace con los enfermos y con los niños que duermen; en apariencia temeroso de lastimarle y en su interior, convencido del disparate que se le imponía por

un instinto de afecto, que cuando existe de veras, comete mil tonterías disculpables y encantadoras. Hízose la vestidura sin hablar, en poco tiempo y con pericia; don Luis y el médico que no andaban tan afectados como Pedro, enmendaban los yerros de éste y colocaban las prendas en su debido sitio. Concluída la triste operación, el facultativo se eclipsó sin despedida para ahorrar agradecimientos, y don Luis indicó á Pedro la conveniencia de que descansara un rato.

—¿Por qué no se recuesta usted?—le dijo. Y al notar que el chico se obstinaba en no separarse de ahí, no insistió, encendió un cigarrillo y salió á fumarle al balcón.

Pensaba en lo que la suerte reservaría á ese muchacho que se encontraba de pronto y por una funesta casualidad, dueño de sus actos y perfectamente irresponsable por ellos, fueran los que fuesen; con la agravante de poseer también una pequeñísima fortuna que desaparecería en la primera calaverada. ¿Y después? Según presumía, sus parientes eran ó muy escasos ó inservibles y nocivos. Era lástima no encontrarle quien con maña, supiera investirse de razonada autoridad y le condujera por las diversas y encontradas sendas de la vida, hasta sacarle á flote y

hacerle que se aprovechara de sus privilegiadas facultades. Por un instante reflexionó en las ventajas y desventajas que le ofrecería á él la adopción de Pedro; quedóse suspenso, irresoluto, temeroso de la responsabilidad inmensa que se echaría á cuestas, y temeroso de que le retribuyeran su buena obra con alguna ingratitud; pues aunque el chico no manifestara sentimientos ni ideas torcidas, ¿quién podría garantizarle que no cambiara con el transcurso de los años? ¡Tiene tanto riesgo la criatura mejor intencionada cuando llega la lucha con sus semejantes y con las pasiones sobre todo! Cierto que parecían llamados á jamás encontrarse dentro de una órbita común á entrambos; la diferencia de edades *casi* los ponía á salvo de ese conflicto. Pero el tal *casi* se le atoraba, le inspiraba terror; como le inspiran las máscaras insolentes que insultan en los bailes públicos, porque se adivina debajo de la careta una persona desconocida y soez con la que no puede tenerse ni un simulacro de lance serio. Mas, si sus temores resultaran infundados? Si Pedro en vez de cambiar, le consagraba un afecto duradero y franco, con sus nubecillas, claro, ninguno deja de tenerlas ni el de padres á hijos y cuidado que este es el número uno, el modelo,

¿por qué ahogar en flor tan generoso impulso? ¿No esas nubecillas son ligeras, ineludibles cuando dos caracteres viven juntos, y en ocasiones hasta benefactoras? Lo que por el pronto importaba saber era si Pedro aceptaba y en qué términos. Creíale muy delicado y no le parecía cuerdo entablar las difíciles negociaciones con un rasgón á esa misma delicadeza. Si el asunto se realizaba según sus deseos, prometíase sacar un mozo de provecho; le daría carrera, la que le gustara, siempre que no fuera incompatible con sus facultades; le convertiría al racionalismo, la sola escuela posible para los espíritus superiores, y se pasarían el tiempo sin sentir, en la mejor armonía, y quién sabe si no hasta escribirían juntos algo muy meditado y muy nutrido aunque llevando caudal diverso: él, su experiencia, sus vastas lecturas; y el otro, sus estudios recientes y su juventud, que es la mejor salsa para cualesquier obra.

Lo que es la guerra actual se concluiría, y el imperio también. Vendría en seguida para el país la buena época, la de convalecencia, la de reacción, y cual siempre acontece, tocarían á la generación nueva los mejores frutos.

Permaneció así un buen rato, recargado sobre el barandal del balcón, abandonado á

sus reflexiones y á sus sentimentalismos; lleno de planes y de proyectos á cual más halagador y realizable; soñador y abstraído. Avivábasele el recuerdo de los desengaños vistos y sufridos, de las ingratitudes cosechadas y de las malas partidas que él había ejecutado con ó sin voluntad. Era un avivamiento considerado, que no le hacía daño; con cierta dulzura en los detalles crueles y mucha atenuación en los perfiles duros. En cambio, el recuerdo de las acciones buenas era luminosísimo, con pormenores radiantes y móviles laudables. ¿Qué cuesta obrar bien —pensaba—aunque la humanidad en general y el beneficiado en particular no lo merezcan ni lo agradezcan tampoco? Hay placer en obrar bien, no me cabe duda ¿cuántas veces no lo he experimentado? lo mismo yo que cualquiera, por egoísta y endurecido que esté. Y si nó, ¿qué otro nombre darle á la sensación que nos recorre todo el organismo cuando alguna noche en que la lluvia ó el frío, nos obliga á marchar de prisa después de un baile, de una función de teatro, de una visita prolongada y nos sale al paso una mujer tiritando, con una criatura en los brazos y otra de la mano, nos estorba el camino con la terquedad de la miseria,

nos pide una limosna y nos da las gracias cuando recibe una moneda que le abandonamos sin reparar en el tamaño ni en el metal? Sin embargo, nos obligó á desabrigarnos con gran riesgo de atrapar una enfermedad; nos ha cortado bruscamente el hilo de nuestros pensamientos, es decir, nos ha traído á la vida real, pero ¿de qué manera? mostrándonos sus harapos y sus desnudeces, sus congojas y sus hijos. No la reñimos por ello, al contrario, la damos las buenas noches con respeto, porque estamos solos y no hay miedo de que nos censuren los espíritus fuertes sin contrata que forman nuestras relaciones diarias; todavía al concluir la calle, volvemos compasivamente la cara y distinguimos el grupo que se aleja pegado al muro, desvanecido por la distancia y por las intermitencias del alumbrado, sin ruído, como se alejan los que sufren y los que lloran. Uno continúa pensativo, meditabundo; deseamos que pronto se sistemen los asilos nocturnos; en ese instante, hasta contribuiríamos con respetable suma. Pronto olvidamos y de nuevo nos recreamos en lo que era la preocupación anterior: las últimas notas escuchadas en el coliseo; unos ojos lindos que nos miraron en la tertulia, ó las

facciones de la querida cuyo perfume conservamos aún en la solapa del abrigo, en donde reclinó su cabeza al regalarnos el beso de despedida.

En escala ascendente seguía pensando don Luis—también experimentamos placer al aliviar la suerte de una familia venida á menos, de un matrimonio sin suficientes recursos ó de un desconocido que se ahoga. Sólo exceptúo á los ricos vanidosos y á los gobiernos que ofrecen hospitales amueblados y grandes establecimientos de beneficencia reglamentada, los primeros para que se hable de ellos y los segundos para que no se hable. La caridad legítima, la de 18 quilates, es modesta y asustadiza; no gusta de exhibiciones ni de bombos, mientras más la ignoran más contenta se queda.

En estas y otras divagaciones se hallaba don Luis cuando el sol se asomó por las azoteas; y el aspecto bullicioso del despertar de la ciudad le distrajo unos momentos más.

Los barrenderos con su escoba, las criadas con su cesto, las burras y las vacas de leche con su campanilla y con su cría; los repartidores de periódicos que diestramente entran los doblados diarios por los intersticios

de los zaguanes; las puertas que se abren y las que se cierran; los semblantes adormecidos todavía de los transeuntes; un coche que otro, que se retira con lentitud al paso doloroso de los jamelgos que expiran casi; los gendarmes que apagan y revisan su linterna; los higienistas que caminan á grandes zancadas, sin abrigo, el sombrero en la coronilla, afable la cara, enorgullecidos de abandonar el lecho tan de mañana y mirando con desdén compasivo las entornadas maderas de ventanas y puertas y á los infelices trasnochadores que salen de sus picos pardos ó azules — según sea quien los califique — medio corridos, con las manos dentro de los bolsillos, levantado el cuello del saco, arrugados los ojos para que menos los lastime el ex ceso de luz. Luego, los vendedores ambulantes de bizcochos y panes; los carros cargados que hacen temblar los vidrios de los edificios; los primeros tramvías que pasan como una exhalación, desiertos, recién lavados, con el conductor que concluye su peinado y el cochero que comienza su desayuno; las tiendas al por menor que lustran vidrieras y suspenden rótulos; y en general, ese barullo peculiar á los centros poblados, le retuvo en el balcón.

Á unas cuantas calles, el campamento francés con su multitud de tiendecillas de lona parecía una parvada de enormes aves blancas que se alistaran para tender el vuelo.

Don Luis se resolvió á entrar y hacer que Pedro descansara; debía hallarse derrengado por las múltiples aventuras de los últimos días. No quiso hablarle entonces de sus proyectos; faltaban de cumplirse las embarazosas formalidades del encajonamiento y del entierro. Después, cuando fuera más oportuno, trataría de convencerle.

Levantó el transparente y se quedó inmóvil ante la escena que presenciaba. Pedro sentado en una silla á los pies de la cama, daba el frente al cadáver y dormía apaciblemente con la cabeza caída sobre el pecho. Se conocía que por la soledad, el sueño había dado cuenta de su tensión nerviosa.

¡Qué contraste! Aquel anciano muerto, con un pañuelo sobre el rostro que se movía á impulsos de la brisa matutina, el vientre que principiaba á hinchársele, las manos cruzadas sin el menor vestigio de sangre, amarillas y afiladas, y aquel niño dormido y abandonado, con la cara teñida de grana por la postura, estremeciéndose de cuando en cuando por el dolor que debía acompa-

ñarle en su sueño; dolor que no le abandonaría en mucho tiempo, el indispensable para cicatrizar y nó borrar la honda herida.

Dejó caer el transparente sin ruído para no despertarle y para evitar que el sol, en su insaciable curiosidad, fuera á entrometerse en el asunto y á iluminar detalles que entristecen.



V

PEDRO que nunca fué muy expansivo, acabó de adquirir después de su desgracia, un tinte de profunda seriedad.

Pasó los días inmediatos reconcentrado y solo, pues aunque asistía á las comidas de la casa, ni conversaba ni comía mucho tampoco, lo necesario para no aparecer descortés y para no quedarse sin alimento.

En la tarde del entierro, que no tuvo más acompañantes que el abogado y el médico, no pudo impedirse que Pedro concurriera al acto. Aparte de su entereza, que era visible, declaró la intención de acompañar á su padre á la última morada; lo creía un deber y se había jurado de cumplirle.

Con un carruaje bastó, pues, para los dolientes, que se acomodaron dentro de él cuando el carro fúnebre se puso en marcha; corrieron las cortinillas y emprendieron esa

carrera tan mortificante, que se emprende en diversas ocasiones con compañías varias. No se hablaban, y para disimular lo embarazoso de la situación ofrecíanse cigarrillos en silencio y apenas si les tomaban gusto, distraídos con las calles que cruzaban, por más que de memoria se las supieran, y con las detenciones involuntarias del convoy. Pedro no iba satisfecho; á cada intermitencia de su pensamiento se ponía á reflexionar en esos dos señores, comprendía que á pesar de sus esfuerzos no se asimilaban su dolor, que era sólo de él, sin accionistas ni copartícipes. Le acompañaban por afecto y por fórmula; el afecto que siempre inspira un huérfano y la fórmula de la costumbre. Se arrepintió de que la inhumación se llevara á cabo así y generalizó de ahí que debía eliminarse de los entierros ese elemento indiferente y extraño, observado por él una ó dos veces en su vida, con horror instintivo. Recordó los casos; la muerte de un tío suyo primero y la de un amigo de su familia, después; mucha gente en ambos que se dividió en grupos de á cuatro personas y ocuparon los coches de acompañamiento. Como él era chico, se coló en el primero que pudo y nadie le hizo caso; desde su lugar notó he-

chos y dichos que no le chocaron entonces por creerlos naturales y que ahora se le reproducían. Sus vecinos de vehículo rieron y charlaron durante el trayecto, que daba gusto; de todo se ocupaban menos del muerto y de él, de Pedro, á quien no sospecharon de la parentela. Llegados al cementerio permanecieron sosegados mientras la caja resbalaba en la fosa, y al reunirse de nuevo, en la puerta misma de la necrópoli, se llamaban á gritos, declararon que aquello los reventaba, que para tales tristezas sólo los muy allegados al difunto estaba bien que asistieran, y se pusieron á alabar su propia salud, su fuerza física, sus probabilidades de longevidad; atemorizados de lo que acababan de ver, por donde todos tenemos que pasar más tarde ó más temprano. Aún veía Pedro la cara que le pusieron cuando confesó que era sobrino del enterrado! Aún veía el semblante de todos, hasta el de los cocheros, que se alcanzaban y sonreían cual si les hubieran quitado un peso de encima.

Se interrumpió de pronto en sus recuerdos porque creyó desnaturalizado el pensar en algo más que en su padre y en la desgracia inmensa que los había dividido para siempre. No sabía que así somos todos; que es muy

común en medio de un gran dolor, tararear involuntaria y mentalmente un trozo de música juguetona; que un asceta se mire perturbado en sus prácticas piadosas, por el recuerdo candente de una mujer desnuda ó por el de los tibios y castos besos de su primera novia, y el que contestemos de acuerdo á una persona mientras pensamos en otra.

Ya en el camposanto, Pedro tuvo una infinidad de sensaciones, y se concibe, pues hay sitios que por su sola gravedad las originan. Además, su estado moral le aumentaba la *acuidad* en la percepción, de lo que resultó que la mayoría de monumentos ostentosos no le conmovió; nada le significaban las capillas y las cruces de mármol, las columnas truncadas ó completas, los ángeles vigilantes ó apesarados, los bustos y las esculturas. Pero en cambio, las tumbas sencillas y especialmente las que ostentan por todo adorno una corona modesta ó un tiesto de flores baratas, le hablaban un idioma que acababa de aprender y que sólo entienden los iniciados; idioma tierno que le enumeraba un mundo de sufrimientos ignorados, de torturas en la soledad y en la noche, como las suyas. Se recreaba en esa elocuencia póstuma, la valorizaba y se propuso imitarla.

Concluída la ceremonia que presenció emocionado hasta en los detalles más nimios, se hincó sobre el sepulcro recién cubierto y rezó alguna oración trunca que le vino á la memoria, convencido de que obraba bien, que procedía una oración cualquiera, y de que es indispensable que exista un más allá.

Finalizaba la semana cuando nació un notición que se extendió cual reguero de pólvora, que no quería creerse, mas se comentaba á escondidas con alegría infinita y exclamaciones sofocadas; que hizo revivir las esperanzas difuntas y mató los desencantos.

Jamás pudo averiguarse quién fué el primero en saberlo — pues era notoria la reserva en que los interesados procuraban mantenerlo — pero el caso es que en un instante se difundió por calles y casas, que se olvidaron rencillas y diferencias de poca monta para aunarse con el regocijo público, que aunque muy contenido, delatábase en la más insignificante conversación y en el saludo más frío.

¡Sobre que se trataba nada menos que de la evacuación de las tropas francesas y no así como quiera, de la cabecera ó del estado, sinó de la república toda!

Don Luis, por sus relaciones é importancia, supo el hecho con detalles ignorados del

vulgo y que revelaban la razón de ser de medida tan inesperada como agradable. Lo comunicó á Pedro, de sobremesa, con reservas y preguntas, en la firme creencia de que ahí estaba la oportunidad propicia para que sus planes cuajaran.

— ¿No sabe usted la gran noticia?—le dijo.

— Si señor, esta mañana me la contó el criado, pero no he querido creerla por lo inverosímil y halagüeña. ¿Es cierto que se marchan?

— Ciertísimo, indudable, próximo! Y no crea usted que se marchan por arrepentidos ó por filántropos, no señor; se marchan porque ya no pueden más, porque allá los diputados están chillando y aquí la torta les cuesta un pan, porque han adelantado muy poco, y si tienen sojuzgada la mitad del país les falta la otra mitad, y el día en que sojuzguen ésta se alzará en armas la que ahora está vencida y sería el cuento de nunca acabar. Hemos estado jugando á las escondidillas y los encargados de buscarnos comienzan á cansarse. En cuanto ellos se vayan, estoy seguro de que el imperio se irá también y entonces habrá que tomar resoluciones maduradas y definitivas.

Pedro le miraba con atención, interesado

por su lógica familiar y convencido de la veracidad de sus dichos. El abogado supuso llegada su hora, y sin variar de tono, trazando arabescos sobre el mantel con el tenedor, exclamó:

—Usted ¿qué piensa hacer?

Quedóse Pedro en suspenso, sin hallar respuesta, porque no le había ocurrido formularse pregunta tan indicada; en efecto, ¿qué haría? Y cual si consigo mismo hablara, repuso:

—Pues no lo sé todavía!

Entonces don Luis comenzó el desenvolvimiento de su proyecto, calmada la voz y convincente el ademán. ¿Por qué no se quedaba con él, por algún tiempo á lo menos, mientras se formaba enteramente? Aún estaba en muy buena edad para seguir carrera si por ahí le tiraban sus inclinaciones; y si le permitía un consejo, le manifestaba que la peor de las locuras sería que regresara á su encierro de Villanueva. Lo cuerdo era realizar su modesta hacienda y con el producto proporcionarse la otra, la que nunca concluye, ni teme incendios, ni la asustan terremotos, ni robos, ni saqueos: la hacienda intelectual. Nada más que ésta no puede adquirirse en las aldeas; hay que domiciliarse

en las ciudades, codear á los fabricantes de las ideas grandiosas, vivir su vida agitada y nerviosa, beber en las fuentes generadoras, conocer las pasiones ajenas, contener ó dar curso libre á las propias y aprender, cuando el tal aprendizaje no resulta contraproducente, en los libros á estimar á los hombres y en los hombres á estimar á los libros. Tampoco opinaba porque permanecieran ahí, en un rincón de provincia; tenía decidido marcharse á Méjico en cuanto la situación se definiera y, como ya veía, pronto iba á definirse en sentido favorable. El paso era grave y por lo mismo, le daba tiempo necesario para que le reflexionara.

Como Pedro se quedara impasible, volvió él á la carga, á encarecerle las ventajas enumeradas antes, á sugerirle una incondicional obediencia.

Pedro no sabía qué responder ni qué determinar, entre otras razones, porque no atinaba con la completa magnitud de la propuesta. Escuchaba aquello y se quedó á obscuras; se repetía los conceptos para ver de sacarles el mayor jugo, y nada; acontecíale lo propio que á los oyentes de narraciones de viajes ó de aventuras, que á fuerza de fuerzas, se forjan las ciudades y los amores como les pa-

rece, y el día en que conocen las primeras ó sienten los segundos, se convencen de que andaban muy desacertados en sus figuraciones. De lo que sí estaba convencidísimo era de que, en efecto, conveníale mudar de horizontes, ilustrarse, conocer gente, edificios y ¿por qué no confesárselo á sí mismo? conocer sobre todo mujeres y mujeres elegantes, que olieran bien y quisieran mejor, cual debían serlo las de Méjico, capital del país al fin. Su juventud naciente le exigía el cumplimiento de sus prerrogativas, le esbozaba para lo futuro esas mujeres peripuestas y amables que habían de existir como una necesidad de la moda y una resultante del progreso que desconocía aún. Se sintió con deseos carnales vivos y exigentes de frecuentar damas distinguidas que no se parecieran en nada á sus pocas conquistas de la aldea; á las muchachas hurañas y robustas que defienden su montaraz castidad con remilgos y coces de irracionales; con las que hay que luchar á brazo partido en el silencio del crepúsculo y en la soledad creadora de los campos sembrados, aprovechando el cansancio que las imprime la ruda labor ó los ardores incitantes de la canícula, la excitación que nos despiertan las bestias con sus públicos ayun-

tamientos ó ese malestar ligeramente lascivo, que nos producen los efluvios de una tempestad antes de resolverse en recia y descompasada lluvia. Entonces se las acosa, y se convierte el asunto en verdadera persecución, para triunfar, cuando se triunfa, jadeante y mal humorado, hollando inocentes mieses y espigas doradas que se juntan para censurar tanto impudor y tanta barbarie. Él quería otra cosa mucho más delicada, que comenzaba ya á perturbar sus sueños de adolescente de buena casta.

Después, consideró en su imaginación lo que debía ser Méjico, algo primoroso y extraordinario, supuesto que todo el mundo se hacía lenguas en su obsequio; y experimentó aspiraciones que le nacían espontáneas y lozanas; replegó su dolor; calculó que su padre mismo se habría decidido á sacarle de Villanueva alguna vez; que al abogado le sobraba razón para aconsejarle lo que le aconsejaba y que él, Pedro, debía aprovechar la cariñosa oferta, acogerse á aquel señor que parecía resuelto á labrarle su ventura y que le serviría de piloto para evitarle que se estrellara en los escollos ó que se ahogara entre las encrespadas ondas de su próxima y nueva residencia.

Don Luis, en tanto, recorría un periódico con la mirada sin distraer al muchacho de sus meditaciones, hasta que éste se enderezó, apoyó los codos en el mantel y le dirigió la palabra.

—Pues señor licenciado, acepto y acepto agradecido; me entrego á usted, le doy carta blanca para la realización de mi diminuta herencia y para el arreglo de los preparativos indispensables. En cuanto á la carrera que deba yo seguir, ¿cuál cree usted que me convenga más? Seguiré la que usted me indique.

Dobló el diario el abogado, consideró á Pedro de una manera investigadora y tenaz, acariciándose el bigote y recostado en la silla. Principió á volver y revolver el tema, á presentársele por entrambos lados, el pró y el contra; colocaba al lado de las ventajas mencionadas, las desilusiones y las amarguras; lo que es la lucha no ya por la vida vegetativa, sinó por la existencia social; lo que hay de falso, de desconsolador y de horrible en cada contratiempo sufrido y en cada contratiempo por sufrir; lo difícil que es colocarse en un medio adecuado y mantenerse en él; lo que hay de bajo y de rastrero en las ascensiones rápidas y lo que hay de digno y á las

veces hasta de sublime en las caídas diarias sin anuncio previo ni cortejo póstumo.

—De la política, no quiero ocuparme pues me conformo con que la mire usted de cerca; es asquerosa. Respecto á lo de la carrera mejor, poco podré decir á usted. No sería imparcial, porque estoy encantado con la mía sin dejar de conocer que también las otras abundan en atractivos y en ventajas. Por fortuna, no es muy urgente nuestra resolución; venda usted primero su patrimonio, curse después los estudios preparatorios y siempre nos sobrará el tiempo para decidirnos. ¿Está usted conforme?

Si que lo estaba y de sobra; las ganas de emprender el viaje le subían de muy adentro y tropezaban en el estómago y en la garganta, donde se le anudaban. Quería llorar, abrazar á don Luis, largar discursos y opiniones progresistas, y resolvió observar, á partir de entonces, una conducta modelo y no separarse de los libros en circunstancia ninguna. ¿Cuándo se marcharían?

— Pronto; en cuanto se marchen los franceses y triunfe la república — contestó el abogado. Y suficientemente discutido el plan, levantaron la sesión, en secreto entusiasmados el uno por el otro.

VI

Los franceses á los pocos días ya no ocultaron su partida; les era imposible por las maniobras ruidosas y los preparativos públicos á que tuvieron que entregarse.

La población no disimulaba su regocijo; le contenía y aplazaba el estallido para oportunidad mejor, limitándose entre tanto á convertir en paseo los alrededores del campamento; en observatorios concurridos y perennes las puertas y balcones inmediatos á él; en centros de reunión las esquinas de las calles, las farmacias y las tabaquerías; en piezas de baile — arregladas por humilde guitarrista — los toques militares del enemigo; en relativas cualidades los defectos salientes de sus jefes, y en premio gordo de lotería providencial el que se volvieran á su país. Mirábanlos ahora más de cerca, más en confianza; algunos fotógrafos ambulantes

les asestaban la cámara obscura en los momentos más solemnes de su vida privada, y resultaron retratos de franceses en todas las posturas y en todos los trajes. Se compuso una canción alusiva que se vendía clandestinamente por lo irónico del título, pero que gustó tanto, que en las escuelas municipales se les enseñaba á los desarrapados educandos para que la entonaran en coro el día de la liberación territorial; intitulábase: "¿Con que te vas y me dejas?" y aunque andaba á bofetada limpia con la literatura halagó de tal modo el espíritu patrio, que hasta las personas formales la canturreaban en las visitas y en las calles.

En cambio los franceses no parecían muy contentos; ¡es tan fácil acostumbrarse á las delicias de Capua en las poblaciones ocupadas militarmente que, después de la lucha y de las ansiedades, de las heridas y de las maldiciones, de la sangre y del humo, se creían con buen derecho para disfrutarlas por vía de justísimo resarcimiento! Acaecía con ellos lo que con los invasores pasados, presentes y futuros; que por patriota que sea la tierra que ocupan, siempre encuentran mujeres que por ellos se pierdan, que se les entreguen, que los adoren por su calidad de

hombres y no de invasores. Hubo en la ciudad sus historias, sus escándalos y sus amoríos; que si la señora de tal aprendía el francés con el capitán cual, que si la niña fulana no encontraba feroz sinó al contrario, al subteniente zutano y que si la sirvienta de al lado asistía á un asistente con más liberalidad corporal que la permitida entre gente de buen vivir. Lo inevitable, lo que pasa en cualquiera parte con identidad de circunstancias. Y un toque de corneta venía á destruir los idilios empezados, los proyectos de fusión de dos bandos enemigos, las caricias en la sombra y los placeres ilícitos ¡cómo, pues, habían de estar contentos con perderlos! Tal vez quedarían algunas mujeres deshonradas, algunos chicos sin padre y desventurados para siempre ¿qué remedio?

Las invasiones armadas, como compensación horrible, dejan tras de sí muchos hijos sin nombre; matan al llegar pero crean al partir; y aunque tan inmoral sea lo uno como lo otro, los partidarios del aumento incondicional de la especie para beneficio de las naciones, no tienen de qué quejarse.

Pedro persistía en su entusiasmo que iba creciéndole conforme aumentaban los ruidosos preparativos de la retirada del extran-

jero. Cada regimiento que llegaba á la cabecera para completar la brigada y continuar luego á la capital, le significaba un paso adelante que él enderezaba á la misma. Día por día se acentuaba el acumulamiento de tropas, que arribaban de las villas y de los pueblos del estado para reconcentrarse. Al mirarse reunidos de nuevo, oficiales y soldados se interrogaban sobre las peripecias de la campaña y las bajas de las filas; ¿qué se habían hecho sus anteriores ocupantes?

—Y la respuesta siempre la misma: muertos!

Aquellos hombres familiarizados con el peligro, que lucían marciales arreos y fisonomías viriles, se enjugaban una lágrima que otra consagrada á la memoria de los desaparecidos. En obsequio de la verdad, muy pocos hubo que se las dieran de indiferentes y que acompañaran la noticia de un fallecimiento con apretones de cuello y visajes de agonía. Hasta el piquete que ocupa á Villanueva llegó incompleto; faltábale el cazador inmolado por el tío Lucas.

La enojosa cuestión de los alojamientos contristó un punto á los habitantes de la cabecera, pero al cerciorarse de que la marcha final no tardaría, cambiaron en el acto de

parecer. Ni quien pensara en poner una mala cara á la multiplicación de huépedes ¿ponerla mala si se la sentían como unas pascuas? Declaróse de buen tono tener varios alojados, y eran de verse las emulaciones entre las familias. En cuanto se repartían las boletas por el cuartel-maestre, se asaltaba á los poseedores, se les arrebataba la hoja para leerla más pronto, indicar la casa, su número, y en caso de duda, acompañar algunas calles al favorito para economizarle una equivocación ó un extravío. Sucedió lo que era natural que sucediese, que fué menor el continente que el contenido, hubo que recurrirse á los edificios públicos y que doblar y aún triplicar la dosis en los particulares. Á don Luis por soltero y acomodado, le recetaron cinco nada menos, que alojó convenientemente pues que, al fin y al cabo, la molestia y el gasto desaparecerían en una semana. Aconsejó á Pedro que se marchara entonces á Villanueva para vender sus propiedades; por fuerza encontraría compradores, que nunca faltan prudentes que sepan aprovecharse de las situaciones sin salida.

Y á la mañana siguiente, muy de mañana, Pedro emprendió el viaje en un buen caballo de don Luis, quien además le acompañó

hasta la salida de la ciudad. El primer movimiento de Pedro, al pisar la llanura, fué dar rienda suelta á su propia fantasía y á la bríosa cabalgadura que montaba. Se abandonó á esa especie de ebriedad que comunica una carrera al través de los campos en horas tempranas y frescas; cuando la yerba se despierta y, extremecida de vergüenza, se despide del rocío, su compañero de sueños que se marcha indiferente y filósofo, acostumbrado á las veleidades femeninas, para volver esa noche, y la otra y todas á reanudar unos amores fecundantes y eternos, amparado por la obscuridad y por el misterio; cuando el sol no nos acalora todavía, entretenido en retozar un instante en la cúspide de las montañas y en la copa de los árboles, como los chicos que, antes de llegar á la escuela, se estropean y divierten en las calles adyacentes; cuando el aire sobrecargado de oxígeno y de aromas, nos fortalece los pulmones y nos colora el rostro; cuando se respira con delicia y el horizonte nos sonríe; cuando la atmósfera está diáfana y el cielo azul, y azuzamos al caballo, retiramos nuestro sombrero, reímos á solas, envidiamos á las aves y creemos en la felicidad.



Nuestro cansancio y la respiración fatigosa del animal nos obligan á disminuir los bríos; refrenamos el caballo, acortamos su paso, y continuamos la ruta de nuevo engolfados en nuestras anteriores preocupaciones. Concluyó el minuto de olvido y el cerebro vuelve á enseñorearse de nosotros como nuestro natural y perdurable dueño. Así fué que Pedro risueño y contento en un principio, volvió á su melancolía, muy disminuída y muy benigna por las reminiscencias que el camino aquel le revolvía en la memoria. Veía sin quererlo, las incidencias del último viaje, antes de que le prendieran los franceses, y casi narraba su aventura á las veredas y pendientes de ese mismo camino que al dedillo conocía. Poco antes de entrar al pueblo, sobre un montón de arena, encontró enclavada una tosca cruz de madera, y se descubrió en el momento, sin sospechar por quién habrían levantado el rústico mausoleo; sabía que las cruces en los caminos indican muerte, y por piadosa costumbre se descubría.

Villanueva estaba con su aspecto normal; las casucas de los campesinos en perfecta integridad; las pocas de piedra y la modesta parroquia sin huellas de balazos; no se des-



cubrían ruínas, escombros ni desperfectos, y á no mirarse aquí y allí cenizas de hogueras extintas, el jardín destruído, y unos muchachos que arrastraban una bota granadera, agujereada en la suela y sucia en todos lados, nadie habría creído en una estadía de tropas en el lugarejo. Los chicuelos reconocieron á Pedro, abandonaron su inmundo juguete y se le acercaron encogidos, los dedos dentro de la boca, temerosos de su antiquísimo colega, quien les llamó por su nombre recomendando que no se acercaran mucho al caballo; les pedía informes, noticias ¿qué tal sus familias? ¿y los franceses? Los muchachos se dividieron; unos rodearon á Pedro y según su leal saber y entender, contestaban el interrogatorio; los otros, echaron á correr á sus domicilios respectivos para comunicar la novedad que anticipaban con destemplados gritos:

—Madre, madre, que el niño Pedro ha llegado!

Y salieron las mujeres sorprendidas en lo más arduo de sus faenas, con los brazos desnudos, los delantales recogidos en la cintura y las manos sobre los ojos para divisar desde lejos al recién venido. Le rodearon no obstante las protestas del caballo que se en-

cabritó con la algazara; bajáronle de él en vilo, sin miramiento á su ropa negra ni á su tristeza, guíadas por el cariño que le profesaban. Se le pasaban de una á otra cual si fuera mueble de todas; le besaban y le acariciaban, á pesar de estar ya bastante crecido, y una de las mas rollizas le arrulló en su regazo.

Por poco le ahogan!

Él no se oponía; se dejaba hacer agradecido de la manifestación, mallugado por las manifestantes á las que indistintamente acariciaba extendiendo los brazos que iban á caer donde Dios quería, lo mismo en los lugares que defiende el pudor que en los abiertos para las efusiones amigas; pero todo sin malicias ni de la parte suya ni de la parte de ellas. Bonitas ellas para tolerar una falta, y en cuanto á la inocencia de sus procederes baste decir, que le habrían abrazado igual viéndole llegar de padre de familia con la esposa al lado; á lo sumo, incluirían á la señora y los herederos en la cascada de halagos y de mimos.

Hasta que se fatigaron no le depositaron en el suelo; entonces repararon en el luto que llevaba y entre sí se miraron por no explicarse tanto trapo feo.

—¿Por qué vistes así? ¿Se te ha muerto algun pariente de la cabecera?

Abierta la mal cerrada herida, Pedro entre abrazos y sollozos, las confió la catástrofe. Hubo gritos y aspavientos y repreguntas. ¡Si no era posible! ¡Si parecía mentira que así, en tan poco tiempo, se hubiera muerto el doctor, el médico de ellas y de sus gentes, el médico de todo el pueblo. Y ¿cómo había sucedido la desgracia? Pobrecito de Pedro ¿qué iba á hacer con la casa, la huerta y los muebles? En su rusticidad mezclaban los dolores del huérfano con las dificultades del legatario y las ambiciones del vendedor. Tuvo Pedro que narrarles en pocas palabras cuanto le había acaecido; su aprehensión, el juicio, la absolución, y la muerte de su padre, y tuvo también que desengañarlas; cuando de veras se ha querido al que nos deja, nada importa lo que haya podido obsequiarnos sinó lo que se lleva consigo: su espíritu y nuestra veneración. Lloraron las mujeres en memoria del muerto y bendijeron á ese señor don Luis que por sus actos para con Pedro, parecía una persona decente. De paso intercalaban la admiración que el propio Pedro las había hecho sentir por sus proezas:

—Eres un hombre y un hombre á carta cabal!

Excusábase él, les tapaba la boca; aquello no valía nada y cualquiera en su caso habría obrado lo mismo, pero en su interior, se sentía halagado y en gran parte merecedor de las alabanzas que le tributaban. Respecto á sus proyectos, los cantó de plano; sobre que el futuro viajecillo le traía desazonado desde que le miró factible. Se iba á Méjico, á estudiar, y ante el espanto mudo de las lugareñas, repitió el nombre de la ciudad y el objeto de la traslación.

—¿Con qué á estudiar, eh? ¿Y quién te ha metido esas locuras por la cabeza; qué vas á estudiar, vamos á ver? le preguntó una de ellas, fortachona y anciana ya. ¿Acaso no sabes lo que es ni para lo que sirve el tal Méjico? Pues es un nido de porquerías y de indecencias!

Y sin dejar que la interrumpiera Pedro, le ratificó:

—Como lo oyes, de porquerías y de indecencias!

Volvióse luego al grupo, echando chispas por los ojos, y por la millonésima vez les repitió la historia de sus desventuras conyugales; en Méjico se volvió borracho su ma-

rido y en Méjico la golpeó y en Méjico la dejó plantada en medio de las cuatro esquinas. Miéntras vivieron en Villanueva se portó siempre cual modelo de esposos; pero no bien llegaron á ese pueblo grande que sería como cuatro ó cinco tantos la cabecera, calle más, casa menos, nadie le hubiera reconocido; amigos por aquí y disgustos por allá; en lugar del trabajo que dizque encontraría, carreras diurnas á los montepíos y nocturnas á las comisarías.... Detúvose bruscamente lastimada por el vivo recuerdo de lo que esbozaba y, sin reparar en lo imposible de su encargo, recomendó á Pedro que la escuchaba en calma, habituado á pláticas semejantes, á que le tutearan, le riñeran y, allá muy recién llegado, á que le golpearan á la par de los hijos de ellas por las travesuras que juntos llevaban á cabo.

—Mira, si le encontraras, díle que venga, que yo me he olvidado de todo, y que aquí, ya ves tú, no ha de faltarle nada.

En seguida salieron las recomendaciones, difusas y cándidas como son por lo general las que brotan de pechos sanos, y luego los obsequios; un aluvión de escapularios, coronas y reliquias, llenos de virtudes y propiedades santas.

Después le comunicaron lo sufrido con los franceses; las habían dejado arruinadas por sus exigencias; fué una de matar gallinas y marranos y borregos, y de ordeñar vacas y cabras, y de hacer quesos y mantequillas, y de romper huevos, y de devorar frutas, que casi no tenían ellas ni qué comer; pero, qué remedio! sin hombres para defenderlas, y los soldados con su *guri, guri*, de doblegarse tuvieron. Comunicáronle también sus quejas; don Cosme encerrado en su casa con el oficial para resguardarse y los soldados portándose con ellas como unos cochinos.

—¿Te acuerdas de Agustina?

Pedro hizo que sí con la cabeza y en efecto, la recordaba; una muchachona de dieciocho años, guapa y bien acondicionada.

—Pues hijo —le dijeron bajando la voz— la encontramos tras del cementerio, mano á mano con el corneta!

—¿Y el señor cura?

—Lo mismo que siempre; sin desampararnos y sin apesarse cosa mayor; recomendándonos resignación y prudencia. Ni él se metió con los franceses ni los franceses con él; excepción hecha de los domingos en que ¿crees? los judíos esos iban á oír la misa, re-

comendándonos antes á señas, que les preparáramos un buen almuerzo.

Y hubieran seguido allí todo el dia, desembuchando penas, si el sol que les daba de plano no las obligara á replegarse en la sombra, y con la maniobra á disolver el grupo.

Dirigióse Pedro á la farmacia de don Cosme que le recibió con cariño, y se marcharon después juntos y conversadores hacia el curato donde expuso Pedro su irrevocable resolución de realizar su propiedad, marcharse lo antes posible de Villanueva y lanzarse á la escuela de la capital de la república, para sacar de allí una instrucción moderna y vasta que le sirviera de armadura con que afrontar las contingencias de ese perpétuo y mortal torneo que se llama vida.



VII

La cabecera rebosaba materialmente de soldados. Por todas partes, dorados y uniformes; por donde quiera ruído de armas y pantalones rojos. Casi era necesario espantarlos del trayecto como á los animales abundantes y domésticos; corríase el riesgo de encontrárselos hasta dentro de la sopa, y en cada domicilio se topaba uno con dos ó tres. Entre si la partida sería ese día ó el siguiente, se pasó la semana, al fin de la que hubo sus alarmas; pues á no se supo quién le ocurrió la idea de que las tropas habían recibido contra-orden y en vez del adiós definitivo iban á internarse de nuevo.

En estas dudas, regresó Pedro bastante satisfecho de su excursión por haber realizado su heredad en un precio mucho mayor del que podía esperar, dados los tiempos y sus calamidades. Según manifestó á don

Luis, al mostrarle la minuta de venta que llevaba para elevarla á escritura pública, la cosa anduvo entre el párroco y don Cosme, y si uno aflojó los cuartos el otro aflojó el consentimiento. Don Luis encontró el documento en regla y en un par de días le devolvió, formalizado ante un notario, á la residencia de los compradores; con lo que la primera parte del programa quedaba cumplida, y ya por ellos, podían emprender su viaje.

Pedro entonces aprovechó la forzada espera en ir á visitar diariamente la tumba de su padre; sin vanas ostentaciones ni comunicárselo á nadie; con la convicción íntima de que cumplía un deber filial, y por una necesidad de su propio espíritu. Encaminábase al campo santo á horas distintas, cuando le extrañaran menos, y unas veces iba á la mañana y á la tarde otras; echaba rodeos y falsos itinerarios con el objeto de que no adivinaran el móvil de sus correrías, y al llegar á su término, gratificaba al sepulturero que le sonreía admirado de sus larguezas y le declaraba dueño del lugar.

En la primera visita sintióse mal de veras; al mirarse junto á la fosa experimentó un vahido, un vértigo tal, que el cementerio con

árboles, monumentos, coronas y todo, le bailó un minuto delante de los ojos. Lo atribuyó á debilidad, á exceso de sol y se sentó en la tierra porque no pudo mantenerse de rodillas cual deseaba. Cosa singular que invariablemente se verifica; cuando va á visitarse el sepulcro de una persona querida, no hay uno que deje de arrodillarse y de descubrirse quizá sin advertirlo. ¿Dependerá esto de que el "más allá" nos espanta porque no le conocemos y nos tornamos humildes por la fuerza misma del espanto? Ó ¿flotará por sobre las tumbas alguna fuerza psíquica, intransigente maestro de ceremonias, que hasta á los más olvidadizos recuerda que nuestro comportamiento á solas para con los muertos, debe de ser mucho más respetuoso que para con los vivos? Sea de ello lo que fuere, el hecho existe. Parece que esa es la postura más adecuada para frecuentar á los que han sido.

Y así, sentado á orillas de la tumba, permanecía Pedro el tiempo que á la visita consagraba; con la mirada fija como si quisiera divisar el cuerpo prisionero, sorprenderle en sus movimientos y en sus actitudes — que algunos había de tener siquiera para acabar de descomponerse — profundizar esas tinieblas que le ocultaban traidoras tan carísimo obje-

to; entrar en pláticas póstumas y pedir indicaciones y consejos. Por iniciativa propia, el sepulturero se encargaba de ir á decirle la hora para que se retirara; acercábasele con cierta familiaridad y le significaba que iba á cerrar para salir á comer, pues carecía de mujer y de hijos que le sustituyeran y los peones no le inspiraban ni pizca de confianza. Alzábase Pedro, se despedía del sepulcro murmurando: "hasta mañana" y seguía con tranquila obediencia los pasos del fúnebre personaje, quien no tenía de fúnebre más que el nombre; lo mismo en sus dominios que fuera de ellos era amigo de bromas, de risas y de tragos. Nunca se le veía triste ni condolerse mayormente con los entierros, que de suyo conduelen; recibía á sus huéspedes y á los enlutados acompañantes en la reja del silencioso recinto, con el sombrero en la mano y la chaqueta abotonada; sabía leer, y su orgullo consistía en despacharse de corrido la boleta municipal. En seguida tocaba una esquila para prevenir á sus subordinados perdidos siempre por entre las floridas callejuelas, y se adelantaba á los cortejos con ademanes de amo de casa; ofrecía un parasol á las señoras en la época de los grandes calores y un impermeable descolorido y mustio, en la de las lluvias; tenía

á la mano un frasco con aguardiente que facilitaba gratis en los casos de pataleta y si ésta no se presentaba, se echaba él un buen sorbo en intención del enterrado. Llegados á la fosa, dirigía la faena con palabras y correctivos de quien conoce el oficio, y á fin de acatar las últimas exigencias de los dolientes, líaba las cajas con cuerdas de cáñamo muy suavizadas por el uso, y de esa manera impedía la caída del barniz y minoraba los golpes que por fuerza se dan los ataudes al ocupar su postrimer morada.

Cuando no había que hacer, se entregaba al cultivo de un jardín y de una reducida hortaliza, industrias que le ayudaban con sus productos á aumentarse el sueldo y las comodidades. Dormía invariablemente en la casucha que estaba al fondo del cementerio y aunque para llegar á ella debía cruzar la necrópoli toda y él se recogía tarde, la cruzaba sin miedos y sin supersticiones, encantado de las fosforecencias á las que interpelaba con ironía si llegaba chispo, pero por lo demás, en apacible familiaridad con sus tranquilos inquilinos.

Con Pedro intimó á tal punto, que sin anunciárselo, le hizo al huérfano un obsequio de gran valor. Uno de tantos días en que

éste se presentó abstraído y meditabundo ante el sepulcro de su padre, encontróse con dos rosales, varias matas de pensamientos y de violetas, todo en flor, recién transplantado ahí según podía colegirse de lo removido de la tierra. Creyó que tendría que pagar las plantas y aún así lo agradeció, pues un extraño reparaba un olvido suyo; no se le había ocurrido en los diarios y mudos coloquios con los restos de su padre, adornar la tumba con flores. Al retirarse preguntó cuánto debía.

—Nada? ¿Cómo nada? Dígame usted el precio y muchísimas gracias.

—Pero si no valen nada, niño; yo se las regalo á usted, guárdelas y déjelas donde están.

Pedro cedió, admitió el obsequio y al valorizar el desprendimiento le entraron ímpetus que no supo vencer, y abrazó enternecido al pobre viejo. La cuestión de las flores le sirvió para amenizar, siquiera tristemente, las visitas que siguieron al día del transplante. Reclamó para sí el cuidado exclusivo de las plantas, y lo primero que hacía cuando llegaba, estuviera ó no estuviera el sepulturero, era coger una de las regaderas de los peones, llenarla de agua, y regarlas á

todas que se erguían en los tallos, las rosas sobre todo, lozanas y coquetas. Las regaba con ternura, desterraba de las hojas los parásitos nocivos, enderezaba los tallos, les agregaba varas que los mantuvieran en la buena vía, y no perdonaba atención ni omitía esmero para que se lograran en un completo y decidido desarrollo. La ternura reconocía otra causa, especialmente á los pocos días de transplantadas las flores; su crecimiento se debía á las emanaciones de los despojos materiales del anciano médico de Villanueva que devolvía á la naturaleza lo que le es debido, en cierta manera aquellas flores vivían mantenidas por él, y Pedro sintió un gran cariño hacia ellas, sus hermanas primeras, aromadas y finas, de corta vida y perenne hermosura! Por nada habría permitido que las arrancaran de allí; las defendía y las celaba como si fueran de carne y hueso, impidiendo las intimidades y las aproximaciones de las libertinas mariposas.

Y supuesto que estaba adinerado, quiso mandar hacer un monumento modesto, pero no encontró artífice por lo anormal de la situación del país. Se conformó con una loza de mármol en la que grabarían lo que él indicara, y para no errar en la redacción, con-

sultó á don Luis el asunto. Éste resolvió que en la lápida sólo se leyera:

Dr. Pablo Lújar
OCTUBRE DE 18.....
R. I. P.

Y eso se puso, pues Pedro no pudo garantizar que su padre hubiera sido catolico ó libre pensador. Si bien era cierto que más abundaban las discusiones teológicas con el párroco que las asistencias á las misas de los domingos, también lo era que el doctor antes de dormirse y acostado ya, se entregaba á un recogimiento invariable; que tenía predilección por los desvalidos á quienes curaba de balde y socorría á menudo y que algunas frases, algunas recomendaciones que conservaba Pedro en la memoria, le inducían á creer que, en el fondo de su padre, había un gran caudal de bien entendida piedad religiosa. De suerte que don Luis falló con tino:

—No creo—le dijo á Pedro—que nadie tenga el derecho de lastimar ideas ajenas por publicar las propias, y tan antipáticos me son los epitafios bombásticos como los que no dicen nada. Suponiendo que usted no pensara como su padre tendría que respetar hasta sus yerros; lo demás es un atro-

pello que se comete á mansalva, pues el muerto no ha de salir á protestar por la mala partida.

Y Pedro quedó muy conforme; de perlas le parecieron las razones del abogado y juntos presenciaron la colocación de la susodicha lápida. Por más esfuerzos de don Luis no pudo obtener que Pedro le permitiera la menor ayuda monetaria para este gasto. Después de llevada á cabo la operación sintióse Pedro satisfecho; parecíale que aislaba á su padre de miradas y ruídos indiscretos; que impedía profanaciones, cerraba una puerta que debe estar cerrada y aumentaba la quietud de ese sueño solemne del que nadie, por su fortuna, ha despertado nunca. ¡Qué bien se llevaban las letras negras ahondadas en el mármol con los múltiples matices de las rosas, de los pensamientos y de las violetas! En su crecimiento, llegaron algunos á colocarse á la altura de la inscripción, á rozar las letras como si fueran miopes empeñados en descifrar el significado ó incorruptibles guardianes que ocultaran el tesoro con sus propios cuerpos.

En cuanto á la partida de las tropas, nada se sabía. Los preparativos continuaban con abrumadora lentitud y en su sitio la nube de

langosta humana. Ya no podían ni tenían con qué tolerarla y pensaron en solicitar del general en jefe que les diera un poco de respiro, que diseminara de nuevo sus huestes en las poblaciones cercanas. Un grupo de exaltados opinó por hacer volar la ciudad entera, pero los atajaron á tiempo, amenazáronlos con una denuncia y desistieron de su proyecto destructor. Los más se conformaron con su mala suerte, anhelando para sus adentros una pronta y definitiva liberación.

Don Luis sufría pacientemente á los oficiales alojados en su casa; hasta se humanizó con ellos pues en obsequio de la verdad se lo ganaron con su comportamiento. No molestaban gran cosa, y en retorno, amenizaban las veladas con esa volubilidad en la conversación que adquiere quien conoce mucha tierra y mucha gente y se convierte en observador analista, generaliza con acierto, colora con tino y aprende á halagar los flacos del prójimo; en sus narraciones mezcla lo visto con lo imaginado, lo vivido con lo que deseó, y como carece de testigos que le desmientan ó rectifiquen, le salen las aventuras vestidas de gala, las conquistas en abundancia y los descalabros con atenuantes cómicos y de sabroso dejo. Pedro se extasiaba escu-

chándolos; puntualizaba los hechos, discutía las causales y las consecuencias y defendía ó atacaba á los protagonistas de ambos sexos. Á las veces, se suspendía la charla, proscribíase la hilaridad, se alargaban los semblantes y se multiplicaban los cumplimientos fingidos; era que una necia preocupación asomaba la cara: los hijos de dos naciones enemigas no podrán mirarse ni hablarse bien jamás! — Y éstos que entre sí simpatizaban, se quedaban serios un instante, dudaban en proseguir ó separarse ¿sería digno lo que ejecutaban? ¿no sería más adecuado soltarse una insolencia ó una bofetada? La simpatía triunfaba y persistían en sus trece joviales y comunicativos.

Pedro, como todos los muchachos que intiman con militares, se alucinó por los galones, renunció á la jurisprudencia, que aún no conocía, y quiso meterse á soldado. Gracias á que don Luis intervino, que si no, lo lleva á cabo.

— La milicia tiene más defectos que cualidades — le dijo — los ascensos son tardíos, las recompensas escasas y los peligros infinitos; cada presilla que se gana lleva la muerte por fiador y aunque en las demás carreras también interviene, son los guerreros

sus predilectos. Y se extendió en serias disquisiciones. — El porvenir á mi juicio, es una palabra hueca; lo mismo puede depender su brillantez de causas serias que de causas baladíes. Comencemos por definir el vocablo. Si el porvenir es únicamente el tiempo y los acontecimientos que no llegan aún y cuya forma de arribo podemos modificar al antojo nuestro oponiéndole determinado número de actos preparatorios, entonces ríamos de él amigo Pedro; pero si el porvenir es el tiempo y los acontecimientos que más ó menos tarde tienen que influir fatal ó casualmente sobre un individuo, entonces estamos obligados hasta donde más se pueda á aumentar las probabilidades de que nos sea propicio, debemos encauzar un torrente ignoto que tanto puede desbordarse y arrollarnos, como correr plácido y tranquilo al término de su peregrinación. ¿Quiere usted pruebas? Se las daré á puños. ¿Cuántos individuos no andan por ahí que revientan de bienestar sin que sepan leer ni escribir mientras otros de innegable valer tienen que nutrirse con las sobras de estos magnates ó con sus propios manuscriptos?

—Pero ¿por qué esa injusticia? preguntaba Pedro.

—Porque el mundo es así. Por una infinidad de pequeñeces se hacen esos fortunones improvisados é insolentes; un matrimonio bochornoso, una bajeza á tiempo, un vaso de agua, un alfiler de corbata, un tintero que se vuelca ¡qué sé yo! una niñería; se agrada á un potentado, á un gobernante, á un influyente y.... hasta las nubes. Claro que la dignidad ó se pierde ó se desgarra, pero.... No quiero insistir, no quiero arrancar á usted de golpe las ilusiones de su juventud; la venda color de rosa que nos impide ver la realidad, cae mucho antes de lo que se deseara. Sea usted abogado ó médico y en paz.

Y para concluir de quitarle esa tristeza meditativa que invade á un adolescente cuando una mano amiga le adelanta la visión de lo futuro y le muestra como en estereoscopio sugestivo los *cumulus* y *cirrus* de la vida, le comunicó que los franceses se marchaban á los dos días.

—Ahora sí es seguro—agregó—lo sé por el comandante. Conque prepárese usted á presenciar un lucido desfile que, Dios mediante, no volverá á repetirse en nuestra patria.

Así era en efecto. Se marchaban y se marchaban de veras; rumbo á la ciudad de Méjico, primero, y rumbo á Europa después.

La víspera de la partida simuló una catástrofe; la gente se hablaba á gritos, las tropas á toques de corneta y nadie se entendía. Dictáronse las órdenes correspondientes para salir á tambor batiente y bandera desplegada: era la última vanidad del general que aprovechaba la ausencia de enemigos para darse el gusto de abandonar la plaza en gran parada! Se envió una vanguardia á que olfateara si no les saldría alguna guerrilla á aguarles la fiesta, y eso que el grueso de la brigada arrojaría un total de seis mil hombres de las tres armas, equipados y municionados competentemente.

Pero la prudencia nunca está de más.

Las noticias fueron favorables; en tres leguas á la redonda no se divisaba alma viviente; podían en consecuencia hasta vestir el uniforme de lujo.

Excusado el decir que apenas un desocupado que otro, medio durmió en aquella noche memorable; no estaban los nervios para semejantes dibujos; la atmósfera misma parecía preocupada é insomne. Se temía que los soldados simbolizaran su despedida con algún estrupicio mayúsculo, pero no fué así; á lo sumo si se escucharon, allá en la sombra de las calles, notas fugitivas y destempladas

de una "marsellesa" alcohólica ó las interjecciones de una disputa urbano-militar.

Ya á las cuatro de la mañana nadie pudo tenerse; los balcones se llenaron de impacientes, las aceras de curiosos, las torres y otras alturas de favorecidos y madrugadores, las calles y las plazas de líneas compactas de hombres y de pueblo.

Los comandantes pasaron lista de los diversos cuerpos y resultaba imponente el rumor de las voces que salía de figuras inmóviles y fantásticamente iluminadas en la penumbra de la noche, medio desvanecidas por la luz gris del firmamento que empalidecía al aproximarse la aurora y acariciadas por un inquieto y penetrante cierzo. Estaban completos y se mandó servir el café á la ligera, sin abandonar el puesto, despachándole á grandes sorbos en pequeños trastos. Y al rayar el alba, esa hora poética llena de perfumadas emanaciones, de amorosos misterios y de impalpable bruma, un clarín primero, y luego otro y otro, tocaron la misma armonía lacónica y significativa: un punto de atención!

Un estremecimiento visible recorrió aquella masa inmensa, cual si fuera un mónstruo fabuloso que se esperezara al despertar.

Del centro de la plaza se adelantó el gene-

ral en jefe seguido de su estado mayor, para colocarse en un sitio adecuado; dirigió una breve alocución á la tropa que ni los inmediatos al orador lograron escuchar pero que fué saludada con un "viva Francia" gigantesco y ruidoso; varios ayudantes partieron en distintas direcciones, con las monturas á escape, sacando chispas del empedrado, y puede asegurarse que en aquel momento, si bien con impresiones varias, no hubo un corazón que no latiera precipitadamente. Incorporados de nuevo los ayudantes, principiaron á multiplicarse las órdenes por medio de las cornetas que se interrogaban y respondían como interlocutores de buena educación, sin arrebatarse la palabra ni interrumpirse el discurso. Las maniobras iniciales del desfile general se llevaban á cabo. Las bandas se situaron á la cabeza de los regimientos, prevenidas para lanzar al aire los marciales acordes de su repertorio.

El sol se asomó entre dos montañas, como desmañanado que entreabre las maderas de su cuarto para enterarse del inusitado rumor que le incomoda; y del reloj de la parroquia, sonoras, acompasadas é indiferentes—que la mecánica nunca se ha preocupado de las pasiones grandes ó pequeñas de los humanos,

seres notoriamente mas imperfectos que ella —brotaron seis campanadas, cuyo eco fué vagando hasta perderse débil y tenue, en los incendiados confines del horizonte.

Comenzó la marcha en plena luz. Abríanla doce batidores á caballo, escogidos entre los de barba más desarrollada y que caminaban á respetable distancia para contribuir al mayor lucimiento; venía en seguida una banda triplicada—más de 150 músicos—que ejecutaba un paso doble entusiástico. Después los zuavos, de triste celebridad para el país, con sus turbantes de borla, sus grandes mochilas, sus enaguas rojas y sus polainas blancas, marchando con matemática precisión, alegre la fisonomía, sueltos los movimientos é insolente la mirada.

Por poco los silban!

Y luego los cazadores de África, negros algunos pero antipáticos todos, por lo menos en el sentir del público de entonces; y artillería y más infantes y más dragones, era el cuento de nunca acabar. Llevaban empleadas sus cuatro horas y aún continuaba la danza; la vista de los espectadores se fatigaba cual siempre acontece cuando espectáculos semejantes se prolongan demasiado; asaltan nauseas, se acentúan los vahidos y el mareo,

piérdese la noción de los colores, el ruído ensordece, las imágenes se confunden, intervienen las meninges y se declara la jaqueca. Á pesar de esto, conservaban un silencio elocuente y una actitud digna; ni una exclamación, ni un aspaviento, ni un murmullo!

Hasta los granujas y la clase popular permanecieron quietos y severos. Lo que demuestra que en las multitudes el sentimiento patrio no es una quimera, pues no de otro modo puede apreciarse su cordura en las situaciones culminantes y solemnes.

En caso de aplaudir, no habrían aplaudido por la regularidad de la marcha ó lo vistoso del conjunto; lo habrían hecho para demostrar que justipreciaban el cumplimiento de un deber: abandonar tierra ajena, hollada sin derecho y destrozada sin misericordia!

El sol mismo, con ser sol, parecía tener sus antipatías y sus predilecciones; daba la cara á escuadrones determinados y la ocultaba de otros, ni más ni menos que esas coquetas que desde su balcón sonríen al individuo que las agrada y se esconden del que las fastidia.

Tocó por fin su turno á los carros de la ambulancia, á los de los víveres y pertrechos, siguió la escolta final y.... nada más! La evacuación de la ciudad había concluído.

Y en lugar de las explosiones del contenido júbilo que eran de esperarse, nada; se disolvieron los grupos y las tertulias con frases en voz baja y efusivos apretones de manos, como visitas de pésame.

¡Quedaba todavía mucha sangre en los campos, muchas ruínas en las ciudades, mucho luto en los cuerpos, mucha melancolía en las almas!

Allá en el llano, distinguíanse aún las ondulaciones de la tropa en su viaje, y, mirada de lejos, simulaba el cuerpo negro de algún reptil apocalíptico, con reflejos metálicos y angulosidades de endríago, que se retirara torpe y perezosamente á entregarse al trabajo de una prolongada y fatídica digestión....!



SEGUNDA PARTE

I

Se acercaba la época de los exámenes en la escuela de jurisprudencia y Pedro andaba atareadísimo con la preparación de su curso que era el penúltimo de la carrera.

Nadie hubiera reconocido en el aprovechado estudiante— porque había salido aprovechado y mucho — al desconsolado huérfano provinciano de nueve años antes. Sin poder llamarle un guapo mozo, en la extensión de la palabra, sí acusaba su físico mejoría notoria. Las facciones medianas convertidas en buenas y las malas en medianas; la barba en generoso crecimiento y el mirar más profundo; el traje adecuado y los modales sueltos, le comunicaban ese aspecto de persona culta propio á los que habitan las grandes ciudades.

Sentado junto á su mesa de trabajo sobre la que descansaba abierto un libro de estudio;

iluminado el cuarto por una lámpara con velador que de preferencia derramaba su luz en las hojas impresas; distraída la vista con las espirales confusas que se desvanecían en la sombra, de un cigarrillo que fumaba para descansar de la fatiga que produce la excesiva atención mental, y visitado á intervalos por los ruídos nocturnos de las calles, que se aumentan y dilatan por la quietud que consigo traen las altas horas, Pedro pensaba en el fin próximo de sus labores, en lo que ellas significan de renuncias y de sacrificios y en el período de tiempo transcurrido desde su principio. ¡Cuántas y cuán diversas impresiones no había experimentado después de abandonada su provincia! Todo lo miraba; desde el viaje que llevó á cabo con todos los atrasos y peligros que eran de esperarse dadas la época y las circunstancias en que le hizo, su arribo á Méjico, su ingreso á la escuela preparatoria primero y á la de jurisprudencia cinco años más tarde, hasta el momento ése en que se encontraba pisando ya los anhelados umbrales de la carrera.

Pensaba también en don Luis, que era toda su familia, y se enterneció. ¡Cuánto le debía á aquel hombre! Por él seré algo, por él solo. ¿Qué importaban sus poquísimos defec-

tos? Se daba á querer por sus mereci mientos innumerables y ni Diógenes mismo, á pesar de lo rigorista y maniático, le habría hecho ascos, al contrario, hubiera tenido que apagar su linterna y que admirar al hombre. Lo que es á mí — se dijo — me ha servido de cuanto es humanamente posible servir en este pícaro mundo. Qué tino y qué discreción no había desplegado para ver de lograrle? Y sin hacer sentir su yugo ni su autoridad, no señor, sino con razonados consuelos para los grandes dolores, sus ribetes de sarcasmo para las contrariedades, indulgente y benévolo para los pecadillos, inflexible para lo irregular, pero siempre amigo y siempre espíritu levantado! En cualquier parte se distinguía y le apreciaban; en el foro, donde se había hecho de un lugar prominente; en el congreso, donde fué llamado cuando el triunfo de la república y donde su palabra resonaba con aplausos por la nobleza de las causas que defendía. ¿Por qué me habrá tomado un afecto tan profundo, sobre todo al conocerme, porque después yo no he cesado de procurar por todos los medios que he tenido á mi alcance, que siga teniéndomele. Singular y simpático personaje! le tomaré de modelo siempre y ojalá que pueda imitarle. ¿Con qué delica-

deza no se manejó en nuestro viaje á esta ciudad?

Y el viaje aquel que no podría olvidar nunca, que tenía grabado en la memoria le resucitó de repente con pelos y señales. Las sacudidas de la diligencia; el polvo que se les pegaba en la ropa, en la cara, en las cejas y los convertía en canosos prematuros; las soeces interjecciones del cochero dichas con una naturalidad tal que perdían la mitad de su significado; los diálogos vulgarísimos sostenidos con los demás pasajeros insulsos y egoístas, compañeros de una jornada á los que no se vuelve á mirar y que sin embargo parecen interesarse en los negocios ajenos y tienen frío cuando á uno el calor le sofoca, echan al vecino el aliento y el humo del cigarro, que allá se van ambos en materia de olores; y las pasajeras que suben cargadas de impertinencias y de chiquillos, como las que los acompañaron por todo un día; las casas de posta con sus camas-tormento, sus mozos ladrones y su comida incomible; las madrugadas, el dolor de huesos por no poder cambiar de postura y el viento y el agua que se cuelan como Pedro por su casa dentro del desvencijado vehículo! Sin contar los sustos que origina el menor bulto divisado á

distancia y las detenciones inútiles é interminables; la monotonía del pedazo de paisaje que deja contemplar el ventanillo obstruído y que nos afean las rodillas y los cestos de los fronterizos que nos atenacean sin piedad; y los mosquitos, el vaivén duro y perenne del carricoche y el sol que le tuesta á uno la cara y le enferma la vista en las tres horas mortales que emplea para irse á la cama y reposarse de los beneficios que nos dispensa; no nos deja ni defensa ni escape porque las persianas no funcionan, la carretera es recta, él se queda al frente y nos sonríe satisfecho mientras nosotros lloramos á lágrima viva y nos movemos como azogados. Tampoco podía olvidar otra calamidad; los prácticos que han viajado mucho y que echan siestas en los hombros vecinos con confianza extrema; disparan el revólver sobre las ardillas y conejos del camino con grave riesgo de matar á un socio de penalidades, y á lo mejor destapan una botella de aguardiente de bastantes grados y no descansan mientras no ha bebido todo el mundo en la boca misma del trasto, que, los bien educados acaban por dejar asquerosa al limpiarla con la palma de la mano ennegrecida por la tierra y por el tabaco.

¡Benditos los ferrocarriles, su inventor, el

gobierno que los subvencionaba y los que los construían! De qué distinto modo se viajaba en ellos por más que no estuvieran exentos de inconvenientes y de riesgos; así y todo, qué diferencia!

Pedro sonrió al recordar ahora su entrada en Méjico y eso que influenciado por el aplomo de don Luis no se puso tan en ridículo como algunos de sus conterráneos llegados después que él con ínfulas y elementos superiores.

Enderezóse en su asiento y miró por el balcón abierto algunas azoteas y siluetas de edificios elevados que se perfilaban en la sombra. Hay que reconocerlo — exclamó — el gigante se impone y nos inspira un terror pánico antes de penetrarle, antes de acostumbrarnos á lo ruidoso de su voz, lo ciclopeo de su respiración, la multiplicidad de sus adornos, de sus edificios y de sus criaturas; á sus caprichos de mayor de la familia, á sus prodigalidades de potentado, á sus pequeñeces de mala crianza y á sus indecencias de viejo calavera. Tenemos un instante entonces en que nos arrepentimos de haber venido á sus fauces y echamos de menos la provincia con sus ruindades y malas pasiones más en pequeño, pero en donde nos sa-

ludan y nos conocen. Y para probar que también tenemos el alma en su almario regateamos con los cocheros en la estación, disputamos con los cargadores, desconfíamos de los agentes de hoteles y demás lagartos y, á no oponerse las buenas costumbres, abrazaríamos á los impasibles gendarmes. Cada calle, cada parque, cada casa despiertan nuestra admiración y nuestro entusiasmo, pero ni quien se dé por entendido para que no nos reconozcan el pelo de la dehesa; al contrario, hasta nos permitimos censuras y gestos de descontento que acaban de ponernos en ridículo. Al llegar al hotel damos al auriga una espléndida propina y examinamos la llave del cuarto como si temiéramos que entraran á degollarnos y, por último, recontamos los bultos de la familia y del equipaje y nos creemos haber realizado una gordísima hazaña.

Para Pedro los contrastes no empezaron entonces sinó mucho después, cuando por sus estudios tuvo que substraerse á la salvadora influencia de don Luis. Lo que es al llegar, se tragó sus sustos y sus sorpresas; siguió cual un autómata al abogado y no hubo cosa mayor digna de narrarse, pues el otro pisaba terreno conocido y lo hacía con todo

el aplomo que le daba el conocimiento mismo. Tuvo sus emociones de asombro, eso sí; encontró esbeltas las torres, altas las casas, espaciosas las calles, los transeuntes alegres, las mujeres atractivas; inteligentes los perros, marciales los policías, espirituales los vendedores, las tiendas incomparables, decidor el gas, bien encarado el crepúsculo, pensadores los volcanes, único el conjunto! Y mientras más deslumbrado se sentía por fuera, más tristeza le salía de dentro y que le subía, le subía y se le asomaba á los ojos en forma de lagrimones que le enturbiaron la vista. Aunque comprendió lo necio de esa tristeza, que se conducía como un chiquillo sin reflexión, no pudo impedirlo, todo aquello le auguraba según su sentir de entonces, amarguras y desencantos más ó menos lejanos pero seguros. En el trayecto de la casa de diligencias á la de habitación, mandada preparar de antemano por don Luis, se le antojó considerarse en una soledad y un aislamiento infinitos, que se aumentarían en razón directa de la mayor densidad de población. No era nadie para tanta gente; sus penas y sus alegrías se perderían en aquel mar humano cuyas olas y corrientes ahogan padecimientos, maldicio-

nes y gemidos. Ni quien fuera á fijarse en él; un enemigo más, un convidado nuevo que por sus pocos años acusa un apetito voraz para el festín común, á quien es preciso contener y en caso apurado echarle á un lado, pisotearle y hundirle. Si no se lo decían en la cara y le reprochaban el viaje y le ordenaban la huída era porque se les escurría dadas su pequeñez y su insignificancia. Cuidado si por sus méritos intentaba siquiera sobrepasar de la talla aceptada para lo mediano y lo ordinario; la mole que bullía á su alrededor vería de aplastarle. Sintióse muy pequeño al lado de don Luis, dentro del coche de plaza que los conducía con muelles negativos y saltos inquisitoriales; le admiraba verle tan tranquilo, con medio brazo de fuera, reconocer sitios olvidados, contemplaı los desconocidos y designar este monumento ó aquella especialidad. Quiso confesarle que tenía miedo, que no se sentía bien pero don Luis le interrumpió y señalando un edificio enorme, le dijo:

—Vea usted el teatro nacional.

En la violencia de la marcha, apenas si pudo distinguir un peristilo con grandes columnas rectas, anchas de base, adornadas en el capitel, hermosísimas. Al fondo, mirábanse

algunos anuncios impresos en cartelones de colores vivos, con el nombre de la pieza en letras gruesas como puños y lo demás, ilegible de lejos, rengloncitos desiguales siempre negros. Se colgaron ambos y leyeron á una el título de la que representaban entonces seguido de tres signos de admiración que simulaban lágrimas cayendo á la inversa.

—Querétaro!!!

—Será preciso ver esto—murmuró don Luis. Y á Pedro le aumentaron sus miedos de considerarse ahí dentro, con la sala atestada de espectadores y resplandeciente de luz. ¿Cómo negar delante de tanto experto su timidez provinciana? Resolvieron de común acuerdo descansar en aquella primera noche, no salir á ninguna parte, pero él maldito el descanso que tuvo con la desazón de lo que había visto en pocas horas y presentido en pocos minutos. Se volvió y revolvió en la cama sin poder desterrar el miedo susodicho; sentía que en la obscuridad se agrandaba y tomaba formas y ademanes amenazadores al acomodarse en los muebles y en los rincones. Y ¿á qué ó á quién tenía miedo? ¿no realizaba un ensueño cuyas consecuencias habían de serle benéficas por más de un concepto? Pues entonces

¿para qué atormentarse con molinos de viento; por qué no amoldarse á las circunstancias que le manifestaban semblante de buenas chicas? Casi vió salir la luz, es decir, una ligera claridad que le sirvió de nodriza, ahuyentó sus quimeras y cariñosamente le cerró los ojos.

Cuando al otro día supo don Luis lo del miedo, en lugar de una carcajada que era lo que Pedro esperaba, el abogado le felicitó por esos indicios de análisis y de observación:

—Es usted soñador y exaltado, y no me sorprende el que pierda usted la brújula al tocar aguas desconocidas y revueltas. Pero no debe usted alarmarse demasiado, pues ya irá viendo que no es tan fiero el león como le pintan.

Á partir de aquel incidente el trato de ambos adquirió mayor solidez y mayor franqueza. Don Luis, que era escéptico para su cosecha, arrinconó sus escepticismos por no descorazonar al neófito que despuntaba con instintos idénticos; quiso hacerle lento y gradual el desencanto postrero, á semejanza de los últimos actos de las comedias de aparato en las que por el encadenamiento de los sucesos anteriores, el apoteósis se convierte en

indispensable; apláudese la combinación de las luces de magnesio, de los astros de papel dorado, de los dragones volantes, de los tronos de cartón, las nubes de muselina, las figurantas pintarrajeadas, los cupidos de goznes, el ficticio estupor de los actores, y el telón cae muy poco á poco, antes de que por completo se desvanezca lo que se creía realidad y de que el público proteste por la engañifa.

Después, cuando Pedro entró á la escuela, cómo le recomendó con los maestros y cómo le aconsejó que aprovechara el tiempo! Lo que es esto sí que lo había ejecutado él al pie de la letra; estudió y estudiaba con ahinco por dos motivos, dar gusto á su protector y no escatimárselo á sí propio. Se engolfaba en los cursos con sed inextinguible de saber; mientras más supiera, mejor, y ese afán explicaba sus triunfos escolares y sus brillantes calificaciones que obsequiaba á don Luis como recompensa á sus desinteresados afanes.

Las matemáticas se le impusieron por su gesto severo y su manía de decir las verdades; las codeó con respeto, porque le parecieron acreedoras á él.

De la física fué excelente amigo; le alborotaba la hora de la clase con sus experien-

cias en el gabinete, lleno de aparatos entretenidos y charlatanes que aclaraban problemas y misterios científicos, con facilidad de sabio y chistes de prestidigitador, á veces con maldades de gatera, especialmente cuando tocó su turno á la electricidad, esa gran dama tan caritativa y bienhechora como incomprensible y liviana, que no se cansa de coquetear con su batallón de enamorados y que no obstante lo mucho que lleva concedido, es todavía más lo que promete conceder.

Las materias secundarias le fueron interesantes, aunque á su juicio este calificativo pecara de ligero; casi todas son principales: la historia, la geografía, la literatura y los idiomas; lo mismo los muertos que los vivos y de entre los segundos el idioma propio, el español, al que desconocemos y maltratamos por su índole flexible y porque hasta en su casa le calumnian y atropellan; lo que no quita que sea una ingratitud, pues él nos tuvo en la pila bautismal de nuestra independencia, celebró nuestras glorias y nuestros dolores; apoyadas en él se vieron reconocidas nuestras celebridades, aceptadas nuestras instituciones; nuestros progresos le han hablado; ha sido la niñera de nuestros padres y lo será también de nuestros hijos; abrió nues-

tros labios en la cuna y adorna las inscripciones de nuestra tumba, y siempre generoso, siempre benévolo nos acompaña por doquiera con su fortuna y valimiento.

La lógica le causó una verdadera y profunda revolución; como que le enseñó á discernir y pensar en regla! Sus antiguas convicciones, sus creencias de niño — esas creencias rodeadas de nimbos de azul y de perfumes de verbena, llenas de recuerdos santos, de figuras venerandas que prometen ventura sin límites y dicha sin horizontes, que envalentonan hasta el punto de que tuteemos al ángel de la guarda porque le suponemos de nuestra edad, partidario de nuestros juegos favoritos, de nuestras golosinas predilectas; época en que corremos á los espejos para mirarnos la estrella que debe habernos salido en la frente porque dimos la mitad de un panecillo al mendigo que los sábados se detenía en la puerta de nuestra casa — las creencias puras, encantadoras y cándidas, apenas si sirvieron para el primer bocado de ese iconoclasta sin entrañas que se llama racionalismo. De una dentellada las devoró, dándoles nombres extravagantes como misticidad, influencia de medio, neurosis y actos reflejos del cerebro. Pedro sintió que el aná-

lisis las barría, las echaba fuera sin condolerse en lo más mínimo y se agarró al recuerdo de ellas cual un desesperado; siguió para su interior cometiendo pequeños fraudes y se descubría ante un entierro, gustaba más de las señoritas piadosas que de las que no lo son y creía mejor cimentados los matrimonios que bendice la iglesia y autoriza el funcionario civil. No confesaba estas debilidades, se habría avergonzado de confesar que no podía arrancar las raíces de las semillas de sana moral que toda madre siembra en nuestra infancia. Tampoco profundizaba el porqué las conservaría; temía perderlas, sentíase contento con ellas y en cuanto se asomaba la duda, irónica y sutil, pensaba en otras cosas para defenderse. Por lo demás, quedó muy satisfecho con el conquistado caudal de raciocinio que le permitiría, manejado cuerdamente, elevarse á alturas que requieren mucho lastre en quien se atreve á escalarlas.

Las vacaciones que siguieron al año en que concluyó su instrucción preparatoria, le sirvieron de marco inicial para sus conatos de trato mundano. Presenció bailes, tertulias, días de campo, algo encogido al principio, suelto y simpático al fin. Don Luis le llevaba

á fuerza y á raiz de la fiesta le propinaba una que otra disertación filosófica "para formarle el espíritu"—agregaba.

Vino luego su ingreso á la escuela de jurisprudencia, donde encontró mayor formalidad y más elevación de miras; sus compañeros de año y los estudiantes de los años superiores se llevaban entre sí con mejor educación sin que por ella perdieran la deliciosa confianza que comunican los libros á quienes los estudian juntos; pero la edad, por una parte, y las tendencias individuales por otra, cambian el carácter después de haber salvado la difícil crisis de la elección de carrera. Comienzan entonces los proyectos serios, los esbozos de novias, y al meterse Pedro en este último sendero, cerró su libro porque comprendió que en esa noche no estudiaría más; había divagado muchísimo repasando en minutos aquellos nueve años y de repente se preguntó si durante ellos había conocido la vida.

— La vida! la vida!!—murmuró en alta voz sin advertirlo.

Y por un rato cerró los ojos como si tuviera miedo de encontrarse con algo desagradable al abrirlos; como si deseara reconcentrar su pensamiento más aún, antes de

contestarse, ó quién sabe si impulsado por entrambas ideas. Ello es que al variar de postura exclamó:

—Pues sí la conozco, es decir, conozco la vida de brocha gorda, la que conoce el común de los mortales, la vegetativa; la que nos hace comer, dormir y funcionar en general como al resto de los animales; esa es la que por fuerza conozco, so pena de morirme ó de haberme muerto para dejar de conocerla. He tenido tres afectos sucesivos: mi padre, porque me nacía de lo hondo del alma; don Luis, por gratitud, y los libros porque me enseñan á ser hombre libre. Nada más, y conozco que me falta uno, el más fuerte, que me vendrá cuando le dé la gana y no ha de marcharse cuando yo se lo ordene. Por esto es por lo que no conozco la vida esa que maldicen los románticos, los desesperados y los poetas chirles; que adoran las mujeres, los nerviosos y los enamorados, y que los pensadores desprecian al valorizarla; esa, ni por el forro la conozco. No puedo, pues, declararme ni su enemigo ni su partidario. De oídas sé por los primeros que la tal sólo nos ofrece sorpresas de verdugo y entrañas de fiera, refinamientos de crueldad y derroche de martirios, gestos de con-

denado y falsedades de traidor. Los segundos la presentan desbordante de encantos y de perfumes, risueña y generosa, con espasmos voluptuosos y caricias hechiceras, lozana, tierna, encantadora y corta. Quedan los filósofos y esos, según su secta, se inclinan á uno ú otro lado de la balanza creyendo dar en el clavo; escriben un *infolio*, predican cuatro lustros, y al primer porrazo gritan porque les duele, porque son humanos y tan imperfectos como todos nosotros. No sé qué desear, si continuar en mi ignorancia ó declararme por alguno de los bandos.

Pero se engañaba; sus deseos eran lidiar con el bicho, ser una excepción que confirmara la regla, salir triunfante con una herida ligera que toleraría por el adquirido conocimiento.

Lo que tengo hecho hasta ahora — continuó — no vale la pena de mencionarlo; no conozco de cerca los grandes cariños que la mujer inspira. He satisfecho la naturaleza como en Villanueva con las aldeanas, peor si cabe; lo que allí obtenía gratis aquí lo pago; en vez del césped embalsamado y tierno, de las espigas y los maizales temblorosos y discretos de por allá, miro aquí retretes más ó menos elegantes pero siempre

helados y mudos, y en lugar del olor de agua limpia y salud completa de mis paisanas me mareo con perfumes falsificados y antihigiénicos. Nada he adelantado; el mismo hastío al principio, la misma repugnancia al fin. Quisiera yo un cariño ni enteramente puro ni conyugal, pero sí verdadero y durable, con algo de dramático que me le sazonara más aún. Las novias no me gustan; las encuentro un tanto sosas y apenas si habré hecho una mueca que otra á alguna vecina ó á algún conocimiento, por pasar el rato ó por pasar una calle. Daría no sé cuanto porque una artista de esas que conmueven á un público, que los masculinos codician y las femeninas envidian, se fijara en mí y me hiciera deletrear el abecedario borrascoso y amargo de la pasión primera. Con ellas no han de tenerse ni remordimientos ni temores; se las encuentra, se pasa una buena temporada, y hasta pronto; no hay en lontananza vicarías ni duelos, á lo sumo, lágrimas vertidas en la sombra y algunos dineros en la luz.

Las señoras honradas no me atraen, pues las pocas que conozco sólo respeto me inspiran y tengo entendido que una conquista de éstas no ha de producir impresiones muy gratas que digamos. Además, el adulterio en

Méjico no disfruta de gran demanda, digo, entre la gente ilustrada y, vamos, que no me seduce; mis instintos no me tiran por ahí. En cuanto á casarme?..... Sí me casaría, digan lo que digan, pero no por ahora; necesito ver mundo, gustar lo prohibido, lo que únicamente cuando jóvenes podemos gustar. Después, cuando esto pase, me casaré ó no, allá veremos, pero en caso de hacerlo quisiera que en mi hogar reinara la armonía, la libertad bien entendida, un acuerdo tácito en planes, charlas é intimidades y no las borrascas contínuas en que viven zozobrando algunos matrimonios cuyas casas he visitado.

Y en efecto era Pedro amigo de lo ordenado y decente, mas por su desgracia, sensual al extremo, una sensualidad que con los años se iba refinando sin trazas de desaparecer. Sus primeras visitas libertinas, esas que ruborizan y se efectúan de noche, aunque las contaba por docenas, le dejaban un asco invencible, una urgencia inaudita de tomar un baño y darse un paseo por donde hubiera árboles. También les pasó revista mental; desde la que hizo con adiestrado perito —un compañero de colegio tuno y desvergonzado que le mostró el camino más corto y el vocabulario requerido, que discutía los precios y

lamentaba la no admisión de fiadores ó prendas — hasta las que él hizo solo después y de piloto al último, todas le repugnaron; lo mismo sus merodeos de principiante, los que tienen por objetivo las casas baratas con grandes riesgos de la salud, que las entrevistas con las *horizontales* á la moda, con grave riesgo del bolsillo.

Pensó luego en el vicio, al que aborrecía por sus conversaciones relativas con don Luis. Á cada paso se lo decía:

— El vicio, mi querido Pedro, á semejanza de las casas modernas que tienen gas y aguas corrientes en todos los pisos, desde la portería hasta el tercero ó cuarto, tiene acceso y condiciones favorables de vitalidad en todas las clases sociales. Por eso en la clase baja resulta grosero y descarado, en la media malvado é hipócrita, insolente y corrompido hasta la médula, en la alta.

Y lo que es á él, Pedro, en caso de que alguno de los tres le atrajera, sería sin duda este último que usa diamantes y carruajes, gardenias en el frac y en el corsé, oro en el portamonedas y en las libreas; cuyas mujeres miramos pasar en medio del torbellino de coches que regresan del paseo, reclinadas dentro de los descubiertos vehículos,

sombreada la frente por el ala del sombrero, arrugado el ceño en señal de desprecio y de superioridad por lo pedestre y miserable, al estruendoso ruído de sus caballos sobre el adoquinado duro y resbaladizo. Volvemos la cara, interrumpimos una conversación y murmuramos galanterías sin querer, seducidos en contra de la propia voluntad, mientras ellas desaparecen, sin sospechar que existamos, acariciadas por la postrimer claridad de la tarde y la naciente del gas que se estremece; y por entre el polvo que levantan y que nos cae en el rostro, nos llega también una ráfaga de desvanecido perfume, dilatamos la nariz y convertimos la imaginación hacia los retretes del gran mundo y las originalidades musulmanas. ¡Qué diablo! en caso de darse al vicio, darse á uno que valga la pena; y si estamos llamados á concluir trágicamente es preferible un duelo en toda regla á una riña vulgar, nuestro dormitorio con amigos á un jurado con curiosos.

Don Luis no opinaba así; transigía con el vicio porque no podía obrar de otro modo; pero estaba reñido con el de la alta sociedad, reñido á muerte, le encontraba plagado de fingimientos y de traiciones; sin excusas,

ni justificantes, ni nada en su favor. Y por mucho que Pedro por respeto no le contrariara, en teoría disentía y para sus adentros estimaba asqueroso el vicio bajo, el de las casas de vecindad y los arrabales excéntricos, que alimenta las cárceles y los hospitales, que funda la estadística horripilante, las asociaciones tenebrosas, los asaltos nocturnos, los delitos proditorios y enmarañados. El vicio de los de la clase media parecíale á Pedro, enteramente despreciable por no tener ni los salvajes rasgos del de la baja, con sus alaridos de pasión y sus ríos de sangre, su hermosura siniestra, ni tampoco las delicadezas homicidas del de la alta con sus picaduras de morfina, su exterior atlético y su interior enclenque, sus ataques de nervios y sus ruínas de club; en el que la velutina contiene el llanto y la falsedad los ímpetus generosos.

Según don Luis, de las tres capas sociales, la alta era incurable, la media susceptible de alivio nada más y la popular curabilísima. Clavósele á Pedro lo de la superioridad de las clases afortunadas, otra genialidad de don Luis que pretendía ser ésta la única denominación adecuada á los que quieren pasar por aristócratas.

—Ríase usted —le había dicho más de una vez—de esa aristocracia. En América no existe ni puede existir tal adefesio y si se husmean los antecedentes genealógicos, en la mayoría de los casos resulta de progenitor un soldado español brutal y sin cultura que violó alguna india en medio de un despoblado, con todos los abusos de la conquista. ¿Cómo inferir de origen tan irregular, noblezas, abolengos y categorías? Por eso abundan los apellidos simbólicos y anecdóticos, con que se premió una hazaña, se bautizó un cargo ó se eternizó una merced. En otras ocasiones, provienen de pergaminos vendidos subrepticiamente por virreyes despreocupados ó por escribanos pillos; y si me obliga usted á decirle la verdad, los casos que quedan de inmaculados, los de nobleza antiquísima y extranjera, tampoco lo son: nacieron con los horrores de la edad media, cuando cada señor era un bandido y cada monarca una monstruosidad.

Esta clase, sin embargo, se ganaba todas las simpatías de Pedro; y los enconos que en don Luis provocaba no eran líricos sólo y sin alcance, en sus discursos de la cámara y sus escritos de muchacho figuraron siempre. Á pesar de ellos, estaba muy lejos de ser mal

educado ó impolítico siquiera; era sociable, atento con los caballeros, cortés con las damas y huraño con los chicuelos porque los solterones nunca miran con buenos ojos los atropellos de la gente menuda.

En estas Pedro oyó las dos de la mañana y se riñó por haber perdido la noche pensando en las musarañas; no se podría levantar para ir á clase al día siguiente y queda dicho que había salido un pundonoroso estudiante. Se desnudó de prisa, apagó la luz de su quinqué, se cercioró de que su sueño debía de ser obligatorio, reparador y prolongado, y previo un estiramiento general debajo de las sábanas, quedóse dormido.

Á los pocos minutos reinaba en la estancia un silencio de tiempo en tiempo interrumpido por el silbido de ordenanza del gendarme, allá en la esquina de la calle desierta; nacía estridente, agudo, se marchaba tropezando en los vanos de las puertas, en las baldosas de la acera, en las piedras del arroyo, para llegar á sorprender al otro gendarme, obligarle á esperezarse y á lanzar á su vez un silbido semejante.



II

Don Luis se recogía tarde porque no podía prescindir de su partida de tresillo. Reuníase con tres jugadores más en uno de los círculos principales de la ciudad donde se pasaban las horas nocturnas entregados á ese juego científico y enemigo de la concordia, si se cuentan las discusiones que produce entre sus devotos. Llevaban años de practicarle, por pura distracción, con moderado tanto y asiduidad envidiable.

El que primero llegaba — la cita era á las nueve — esperaba á los otros con un diario en la mano, charlando con el administrador ó con algún conocido que recorría los billares ó la biblioteca; nunca penetraban á la sala del *baccará*, y si el conocido resultaba practicante de ese juego-torpedo le abandonaban en la puerta y á continuar la espera. Rara vez se retardaba el resto más allá de un

cuarto de hora, al cabo del cual entraban llenos de disculpas por su tardanza, cual si se tratara de un emplazamiento de importancia. El imposibilitado de asistir debía de advertirlo con anticipación, y si por su desgracia no lo hacía ú osaba presentarse después de tiempo, ya podía prepararse á recibir una andanada de reconvenciones y reproches; en lugar de contestar los apretones de mano que solicitaba la suya abierta y extendida, sacaban los relojes y como si fueran pistolas, le apuntaban con ellos tirando á matarle. Calmados los ánimos y admitidas las exculpantes de "deberes del hogar", "visitas que no se despiden nunca", se hacía el *plato,* llegaban los chocolates humeantes y rodeados de bizcochos á sellar la reconciliación. Pero maldito el caso que les hacían, lanzados ya á las complicaciones del naipe; los dejaban enfriarse, volvían recalentados, hasta que en uno de los paseos los despachaban de prisa, sin tomarles sabor, abandonando las sopas próximas á ser engullidas, que caían y salpicaban las vecindades. Habían prescindido del teatro y aunque en sus casas respectivas clamaban justicia, ellos, firmes; hacíanse sordos á cuanto no estuviera relacionado con su pasatiempo favorito. Si

acaso, cuando una compañía valía la pena, iban á conocerla por rigoroso turno; uno después del otro para no incompletar el *quorum*.

Don Luis representaba el elemento joven, y eso que peinaba ya con desenvoltura y decoro cincuenta estíos bien amansados, la verdad sea dicha; el pelo gris, la mirada firme, la dentatura íntegra, derecho el cuerpo, ligero el andar, proscripto el reumatismo, terso el cutis y más que aceptable el conjunto. No negaba su edad y con esta franqueza sus casi contemporáneos ponían el grito en el cielo, por hallarse en el instante de tristeza crítica por el tiempo desaparecido; tristeza que traducen, en los casos en que no pueden hacer trampa ni una semana de los años propios, en una contabilidad exacta de los años ajenos; no toleran que á un individuo de edad igual le suponga nadie más joven que á ellos, se exaltan, aducen fechas y actos culminantes, serían capaces de costear una fe de bautismo y restregarla en la cara del incrédulo. Pelean con la existencia que se les escapa, con el mismo denuedo con que un amante pretende conservar el cariño de la mujer que le olvida. Y don Luis con su confesión no sólo los privaba de esta pequeña inquina,

antes se las aumentaba con reflexiones y comentarios desabridos.

—¿Qué les puede significar á ustedes que todo el mundo sepa mi edad? Los subterfugios y las salidas falsas son inútiles; nos lo conocen en la cara porque los años que nos envejecen y las mujeres que nos abandonaron, nos dejan como caudal las arrugas melancólicas que surcan nuestra frente.

Y se interrumpía la partida, acercábanse los curiosos, mientras el abogado hacía revivir en sus amigos ancianos, amortiguados recuerdos femeniles y se ponía á disertar sobre la mujer con un aplomo, que cualquiera le habría creído un calavera desengañado y no un hombre casto y severo que conociera materia tan espinosa al través de sus lecturas y de sus estudios.

—Nos acontece con los años lo propio que nos ha acontecido con las mujeres. Cada pasión nueva es un enemigo de más y un enemigo de menos, porque dada nuestra humana condición, no podemos prescindir de sujetar nuestro organismo á choques y convulsiones que le halaguen y le despedacen, aunque de antemano sepamos que han de ser más los sufrimientos que los goces. Nos abruman los ejemplos; Fulano, Zutano,

Mengano están allí para escarmentarnos; uno se suicidó, al otro le suicidaron, y el de más allá ha quedado como reza el catecismo: sin ira y ni casi movimientos de ella. Pero en vez de escarmentar los suponemos necios, pusilánimes ó desgraciados; puede que á nosotros el ensayo no nos falle, y así nos embarcamos rumbo á Citerea, con velas desplegadas y sin cuidarnos de que el timón vaya en buenas manos. La sirena atrae por su canto, por lo que de sus formas deja ver y adelante. De pronto y de la azulada bruma que poetiza la luna y que suaviza al sol, surge un arrecife con salientes homicidas y piedras durísimas, no hay tiempo de esquivarle, y la frágil barquilla que denominamos corazón va á estrellarse, se estrella, mas uno de los trozos que sobrenada nos basta y sobra para construir nueva nave que lanzamos al amor, sin fijarnos en el propio descalabro ni en los marinos viejos de milagro y que desde la playa nos predicen otro temporal, y cuando éste se desata, cuando sus ecos llegan mugidores y desfigurados en las columnas de los periódicos escandalosos y en el murmullo espiritual de las conversaciones del gran mundo, rezarán por nosotros convencidos de que es más factible doblar

el cabo de la desesperación que refugiarse en el peñasco helado de la experiencia.

Y le llamaban al orden, le aplaudían otros; ¿qué tenían que ver sus fulguraciones líricas con la edad de cada cual?

—Pues, bien mirado, casi nada; pero él se hacía un deber de no ocultar sus años ni sus opiniones acerca de la mujer. Estamos obligados á cantar las verdades á los que nos siguen, á mostrarles las canas de nuestra cabeza y las cicatrices del corazón.

Después, se entregaban al interrumpido tresillo que restablecía el acuerdo ó se separaban huraños á la puerta del casino.

Cuando al llegar don Luis á su casa, veía iluminado el cuarto de Pedro, acostumbraba entrar antes de acostarse, fumar con él un cigarrillo sazonado con amistosa charla, que á las veces se prolongaba hasta horas muy avanzadas, según el motivo que la originara. Porque se entendían á las mil maravillas; casi siempre marchaban al unísono, y los rarísimos altercados que afianzaban su armónica intimidad, más eran producidos por la forma que por el fondo de las ideas. Á Pedro le era fácil sofocar antes de que tomaran forma algunos resabios de la antipatía antigua; y en cuanto á don Luis, le aumentaba cada día el

afecto primordial. Francamente tenía razón, pues el muchacho colmaba sus deseos por lo inmejorable y aprovechado, por lo bien que digería las teorías científicas modernas. Le resultó poco dado á amistades y menos aún á los desórdenes propios de su edad.

Hízole creer que el piquillo aquel sacado de Villanueva había aumentado por feliz combinación, para darse el gusto de costearle de su bolsillo cuanto pudiera apetecer. Pedro le creyó á pies juntillas; le suponía incapaz de mentir y nunca sospechó que su herencia se había desvanecido y que llevaba tiempo de vivir á las solas expensas de su benefactor. Se congratuló del incidente y estiró un poco la mano, es decir, cedió á las puerilidades de sus pocos años y esmeró su vestir y sus entretenimientos. De estos era el más ruinoso su amor á los libros; amor que cual todos los del apellido, le significaba gastos, sacrificios y contrariedades; y aunque disponía á su antojo de la biblioteca de don Luis, quiso tener libros suyos, que le costaran su dinero para apreciarlos más todavía. Don Luis le fomentaba la manía asombrado de que por ahí le diera siendo tan joven.

Á causa de este cariño, tuvo don Luis á

los pocos años de haberse domiciliado en Méjico, un disgusto que pudo ser de consecuencias. Uno de tantos impertinentes que es preciso tratar cuando uno está muy relacionado, se permitió bromas de mal género acerca del chico, cuya paternidad le achacó embozadamente al mismo don Luis. Este se sulfuró, llamó "bárbaro" al otro y si los amigos no intervienen sabe Dios cómo habría concluido aquello.

Pedro, en cambio, no tuvo más que nubecillas con sus condiscípulos de las dos escuelas en que estudió, que para nada enturbiaron su vida estudiantil. En la preparatoria chocó tres ó cuatro veces, por nada, por lo que los muchachos chocan entre sí, y el asunto se ventiló cual es costumbre, una zurra de puñadas al salir de clase, en el ángulo de un corredor ó en los alrededores del colegio, con varios compañeros que presencian la lid, un ojo—ó los dos—muy mal trecho, como resultado inmediato y, como final, un abrazo afectuoso de veras, en el que van mezclados juramentos de amistad duradera, lágrimas que aplauden los presentes y dádivas mutuas de objetos de escaso valor intrínseco pero que se conservan por el aroma suave de generosidad y extinción de renco-

res que despiden obstinados al través de las vicisitudes posteriores.

Duelos de la infancia que nos anuncian en nuestro criterio de niños, una lucha inevitable y continua con nuestros semejantes. Pedro se sorprendió muchísimo del mundo de pequeñas hostilidades que le obsequiaron á guisa de bienvenida. Había oído repetir en su casa que es un deber amar al prójimo como á nosotros mismos y aunque todavía entonces no se daba cuenta exacta de lo que sería un prójimo, de tanto oír mencionarle le entraron deseos de conocerle, de hacerse amigo suyo y disfrutar del buen carácter que tendría, dadas las referencias. Y en lugar de eso, rompió lanzas con él en el primer encuentro—allá en un colegio particular de la cabecera de su estado—y se supuso que el tal prójimo siempre había sido maligno ó había cambiado de carácter. No acababan de conocerse y ya desde su asiento le mostraba la lengua, le amenazaba con la pizarra y, aprovechándose de las distracciones del maestro, le clavó un alfiler y le alargó un pellizco; le puso apodos, le delató por travesuras imaginarias, y que él, Pedro, no cometía ni por pienso. Luego le escondieron los libros, le mancharon cuadernos, le persiguie-

ron sin tregua, día á día, por unidades ó por grupos; los formales, los que no tomaban parte en las maldades, tampoco las impedían, reíanse y encogían los hombros. Hasta que Pedro no pudo sufrirlos y les arrojó un tintero que produjo el respeto en todos y una descalabradura en quien le recibió.

La reprimenda del prefecto, Pedro la sufrió impasible, pero lo que sí le hizo profunda impresión fué su encierro en el calabozo. Gruesas telarañas en los rincones; por debajo del piso, ratas que huyen, y entre las sombras, todas las leyendas de aparecidos y almas en pena que los niños almacenan en la memoria. Empujaba la puerta para que penetrara dentro de la prisión — una caballeriza habilitada de tal y con abundancia de trebejos — un pequeñísimo rayo de luz que le reconfortara, pero la luz bajaba de mala gana hasta el fondo del patio interior y en vez de iluminar, aumentó lo pavoroso del sitio, dió espantosa forma á una silla de paja abandonada y coja, á una inválida bañadera, á esa multitud de cosas que las familias acumulan en los cuartos inútiles y deshabitados. Desde ahí escuchaba con envidia el ruído que hacían sus compañeros al finalizar las labores de la tarde: saltos, silbidos, carreras

y gritos; y con desesperación, escuchaba los apellidos de los afortunados que se iban. Un prefecto los nombraba:

— Ahí están por Fulano!

Y Pedro casi los miraba salir. Al uno, que se marchaba con su mamá, dentro de un carruaje tibio que olía á tafilete fino, á respirar el aire libre embalsamado por los árboles; al otro, que lo hacía de la mano del sirviente, á la espalda el atado de libros, una mancha de tinta en el vestido, más humilde; y dominando la batahola, oyó el repique de la esquila del corredor que se despedía de sus amiguitos y les recomendaba llegar temprano á la mañana siguiente.

Pedro, que era de alientos, venció al miedo, pensó en los que narraban con orgullo sus ingresos frecuentes al calabozo que después de todo, no es un traga-gentes ni mucho menos; pero no pudo vencer una impresión de tristeza por lo injusto del castigo y lo injusto que era el prójimo. No había motivos para que le odiara; apenas si conocía el nombre de sus dos vecinos de papelera, y á don Luis le contó todo lo acaecido. ¿Verdad que los prójimos no eran esos tan muchachos como él, y mal criados por añadidura? Don Luis le dijo que sí lo eran:

—Son prójimos en bruto que reciben pulimento. Los hay que se corrigen conforme crecen y los hay incorregibles; nunca sea usted de los últimos.

Grande esmero puso de su parte en borrar á Pedro ciertas salientes humanas que manifestamos más á las claras cuando pequeños: censurar á los que nos tratan, satirizar los defectos físicos de alguien, reir de los que se caen á nuestra vista.

—Quisiera—decía don Pedro refiriéndose á Pedro—poder sacarle perfecto, el terreno es fértil.

Y aquella noche, cuando don Luis se recogía, notó en silencio y sin luz las habitaciones del señor estudiante de derecho, por lo que dejó para otra vez la notificación de un proyecto que venía rumiando después de algún tiempo; retirarse él del bufete y dejársele encomendado á un muchacho tan sensato, que concluía brillantemente su carrera, que le sobraban juicio y tendencias inmejorables y que á mayor abundamiento, se dejaría dirigir en los casos difíciles.

Encendió su vela y comenzó á desnudarse dando paseos dentro de su dormitorio; soltaba el chaleco por aquí, los tirantes por allá; recorría con la vista muebles y accesorios;

examinó con la rápida meticulosidad de los solterones si todo estaba en su sitio, las pantuflas junto á la cama, la bata en un sillón y la camisa de dormir con los brazos abiertos sobre la cama como un ebrio á quien la zorra hubiera tumbado en lecho ajeno ó como persona ansiosa de recibir caricias. Hojeó por hábito los periódicos colocados en la mesa de noche y al desdoblar el primero cayó al suelo una carta voluminosa con la cubierta enlutada.

—¿Qué será esto? "Al Señor Licenciado Don Luis Verde. Presente."

La tomó el peso; debía ser un memorial, y temiendo que la tentación le venciera, dejóla sin abrir, apagó la luz y murmuró:

—La leeré mañana.



III

TARDE se despertó don Luis, pero su primer pensamiento fué la carta de la víspera. Enderezóse en la cama cuando le entraron el desayuno, mandó abrir las maderas de la ventana y mientras el chocolate se entibiaba deshizo el sobre y comenzó á leer con trabajo por la escasa claridad del cuarto y porque los ojos acabados de abrir no percibían bien las imágenes. Buscó la firma, movimiento común al recibir manuscriptos desconocidos ú olvidados, y se encontró con un nombre sinó familiar tampoco extraño del todo. "Dolores de Orteza" leyó; y después de recapitular un instante con el papel doblado y la vista distraída, recordó la persona. ¿Por qué le escribiría en papel de luto? Y ya sin sueño, se arrellanó curioso en los almohadones y principió la lectura. Era una carta sentida y comprometedo-

ra; con párrafos heteróclitos y disímbolos, propios en las señoras cuando escriben de negocios; el comienzo serio, enérgico, de lleno en el asunto, y de repente una observación frívola, un considerando extemporáneo, una frase piadosa, una concordancia aporreada. Suplicaban al ilustre abogado que se hiciera cargo de un cuantioso intestado; contaban con que aceptaría aunque los honorarios aumentasen. "Ya ve usted — decía la carta — que los abogados pillos pululan más de lo que fuera de desearse y no me parece cuerdo entregarles mi fortuna y con ella el porvenir de mi hija, de Elena que está hecha una señorita después de tanto tiempo que usted ha dejado de vernos."

En seguida invocaba el afecto que su marido manifestó siempre á quien tenía por amigo de veras, y terminaba invitándole á que fuera á verlas para completarle entonces sus informaciones. Don Luis hizo un gesto, sin que haya podido averiguarse si lo produjo un trago del chocolate, frío ya y desagradable, ó el compromiso aquel que precisamente le llegaba al querer abandonar por siempre el ejercicio activo de su profesión. No había remedio, aceptaría fingiendo un agrado que no sentía; el pobre Orteza, ó

para hablar con propiedad, el riquísimo Orteza, habíale distinguido en efecto con muestras de amistad y simpatía durante los años en que se trataron. No era, pues, decente dejar plantadas á la viuda y á la huérfana por puro egoísmo; tanto más cuanto que el sacrificio era bien llevadero y no se oponía á su resolución anterior de ceder á Pedro el bufete y la clientela; aún le faltaba un año á éste para obtener el anhelado título, sobraba tiempo.

De pronto, una idea le cruzó por la mente, de prisa, rozándosela apenas, más volvió á poco y se le posó en ella decidida y tenaz. Sacudía él la cabeza, la espantaba con la mano, con la tohalla, con el peine, según adelantaba en su vestir, y no logró ahuyentarla, se la sentía fija, clavada á muerte. Consistía la tal en un matrimonio entre Elena y Pedro, esa señorita que él conoció de chiquilla insubstancial; matrimonio que le significaría á Pedro un pleito jurídico de honra y provecho; de honra, porque la niña era de muy buena cuna, de antecedentes sin tacha entre progenitores y colaterales y de limpísima conducta; de provecho, porque su herencia debía de ser sólida y abundante, si sus reminiscencias no flaqueaban.

—En cuanto al físico nada puedo opinar, la mujer es de suyo tornadiza y voluble, cambia de alarmante manera al crecer y desarrollarse; ¿quién reconoce entre las bellezas jóvenes de un salón á la criatura que de pequeña se nos sentó en las rodillas y nos pedía muñecas? Nadie, nadie; nos llevamos chascos soberanos.

En esto, terminó de vestirse y se dirigió al estudio lleno de clientes aburridos que devoraban los diarios en las antesalas de espera, y de escribientes y pasantes en la sala de labor, que trabajaban en mesas pequeñas alrededor de la de don Luis, majestuosa, negra, recargada de actuaciones y de libros abiertos, un tintero mónstruo con el busto en bronce de una celebridad contemporánea, y reglas, limpia-plumas, prensa-papeles, todos esos accesorios de las mesas que de veras resisten nuestras tareas. Soltó unos "buenos días" amistosos, risueños; hojeó el memorándum, hizo entrar á los clientes más urgidos, tomó una cartera de cuero y salió al patio. Ahí le esperaba su cupé, los caballos impacientes, con el cuello arqueado é inquietas las manos; el cochero con el látigo en el puño, rígido dentro de la librea, habituado á la diaria caminata.

Cuando don Luis subía al carruaje, divisó á Pedro que regresaba de cátedra, le recomendó que le esperara para tratar de algo muy serio, y al cerrar la portezuela gritó:

— Al palacio de justicia.

Los parroquianos protestaron, elevaban el tono de la voz, aventuraban preguntas: "¿Tardaría mucho?" "¿no había dejado ninguna razón acerca de su negocio?" Y los amanuenses abusaban, hacían ademanes desdeñosos sin dar la cara á los preguntones, como agobiados por un trabajo trascendental que no deben perturbar los impertinentes; se asían á la oportunidad que les brindaba el azar de resarcirse, siquiera momentáneamente, de su eterna esclavitud, de los muchos años de hallarse siempre por debajo del que paga; de conceder la razón á otro cuando se le desconoce en el fuero interno; de haber perdido la propia iniciativa y los cinco sentidos para adquirir un sexto que lo es el sentido del jefe; devolvían una parte de la hiel almacenada que les amarga la existencia. Aquellos señorones al llamarlos "caballero" les administraban una satisfacción moral y la resonancia del calificativo se les antojaba dulce y armoniosa como las músicas que se escuchan á distancia. Por un instante, mien-

tras aceptaban un cigarrillo ó entablaban un diálogo, olvidabánse de su más íntima amiga: la miseria! Esa miseria tan negra, con sus días sin pan y sus noches sin abrigo! Olvidábanse de la familia tan numerosa, de sus necesidades tan múltiples que les obligan á sufrir todo género de humillaciones para no perder el puesto que proporciona la comida en el hogar y disminuye las visitas á la casa de préstamos, ese otro hogar de las alhajas y de los objetos queridos, adonde cada prenda enrollada dentro de los armarios, prensada por sus compañeras de cautiverio, con su número de orden toscamente escrito en un pedazo de papel que se mueve siniestro cual rótulo de ajusticiado, es el símbolo mudo de algún poema ignorado y triste, de lágrimas vertidas en la sombra, allá en el fondo de una vivienda destartalada y fría, con muebles escasos é incompletos, antes de decidirse al abandono urgente, hasta que el esposo conmovido y suplicante insiste en voz baja para que los vecinos no se enteren, el hambre que se ha iniciado con cosquilleos se convierte en calambre y la mujer cede, se quita el anillo nupcial de oro liso y corto valor, entrega trémula la última sábana del camastro ó despoja á su hijo — un rubio chiquitín que azo-

rado contempla la escena rascándose los rizos abundantes y caprichosos — de una virgen en esmalte que desde la cuna lleva suspendida al cuello para que no le desampare y en recuerdo del padrino ó de épocas mejores.

Con la llegada de Pedro vinieron por tierra las ilusiones y los espejismos; las ideas ecualitarias y socialistas de los subalternos se adormecieron de golpe, como acontece con los cohetes de luz en los fuegos de artificio; suben mucho, muchísimo, ciérnense un segundo por las alturas, se desgajan en mil colores, causan admiración y entusiasmos y de pronto se apagan, caen convertidos en cenizas y papel quemado, y la misma multitud que entusiasta los aplaudía, los pisotea indiferente. En cuanto Pedro asomó las narices volvieron las plumas á rechinar, interrumpiéronse confidencias cursis con las que se roba un momento á la labor cuotidiana que asfixia por su monotonía, cuando no se está vinculado con ella por ningún interés directo.

Pedro saludó á todo el mundo sin hacer pesar su autoridad naciente y se instaló en su mesa, enteramente igual en modestia y dimensiones á las de los dependientes. ¿Qué diablos le querría don Luis con ese misterio? Broma no había de ser, el abogado era dema-

siado serio para gastarlas; ¿le iría á reconvenir? ¿de qué? Y por distraerse, hizo entrar á un cliente de campanillas, de esos que son tan brutos como ricos; á los que es preciso repetir varias veces la misma cosa, mostrarles la ley citada en su defensa y el fallo de la autoridad judicial; que nunca se dan por satisfechos y anhelarían zanjar á fuerza de pesos todos las dificultades; que son necios, desconfíados y no acaban de partir; se quedan con el sombrero puesto y se les tolera porque pagan sin remilgos.

Al concluirse la comida se descifró el enigma; don Luis manifestó á Pedro sus intenciones de dejarle dueño absoluto del bufete en cuanto obtuviera el título profesional; iba á comenzar á presentarle en su nuevo carácter de sucesor y le prometía asesorarle con sus consejos mientras la reputación le tratara como á persona de cumplimiento.

—Me he visto forzado á admitir un negocio más, pero le protesto á usted que será el último. He trabajado toda mi vida sin necesidad de hacerlo, por el mero placer de trabajar y ya no quiero, estoy cansado, con ganas de hacer lo que me parezca, hasta dejar el congreso si se ofrece. Estoy rico, mi querido Pedro, bastante rico; y aunque

por dicha nunca me privé de nada, ahora quiero privarme de lo que me molesta. Cada edad tiene sus exigencias, sus prerrogativas; la de usted, por ejemplo, es la más á propósito para toda clase de luchas; nada arredra, todo se considera hacedero, lo mismo un gran nombre que una fortuna desmedida. Por éso, porque usted se lo merece y por otras razones que me callo, deseo que usted continúe al frente de esta mina de oro. Adivino las objeciones de usted, sus delicadezas, pero cuento con que las venceremos llegando en fin de cuentas á un arreglo definitivo é igualmente productivo para los dos.

Y se pusieron á hablar de números, de tanto por ciento, de gastos probables y de gastos seguros, y en todo quedó conforme don Luis; sobre que con ello realizaba su mejor ensueño de cimentar con firme cariño á aquel mozo tan serio, tan instruído, tan ejemplar.

Á los pocos días presentó Pedro su examen; salió bien, como siempre, y se abandonó al goce de sus conquistadas vacaciones. Llevaba tiempo de querer viajar en camino de hierro, por desconocer en absoluto ese género de locomoción y para visitar Veracruz, entonces el lugar más distante

de la capital que ofrecía semejante aliciente; nada menos que catorce horas de movimiento, almuerzo en el camino, crepúsculo matinal á la partida y puesta de sol al arribo, es decir, un señor viaje. Á tales atractivos se unían dos más, el mar, y su condiscípulo Antonio Correas que era oriundo del puerto, compañero suyo desde la preparatoria y amigo único. Cada año rogábale que le acompañara á pasar las vacaciones en familia; le tratarían como de la casa, pues de memoria le conocían por el retrato y por sus cartas, en las que siempre le mencionaba. Él, año por año respondía que nó; entre la famosa fiebre amarilla y alguna excusa que otra, se defendía y rehusaba. En esta vez sentíase dispuesto, alborotado; lo participó á don Luis y fijaron Antonio y él la fecha de la partida.

Nervioso se acostó la víspera; despertaba sin cesar y estuvo listo dos horas antes de lo necesario. Dirigióse al embarcadero en un coche de plaza que con sus saltos acabó de sacarle de quicio. Poco hecho á viajes, se instaló en una de las salas de espera con una maleta entre las piernas y la mirada lista para distinguir á los que llegaran. Los pitazos que de vez en cuando soltaba la má-

quina de movimientos al preparar el largo convoy de pasajeros, los estimaba Pedro como indicios de marcha, perderían el tren por la tardanza de Antonio. Poco á poco aumentaban los viajeros y esto le tranquilizó porque nadie se apresuraba ni corría, quedábanse las señoras custodiando á los vástagos y el equipaje mientras los varones con sombrero fieltro y flotante guarda polvo de blanco dril, liquidaban cocheros y apalabran cargadores; compraban billetes, hacían pesar los baules grandes y envíaban á los parientes sendas tazas de café con leche. Pedro estimó prudente desayunar entretanto, y despachó una tras otra dos tinas del líquido aquel que le vendió una chiquilla despabilada y bonita que se aburría soberanamente con los chicoleos del colegial, acostumbrada á recibir las caricias brutales de los empleados ínfimos del ferrocarril, de los gendarmes, cargadores y cocheros. Hasta que llegó Antonio con su risa franca y picaresca, calmado, zumbón; descargó sus bultos, embromó con el auriga, hizo un saludo á Pedro desde lejos y le gritó:

—Cómprame un café con esa buena moza y espérame; voy á tomar los billetes.

Y pasó á la carrera por entre la apiñada

multitud, á fuerza de codos llegó á la rejilla, adelantóse á su turno y regresó en un par de minutos á reunirse con Pedro que le contemplaba admirado de su habilidad y ligereza. Bebió el café en cuatro sorbos, dió á la muchacha una propina y un abrazo, ansió á Pedro y se colocaron en las primeras filas de los viajeros que se prensan ante la reja de entrada al andén, guardada por un cerbero soez é inexorable. Sonó una campana, se abrió la reja y se precipitó aquel contenido alud.

Lo menos doce coches formaban el tren de esa mañana; el de la escolta, los de carga, los de animales, primero; los de los pasajeros á la cola, con el número de su clase pintado en los costados. Antonio y Pedro habían sacado boletos de segunda porque se ahorraban cuatro pesos cada uno, según explicó el veracruzano. Posesionáronse de una banqueta abandonada de milagro, y la ventanilla le tocó por derecho á Pedro, ansioso de saborear las ponderadas bellezas del célebre camino.

Por lo pronto le interesaban dos personas que tenía cerca; su vecina de asiento — una joven de veinticinco años á lo sumo, vestida con elegancia — con medio cuerpo fuera de

su ventanilla, y en el andén, un muchacho que no representaba mayor edad, con el cuello del gabán levantado y el sombrero sobre la nariz para ocultar su conmoción. Ella lloraba francamente y sus lágrimas al tropezar en los tejidos del velo que le resguardaba la cara, adquirían matices de piedras preciosas Debían habérselo dicho todo la víspera, al pasar juntos tal vez la última noche, en la que no debieron descansar gran cosa, á juzgar por las huellas que el insomnio y las caricias les habían dejado en el rostro; y sin embargo no cesaban de mirarse, se devoraban con los ojos ¡Había tanta promesa de fidelidad en la que se iba y tanto dolor reconcentrado en el que se quedaba, que Pedro se interesó por su sufrimiento no obstante que las conjeturas los condenaban; se adivinaba á la legua la profesion de ella: pecadora, y la invencible pasión de él, pero en aquel instante supremo de la separación, hacíanse simpáticos por su desgracia!

Silbó por tercera vez la locomotiva y el organismo ese de madera y hierro se puso en movimiento, muy lentamente, con resoplidos poderosos; entonces la viajera se inclinó más todavía, tiró con la mano un beso al que la despedía y éste, sin cuidarse ya de los indife-

rentes, levantó la cara bañada en llanto también y caminando unos pasos á la par del tren, le dijo:

—¿Me escribirás, verdad? ¿Me lo prometes?....

— Te lo juro! —gritó ella.

El convoy, que hasta ese punto caminaba despacio, precipitó el paso; como los correos que escuchan las recomendaciones postrimeras medio vueltos sobre la grupa del caballo y antes de que los gane el enternecimiento arriman la espuela y desaparecen en las nubes de polvo que levanta la carrera, así el tren aceleró su marcha, pudiendo verse en medio de la abigarrada multitud de las carretillas de equipaje, de los bultos rezagados, un pañuelo blanco agitado por invisible mano pero por encima de todas las cabezas, que no se cansaba de decir adiós, elocuente en su misma insignificancia de lienzo sin sensibilidad, con curvas de paloma y ondulaciones de enamorado, á cada minuto más pequeño, imperceptible, nada después de una de las muchas vueltas que dan los trenes en las estaciones principales, cuando saltan de un carril á otro carril y pasan por junto á los carros detenidos en las vías de escape; vueltas y rodeos que recuerdan la salida de algún sa-

lón lleno de gente en el que es preciso no atropellar los trajes de las damas ni los codos de los caballeros, tener los ojos en los pies y el "usted perdone" en los labios; hasta los pitazos cortos y repetidos que la máquina suelta, deben querer decir en su idioma:

— Con permiso de ustedes!

Antonio que andaba entretenido en el arreglo de mantas y sombrereras, en cerciorarse de si las persianas funcionaban sin protestas ni venganzas, no reparó en la patética despedida; acomodóse en su asiento, dió á Pedro un periódico, se reservó otro y le explicó que les sobraba tiempo para leer ó dormir; lo interesante del camino no comenzaba sinó después de Boca del Monte, sitio amenísimo donde almorzarían Pero á Pedro le interesaba todo, inclusive las verdes é interminables llanuras que tragaba el tren; reclamaba silencio para disfrutar á sus anchas de las múltiples é inolvidables impresiones que ocasiona el primer viaje formal, cuando Antonio pronunció un "hola" que hizo volver la cara á varios viajeros adormecidos.

— ¿Que qué tenía? Nada, una vecina encantadora ¿no la ves?

Pedro respondió que sí indiferente y distraído.

—Pues eso sí no te lo tolero, que te me vuelvas casto en el viaje. ¿No la conoces?—preguntó señalándola.

—Nó, repuso Pedro sonriendo á su amigo.

—Yo sí ¿quieres que le entablemos charla? Es una socia activa del *ejército de salvamento*—así denominaba Antonio á las mujeres de mala vida.

—Déjala tranquila á ella y á mí también. En estos momentos es una mujer que sufre, que ha llorado y que debemos respetar. No, seas guasón.

—Amén! Bueno pues, saca los cigarrillos, diviértete con lo verde, sin segunda intención y llámame cuando esté cerca el almuerzo.

Lo hizo como lo dijo; mal fumó el cigarrillo, se echó la gorra de viaje hacia los ojos y se puso á roncar en do menor.

Por dárselas Pedro de galante y correr el cristal de la irredenta, casi derribó á Antonio que se despertó echando demonios. Dió ella las gracias con una fingida afabilidad que parecía su segunda naturaleza, y á poco conversaban los tres en buen amor y compaña. Decididamente Antonio estaba de vena; sólo Dios supo de donde sacó una botella de coñac, mas lo cierto fué que se les presentó arrogante, la llevaba recostada en un brazo,

le daba palmaditas en el rótulo y la llamaba "astro d'amore." Dos viejas que iban en el fondo del wagón se escandalizaron, llamaron al conductor quien por toda respuesta se encogió de hombros, mientras Antonio recorría el coche ofreciendo á los pasajeros un pequeño sorbo dentro de un vaso de estaño. El par de viejas se desquitó; en tono acre y destemplado contestaron á la invitación de Antonio con un "no acostumbramos" que creyeron de magnífico efecto.

El mozo no se cortó, mirólas de hito en hito, sirvióse una porción, se la echó al coleto y exclamó:

— Pues yo sí!

Regresó á su puesto á continuar la interrumpida charla con Pedro y la vecina sentimental que se llamaba Lola é iba á la Habana porque en Méjico no hacía gran cosa. Y soltó la lengua, en virtud del hábito que adquieren esas mujeres de narrar una historia verdadera ó falsa que declaran suya, al primero que se las pide para conciliar el sueño en las noches de orgía. Almorzaron en la misma mesa; se le pagó á Lolita su cubierto y se brindó por el que dejaba en Méjico. Volvió el tren á ponerse en marcha y Pedro se aisló de sus comensales; de Lola, porque con su tristeza

no le permitiría admirar el camino á gusto, y de Antonio, porque le conocía palmo á palmo y prefirió consolar á la triste.

Lo primero que chocó á Pedro fué el cambio de máquinas; en lugar de las comunes y corrientes de hasta entonces, púsose á tirarlos una descomunal con caldera doble, doble chimenea, doble todo; á la distancia á que él la miraba parecía estar compuesta de dos locomotivas ordinarias pegadas por su parte posterior. Tal exceso de fuerza no se gastaba en balde; para los viajes como el que él hacía, llamados de bajada, impide que el tren se marche por sí mismo con una velocidad loca y concluya estrellado en mil pedazos; para los viajes de retorno, los de subida, sirve para escalar las cumbres gráficamente denominadas de Maltrata, para no cesar de ascender, desde el puerto casi hasta las lindes de la meseta central, donde principian las planicies inmensas que pueden recorrerse sin riesgos y sin trabajos. En efecto, el tren no marchaba con la rapidez de por la mañana, no obstante el aditamento del animalazo aquel que bufaba, tosía y vomitaba humo como si estuviera enfermo ó se le concluyeran los alientos. Con qué cuidado costeaba precipicios y cruzaba lcs aéreos puentes de hierro,

prolongados y elevadísimos, que á cada instante unen montañas condenadas á no hacerlo nunca sin ellos, cual primogénitos de familias rivales! Cómo avisaba á la entrada de los túneles negros que necesitaba de toda la anchura interior para su paso; cómo contenía la respiración ó la suavizaba para no ahogar á los pasajeros obstinados que permanecen en las ventanillas á pesar de las chispas y del viento, y cómo se alegraba al salir del momentáneo encierro, de poder recrear su vista y sus pulmones con el paisaje y el ambiente de la zona tórrida! Diríase que se reía alto de su propio miedo, como esos chiquillos que cantan cuando abandonan una pieza obscura.

¡Qué imponente espectáculo el de la naturaleza virgen y tropical, con sus lianas entrelazadas, sus plantas inmensas y fantásticas, cruzando las ramas como para estrangular á las prójimas. Y los aromados cafetales, los bosques de plátanos, de naranjos y de granados; las flores caprichosas y multicolores; los arroyos y los ríos que corren con estrépito, bañan apenas las sedientas y abrasadas márgenes y despiden en su contínua evaporación, tenues brumas que se quedan suspendidas en medio del espacio para remontarse al fin engalanadas con los cambiantes poéti-

cos del iris! El calor del sol quema la piel y adormece las ideas; el perfume vago y voluptuoso que flota alrededor nuestro, exalta la lascivia mental, azota la materia y desearíamos poseer allí, tras una de esas matas henchidas de savia, una legión femenina insaciable y apasionada que nos matara poco á poco, con delicadezas de niña é impudores de perdida!

En las estaciones del trayecto se multiplicaban los vendedores de frutas; frutas variadas, de colores mates; con nombres raros, aspecto atractivo y precio ínfimo. Antonio le impidió el que engullera algunas ¿estaba acaso garantizado contra el *vómito?* Pedro no las comió; bastábale gustarlas con los ojos, extasiarse con su aspecto; bruscamente asustado con la enfermedad acabada de mencionar y que se forjaba despiadada, cual marido celoso ó recaudador de contribuciones; oculta en las esquinas de las calles, en los indiferentes cuartos de los hoteles, siempre invisible y siempre dispuesta á dar su golpe; lo mismo en el vaporcillo tibio de un plato de sopa que en el relente de una noche estrellada. ¿Si por una desgracia le cogía á él y le mandaba al cementerio?

Le distrajo el tren que entraba en plena

región azucarera. Divisábanse lejos multiplicados *ingenios* en activa labor, con las chimineas de los *trapiches* que arrojaban un humo pesado y negro, lento en sus curvas, espeso y sofocante. La caña amarilleaba en una respetable extensión, formaba horizonte, y al ser visitada por una que otra ráfaga de viento solitaria y despavorida, se inclinaba hasta tocar á sus vecinas, reuníanse tres y cuatro para separarse á poco, erguir los nudosos tallos y producir con la maniobra un murmullo sordo y apagado cual si las noticias llevadas por el viento les produjeran hilaridad ó indignación. De vez en cuando, surgía del centro de algún cañaveral, un corpulento negro sin más atavíos que una especie de cendal y un gran sombrero de palma; en la diestra, un machete corto y ancho que les sirve para talar la caña de un solo tajo infalible y poderoso. Pasaba el tren, y aún podía divisarse que el labrador le volvía las desnudas espaldas, que su cuerpo se encorvaba hasta perderse casi en el follaje, por cuya cima aparecía para también perderse y volver á aparecer un poco más allá, el arma peligrosa en su incesante devastación.

Á Pedro le eran los negros extraordinariamente simpáticos y le ponía fuera de sí el

que gente seria los calcule ejemplares de una raza inferior á la nuestra. Él no admitía eso; nadie es inferior á nadie — pensaba — es asunto de educación y de relatividades; la prueba que si nosotros llamamos "bárbaro" al chino, éste nos supone salvajes; que si denominamos "infiel" al mahometano, él nos bautiza de "perros," y que si la Europa dizque civiliza al África con rifles y con cañones, los africanos le dan la bienvenida comiéndose una media docena de misioneros y varias gruesas de soldados. Según su sentir, esto era un abuso de fuerza, un ensañamiento con los que son más débiles que nosotros; contra el negro, contra el indio, contra nuestra mujer, única que se desquita de no legislar y de sufrir todas las bestialidades masculinas, con el engaño y el adulterio, dos maquinillas de su invención. Pedro no admitía las verdades antropológicas reconocidas en las que por determinadas protuberancias cranianas y por si los lóbulos anteriores ó posteriores se corrieron un milímetro ó se atrasaron dos, decrétase por sus autores la inferioridad humana á medio mundo. Si los agraviados fabricaran á su vez una antropología ¿cómo nos considerarían? Y sin profundizar problemas tan complicados, sí se sentía atraído por

los negros especialmente, que hasta en la color respiran melancolía; que están connaturalizados con la crueldad y con el sufrimiento; que se han visto despojados de patria, de religión, de familia y de amigos; que se les estima menos que á un sirviente blanco y mucho menos que á un caballo de raza ó un perro fino; que han vivido equiparados á una moneda de oro ó á un puño de baratijas, y que al emanciparse, les ha quedado como herencia en sus cantos, en sus costumbres, en sus actitudes y en sus ideas, un sello de tristeza infinita y de pasividad desgarradora. Á Pedro no le causaban asombro las matanzas y tropelías que aislados ó en conjunto perpetran en las personas de los blancos: es el rencor de antaño que se espereza y habla, unas represalias tardías y justicieras.

La tarde se marchaba de prisa hacia el ocaso; andaba ya por la cima de las montañas, con cruzar la pierna los dejaría á obscuras, por lo que los empleados del ferrocarril colocaban dentro de los coches las lámparas de petróleo y la gente se apresuraba á formar en hilera las mantas, las maletas y demás bultos pequeños.

Pedro no habría cedido su ventanillo por ningún dinero; sólo faltaba una estación

para concluir el viaje y no quiso perder ripio.

Antonio, familiarizado con la excursión que repetía dos veces en cada año, no hacía caso más que de la Lolilla á quien recomendaba no fuera á hablarle en la estación, por si estaban en ella los parientes, y de quien exigía una audiencia íntima lo más pronto posible.

— Díme en qué hotel vas á parar.

En estas llegaron. Hubo sus gritos de cocheros, ofertas de cargadores y de agentes de hoteles; negros vestidos de blanco y blancos vestidos de negro; abrazos y lágrimas.

Y en carruajes, en tramvías, por grupos, por parejas, viajeros y curiosos se internaron en las tortuosas calles de las tres veces heróica ciudad de Veracruz.



IV

PEDRO se sintió atemorizado y curioso. Hacía rato que escuchaba un ruído imponente que parecía desprenderse de muy lejos, engrosar en el tránsito y descansar tras de alguna de las calles que ellos recorrían.

—¿Qué ruído es ese? preguntó.

—Es el mar! repuso Antonio, henchido de esa vanidad peculiar en los oriundos de los puertos, que consideran al gigante como cosa propia, seguros de deslumbrar con la adjudicada propiedad que les ha sonreído desde pequeños, amenizando sus juegos y poetizando sus amores.

—¿Quieres que le veamos esta misma noche?

- Le veremos si te empeñas, pero va á causarte una mala impresión. El mar es coqueto y caprichoso; tiene sus horas de buen

humor y es entonces cuando conviene conocerle. En las noches en que no hay luna, el sueño le coge temprano y aún cuando oyes que se mueve, no debes hacerle caso; está amodorrado y de mal talante.

Á poco, estuvieron en la casa; salieron las mujeres á recibir á los viajeros, es decir, la madre y la hermana de Antonio que le sofocaron á abrazos, se le colgaron del cuello, le besaban donde podían mientras él se dejaba hacer enternecido y Pedro contemplaba el grupo con una envidia noble que le brotaba hasta de los poros. ¡La madre suya le había abandonado tan temprano, que apenas si violentando la memoria recordaba la dulzura inmensa de sus caricias, únicas desinteresadas que recibimos en la existencia, que nos consuelan de vivir y ennoblecen la eterna y diaria lucha que estamos condenados á sobrellevar!

Una vez más se confirmó en la idea que arraigada tenía, de que un individuo cuyos padres viven debe de ser mejor que quien de niño los haya perdido! El interés y la abnegación de que á cada paso hacen gala, nos alientan y nos fortifican, aminoran nuestras brusquedades y suavizan nuestros instintos.

– Aquí se los traigo—gritó Antonio en cuanto pudo desasirse de los cariñosos lazos que le sujetaban regáñele usted madre, porque me ha costado mucho trabajo el decidirle; y tú, Magdalena, anda á prepararle una cama en mi cuarto.

Pedro salió con las necedades que son de rigor en tales casos, temía molestarlas; un huésped que cae de las nubes siempre origina trastornos.

—Pues no crea usted que nos molesta —replicó la madre de Antonio—aunque nunca nos hayamos visto, no es usted para nosotras un desconocido. Éste en cada año no nos habla más que de usted; que si Pedro así y que si Pedro asado; en nuestras cartas le saludamos á usted con más constancia que usted á nosotras. De suerte, hijo, que ya puede usted considerarse como de la familia.

Había una cordialidad tan sincera en el pequeño y doméstico discurso, un eco tan melodioso en lo de "hijo," unas canas tan respetables en la cabeza de la anciana que le obsequiaba ese título, y un orgullo tan manifiesto en Antonio escuchando á su madre, que Pedro sintióse en casa amiga, rodeado de seres sinceros, y le tendió las dos manos con ímpetus de besarle las suyas

como lo había hecho su batallador compañero.

Doña Adelaida los mandó á arreglarse para ir después á la mesa y, al pasar por un corredor, topáronse con Magdalena que regresaba de alistar el cuarto. Y así, á la ligera, á la escasa luz del reberbero del patio, Antonio los presentó sin dar tiempo á Pedro de que formulara completo un "servidor de usted."

—Ya se lo dirás luego, en cuanto estemos visibles. Anda, que la sopa nos espera. Pedro, arrastrado casi, sólo pudo hacerse cargo en la instantánea entrevista de que la chica tenía unos ojos espléndidos.

En el comedor tuvo lugar el segundo cuadro; desde la cocinera hasta el negrito que servía la mesa, no hubo sirviente que no fuera á saludar á Antonio, quien les prodigaba en cambio los abrazos y las sonrisas. Doña Adelaida distribuyó los puestos que quedaron en la forma siguiente: ella y Magdalena en las cabeceras, Pedro y Antonio en los costados. Pudo entonces Pedro contemplar á sus anchas á las dos mujeres.

Era doña Adelaida de unos sesenta años; con cierta majestad en el rostro y una franqueza en el decir, fácil y repiqueteado, que

la hacía simpática y respetable. Adivinábase sin grande esfuerzo, á una dama de calidad con la hacienda disminuída, pero que hasta donde puede conserva los hábitos de su rango.

Magdalena era una linda criatura. Interesante y pálida, con unas ojeras azuladas que le tornaban la mirada en profunda, en acariciadora, en elocuente. Alta y delgada, cimbrábase al andar de una manera cadenciosa y lánguida; más dada á la seriedad que á la alegría, esto la comunicaba un aspecto de señorío que le iba de perlas; y en las grandes circunstancias, dilatábasele la nariz, arrugaba el ceño y le salían relámpagos de sus ojos garzos, medio encubiertos siempre por las largas y rizadas pestañas. Pero aquello le pasaba pronto, volvía á adueñarse de sí misma, sofocaba esas manifestaciones de su temperamento meridional, y aparecía de nuevo la muchacha dócil y hacendosa.

Pedro la contempló durante la cena, encantado de su figura y de su pronunciación, un ligero ceceo propio de los hijos de nuestras costas. En unas cuantas horas le tuvo absorto, le hizo perder la noción del tiempo, su carácter de huésped, y su cansancio. Al hablarla, le buscaba los ojos, los toreaba, co-

mo torean los chicuelos de la calle á los perros bravos del vecindario hasta que los exasperan y embisten éstos al enemigo que se esconde en las puertas y en las esquinas riendo á carcajadas del peligroso juego que á veces resulta contraproducente porque el perro es más hábil que su contrario y me lo pesca cuando menos piensa con un mordisco de marca mayor. Así Pedro hablaba á Magdalena sin cesar, inventaba pretextos, la pedía la sal, el botellón del agua. Magdalena le miraba en unas ocasiones, y en otras sólo pasaba lo que le pedían, sin enojos ni cortedades, mezclada á la charla general. Cuando lograba Pedro que los ojos aquellos se le fijaran, experimentaba miedo, les huía; se parapetaba tras de la servilleta, inclinaba la cabeza sobre el plato, la volvía á otro lado, mas sin resistir los efluvios de la mirada; se la sentía encima y estábase quieto para que ella se calmara y volviera á acurrucarse en sus pestañas.

Al servirse el café, le recordó Antonio sus ganas de conocer el mar; si quería, podían ir á verle, aprovechar la brisa y refrescarse un poco. Antes de responder buscó los ojos de Magdalena como pidiéndoles permiso, sin atreverse á resolver nada de su propia ini-

ciativa delante de ellos; pero no se dieron por entendidos de la pregunta, vagaban por el techo, perezosos y adormecidos, cual si buscaran por hábito algo en qué distraerse. Picóse Pedro de la indiferencia, y contestó que estaba pronto, dió las buenas noches á las señoras y salió en compañía de Antonio rumbo al muelle fiscal. Dióle el brazo, á pesar del excesivo calor, porque se notó un aumento repentino de afecto por su condiscípulo; le hallaba purificado y engrandecido con el contacto de una familia tan afable y tan buena. Algo sin embargo se distrajeron sus pensamientos con el espectáculo que presenciaba; los cafés de los portales tenían sus mesitas rodeadas de clientes que hablaban y accionaban á la vez, el sombrero en la mano á guisa de abanico, el saco desabotonado y la silla convertida en mecedora; al frente, unos vasos inmensos llenos de líquidos policromos y trozos de hielo que se fundían con un crugido semejante al de un cristal que se rompe, y unas pajas prolongadas que servían de boquillas para despachar los refrescos que los camareros servían á la carrera, en grandes bandejas de metal blanco, centuplicados y serviciales para complacer á la bullidora parroquia.

Ahí sí que podía apreciarse lo que es el carácter de los meridionales, con sus gritos y sus altercados, su ruda franqueza y su libertad de lengua que salpica la más seria conversación de interjecciones y juramentos.

Pedro estaba aturdido y con temores fundados de no salir de los portales en toda la noche; de cada mesa saltaba algún conocido de Antonio que le llamaba y abrazaba, venían las preguntas de "¿cuándo llegaste?" ¿qué tal te ha ido? y ¿cómo encuentras esto?" á prolongar el saludo y aumentar el grupo de los preguntones. Antonio se detenía y saludaba con cariño, sonriente, con cierto orgullo de que sus amigos manifestaran á Pedro que no estaba él tan tirado á la calle en materia de relaciones, que significaba algo en su ciudad natal. Tuvieron que aceptar dos invitaciones; una de café y otra de *mint-julep*, bebida aromática y endemoniada según Pedro que la pidió por imitación y la concluyó por compromiso. Divisaba árboles á su derecha y le explicaron que allí estaba el jardín principal adonde las músicas militares tocaban dos veces á la semana, convirtiéndola en concurrido centro de reunión al aire libre, circunstancia esta última muy digna de tener-

se en cuenta dado el clima. Le recomendaron que no faltara á la noche siguiente:

— Es noche de retreta y viene todo el mundo.

Lograron luego desprenderse del corrillo y continuar su paseo. En cuanto Pedro se halló de nuevo á solas con Antonio, se le acentuó el exceso de cariño experimentado hacía poco; pero ahora cayó en la cuenta, le quería más porque se parecía á su hermana en la voz y en todo, es decir, quitándole á él la barba y á ella lo delicado de las facciones. Decididamente Magdalena le gustaba y como no encontró en su gusto asomos de delito ni mucho menos, propúsose no contrariarle por el dulce y nunca sentido bienestar que le acarreaba. No le fomentaría tampoco para que no se le convirtiera en fuente de dolores según la opinión de sus amigos expertos en achaques de amoríos. Tendría que ver que él fuera á enamorarse de la hermana de Antonio; y á tal punto se preocupó con los nuevos horizontes que adivinaba, que Antonio le interrogó amostazado.

—¿Por qué no me respondes? ¿Qué tienes?

—No tengo nada. Estaba emocionado por la proximidad del mar que se anunciaba ya con su potente voz y con ese su indefinible

aroma que desde lejos se percibe y vivifica, impregnado de oxígeno y de fósforo, que incita á abrir las fauces para aspirarle al por mayor. Desembocaron en la plazuela del muelle, y Pedro se sorprendió con el faro de la fortaleza de San Juan de Ulúa que se destacaba del fondo negro del firmamento; giraba su luz con la pausada melancolía que caracteriza á la del género, tenue y amortiguada á veces, vivísima de pronto, y le despertó ideas lúgubres de naufragios y de tempestades; en sí misma se le antojó un náufrago que luchara desatinado por salvarse asido á nada, á su mala estrella que le hacía salir á flote sólo un instante — que debía servirle para espantarse de su desgracia, de la certeza de su muerte, de lo inmenso, móvil y mudo de su tumba — y volver á sumergirse más débil y más desesperado. Eso le representaban los faros con su luz que riela momentáneamente sobre las ondas, para á poco perderse en la sombra y en el silencio, mientras el fanal simula uno de esos astros que en las noches de tormenta se asoman á presenciarla, como agente de sociedad de seguros ó *reporter* de periódico contemporáneo.

Cruzaron una reja enmohecida y verdosa por la vecindad del oceano, con los barrotes

inutilizados ó retorcidos por la humedad corrosiva que los circunda, cual si padecieran de reumatismo incurable, y se encontraron en el muelle. Pedro se pegó á Antonio por la impresión primera que le produjo el coloso; no era miedo, nó; era algo raro como la conciencia de su propia pequeñez comparada á aquella mole majestuosa y sombría, que se movía con una pereza tras la que se adivinaba poderío inmenso, espantosa fuerza capaz de tragarse el universo entero, en un día de humorada ó de apetito. Su descanso no era más que aparente supuesto su contínuo movimiento, muy parecido al de una persona desarrollada que no cabe á sus anchas en el lecho y se vuelve de un lado y de otro, se encoge, se acurruca y no puede ni estirarse porque le quedarían las extremidades al aire, ni dormirse por lo incómodo de la postura: en este batallar, las sábanas y demás coberturas ora se encrespan, ora se dilatan ó contraen, según la violencia con que se retira una pierna ó se desdobla un brazo.

Quería Pedro verle lo más cerca posible y se apoyó en uno de los "pescantes" giratorios que el muelle tiene en sus bordes para facilitar la carga y descarga de las mercaderías. Le clavó la vista, lo mismo á sus

pies donde bullía la fosforecencia por el roce de las aguas con la piedra, que á distancia, hasta donde alcanzaba á distinguir la diferencia del cielo y del mar por el contraste del colorido; el cielo, encapotado y tétrico; el mar, con cierta vaga luminosidad á pesar de lo desapacible de la noche. Chocóle el fenómeno, inquirió sus causas que Antonio no pudo dar por tenerlas olvidadas, limitándose á declararle que el mar ofrece siempre la misma claridad, así esté la noche como boca de lobo.

Pedro entonces miró á la playa y se encantó; las olas al besar las arenas pareciéronle enamorados de leyenda, de esos que cuando se permiten libertad tamaña con su dama, parten silenciosos y tristes para nunca tornar, para no originar con su presencia el más ligero rubor en la que se entregó en momentos de abandono, fíada en el misterio de las altas horas, en lo apartado del sitio y en la supuesta caballerosidad del galán. Encontró poético mirar cómo las olas, cuando están en calma, llegan á la playa, la bañan y se retiran dejando en el espacio un rumor desvanecido de ansias satisfechas, de secretos, de caricias, un perfume húmedo y voluptuoso, y en la arena, una

línea blanca de espuma que se deshace y muere.

Y sin que viniera á pelo, por una extraña asociación de ideas, presentósele la imagen de Magdalena; un temor que le había traído desazonado tomó cuerpo, y preguntó á Antonio que le instaba á ir á consolar á Lolilla:

—Y qué ¿no tiene novio?

—¡Novio una mujer de esas! Pareces tonto. Lo que tienen son novios, en plural, por docenas; y lo que debe importarnos es alcanzar nuestro turno.

Pedro corrigió el equívoco ¿qué le significaba lo que Lolilla pudiera tener? Lo preguntaba por Magdalena.

Antonio tomó la cosa á las derechas, sin sospechar la intención de su amigo y le dijo que nó, por lo menos novio formal; tenía adoradores de bailes y paseos, como todas las chicas que no están dejadas de la mano de Dios. Refrescados por la brisa acabada de levantarse y por lo entrado de la noche, volvieron á tomarse del brazo para regresar y Antonio tuvo entonces un momento de expansión, de confidencias; comunicó á Pedro que su hermana tenía un carácter original y unas ideas respecto del matrimonio más originales aún. Llevaba rechazados dos

buenos partidos: un tenedor de libros y un hacendado español.

—No creas que lo lamento porque ella me pese, al contrario, es mi adoración y le deseo un bajá de tres colas; pero los tiempos están malos y los maridos escasos, mi madre anciana, y si por una desgracia nos faltara, ¿qué hago de Magdalena?

Pedro sacaba detalles, acumulaba pormenores con aparente indiferencia, supuesto que al fin y al cabo á él no le iba ni le venía en el negocio; declarábase á sí mismo curioso impertinente, pero le alegraba en el fondo que los ojos aquellos, sus nuevos amigos, no hubieran visto con cariño á nadie. Ante las instancias de Antonio, de ir á pedir hospitalidad á Lolilla, tuvo que ceder; dirigiéronse al hotel en que ella ofreció parar, y después de una propina sacrificada y de un altercado al través de la puerta que no les franquearon enteramente, supieron que allí no paraba ninguna Lola.

—Soberbia plancha—exclamó Antonio—¿quieres que tomemos una cerveza?

La tomaron en el mismo café de antes, ya sin parroquianos, y el mozo los informó mientras contaba el vuelto en la palma de la mano, que todos se habían marchado al

baile del "Trianón" Antonio hizo en dos palabras la genealogía del establecimiento: un baile de mujeres como Lolilla, quizá ésta concurriría.

—¿Quieres ir? es asunto de unos minutos de tramvía.

Y Pedro no quiso, entre otras cosas, por no buscarle la cara al *vómito.*

Plácidamente para Pedro corrían los días en la hospitalaria casa. Habíase conquistado á doña Adelaida y ya no le acobardaban los ojos de Magdalena; ó él se acostumbró á ellos ó ellos se dulcificaron un tanto; mas lo cierto es que hasta se permitía saludarlos con los suyos y contemplarlos embebecido horas enteras. Las vacaciones volaban y aunque podían prolongarlas, pues no tenían encima ningún año escolar, no querían hacerlo para que el examen profesional tuviera extraordinario lucimiento y resonancia. Entristecíale pensar en el próximo abandono de aquella familia, jurábase volver en cuanto se recibiera, á pasar doble tiempo del de entonces, y, quién sabía á cuantas cosas más. Le alarmó la rapidez con que se había formalizado un afecto profundo, apenas un mes de permanencia y sentirse ya de correr y parar era mucho cuento. Tenía novia y novia

linda que le quería de balde, por quererle; estaba atado y con cuadrúple nudo, y la ignorancia misma de doña Adelaida y de Antonio—quienes no sospechaban lo ocurrido—era un nudo de más. Su compromiso resultaba meramente moral y por consecuencia ineludible.

No hay ningún derecho para destrozar el corazón de una jovencita que generosa y cándida nos otorga el suyo, ni debe decirse impunemente un "te quiero" que haga nacer ilusiones, para despedazarlas luego con la indiferencia ó con el olvido.

Eso jamás lo haría él y menos en el caso presente en que se sentía interesado de veras. Su cariño crecía á medida que valorizaba los merecimientos de la niña, el combate librado dentro de sí propia antes de decidirse y el casto abandono con que le confesó su amor. Aconteció la cosa en cierta noche de retreta, allá en la plaza de armas, llena de palmeras y plátanos y cruzada por muchachas de vaporosos trajes, sin que mediaran declamaciones exageradas ó romanticismos cursis. Paseaban juntos los cuatro y cuando se sentaron, Pedro quedó al lado de Magdalena pensativa é interesante; y por más que no lo garantizara, él sí estaba se-

guro de que el local, la proximidad y la temperatura se confabularon para atarle.

Comenzaba la gente á retirarse; la música, ejecutaba las danzas finales que de por sí instigan á empresas femeniles de cualquier género, gracias á sus melodías suaves y acompasadas, á sus notas de pasión y á sus cadencias de deseo que diríase ocultan amadas inquietas esperando tras de la celosía, rayos de luna que iluminaran senderos solitarios y escenas íntimas de amor correspondido ó arrebatos de locura; — el calor no permitía andar ni huir de la tentación; el mar, casi á sus espaldas, enviaba su hálito acariciador, impregnado de perfumes; Pedro nunca había tenido novia, por la vez primera sentíase halagado en su vanidad de hombre que reconoce haber inspirado un cariño; las indicaciones indirectas, las mútuas complacencias y las recíprocas amabilidades todas esas pequeñeces afiligranadas que componen el prólogo azul de la primera pasión — llevaban días de caer sobre ellos, de obligarlos á sonreir á la vida y á creer en la eternidad de los afectos! Así fué que se inclinó sobre Magdalena, la cual tembló ante la certeza de lo que preveía con la doble vista de la mujer en trances tales, por pura

que sea, y á media voz, en ese lenguaje comprensible sólo para los enamorados, respetuoso y rápido, le pidió permiso para confiarle sus penas, unas penas que nadie conocía, que le ahogaban y que ella podría curar con una palabra; le esbozó lo que le inspiraba, los temores de no hallar eco simpático, lo desgraciado que sería si le rechazaban, y concluyó con la pregunta solemne y decisiva:

— Magdalena ¿usted me quiere?....

Magdalena tardó en responderle, nó porque no le quisiera ¡al contrario! si le quería desde hacía mucho tiempo, desde antes de conocerle, interesada por su historia que Antonio les narraba en sus cartas — sinó porque estaba en un transporte de ventura suprema, próxima á caer desvanecida, á echarse á llorar de júbilo. El que ella prefería la amaba, la pedía su amor, el de ella ó más bien dicho el de él; pedía lo suyo, y con qué frases, con qué entonación, con qué miradas! Y todo lo que tenía prisionero á fuerza de fuerzas, se desbordó en cuanto le dieron la puerta, como salen al campo las ovejas, que se atropellan, se agrupan y forman un cuerpo blanco que se difunde y anda. También lo que ella dejaba salir res-

piraba blancura y pureza; había mucho, muchísimo: ansiedades en los días de correo, congojas cuando él no mandaba expresiones, deleite cuando la mencionaba en lo particular, esto es, cuando Antonio finalizaba "Pedro me encarga que salude yo á usted y á Magdalena."

Doña Adelaida interrumpió el idilio con la orden de marcha que llevaron á cabo en la forma de siempre, los dos hermanos por delante, la señora y Pedro detrás.

Pedro se opuso á que Magdalena participara el fausto suceso á su madre y á su hermano, y se opuso sin saber por qué. Se opuso, atemorizado por esa formalidad sin razón de sér lógica, uno de tantos resabios que se conservan por desidia y por falta de un innovador decidido que con sus actos eleve una protesta ¿Á qué conduce el que la mamá ó cualquier otro pariente con autoridad en ejercicio, tome cartas en el asunto para publicarle *urbi et orbi?* No parece sinó que se teme que el futuro se convierta en pretérito y por eso se apela á la publicidad necia y colectiva, á la que dispone de mil lenguas irresponsables y libertinas. Al cabo los resultados son idénticos; si el muchacho es un truhán lo mismo dejará plantada á la novia

de novio oficial que de novio oficiante. En sentido discurso desenvolvió á Magdalena esta tesis progresista, quien la encontró fundada y buenísima.

¿Qué mujer enamorada desconfía de las palabras que le dirige el hombre á quien idolatra? El síntoma de la verdadera pasión femenina es una pasividad hechicera y noble.

La verdad es que á Pedro ni por mal pensamiento le cruzó la idea de que con su táctica pudiera ejecutarse una villanía; no era un mal caballero, antes pecaba por el extremo opuesto. Creía de buena fe que cuando el amor sincero existe y con él la tendencia de poseer al objeto que le inspira, no hay que ponerle espías ni gendarmes, con lo que á lo sumo lógranse las frialdades y los arrepentimientos. Estaba seguro de que más de un matrimonio fracasa por los rigores de esos carabineros domésticos que tornan en forzado lo que tiene que ser espontáneo, quitan las intimidades, vulgarizan lo que es indispensable mantener velado y adelantan un yugo pesadísimo que pudo el cariño convertir en ligero.

Por lo demás, pasaron unos días deliciosos; sobre que fueron en los que aprendían á trazar, irregulares y trémulos, los palotes del

amor; cuando la ignorancia de los recursos gastados por las mujeres coquetas y los hombres calaveras es un poema, y un poema pensar de acuerdo, tener los mismos gustos, las mismas aspiraciones, las mismas tendencias. ¡Cuántos proyectos al aire, cuántos altercados pasajeros, cuánta felicidad que estimaban realizable por la sencillez de sus pocos años y su insaciable sed de ideal! Días hermosos de la vida que no reaparecen jamás, que se fugan al primer desengaño, como esos pájaros delicados y asustadizos que, una vez fuera de la jaula, no regresan á ella por más halagadoras promesas que les hagamos y por muy cerca que hayan quedado de nosotros; tienden el vuelo y ascendiendo siempre, confúndense con lo rosado del cielo y lo diáfano del espacio; es inútil esperarlos, dejar abierta la puerta de su dorada prisión; el cautivo no la habitará más.

En honor de la justicia, pocos noviazgos fueron más castos que el de Magdalena y Pedro. Obraba éste por egoismo, convencido de la inconveniencia que hay en desgarrar el pudor de la que destinamos á depositaria de nuestro nombre, con besos prematuros y enseñanzas inoportunas; y Magdalena por complacerle á él, perdida la

propia voluntad y la noción de lo bueno y de lo malo; lo único que malo le parecía era disgustarle, oponerse al más mínimo de sus caprichos.

Conforme la separación se acercaba, convenciánse ambos de lo mucho que se querían; hacíanse promesas y juramentos comprometedores, solemnes; prometíanse afecto por los siglos de los siglos, no olvidarse jamás, charlarse por el discreto conducto de la luna —ese teléfono gratis de los enamorados. Se cambiaron amuletos y recuerdos; un rizo de cabello, la cinta del sombrero que llevaba ella el día en que le correspondió; flores marchitas, pensamientos desecados y manuscriptos, y el objeto de mayor valía, el retrato de Magdalena con una dedicatoria lacónica y elocuente á la vez; paseábase el alma por entre los desiguales renglones, como esclavo en pos de su señor, confesándose orgullosa de haber encontrado su dueño y con manifestaciones de perdurable sujeción. Pedro la reñía porque lloraba; no estaban amenazados de muerte próxima ni de no volver á verse— lo que equivaldría á una muerte lenta; si la separación era inevitable, debían de conformarse aunque no de buen grado, supuesto que al cabo de ella, se vislumbraba la reali-

zación de sus amorosos planes. Y volvían los juramentos, por ella estudiaría con más ahinco; se escribirían diariamente dos letras siquiera, "estoy bien" ú otra frase por el estilo, algo que demostrara que la ausencia se estrellaba ante la firmeza de sus propósitos. Si por desgracia surgía una tentación, de esas ociosas ó mal entretenidas que tanto abundan en el mundo, era obligatorio para aniquilarla echar una ojeada al retrato ó una segunda lectura á la última carta; ese sería el conjuro.

Pedro prometió cumplir cuanto le exigieron; sonreía satisfecho, exigía también, dando entrada de tiempo en tiempo al raciocinio, mientras Magdalena repartía bofetada limpia á silogismos y dilemas; no quería lógica ni conveniencias, quería amor, todo lo demás veíalo como despojo y atropello.

El arreglo de los baules, hiciéronle las señoras; doña Adelaida el de su hijo; Magdalena el de su novio. Excusado sería, pues, manifestar la delicada coquetería con que los tales quedaron rellenos; hasta la fecha nadie ha enmendado la plana á las madres y á las novias para los asuntos que atañen á sus preferidos. Por supuesto que en ninguno de los dos faltó su virgencita correspondiente, medio encogida y huraña entre los pañuelos y

las corbatas; y cuando ellos se las mostraron mútuamente con aire burlón y descreído, doña Adelaida se puso seria y Magadalena pronunció un: "llévala por mí" tan tierno, que habrían cargado con todo una corte celestial de cromolitografía. Tanto fué así, que las colocaron en el lugar preferente hasta en los baules existen tales puerilidades — en el enrejado de cinta claveteada que tienen en la curva interior de la tapa.

En la estación tuvo lugar la despedida postrimera, y la pobre de Magdalena por más esfuerzos que hizo, no pudo contener las lágrimas que estaban ahogándola. Sorprendióse Antonio y doña Adelaida también, nunca la habían visto sensible á ese grado y ella entonces, hubo de inventar cualquier mentira para disfrazar la causal de su lloro. Á Pedro le temblaba la voz cuando por la millonésima vez repitió sus agradecimientos; abrazó á doña Adelaida quien le besó en la frente, como á su Antonio, á pesar del ningún parentesco, y al dar la mano á Magdalena se la encontró ardiente, convulsa, mientras los ojos aquellos, que formaban su encanto, le miraron fija y profundamente, los sintió hasta al fondo del alma que había ofrecido en cambio de la que se llevaba de veras.

Partió el tren y ellos se echaron fuera de las ventanillas para prolongar el adiós; aumentó la velocidad y todavía distinguió Pedro, casi borrado en el conjunto, el sombrerito de paja de Magdalena. ¡Maldito vapor, cruel y despiadado; en cambio de sus beneficios origina íntimos dramas é incurables dolencias!

Iban Pedro y Antonio sentados en la misma banqueta, lado á lado, y sin embargo divididos por una distancia de millones de leguas. Los dos sumidos en sus propias y exclusivas meditaciones; presos de la atonía que sigue á toda separación. Antonio preocupado de su madre anciana á la que no estaba cierto de volver á ver; sus facciones grabadas en el ánimo; sus consejos en el cerebro — cual retemplada coraza — y su bendición en la memoria; bendición anual, de la que no prescindía doña Adelaida y que el hijo recibía enternecido y de rodillas á pesar de sus positivismos; acto solemne en que los padres adquieren entonaciones de profeta y actitudes de un ángel de la guarda tangible y real.

Pedro, preocupado á su manera, con el convencimiento de que había contraido un serio compromiso que debía cumplir como caba-

llero y como enamorado; que el matrimonio, aunque en decadencia notoria, puede aceptársele por excepción, cuando tenemos un hallazgo como le había tenido él, pues no es común tropezar á la vuelta de una esquina con una niña de la valía de Magdalena.

Poco á poco depusieron entrambos su mutismo, cual si cada estación les aportara un rayo de sol que despedazara la neblina.

Era la juventud que volvía por sus fueros, que reclamaba su predominio, amortiguándoles sus preocupaciones En compensación les traía su capital falaz: vida, vida, siempre vida!



V

El retrato de Magdalena, dentro de un marco monísimo, presidía las labores estudiantiles de Pedro. Antes de engolfarse en los libros, le miraba mucho, para que le doblara el deseo, y á cada desfallecimiento, á cada distracción le miraba de nuevo, cobraba bríos ante la muda fotografía que, como todas ellas y por efecto de la retina de quien las observa, parecía animarse, ser el original mismo, más prudente y menos serio que el que se había quedado en Veracruz, con los ojos más dulces y más acariciadores — supuesto que nadie se retrata en un instante de mal humor ó de gesto avinagrado.

Con qué puntualidad cumplían los dos enamorados sus mútuas y recientes promesas! Primero habría faltado la luz que la carta diaria llena de palabras aromadas y de ensueños románticos. En determinadas

fechas, hacían sus pequeños contrabandos y al abrir un pliego caía una violeta marchita ó una margarita deshojada, conservando el último pétalo porque había afirmado: "apasionadamente." En otras ocasiones, mezclaban la poesía con la prosa más abrumadora; resultaban juntos un "no te escribo más vida mía, porque ahora me avisan de la llegada de la lavandera" ó "mi encanto, tengo que suspender porque se me ha concluído el petróleo," según que escribiera ella ó él. Todas las epístolas finalizaban con el consabido "tuyo" ó "tuya;" final que hace soñar, al hombre, con la posesión de la casta doncella que comienza por darse en carta para concluir por entregarse en persona, trémula y amante, en la solemne y misteriosa noche de bodas; y á la mujer, con lo mismo, muy atenuados los detalles crudos — si es cándida y pura — pero alborotada por haber dado con la solución del problema de los problemas. Es un posesivo que la deleita; que en sueños le presenta al novio más tierno y más solícito que nunca; las palabras escritas repítelas de viva voz, al oído, y, la embelesada niña hace, mientras duerme, sus primeros ensayos de propietaria, enójase y en el acto la contentan, llora y la consuelan, riñe y la

complacen; le sale todo á la medida del deseo.

Á Pedro le chocaba notarse más enamorado de lejos que cuando vivió con Magdalena; ignoraba que es ese el tono común en la criatura humana: desear lo que no tiene, despreciar ó aceptar de mala gana lo que se nos presenta para llorar lo desaparecido. Resolvió comunicar á don Luis su noviazgo, para disculparse ante sí mismo de haber mantenido secreto un asunto, que por lo lícito, merecía la más ruidosa de las manifestaciones.

Le buscó cierta noche en el *club* á que de antiguo concurría; dirigióse al cuarto de los tresilleros quienes mal contestaron al saludo que les hizo, y como no encontrara á don Luis, se sentó á esperarle. Concluyó una partida y mientras se repartían cartas para la siguiente, uno de los jugadores se dignó preguntarle qué quería. Deseaba esperar á don Luis para enterarle de un negocio urgentísimo. Entonces los tres viejos, víctimas de su rencor, se le encararon, pusieron los naipes sobre la mesa, miráronse entre sí furiosos, y en coro, casi á gritos, le dijēron que esperaría en balde, que don Luis llevaba más de un mes de no concurrir al casino, de de-

jarlos plantados, por andarse en trapicheos impropios de su edad y de su posición.

Pedro, alarmado, dejó escapar una frase dubitativa:

—¿Hablaban en serio?

Los otros, se levantaron frenéticos por el involuntario insulto; aquello era un colmo; no sólo don Luis los abandonaba sinó que les mandaba aquel mocito para que les escarneciera. Y el de más años se adelantó severo, con mesurado andar, en tanto que sus contertulianos inclinábanse á recoger unas fichas caídas en la alfombra, y dijo á Pedro:

—Amiguito, ha pecado usted de ligero al manifestarnos sus dudas. Creo que lo ha hecho usted impensadamente, porque le conozco y le supongo incapaz de inferirnos una ofensa gratuita. Las canas, joven, son una arma de dos filos que hiere á quien no sabe manejarla y que, según los hábitos del portador, pueden ser lo más respetable ó lo más grotesco. Por lo que toca á estos señores y á mí, puedo asegurarle que nos hallamos en el primero de los dos supuestos, en consecuencia, nunca mentimos. Don Luis hace tiempo que no pone los pies aquí, búsquele usted en otra parte y déjenos en paz.

Deshízose Pedro en sinceras excusas;

aparte que no acostumbraba faltar á nadie, los ancianos esos le eran simpáticos por su exceso de bilis y sus muchas excentricidades. Les hizo la tertulia unos instantes, hasta que comprendió que le disculpaban; explicó su ausencia, el viajecillo á la costa, no podía estar enterado del cambio operado en don Luis. El individuo que le había enderezado la filípica, llevaba un rato de verle con interés para mirar luego los naipes y volver á mirarle á él; de suerte que Pedro ensanchó su narración y, cuando se creía con el auditorio á su favor, oyó al propio anciano pronunciar con énfasis:

—Contrabola á bastos!

Sonrióse de su candor, cortó el relato y los dejó entregados á su pasión.

No volvía de su asombro. O él había entendido mal ó los tresilleros se habían explicado peor. ¿Don Luis en trapicheos? Aunque lo mirara no daría crédito á su vista; un hombre tan formal y tan digno de respeto por lo austero de su vida, era imposible que en dos meses hubiera roto con su reputación. Por otra parte, parecíale muy raro, rarísimo, el abandono de su tresillo, practicado casi desde su arribo á la capital. Lo que es negocios de importancia nocturna, no

existían, al menos con tan despótico monopolio. Comenzó entonces á recordar algunas extrañezas observadas á su regreso; por ejemplo, que don Luis se volvía meticuloso en el tocador, que estaba abonado á diario en una peluquería, que no perdonaba las arrugas de la ropa, que tomaba todas las mañanas una ducha fría y de presión con su correspondiente ejercicio corporal y que andaba intranquilo y nervioso. Y si de pronto no dió importancia á lo que consideró inocente transformación y principios de vejez, al recordarlo ahora le encontró alarmante y diverso cariz. Una de dos: ó don Luis tenía querida ó estaba á punto de casarse! Sería lo primero, claro ¿cómo había de haberle entrado la monomanía del casamiento? Mala era la querida á su edad, pero no tanto; y teniendo en cuenta el buen sentido del abogado, de presumirse era que habría optado por unos amoríos clandestinos, que la fantasía de los solterones que comienzan á apolillarse, disfrazan de picantes y sabrosos por más que sólo sean como esos quesos llenos de gusanos y de olores fuertes que toman los gastrónomos estragados, dizque para facilitar la digestión. ¿Pero el casamiento? nunca; se calumniaba al bueno de don Luis;

y en el improbable caso de que fueran tales sus propósitos, había para llamar á la guardia, para encerrarle en un manicomio con camisa de fuerza y todo. Él, Pedro, debíale muchos favores para hacerse cómplice con su silencio de un delito tamaño; le hablaría claro en cuanto viniera á pelo; le haría ver los horrores de un porvenir nada envidiable; de la triste suerte que, por lo general, corren los que se casan viejos, y si le apuraban demasiado, hasta los que se casan jóvenes; salvo, por supuesto, circunstancias especiales, como las que concurrían en su proyectado enlace con Magdalena.

Al día siguiente, cuando concluían de almorzar, Pedro no pudo contenerse; y para hacerle menos mortificante una palinodia, contó á don Luis con indiferencia fingida y sin apartar la vista de su café cuyo azúcar disolvía con la cucharilla habilitada de prensa, que la víspera había estado á buscarle en el casino.

Don Luis quedóse un instante sin contestar, se depositó en la boca un gajo de naranja que levantaba á pulso, y con trabajos para que el jugo no se le escapara, preguntó:

— ¿Y qué le dijeron á usted?

Aquí fué Pedro quien se halló atajado, dió un grueso sorbo que equivocó el camino y después de toser un rato, contestó contento de haber despepitado:

—Pues nada; que hace muchos días que no va usted por ahí. Están furiosos con las calabazas y creen que anda usted de picos pardos.

—En el fondo me quieren—repuso don Luis riendo, y enteramente repuesto ya del trabucazo. Hace en efecto, dos meses largos que no voy al casino; y aunque es cierto que ando de picos, éstos no son de color sospechoso. Á usted que nada oculto, voy á decir la verdad. Estoy enamorado de una señorita que me corresponde á pesar de mis pocos atractivos y de mis muchos años; resuelto á casarme y dando los pasos correspondientes, pues no estoy para las rémoras con que se entretienen los muchachos.

Pedro, estupefacto por lo que oía, no se atrevió á contrariar á su protector y se apesaró por lo que suponía síntomas manifiestos de desequilibrio. No podía dudar, el mismísimo don Luis se lo comunicaba con esa su gravedad que no abandonaba jamás, en vez de cubrirse la cara de vergüenza ó de darse por ofendido con la broma.

Don Luis se adelantó á las objeciones que Pedro hubiera podido hacerle y agrego, que, supuesto que se decidía á entrar en el gremio del que por tanto tiempo había sido enemigo, debía considerar cómo lo habría madurado y qué clase y cantidad de virtudes adornarían á su prometida. Es decir, le tapaba la boca, y Pedro no echó en saco roto la advertencia; sería el testigo mudò de una catástrofe inevitable, á no vivir él que se convertiría en celoso guardián de la honra de don Luis, amenazada de muerte desde la salida de la iglesia. Don Luis, con la encantadora volubilidad de los enamorados, saltó de la nota seria á las escalas juguetonas. La chica era preciosa, no se la merecía.

—Yo le llevaré á usted para que la conozca; que lo que es ella, le conoce á usted y de sobra. La he dicho que considero á usted como hijo mío y le garantizo que no le disgustará la madrastra.

Á Pedro, hacíanle daño los chistes de don Luis; les encontraba una resonancia fúnebre y de mal gusto; por disimular lo que pensaba, inquirió el nombre de la muchacha, que resultó ser la hija de la viuda del intestado.

—Elena Orteza ¿no recuerda usted el nombre?

Á renglón seguido, hízose lenguas acerca de la elevada alcurnia de su futura, una de las primeras familias de Méjico. Estaba herido, herido de veras; su misma locuacidad acusaba un estado anormal; brotábanle cascadas de palabras incoherentes, pueriles, inagotables, como son siempre los discursos con que tratamos de embriagarnos en las situaciones turbias y que, á cambio de los argumentos traen mucho ruído, todo el que se requiere para no escuchar las dudas que nos nacen del interior.

Levantáronse de la mesa y convinieron en que á la noche siguiente quedaría presentado Pedro. Don Luis se marchaba porque hacía falta en la nueva casa, una preciosidad descubierta en las colonias de San Cosme, recién construída, con jardín y huerta

— Tengo un mundo de artesanos concluyéndome el nido, que parece encantado por lo que traga de muebles y de adornos. También iremos á verle, para que usted opine; y veremos los carruajes, los caballos, las libreas. Las ropas de la novia, las verá usted en parte, pues la mayoría la he encargado á Europa.

Y desapareció como una exhalación, rejuvenecido y contento. Pedro, después de

oirle partir, encargó que le llamaran si en el bufete ocurría algo de extraordinario, fuése á sus habitaciones y se tumbó en la cama, con un cigarrillo entre los labios para reflexionar con más calma. En primer lugar, se mudaría á un hotel cuanto antes, así se opusiera un archipámpano; no podía continuar en su papel de hijo único y mimado. Después, violentaría su examen, uniríase á Antonio que iba á solicitarle para fin de mes ¿y Magdalena? ¿Se casaría en el acto ó esperaría á que la clientela costeara los gastos del enlace? ¡Cómo era el mundo! No hacía medio año aún que ni don Luis ni él pensaran en casamientos; y en tan corto tiempo, cuánta existencia sacudida, arrancada de sus antiguos hábitos y perdida en la mitad de caminos ignorados, expuesta á perecer en la prueba, como esos pequeñuelos que madres desnaturalizadas abandonan en las puertas de las casas de expósitos ó en los atrios de los templos, y á los que si una casualidad no salva, los mata el viento helado de un amanecer de invierno, sin que puedan calcularse los padecimientos de su ignorada y penosa agonía! Bien mirado, somos nosotros mismos los principales responsables de lo que nos pasa. Aquí estamos nosotros dos, don Luis

y yo, empeñados en penetrar á otros senderos, no conformes con el que poseíamos; en renunciar á nuestro bienestar actual, y ¿por qué? Pues por una friolera, por casarnos! ¿Acaso el matrimonio es inevitable? Así lo parece, supuesto que hombres de reconocida valía como don Luis, enemigos del vínculo cuando jóvenes, caen á la larga, cuando menos les conviene, cuando los inconvenientes están multiplicados y cuando la propia resistencia, por razón de los años, ha disminuído y empeorado. Triste afán que nos impulsa á cometer locuras, y del cual yo, sin ir muy lejos, soy una lamentable confirmación. Antes de tener fuerzas con que bastarme á mí solo, se me ha ocurrido invitar á una extraña á que participe de incierto porvenir, sin otra base que buenos deseos. Cometo, con entera conciencia, una ligereza y una mala acción; ligereza, porque no es de cuerdos echarse compromisos superiores á las propias fuerzas, y mala acción, porque no es noble aumentar las víctimas en una empresa dudosa, sacar á una niña de su casa en la que, bien ó mal, disfruta de una situación definida y ofrecerla el oro y el moro que para nosotros queremos. Disculpamos un procedimiento tan poco disculpable, bajo el frí-

volo pretexto de que la pasión no deja sitio á la cordura, y no hay tal; una disminución en los matrimonios insensatos no concluiría con la familia, concluiría si acaso, con las familias menesterosas y desventuradas.

Pasó la presentación de Pedro con el séquito inseparable de palabras insulsas y cumplimientos hueros. Fué muy bien acogido, verdaderamente agasajado; lo mismo doña Dolores que Elena parecían desafíadas á quien más le colmara de amabilidades. Don Luis, estaba contento por las alabanzas prodigadas á ese muchacho que consideraba con razón, obra suya; y Pedro, avergonzado porque sus planes de vigilancia habían venido por tierra ó poco menos. No le quedaban del furor primero, sinó una que otra ráfaga de desconfianza; Elena triunfaba antes de la supuesta lucha, por un airecillo de inocencia que oreaba su semblante y sobre todo por su belleza, una belleza máxima, atractiva, deliciosa. Pedro se confesó equivocado; era un visionario y un mal intencionado. Podría tranquilizarse respecto de la honra de don Luis y casarse á su vez; esa muchacha no podía tener feo ni el pensamiento. La suprema belleza es como un des-

infectante que ha de purificar y borrar hasta las deformidades morales.

Quedó invitado á comer todos los domingos, no le valieron excusas ni pretextos y á las once se retiró con don Luis que había despachado el carruaje, para caminar un poco. Como era de esperarse, versó la conversación sobre las señoras.

—¿Que le parecía Elena? ¿Y doña Dolores? ¿No había hecho una atinada elección? ¿No tenía motivos para felicitarse?

Y siguió por ese tenor acabándole á preguntas; indicaba el sentido en que esperaba las respuestas, se detenía y golpeaba el piso con el bastón, que producía un eco abrillantado y saltarín, eco que poco á poco se perdía en el silencio de las calles, más desvanecido conforme ellos avanzaban más, hasta que de repente se extinguía cual si doblara en una esquina ó se metiera en un café. Le invitó á tomar algo cuando llegaban á "La Concordia." Instaláronse en una mesa con vidriera á la calle, desocupada por casualidad, pidieron dos ponches, y con los codos sobre el mármol de la mesa, muy cerca las caras, moderada la voz para no publicar sus intimidades, interrumpidos á cada instante por el trotecillo de los camareros que reco-

rrían los salones, por las palmadas de los consumidores, por las risas y charlas de los vecinos, por los portazos de los que se marchan, por los coches que pasan y cuya luz se asoma indiscreta al través del cristal de la ventana, por el gas y los espejos, y por el peculiar aroma de los *restaurants*. Pedro le aplaudió la elección de Elena, quien le había sido muy simpática, y le auguró una era de ventura merecida, que, con sus talentos y cualidades, convertiría en interminable.

—También yo estoy en capilla; me siento enamorado y decidido á casarme con otra joya por el estilo que me encontré en Veracruz.

—¿De veras se casa usted? Pues hombre, si esa criatura es como usted me la anuncia, le felicito y le estimulo. Cásese usted cuanto antes; está usted en la edad de hacerlo como se debe. Y comenzó á informarse con sincero interés de las virtudes de Magdalena. Había algo de egoísmo, muy poco, pues no se olvidaba de lo que pensó durante una mañana entera, cuando recibió la carta de doña Dolores, respecto de un matrimonio entre Elena y Pedro. ¡Cómo se arrepintió de tal pensamiento al apasionarse de ella, sobre todo! Con el casamiento de Pedro, el asunto variaba; des-

aparecía un enemigo temible, una juventud ociosa. Don Luis andaba celoso, aunque no se lo confesara ni á sí propio; estaba enamorado de Elena á un punto extremo, como de una joven se enamoran los hombres de cierta edad, que no han conocido á fondo las dulces amarguras del amor.

Se desahogó con Pedro, con más calma ahora que le veía próximo á formar también una familia, y le contó que al conocer á Elena, habíase prendado de ella en el acto, como se incendia la yesca, por los cuatro costados. Sentíala dentro de su sér, cual su dueña y señora, y sentíase él capaz de cometer en su obsequio el mayor de los disparates.

—Á mi edad, parecíame grotesco no disponer de suficiente dominio para impedir una tan dolorosa caída. Me retiré de la casa, evitaba los encuentros y el contacto cuando le hablaba. Apenas si le estrechaba la mano, y sin embargo, ese roce ligerísimo me inflamaba y me entristecía. Dí á mis escasas visitas el carácter facultativo, pero el hombre se reía del jurisperito. ¿Cómo decir á la señora que no permitiera salir á su hija porque este caballero *(tocándose el pecho)* que peina los cincuenta, á quien eran obligatorias la seriedad y la madurez, estaba enamorado lo mis-

mo que un colegial? Al contrario, no me quedó otro recurso que dominarme, pues Elena no sólo salía cuando yo llegaba sinó que me trataba con simpatía, con esa confianza que las muchachas tienen en los hombres que principiamos á pasarnos y que, sin abdicar del sexo, ofrecemos pocos peligros. Pueden aproximársenos sin temor, como se aproxima cualquiera á un fuego que se extingue, que no puede quemar y en cambio comunica un dulce calor que reconforta y acaricia. Pero en ocasiones queda una rama por arder, una astilla olvidada; y si el que se acerca aviva la soñolienta llama, arde la pobre astilla con menos premura y con mayor delectación. Ese es nuestro caso; Elena se me acercó descuidada y me ha hecho que la adore, como la adoro, hasta la ceguedad y hasta el delirio!

Y cual máquina que pierde la cuerda, continuó desbordándose en sus confidencias. No pudo resistir más, todo le parecía preferible á las torturas porque pasaba, y habló á doña Dolores en confianza, la encareció una reserva absoluta y un escrupuloso sondeo. Le rogó que consultara la opinión de Elena sin violentar á ésta ni hacerle reflexiones de ningún género. Comprendía que á lo sumo, no

le tendrían repugnancia y no pidió gollerías; con que le aceptaran conceptuaríase dichoso, y se marchó á esperar el fallo con ansiedades y zozobras juveniles, que así es de cierto que el corazón nunca envejece.

Doña Dolores — por su parte — vió el cielo abierto con la peregrina petición, por mucho que tal vez la habría hallado más adecuada dirigida á ella. El intestado no prometía gran cosa, y lo que es don Luis, aparte sus méritos personales, que los tenía de sobra para labrar la ventura de la más descontentadiza, era dueño de un fortunón colosal. Como buena madre, halagábale considerar que su hija le disfrutaría y que ella podría morirse tranquila, dejándola en poder de todo un caballero y de todo un caballero rico. Bien mirada la cosa, don Luis no era despreciable ni físicamente, lo que acusaba costumbres morigeradas; sin ser un mozo, tampoco era un estantigua, usaba canas pero no usaba afeites, era educado, y, en una palabra, lo que se entiende por un "buen partido."

Informó pues, á Elena, de las pretensiones de don Luis y le pidió una resolución, la que no dió de pronto debido al estupor que á toda mujer causa la proximidad del matrimonio y á lo ajena que estaba de sospechar

en ese señor, propósitos semejantes. Doña Dolores le hablaba amistosamente, como hablan las madres en eventos tales; sentada á su lado, encerradas dentro de un estrecho "confidente" de la sala, las manos de la chica prisioneras en una de las suyas, mientras la otra jugueteaba con los cabellos rubios que le resbalaban por la frente. Le hacía ver las ventajas del candidato y templaba sus entusiasmos con el recuerdo de sus propios nublados conyugales.

— Piénsalo bien, le repetía, asunto es éste que muchísima cautela reclama; es para toda la vida, y una mujer honrada, mucho debe mirarlo antes de decidirse; después, no hay arrepentimiento que valga.

Escuchóla Elena silenciosa y atenta; ora inclinada á la afirmativa, ora á la negativa, según el rumbo de las palabras de doña Dolores. No era tonta ni de malos instintos; hija única de acaudalada pareja, no conocía de la existencia más que los aspectos sonrosados. Estaba muy bien educada, mejor relacionada y en el apogeo de una posición social brillante — cuando la muerte de su padre, un año antes. Condiciones de moralidad, le sobraban por el ejemplo de su hogar y lo católico de su educación. Sabíase bo-

nita, preciosa, porque se lo habían dicho bastante los espejos y los varones que la trataban; tenía un débil por la música y era una pianista notable: un término medio entre la sola afición y el profesorado. Á los veinte años, no había tenido novio en forma ni enamoramiento por nadie; en su niñez, algún primo atrevido, de esos que eligen para sus juegos las piezas obscuras, en las que se pierde una caricia que otra, jamás el pudor. Y en su actual juventud, vértigos de pasión, autodonaciones platónicas, momentáneas simpatías que duran cuando mucho una semana ó dos, por algún oficial de artillería que desde un balcón se mira pasar rodeado del marcial atractivo de una gran parada; por algún tenor célebre que en fantástico traje y embellecido por el falso relumbrón de los escenarios, desde el fondo de un palco se le ha escuchado distraída; por algún compañero de baile que ha susurrado tiernas palabras al oído y abusando del agotamiento que origina el valse, exige la flor quemada á la orilla del corpiño, por asomarse indiscreta al interior del virginal escote.

Lo que todas las muchachas tienen. Apuntes que pudieron convertirse en drama; borradores de esa obra eterna que se llama

amor, deletreados con delicia cuando jóvenes y olvidados al variar de estado, de residencia ó de carácter.

Doña Dolores insistía sobre la reflexión y las ventajas que ésta consigo trae. Tenía tiempo para resolver; y en caso de que sintiera inclinación ó simpatía por algún otro, debía confesárselo á ella ¿quién mejor que su madre para aconsejarla y dirigirla?

Elena, de improviso, rompió á llorar; buscaba el hombro de doña Dolores, su regazo, y allí hundía la cara y ahogaba los sollozos, como cuando lloraba de chiquilla por no ir á la escuela ó por obtener una muñeca.

—Tontuela, consentida, nerviosa,—le dijo doña Dolores alarmada—¿por qué lloras? Si don Luis no te gusta, si el matrimonio te repugna, dímelo y negocio concluído, pero no llores. Te lo he propuesto por tu bien, porque no soy eterna y me duele pensar en lo que sería de tí; pero si no quieres, lo dejamos. Vamos, cálmate y sonríe ¿quieres?

Á duras penas serenóse Elena; por un rato, le quedó la respiración fatigosa y el rostro humedecido. Sonrióse en fin y besó á su madre en la frente, en las mejillas, en las manos. No halló explicación á su arranque; ni ella misma hubiera podido decir por qué había

llorado; necesidad de llorar, asunto de dar salida á la crisis nerviosa que le produjo la noticia; la tendencia femenina de llorar por todo y que es, al mismo tiempo, signo de debilidad y signo de fortaleza. Se puso después á charlar con doña Dolores de lo dicho por don Luis, de las contestaciones que se le habían dado, de la cara que había puesto, de cuando aquélla se había casado y de cuando ella se casaría, del plazo, de los enlaces de las amigas, de cosas pueriles y de cosas trascendentales.

—Te diré con franqueza que no estoy enamorada de don Luis, ni por asomos; sobre que no me imaginé posible un casamiento entre él y yo! Pero tampoco me inspira repugnancia ¿por qué había de inspirármela si no es repugnante? Si se conforma con lo que puedo darle, díle que le acepto, ¿estás contenta?

—Piénsalo todavía, que en cuanto al amor ya te vendrá, estoy segura, con la estimación á que él es acreedor, ó con los hijos que puedas tener, si Dios te los otorga. Y le recitó de coro toda la sarta de lugares comunes con que la gente de buena conciencia cree dar solución á los complicados problemas psicológicos.

Para distraerse, salieron de paseo; una vuelta por las calles principales; recrear la vista en las vidrieras y en los escaparates de las tiendas, respirar la brisa precursora de la noche, que cobija á las aves y hace retozar á los mecheros del gas dentro de sus cárceles de cristal.

Es una hora tan llena de movimiento y de atractivos que, si no tenemos congojas muy hondas, no podemos substraernos á sus efectos. Como toda transición, participa de lo que abandona y de lo que conquista. El crepúsculo, tiene castas coqueterías de desposada, se adivina al través de los postrimeros y melancólicos celajes, que se halla á punto de apagar la vela. El gas, rasga las sombras de las avenidas y descompone la de los transeuntes; se posa en los diamantes de las joyerías, en los géneros extendidos; se acuesta sobre la acera y en las puertas de los cafés, como muchacho de la calle ó bohemio desvergonzado; se asoma al interior de los carruajes, hace guiños á las luces más próximas y se empina por sobre las bombillas, cuando el viento le obliga á ello. La gente, milita en dos bandos opuestos; los unos, caminan sin rumbo, se detienen á cada puerta, hacen filosofía optimista describiendo con el

bastón circunferencias en la atmósfera ó silbando por lo bajo la música en boga; los otros, los favorecidos de la suerte, regresan del paseo en coche y á caballo, para irse al *club* en seguida, las señoras al teatro ó la tertulia. En el aire flota la alegría, la satisfación; eso que hemos dado en llamar el placer de vivir, innegable en instantes determinados.

Hasta los pobres y los desheredados se manifiestan contentos á tales horas; las costureras, con su menudo paso de gacela que huye y su diario séquito de perseguidores; los obreros, obligados á cruzar las calles de Plateros cuando principian y cuando concluyen su fatigosa jornada, al ir y al volver de las fábricas establecidas en el oriente de la ciudad y que no llegan á reconciliarse con el lujo y la animación, y marchan por parejas, con algo de rencor en la mirada y de encogimiento en el gesto.

Y los coches que se entrecruzan veloces y altaneros; los tramvías con su ruído peculiar y su inquisitorial corneta; los gritos de los que venden periódicos; los párvulos que lloran y las ayas que protestan, y lo imprevisto, lo casual; una llovizna, un altercado, todo forma un conjunto *sui generis*, un rumor que ensordece, un vaivén que marea; comprénde-

se por qué el vivir de noche, reclama más gasto nervioso; se teme un peligro vago, traicionero, oculto, y, sin embargo, retardamos el regreso, nos sentimos comunicativos; le pedimos fuego á un desconocido de mala traza; aceptamos ó proponemos cualquier cosa: beber una copa ó jugar una partida de billar. Queremos prolongar lo fugaz, detener el tiempo y abolir las contrariedades.



VI

Don Luis se propuso volver al cabo de la semana y le costó un derrame de bilis la prolongada espera.

Doña Dolores, que al verle le conoció la ansiedad, dolióse de él y le espetó la buena nueva.

—Elena le aceptaba como novio primero, y como marido después.

Inútil pintar el júbilo de don Luis; baste el decir que no se entregó á los transportes del caso, gracias á sus canas que se encresparon á tiempo de impedir el traspiés. Mostróse, por el contrario, digno y atinado cual convenía á su rango; dió unas gracias muy sinceras á doña Dolores por su mediación, y tuvo con Elena un discurso sentido sin caer en gemebundo, enamorado sin caer en grotesco.

Se fijaron las preliminares; número y hora de las visitas, fecha del enlace, y comenzó el

fastidioso período de todos los noviazgos: paulatina presentación del cortejante á la parentela, amigos y conocidos de la familia de la futura; los regalos y las atenciones á cada uno de ellos; las idas á teatros y paseos en amable trinidad ó á distancia, en otro asiento, sufriendo con paciencia la mirada impertinente de todo un público vagabundo, que parece celoso pariente de la novia aunque nada le vaya ni le venga en el negocio; ser el blanco de muchos anteojos y el negro de muchas conversaciones; tolerar que cualquiera nos mire y remire nuestro ideal. Don Luis huía tales ocasiones, apeló á mil pretextos para librarse de ellas. Lo que le encantaba era su visita nocturna dos veces á la semana; pasarse las horas en el saloncito de los íntimos, en donde narraba sus campañas parlamentarias, sus disgustos profesionales y una que otra reminiscencia vaga de sus viajes, de esas aisladas que para siempre se nos graban en la memoria, como la facción más bella de alguna querida muerta ó la cualidad dominante de un amigo de la infancia. Sentábase en una butaca, junto al piano cuando Elena tocaba, y la contemplaba á sus anchas, lejos de las indiscreciones de la lámpara y de doña Dolo-

res, ó bien, cerraba los ojos, apoyaba la cabeza en el respaldo del asiento y se dejaba mecer por la idea de que se hallaba cerca de su bien amado, por sus propios ensueños, ó por la cadencia de las notas, que se apagan poco á poco después de acariciar á los sentidos. Si Elena al tocar, le miraba con afecto de tiempo en tiempo, cuando el nocturno ó la fantasía que ejecutaba la predisponían á la ternura, don Luis entonces, se bañaba en aquella mirada, experimentaba internos estremecimientos de inefable dicha y lamentaba no poder rejuvenecer su cuerpo, igualarle á la niñez de su corazón, que le palpitaba como si fuera á salírsele del pecho.

Venía en seguida el té, preparado por la misma Elena que se lo azucaraba á su gusto y le pasaba la taza con un abandono que le entusiasmaba y que comenzaba á presidir todos los actos de ella para con él. Al sonar la media noche, más bien antes que después, levantábase don Luis, se desprendía á su pesar de aquella figurita que le tenía cautivo. Diariamente le mandaba flores, sin recado ni tarjeta, ramos que él escogía y en los que dominaban las flores predilectas de Elena. Jamás se hacía el encontradizo, ni las seguía á parte ninguna, ni las asediaba con impor-

tunidades. Limitábase á las entrevistas acordadas y sólo la casualidad los reunía, por excepción, en terreno neutral.

Pedro andaba alarmado de los estragos que origina una fuerte pasión. Por primera vez notaba que su amor á Magdalena era más calmado que el de don Luis á Elena, en contra de lo que debiera esperarse de las edades de entrambos.

El examen profesional se acercaba y don Luis quiso enterarse de todo; ni en medio de sus delicias se olvidaba del estudiante. Se enteró del día, de los que formarían el sínodo, de si Pedro estaba seguro del éxito y del asunto que trataría éste en su tesis.

—De la penalidad para los menores, repuso Pedro. Juntos alabaron lo interesante y noble del punto; convinieron en que el abogado no asistiría al acto y don Luis cedió con una condición:

—Que escriba usted á la novia, que usted tiene un amigo que no tolerará á nadie que le suplante en ciertas cosas y que ha de ser él el padrino de la boda. Dígale usted también que, sus propios merecimientos á un lado, la quiero mucho desde que sé que es la elegida por usted.

- Pues señor—se decía Pedro al desnu-

darse la noche en que conoció á Elena y en que don Luis le confió sus amores—don Luis es un sabio y yo soy un animal. ¿De dónde fuí á sacar toda una novela con su acertadísimo matrimonio? Mire usted que se necesita ligereza, cuando nó maldad, para suponerle á una muchacha como Elena, intenciones y pensamientos de perdida! Dios me lo perdone, pues por fortuna es el único que lo sabe. Y qué guapa es, caramba, lo que es eso está á la vista; es una criatura capaz de hacer tilín al mismísimo San Antonio con cerdo y todo. Con razón el pobre de don Luis tiene los cascos volados. Por dicha, mi Magdalena no le va en zaga, lo que me alegra por dos motivos; primero y principal, porque va á ser para mi regalo, y segundo, porque como han de intimar las dos y las dos han de andar juntas siempre, no me habría halagado mucho que mi mujer sirviera de marco á la belleza de otra, aunque esta otra lo sea de don Luis, mi providencia antigua y nuestra providencia próxima. Le escribiría lo del padrinazgo, para que le aumentara la gratitud que él, Pedro, había hecho nacer en su amada por su protector.

El día del examen, lo fué de verdadera

fiesta en la casa de Elena; hubo cena íntima para conmemorar la adquisición del título y, como era de esperarse, fué Pedro el hèroe de la afectuosa solemnidad. Contó pormenorizadamente desde sus propias sensaciones hasta las preguntas de los sinodales; la actitud del público, el interés de los compañeros, los momentos de congoja mientras el jurado deliberaba, el instante radioso de la calificación aprobatoria que abre ante la vista un mundo nuevo, que premia muchos años de afanes, en el que se cree uno grande y fuerte, digno de esa suerte, acreedor de todas las felicitaciones y todos los abrazos del mundo. Lo que no contó fué que, al salir de la escuela en medio de sus condiscípulos, se entró al telégrafo y mandó un mensaje á Magdalena:

—"Aprobado por unanimidad, te adoro siempre," mensaje que, por la natural conmoción de quien le enviaba, conculcó los avisos fijados sobre las papeleras de la oficina:

—"Se suplica la claridad en la escritura."

Elena tocó esa noche mayor número de piezas en honor del victorioso; el mismo himno nacional, salió á relucir medio azorado del llamamiento, tropezando en los enlutados bemoles y despedido antes de que conclu-

yera su visita, con un arpegio que le dejó trunco y mal parado como persona que recibe un empellón. Ni Elena le sabía á las derechas ni le necesitaban tampoco vestido de ceremonia; con que estuviera presente y de buen humor cuando destaparon una botella de Champagne, no le exigían más. Mientras duró el líquido, que no fué mucho, se repitieron los brindis por las felicidades mútuas. Bebían, como bebe entre sí la gente decente, sin excederse; por saborear la charla, por tener un pretexto de desearse lo que nunca se realiza. ¡Sería tan cómodo que por apurar una copa le fuera á una persona mejor ó peor!

Pedro brindó muy especialmente por los novios y, al volverse, los sorprendió de la mano; don Luis, trémulo por ser esa la primera vez en que á tanto se atrevía, Elena, abandonada, sonriente; con un albor de verdadero cariño, orgullosa de sentirse el objeto de un culto; contaminada del entusiasmo que nos producen las reuniones al concluirse, cuando estamos más comunicativos y más benévolos, cuando llamamos amigo á un simple conocido porque vamos á dejar de verle, y lo mismo sus defectos que los nuestros, se empequeñecen y disminuyen.

Ya en la calle, Pedro se aprovechó de la expansión de don Luis, de su entusiasmo, para comunicarle que iba á separarse de él muy en breve y muy á su pesar. Ante el gesto de sorpresa del abogado, expuso Pedro las razones que le asistían para dar ese paso, lo inconveniente que resultaría para el público semejante consorcio. Solteros ambos, la cosa era naturalísima, pero casado don Luis resultaba indispensable la separación.

Además, también yo me encuentro en vísperas de suceso igual; de manera que sólo violento lo que había de llegar más tarde ó más temprano.

Don Luis objetaba, mas objetaba con razonamientos y ruegos débiles; los que se emplean con ánimo de que no nos los acepten, de que nos contraríen. Se resignó porque en efecto, los recién casados necesitan vivir solos; pero le encareció que no dejara de verle como antes; ahora los acompañaría á comer y se asociaría á sus veladas.

— Para esto no puede haber maldicientes y si los hay, que los haya. No tenemos por qué romper con hábitos arraigados, con cariños lícitos y con amistades leales.

Respecto del trabajo, convinieron en no

variarle un ápice; juntos, cual siempre, pasarían en el bufete las horas hábiles del día.

Al concluir la semana, se verificó la entrega del nido, presenciada y analizada por el abogado y Pedro. Estaba en efecto, acabado y acabado con singular elegancia; desde el edificio, construído en el mejor solar de una de las colonias de San Cosme; con enverjados lujosos, un parquecillo á la inglesa lleno de césped recortado, fuentes con pequeñas estátuas y caprichosos surtidores, callejuelas enarenadas, arbustos raros, plantas trepadoras y montículos artificiales, hasta el último detalle del menaje y de la comodidad, todo acusaba la largueza y el buen gusto. Un monograma de relieve, remataba el dintel de la reja de entrada; en el vestíbulo inferior, dos mosqueteros de bronce policromo, darían perpétua guardia y nocturno alumbrado con sus globos de gas en las manos derecha é izquierda, respectivamente. Al cabo del jardín, se distinguían la cochera y las caballerizas en pintoresca forma de cabaña suiza, cuya parte superior servía para graneros y alojamiento de cocheros, mozos de estribo y lacayos.

El interior de la casa estaba puesto de manera, que el más difícil para aprobar ins-

talaciones, le habría acordado una medalla de premio. El salón, con un decorado severo, cual corresponde á la pieza de más campanillas. Precedíale un vestidor, amueblado como todos los vestidores, y le seguían, el comedor al fondo y, á los lados, el estudio de don Luis y el *boudoir* de la señora. Éste y los dormitorios que se hallaban arriba y que entre sí comunicaban por una puerta disimulada con una discreta cortina de terciopelo obscuro, eran sin duda alguna, lo notable de la morada. Sobre todo el *boudoir,* respiraba delicadeza, finura, inteligencia; todo estaba en donde debía estar, nada sobraba ni faltaba nada tampoco; á lo sumo, podría censurarse un ligero abuso de objetos y adornos chinos, tan en boga entre los elegantes contemporáneos de cualesquiera nacionalidad. Y por cierto que es esta una manía de decadentes, pues bien mirados en sus contorsiones, luchas, juegos y coloquios, hábilmente copiados en biombos, telas, abanicos y trastos, resulta un arte complicado y enfermizo; con mucho de fantástico, de incomprensible, de siniestro, y si como son responden á los ideales de sus creadores, debiéramos alegrarnos de no marchar de acuerdo con ellos. Son sus más decididos

partidarios las señoras, que se complacen en herir, siempre que pueden, su propia excitabilidad descifrando enigmas, asomándose á precipicios, comiendo ácidos, mascando hielo y codeando peligros de todos géneros.

Esta exuberancia aparte, y el gabinete era un positivo relicario; de alta lana las alfombras para sofocar el ruído de los pasos; las pinturas de género, con copias y reproducciones artísticas de la existencia moderna; dos lunas venecianas, encerradas dentro de unos marcos, espejos también; grupos de *terra-cotta;* una librería de Boule atestada de volúmenes empastados primorosamente; una mesa velador de laca para tomar el té; una piel de tigre extendida á los pies de un diván; un piano vertical, floreros, platos de porcelana clavados en los muros, revestidos á su vez de tapices argelinos; un parasol chino, abierto *ad perpetuam;* y la lámpara del centro, que representaba un dragón con velas de transparente esperma que le salían de las garras, de las alas, de la cola, mientras de las abiertas fauces, pendía una luz de petróleo. En fin, que podía pasarse un día allí y no acabar de mirarlo todo.

Don Luis, saltaba de gozo á cada exclamación de Pedro, entusiasmado con la obra.

—Estaba bien ¿verdad? ¿Le gustaría á Elena?

Y Pedro lo garantizaba ¡no había de gustarle!

—Ya ve usted—le decía don Luis probando una mecedora de mimbres—que en la actualidad, casi no hay señora que no tenga un cuartito de estos. Son como despachos femeninos. Nosotros, por buenos que seamos, aburrimos á la mujer, porque rara vez damos en la nota precisa; ó nos subimos mucho ó nos bajamos demasiado, y es prudente darles local donde puedan esparcirse; rodearlas de todas estas pequeñeces que las encantan, halagar sus debilidades, otorgarles cierta independencia, antes de que ellas se la tomen con riesgo gravísimo de nuestra tranquilidad.

Pedro asentía, pues encontraba fundada la disertación ¡qué alcances los de don Luis, qué penetración y qué mundo! Estaba llamado á ser un gran marido, á pesar de los años que le sobraban para tan difícil papel. Se propuso imitarle, y si sus escasos posibles no le daban para poner *boudoir* á Magdalena, por lo menos no echaría en saco roto lo de la conveniencia de que la mujer propia y legítima tenga sus horas de aislamiento.



Las demás piezas de la casa las recorrieron con menor minuciosidad. Don Luis tenía empeño de mostrárselas todas, y así fué que vieron hasta la cocina, los baños, los gallineros, la azotea, cuanto hay; ya cerciorándose el dueño, de si el agua corría con libertad por las cañerías y llaves ó ya probando alguna de las campanillas eléctricas.

—Dentro de quince días vendrá Elena. No quiero retardar más el matrimonio y esta casa tiene la culpa de que no lo haya yo hecho antes.

Á lo último vieron los coches y los caballos nuevos; un cupé y una victoria flamantes y un tronco de arrogantes caballos del Kentucky. Nada faltaba.

Viejo les pareció el otro cupé, el que los esperaba á la puerta y que llevaba algunos años de prestar sus servicios; don Luis, que salía de broma, le criticó la edad, habló de la suya propia y recobró bruscamente su habitual seriedad:

Por poco le dejo á usted sin comunicarle el notición. Le tengo á usted un negocio, el primero, y no así como quiera sinó enmarañado y laborioso, que puede dar á usted inmenso renombre y ser la piedra angular de su clientela futura.

Se lo narró.

—¿No ha leído usted en los periódicos la noticia de un espantoso descarrilamiento en una de las nuevas vías acabadas de abrir al público?

—Sí que la había leído, y aterrorizado por el número de las víctimas, la distancia de los auxilios y el retraso con que llegaron.

—Pues ahí le tiene usted. Un telegrafista, responsable presunto de la hecatombe, ha nombrado á usted defensor suyo.

Pedro se espantó más del nombramiento que de la catástrofe; la tarea era muy superior á sus fuerzas.

—Comprendo que es esta una nueva fineza de usted para conmigo, pero ¿y si fracaso? Una empresa de tan alto vuelo, requiere que pruebe yo antes el poder de mis alas para no estrellarme. Precisamente la circunstancia de la alarma producida en la sociedad, es una agravante. Comenzarán por llamarme atrevido y concluirán dándome una grita como para mí solo.

Don Luis le replicó; le decía timorato, pusilánime.

—Por algo habré pensado en usted. Estoy casi cierto de su triunfo. Si logra usted la absolución del telegrafista, puede usted reír-

se de la suerte. Se habrá usted hecho de una reputación envidiable en un momento.

—Está bien. Acepto, pero acepto bajo la condición de que usted ha de ayudarme. ¿Le conviene á usted?

—Acepte, Pedro amigo; y ya sabe que conmigo cuenta usted para todo.



VII

Con bastante tristeza se trasladó Pedro á un hotel, por más que reconociera lo indispensable de la traslación; pues somos poco dados á los cambios radicales, nos encariñamos hasta con las paredes de un cuarto y los muebles de otro.

Tomó dos habitaciones, una sala pequeña y un dormitorio; con balcón á la calle, la primera, y el segundo, algo más espacioso de lo que son en general las piezas de los hoteles. En un día terminóse la mudanza, y al otro, se verificó la separación; durmió solo en su nueva morada lo mismo que don Luis, allá en la casa que por tanto tiempo habían habitado juntos y que principiaba á ofrecer ese aspecto casi fúnebre de todo lo que abandonamos, las casas muy especialmente; con sus cuartos á medio vaciar, los cuadros descolgados, caídas las cortinas, las

alfombras levantadas, los vidrios rotos aquí y allí; en las que si movemos un trasto ó retiramos un mueble, nos encontramos que, cobijado con amor por el polvo de los años, yace un recuerdo que no nos reconoce y que se escurre resentido por el muro, entre una araña vieja y una polilla joven. Y al arrancar los clavos, que aún conservan un opaco dorado en las cabezas, diríase que el edificio se queja, que aquello le hace mal, y por eso queda el hueco irregular y siniestro.

Don Luis violentó también su partida; siquiera en la casa nueva, se hallaba cada cosa en su sitio y no se escuchaban martilleos ni carreras.

Cuando se supo en la casa de Elena la separación efectuada, las señoras se manifestaron descontentas:

—Por qué lo habían hecho?

Elena no quería inaugurar su reinado siendo causa de un trastorno de tal magnitud, y don Luis, le contó entonces la obstinación de Pedro en no seguir con él; también el chico estaba para casarse y necesitaba proporcionarse y adornar su nido. Ni indirectamente tocó la cuestión del buen parecer, lo del público, la maledicencia que pudiera brotar de que con ellos viviera un soltero joven.

Le pareció peligroso entrar en ciertos detalles, despertar malicias inoportunas.

El plazo para el matrimonio tocaba á su término y se dió principio á la repartición de las esquelas que llegaban á su destino indiferentes y frías, á pesar de la retórica empleada en su elaboración. Medio Méjico iba á ser de la fiesta; las esquelas desaperecían por cientos, pues así lo exigían las relaciones sociales de los cónyuges; las del novio, que radicaban en la política de arriba, la de suposición, la alta curia, un banquero que otro; y las de la novia, en las familias principales, las de abolengo y de prosapia, llenas de requisitos y de puerilidades, numerosas algunas, otras en vía de extinguirse, el ilustre apellido en prosáica agonía: una pareja octogenaria y sin herederos.

Oficiaría el señor arzobispo en la capilla particular de su palacio, y á última hora, cambiaron el proyecto porque no hubieran cabido los invitados. Acudieron á un templo más desahogado y que á la vez estuviese favorecido por la buena sociedad, Santa Brígida ó San Bernardo, por ejemplo.

La llegada de los regalos de boda fué un positivo acontecimiento para todos, Pedro inclusive, que figuró como testigo de la ex-

hibición de la mayor parte de las prendas; para las de carácter íntimo y reservado, los varones se marcharon á la pieza de junto, y entonces salieron las ligas, los corsés, la ropa interior con su deslumbrante blancura, sus encajes y sus bordados, los listones de colores vivos, las cintas de seda; y en todas las prendas, lo mismo en las pequeñas que en las grandes, en las relativamente visibles y en las que nunca deben mostrarse ni al marido, figuraba el futuro monograma de Elena, entrelazadas las letras de su nombre y apellido con la del apellido de don Luis, como curioso impertinente y tenaz. Conocíase que el dibujante le había colocado á su capricho, por lo que resultaba atrevido en el borde superior del corsé, tonto en un ángulo de los pañuelos, temerario en las sábanas, pervertido en las medias, inmoral en el delantero de las camisas y de las enaguas, retozón y amuchachado en las zapatillas, limpio en el peinador, íntimo en las batas, indiscreto en las almohadas, casto en las cofias de dormir, desconfíado en los abanicos, celoso en los brazaletes y puro en el libro de oraciones. Sacábanse alhajas y trajes uno por uno, con pausas y con esmero; se le saludaba con una salva de admiraciones,

pasaba de mano en mano, se le colocaba á distancia, aprovechábase la luz que le favorecía y la colocación que le ponía de relieve.

En tan agradable faena, se les fué el día y cuando llegó el crepúsculo, con su media claridad y sus torpezas de cegatón, todavía se complacieron unos instantes con el aspecto de los últimos objetos y las últimas telas. Elena estaba mareada con el trajín, con haber estado inclinada, con el aroma peculiar de lo nuevo, si de lejos viene; olor que se reparte al abrirse las cajas, mixto difícil de definir, el que cada madera y cada tela tienen de por sí y el que comunican las grandes fábricas á sus pequeñas incubaciones; un resabio de humedad, de la brea de á bordo y del polvo finísimo que se ha colado en los caminos de tierra. Hubo un pequeño susto que concluyó en bromas y en risa, debido á un bicho que asomó por entre los vestidos; gritó Elena, acudieron los demás, rodearon la caja y, cuando le descubrieron que subía, bajaba, caía, se levantaba de nuevo, ascendía colinas de blondas, trasponía cordilleras de terciopelo, azorado y sin tino, con las antenas en contínuo movimiento, le hicieron burla á Elena y gracia al inofensivo animalejo.

Después de los regalos de boda, nada había que esperar; todo se encontraba pronto, y el viernes siguiente, á la noche, se llevó á cabo el matrimonio civil en la casa de la novia.

Nada de notable ni de extraordinario; el inmueble iluminado, los criados de librea, las señoras de medio escote, los hombres de frac, el juez sociable y el *buffet* bien servido. La ceremonia, aunque imponente y trascendental de suyo, mirada con cierto despego, por estar de moda entre la gente de buen tono el no conceder gran cosa de importancia á las instituciones laicas.

La novia, impresionada é invariablemente vestida de negro, cual si asistiera á sus propios funerales; el novio, obligado á desechar los serios pensamientos que tiene que sugerirle un paso tan solemne, por atender á los invitados; en una situación falsísima, ya no es novio y todavía no es marido!

¡Qué impresiones tan diversas las que en aquella noche robaron el sueño á Elena, á don Luis y á Pedro!

Sintióse Elena en los primeros momentos, sobrecogida y aterrada ante lo desconocido en que iba á penetrar. Pisaba los umbrales de un edificio antiguo y misterioso; del que ha-

bía oído hablar desde muy niña, donde tenía numerosas amigas y conocidas, cuya fachada exterior se sabía de memoria; del interior, apenas si había entrado en ocasiones contadas hasta la portería únicamente, es decir, de invitada á las ceremonias religiosas. Pero nada más; luego, los nuevos inquilinos se habían tomado del brazo ó de la mano, y habían desaparecido tras del cancel que oculta á los curiosos el enredado intestino de la vetusta casa. Sus ocupantes son tan reservados, tan egoístas, que no sabía á qué atenerse, pues sólo por excepción ó arrepentimiento de alguno de ellos se conoce la crónica de los sucesos más culminantes del edificio. Allá, muy de tarde en tarde, se escuchan lloros, lamentos y hasta tiros; agólpase la gente, los periodistas arriesgan la nariz y los causantes del escándalo son expulsados; á veces, uno de los cónyuges va custodiado por los gendarmes y lo que comenzó en el templo con azahares, música é incienso, tiene un desenlace brutal en el palacio de justicia. Se teme entonces que se vacíe la finca, que se desacredite, y no hay tal; antes de que se anuncie la vivienda desocupada, llegan nuevas parejas recién casadas á pretenderla. Los recalcitrantes, los viudos de ambos sexos, arriban en

sus segundas nupcias como si tal cosa, porque no se la pueden pasar fuera de allí, encariñados con los defectos y echando de menos las goteras del techo, los chismes de los vecinos, las impertinencias del portero y el aspecto del barrio. Presentía Elena, sin saberlo á ciencia cierta, que en los matrimonios malos, en los que se hacen á la ligera, abundan las amarguras, las penas y hasta los dramas, pero se consolaba pensando en las muchas amigas que tenía casadas y que jamás se lamentaban de su suerte, en la honorabilidad de don Luis y en sus propios propósitos de hacerse grato su nuevo estado. ¿Por qué le había de ir mal? ¿No se casaba á gusto de su madre? ¿No todo el mundo hacíase lenguas de las recomendabilísimas condiciones del abogado? ¿Qué podía temer?

En cuanto á la cuestión de amores—y se arrebujó dentro del lecho, con ligero escalofrío, á pesar de lo tibio de la estancia—no creía sentirle por don Luis, esto es, no tenía por él lo que llaman pasión con sus celos, sus espasmos, sus temores y sus secretos afanes, pero sí estaba segura de que le querría mucho, muchísimo; la prueba, que le quería más después de haberle tratado que cuando le conoció. Y sería una buena esposa, se lo jura-

ba á sí misma; imitaría á su madre y no daría nunca qué decir, Dios la librara. De repente la asaltó un pensamiento que la ruborizó, la hizo apagar la vela, como si alguien la espiara, y arrepentirse de haberle dado cabida:

—¿No tendrían hijos?...

Don Luis, por su parte, tampoco las tenía todas consigo. Lo había pensado lo suficiente, estaba enamorado de veras, era ya esposo á medias y, sin embargo, sentíase por instantes conatos de vago arrepentimiento, temores inciertos, infundados; vislumbraba la lucha con las pasiones, una existencia con sobresaltos y con amarguras distintos de los experimentados hasta entonces, remotos pero no imposibles; naturales componentes del nuevo curso que iba á imprimir á su vida. Cual siempre acontece en la víspera de los grandes sucesos, se le aparecía el suyo con proporciones alarmantes, más grave de lo que era en realidad, deformado por los nervios y por el cerebro; sin advertirle las curvas accesibles, los ángulos acomodaticios, los contornos suaves. De tiempo en tiempo, nacíale encogido y tímido, el deseo de que surgiera un cataclismo, algo que le librara decorosa y materialmente de cumplir el compromiso contraído, y entonces se le aparecía la imagen

de Elena, bella y pura dentro de su cándido traje de desposada, y se avergonzaba de sus malos pensamientos, los desechaba. ¿Qué más podía apetecer que una criatura semejante? Era un visionario, un pusilánime, y se dejaba vencer de los malos instintos que todos llevamos en las entrañas; sería un casado y un casado venturoso por añadidura ¿porqué atormentarse con peligros que quizá existían en su imaginación únicamente? Cierto que hay sus ejemplos de maridos muy mal jugados, pero en cambio, ¿cuántos no pueden citarse dignos de envidia y de imitación?

—¡Qué imponente es el matrimonio! murmuró.

Y según su sentir, ello estribaba en que no se halla exento de riesgos de grueso calibre. Se confesó que nunca le imaginó como le veía; porque, si fuera tan bueno cual pretenden los más ¿por qué quita el sueño cuando le tenemos cerca? Las cosas enteramente buenas, si acaso nos dejan sin dormir, el insomnio es agradable, cuajado de visiones placenteras y nó de catástrofes y de siniestros. Luego ¿qué oculta de sombrío el matrimonio para que así nos amedrente? Y él lo sabía, como lo sabemos todos, pero por estar casi dentro del gremio, no se contestaba con

franqueza. Suponíase — humano y vanidoso al fin — con circunstancias y dotes excepcionales que le salvarían por completo, asegurándole una dicha encantadora y perdurable.

Pedro, que debió ser el único tranquilo en aquella noche, también tuvo su rato de preocupación. Pensó en lo que pensarían los novios, en la suerte que tendrían reservada, en lo próximo que estaba á casarse él, y de cuando en cuando, en las bellezas ocultas de Elena; no podía remediarlo, la lascivia le hacía visitas cortas que le apenaban, pues no le parecía propio entregarse á ciertos cálculos y á ciertas inferencias; sobre una extraña, pase, pero sobre la cuasi esposa de su protector, era imperdonable. Ignoraba que el casamiento de una mujer bonita, quien quiera que sea, siempre las origina; que el hombre á solas y por perversa tendencia, las desnuda á mansalva, en contra de la voluntad de ellas, que no se lo sospechan, y al gusto de la propia fantasía.

Naturalmente, fué el primero en dormirse, pues que al fin y al cabo el asunto no le llegaba á lo vivo; mas justo es consignar, que les deseó felicidades sin cuento; á don Luis, por lo que le debía, y á Elena, por extensión de los merecimientos de su marido.

VIII

El templo elegido fué la Profesa, sábado el día, temprana la hora, benigna la estación, encumbrados los padrinos, distinguida y numerosa la concurrencia.

Muy de mañana, corrían apresurados sacristanes y monacillos, á enderezar un ramo de flores, á fijar un tapiz ó á preparar los cirios. Barrían sin misericordia, á grandes escobazos; sin cuidarse de las beatas matutinas que oían amontonadas la primera misa y que tosían con estruendo, parte por el polvo que las echaban encima y parte por la madrugada. El sacerdote oficiante, ni siquiera volvía la cara, acostumbrado á presenciar tales irreverencias, cuando alistaban la iglesia en los matrimonios y bautizos de gente acaudalada; acostumbrado también á sus devotas, viejas y criadas en la mayoría, que acuden allí más por hábito que por piedad; aquéllas, recar-

gadas de devocionarios y de impertinencias, éstas, de cestas, de provisiones y de llanezas, pero inquietas todas, con envidias y celos por el lugar de la víspera, la vecindad del padre, el ángulo de la tarima y la primacía en la pila del agua bendita.

La iglesia estaba fría y con escasa luz; los vidrios de colores de las grandes ventanas de arriba, estorbaban el paso á la brumosa claridad de la aurora. Los preparativos hacíanse en la sombra y sin titubear, pues los que los ejecutaban, conocían de memoria los rincones más apartados, las naves más solitarias y las capillas más favorecidas. Por supuesto, que ni quien se acordara de inclinar la cabeza ó doblar la rodilla al pasar frente al altar mayor; los muchachos se prodigaban maldades, fingían tropiezos al subir las gradas que conducen al presbiterio, para caer en grupo y rodar abrazados por el suelo; los sacristanes atareadísimos, pasaban con un trozo de pan que mordían de tiempo en tiempo, sin hacerles caso, ó bien los reñían, les largaban un sopapo ó una palabrota, sin escrúpulos ni respeto por el sacro recinto que de antiguo trataban, familiarizados con él, con sus santos, con sus ornamentos; creyéndose en su casa. Se escuchaban órdenes pe-

regrinas, se verificaba aquello de desnudar una imagen para vestir otra; en los brazos de los santos resistentes, se ataban cuerdas; de la parte saliente de los frisos, de los capiteles de las columnas y de los remates inferiores de los candiles, se suspendían oriflamas; vestíase á las columnas de azul y oro; se alineaban sillas, se extendían alfombras, formábase con los bancos, revestidos también, una localidad exclusiva para los invitados; llegaban en abundancia las flores, rosas blancas y azahares; sacudíase de prisa y sin miramientos, con burdo plumero, las caras de los santos más visibles.

Poco á poco, las velas del altar en que concluían de decir la misa, la gran lámpara de la sacristía y una que otra melancólica veladora que se columpiaban apenas frente á algún altar, empalidecieron hasta parecer manchas amarillentas y flotantes, cuando el día aclaró y comenzó el sol á penetrar en el templo. Al principio, quebraba sus rayos en las vidrieras que, al sentirse heridas, los desmenuzaban en una especie de cascada de brillantes; después, se acercó á los tubos del órgano, se paseó por el coro, y, de repente, cayó á raudales sobre el piso, dividido por los espacios que separan á las ventanas, en

anchas y oblicuas fajas, que hacían saltar un mundo de finísimo polvo en ebullición. La ceremonia era para las nueve y ya la esquila que convocaba á la misa de ocho, lanzaba sus últimas notas interrumpidas y temblorosas. La cosa iba á ser seria, misa de tres padres, cantantes y orquesta en el coro, amén del órgano que se hallaría entre las expertas manos de un profesor del Conservatorio. Estaba la iglesia hecha una ascua de oro, resplandeciente, perfumada casi por la abundancia de flores. Como día excepcional, se mandó abrir de par en par la puerta del fondo, así el desfile tendría mucho mayor lucimiento y la atmósfera sería más respirable.

Y á la hora fijada, con mecánica puntualidad, comenzaron á desembocar carruajes, á arrojar su contenido elegante y peripuesto, en las puertas del templo. Resultó imponente la tal entrada, pues á la vez que avanzaban los interesados por un extremo, los sacerdotes salían de la sacristía con casullas riquísimas, y el órgano lanzaba una marcha solemne y adecuada á las circunstancias. Los desposados rompían la procesión; ella, de blanco, vaporosa, encantadora; él, de frac, trémulo y conmovido; seguían los padrinos y después los invitados, en una sucesión de parejas in-

terminable. Acomodáronse con orden y en relativo silencio; por delante las señoras, los hombres atrás; yendo los novios y padrinos á ocupar cuatro reclinatorios de lujo, para ellos destinados.

El sacerdote que debía unirlos, se adelantó, y en eclesiástico latín dió lectura á la célebre y demasiado cruda epístola de San Pablo. Ejecutóse punto por punto cuanto el ritual exige, el velo, la cadena, la entrega de las arras; Elena estaba medio desvanecida, el "sí" que otorgó cuando le pidieron su consentimiento, fué dicho más con el espíritu que con los labios, dobló la cabeza y la palabra salió imperceptible y pudorosa, se enredó en el manto, en el reclinatorio, pero el abogado y el padre la oyeron lo suficiente para quedar voluptuosamente satisfecho el uno y poder el otro declarar válido el acto. Don Luis, en cambio, pronunció el suyo con entereza, con la actitud de una persona que al llevar á cabo un hecho, se enorgullece de confesarle en público. En seguida, comenzó la misa de velación con toda la pompa que para ella tenían preparada; el órgano gemía ó cantaba aleluya según el momento; salían sus notas poderosas y graves, recorrían las cornisas, los frisos, las

bóvedas; hacían temblar los cristales y descendían lentamente hasta posarse sobre la cabeza de los fieles que la doblaban agobiados por esos torrentes de armonías sagradas, mientras los sacerdotes en el altar, levantaban los brazos al cielo ó se prosternaban junto al ara, no obstante lo recamado de sus vestiduras y lo canoso del cabello, para demostrar la perfecta igualdad que reina en las regiones remotas de que se dicen representantes.

Aumentó el recogimiento en el instante supremo de la elevación. Á pesar de los esfuerzos de la orquesta, de los esfuerzos de los cantores; á pesar de las campanillas que se agitaban en sus discos, con velocidad extraordinaria; á pesar de las nubes de incienso, más diáfanas y más extensas conforme suben, el órgano lo dominaba todo cual soberano natural, acostumbrado á que su voz domine á la de sus súbditos. Todos se hincaron; por acatar sus creencias los más, por no hacerse notables, algunos, y el resto, víctima del contagio que producen las ceremonias católicas por su inimitable y teatral aparato.

Es inútil resistir, oponerse á la corriente; caemos de rodillas y pensamos en nuestros ideales, en cosas eternas; se olvida uno de

las miserias humanas, de las suyas propias; parece que el alma, abandona por unos instantes su cárcel de materia, para ponerse al habla con otras que flotaran en la atmósfera, y juntas regocijarse de la escapatoria.

Después de la misa, tuvo lugar en la sacristía uno de tantos tormentos consagrados por la moda; todo asistente á la ceremonia, tiene obligación de ir á estrechar la mano de los recién casados y soltarles una felicitación cursi á las veces, pero sincera jamás. Pedro se acercó también y don Luis le retuvo.

—Usted viene con nosotros—le dijo al oído. Tenía proyectado irse ellos y la mamá de Elena, á comer juntos en uno de los *tívolis* y no quería prescindir de Pedro.

Él se excusaba; los recién casados requieren la soledad, y ya les sobraría el tiempo para reunirse, cuando pasara esa necesidad de expansión íntima. Mas don Luis insistía y Pedro cedió; diéronse cita para la casa nueva, allá en la Colonia, de la que saldrían con otro traje para irse al *tívoli* de San Cosme, donde los esperaba un buen almuerzo.

Pedro se dirigió á pie á tomar el tramvía, á fin de no sacrificar su diario paseo por la avenida, en la que siempre es dado toparse

con un amigo, codear mujeres elegantes y respirar el lujo de la ciudad. Pensaba en Magdalena; en el primer disgusto que sin motivo serio acababan de tener; una tontería según él, un principio de falta de cariño según ella, que se quejó con dulzura, con esa lógica tristemente razonadora — como la de los enfermos desahuciados — que da el amor, de una frialdad incipiente que se desprendía de las cartas de él. No le precisaba los párrafos, cual se lo exigió Pedro en su respuesta, le acusaba del conjunto, de la estructura toda de las misivas.

— "Estoy segura de que me olvidarás, si es que no me has olvidado ya" — le escribía Magdalena sin acriminarle ni censurárselo, con una noble conformidad para el desvío que se le anunciaba inevitable en su termómetro de mujer enamorada. Y esa convicción exasperaba á Pedro ¿por qué había de olvidarla? ¿por qué daba por hecho la existencia del olvido? Reconocía el que abstraído quizá, pudo alguna de sus cartas estar más tibia que las anteriores, en contra de sus deseos; pero inferir de ahí el olvido completo, la muerte del afecto, no podía tolerarlo en calma. Apresuróse á poner las cosas en su lugar, á desvanecer las sospechas de Mag-

dalena con ardentísimos conceptos y tiernas palabras, y el correo, con su calma inevitable se burló de los afanes de ambos, dando por resultado que una nubecilla transparente, se convirtiera en verdadero nublado que mucho los contristó por lo mal que se sintieron mientras duró. Magdalena, sobre todo, en la semana del enojo, sufrió horrorosamente; erraba sin consuelo por las piezas de su casa, por la que había ocupado un huésped que le era tan caro y, no se desahogaba con su madre, por no desobedecer á Pedro que tenía prohibida la publicidad del asunto; reconcentrada en su pena, ojerosa y lánguida; en diálogos mudos con los objetos y seres propios de enamorados; el mueble predilecto de Pedro, la almohada en que descansó su cabeza, la brisa que escuchó la declaración y los coloquios que la siguieron, y hasta con la luna que, á poco de mirarla, se le antojaba inhumana, como si en efecto fuera un rostro animado que sonriera maliciosamente de sus lamentos, por infructuosos primero, y segundo, por sabérselos de coro, pues no hay enamorado ni enamorada que no le haya hecho las más íntimas y reservadas confidencias. Sufrió tanto, que á la tercera carta se dejó convencer, casi se disculpó de haber creído que

Pedro la olvidaba; prometió la enmienda, corregirse de lo que llamó defecto; ser más racional y menos exigente para lo sucesivo, porque lo que era en aquella vez, no había podido dominarse, hasta soñó que eran ciertos sus miedos. ¿Verdad que nó? ¿que la quería como antes? ¿que nunca la olvidaría? Y Pedro perdonó, enternecido por ese inmenso derroche de cariño, halagado en su vanidad de varón; le escribió que la querría más cada día, que había estado duro, durísimo, pero que no volvería á hacerlo. Le sobrevinieron oleadas de arrepentimiento, de amor eterno; tentaciones de coger el tren en seguida, llegar á Veracruz, sorprenderla, decirle: "te quiero, te idolatro, perdóname tú á mí" y regresar al día siguiente; una peregrinación de desagravio. Desgraciadamente, la causa del telegrafista le retuvo, y se limitó á decírselo por carta y á prometerle pormenores de la boda de don Luis.

En estas subió al tramvía é interrumpió sus pensamientos. Acomodóse en un rincón desocupado y se distrajo con la inspección maquinal de sus compañeros de viaje; unos, la cara hundida en las columnas de un periódico; otros, mirando la variedad y el movimiento de las calles desde las ventanillas del

vehículo; otros, ensimismados en sus propias preocupaciones, que pagan como sonámbulos, sin ver al conductor ni recontar la vuelta, y otros, de tenorios en ejercicio, con miradas idiotas ó impertinentes á las señoras. Poco á poco fué coordinando sus ideas y tornó á la boda de don Luis, á analizar los lados bueno y malo de su unión, mezclando los considerandos abstractos del análisis con los pormenores concretos de la ceremonia; las probabilidades de ventura con el vestido de la novia y las caras de algunas concurrentes.

Se apeó en la esquina de la calle y desde ahí miró el coche á la puerta de la casa, lo que le indicó que la pareja y la suegra acababan de llegar; todavía el látigo, el cochero, el lacayo y los caballos, conservaban sus pequeños ramos de azahares sin representación ni significado, pues los portadores andaban bastante lejos de las blancas regiones de la virginidad y de la pureza. Quien sí los llevó con distinción fué Elena.

—Demonio de mujer—decíase Pedro—es un encanto, produce vértigos. Si á mí, no obstante que pertenezco á otra y que considero á ésta como una hermana, me ha originado dos ó tres mareos en más de una ocasión ¿qué será á un extraño?

Bajó don Luis al jardín á recibir á Pedro. Elena estaría lista pronto, y víctima de esa necesidad de expansiones proporcionada por las grandes circunstancias, le tomó del brazo y le murmuró al oído:

—Pedro, soy muy feliz!

Pedro no quiso tomarlo por lo solemne, temeroso de una crisis de ternura inadecuada, y estrechándole la mano, dijo:

—Pues no faltaría más, señor don Luis, sinó que no lo fuera usted. Con un ángel como esta niña, está usted obligado á serlo y á serlo toda la vida.

El almuerzo fué íntimo. Instaláronse los cuatro comensales en un kiosko rústico, construído con troncos de árboles en el centro de una de las plazoletas del establecimiento y oculto por el sinnúmero de enredaderas y trepadoras en flor que circundaban los costados, disimulaban las ventanas y obstruían la puerta. Sentados alrededor de la mesa, veía cada cual una parte del jardín, según la ventana que le quedaba en frente. Uno de los árboles corpulentos que abundan en el *tívoli,* los sombreaba con sus ramas; los camareros, entraban y salían de acuerdo con las exigencias del servicio, y los primeros platos se despacharon en silencio, con la

mirada ociosa y el pensamiento distraído, dada la multiplicidad de intereses representada por los miembros del grupo. Doña Dolores, sufría un dolor moral por lo que las madres califican de "pérdida de la hija", y un conato de animadversión hacia el hombre que en cierto modo se las arrebata, lo que forma la futura falta de inteligencia entre las suegras y los yernos. Elena, temblorosa y ruborizada, por un miedo profundo de lo que le pasaría dentro de poco, en el orden físico, y un miedo vago de lo que podría pasarle con el andar de los tiempos, en el orden moral; ruborizada por lo brusco de la transición; todavía la víspera, aquel hombre que tenía á su lado, no hubiera podido acariciarla sin ofenderla, y, ahora, su madre misma tomaría á mal el que ella rechazara ó se opusiera á esas caricias que le flotaban por los manteles y por el aire, que adivinaba en los ademanes y en las miradas de don Luis, que la perseguían como fieras implacables, sin dejarla reposarse ni solicitar una tregua, un período preparatorio que las justifique y las haga deseables. Abultábalas á su capricho, por lo exaltado de su fantasía con las emociones de la imponente jornada, las reminiscencias de lo que al respecto le ha-

bían narrado algunas de sus amiguitas casadas y charlatanas, y sobre todo, por el pavor que inspira á toda virgen el sexo contrario, cuando le ve de cerca y presiente sus brutalidades; pavor puramente fisiológico, propio de la hembra, por ignorante y pura que se halle acerca de los misterios de la carne.

Don Luis, en lucha interna con dos sentimientos encontrados: el amor, que le instigaba á caer delante de su ídolo, á explicarle en medio de un alud de besos y caricias, todo lo grande que encierra el matrimonio voluntario, el noble abandono de nombre y reputación en el regazo de un sér tan frágil como la mujer, por la sencilla y poética existencia de un cariño avasallador, y al propio tiempo, el temor de que ese mismo ídolo no comprendiera el sacrificio y recibiera sus cariños y sus confidencias, como una obligación consagrada, como una imposición inevitable y nó como la copartícipe de afecto semejante; cumpliendo un deber y no satisfaciendo un deseo.

Pedro, que debía ser el único sereno, entre otros gusanillos tenía el de que estaba de sobra allí, que con su presencia estorbaba la intimidad que por fuerza habría reinado en la primera comida de la nueva pareja. Equi-

parábase á doña Dolores, á la suegra, y le encolerizaba haber admitido la invitación. De vez en cuando, le entretenían los efectos del tuteo incipiente. Don Luis, siempre iniciador, le soltaba entre dos bocados, con la vista sobre el plato, algo insegura la voz. Elena poníase roja, muy roja, y contestaba de manera indeterminada ó en tercera persona, y doña Dolores empalidecía, tragaba precipitadamente ó interrumpía el discurso.

Sin advertirlo, los semblantes perdieron su mortificante gravedad, las conversaciones su pesadez y los ánimos su estado anormal; asomó el buen humor su alegre cabeza, aprovechándose de una vulgaridad, la caída de un mozo que conducía una fuente con manjares. Riéronse todos, y los ecos de la risa, al acomodarse entre el follaje, desalojaron á la tristeza y á la seriedad. Concluyó la comida en sabrosa charla y se organizó una partida de bolos que, aunque no se jugó en forma, sirvió de pretexto para matar el tiempo y para tomar café al aire libre. Y así, perdidos por entre los jardines de la fonda, pasaron la tarde; fueron de visita á la casa de madera de un mono encadenado, que se rascaba impúdicamente junto á sus visitantes, les tiraba de la ropa y después de obte-

ner alguna pieza de fruta, se encaramaba á un trapecio, suspendíase de la cola y, en suave vaivén, les arrojaba las cáscaras y les hacía muecas. También visitaron la jaula en que un pequeño tigre se paseaba desesperado, sin reparar en los que le contemplaban; de cuando en cuando, interrumpía sus paseos, les mostraba los dientes, soltaba un rugido y volvía á pasearse más encolerizado aún del silencio que obtenía con su pregunta selvática. Demoráronse en la contemplación, alineados frente á la reja, sin moverse y sin separar la vista del animal, no obstante el olor acre y nauseabundo que se desprendía de su guarida; presas del mudo respeto que nos inspiran siempre los pobladores de los desiertos.

Á cierta hora, don Luis encomendó á Pedro que acompañara á doña Dolores en el carruaje, pues él y Elena se retirarían á pie. Fuése á pagar la cuenta, y Pedro se alejó de las dos señoras, que se abrazaban llorosas y acongojadas.

Se concluía la tarde; apenas si quedaban del sol una que otra reverberación desvanecida y, la noche al acercarse, prometía luna y estrellas. Las nubes, rosadas y lejanas, se agrupaban en corrillos, como á comunicarse

la noticia del enlace, y unas regocijábanse, cambiaban de color, se retiraban á sus negocios, allá en el horizonte, enganchando á su paso los jirones amigos y las parientas retardadas; otras, se extendían sin abandonar su puesto, con deseos manifiestos de conocer á los recién casados, y las restantes, fueron á narrar el acontecimiento á los encanecidos volcanes, que se hacían repetir la nueva varias veces y que quedaron con las frentes ceñidas por las noticieras.

El establecimiento encendió sus faroles, que resultaban diseminados por el parque y en grupo compacto en la terraza de la cantina. Se acercó el coche, subieron á él doña Dolores y Pedro, mientras, agrandados por la sombra, don Luis ofrecía el brazo á Elena, y partían muy juntos, por las enarenadas calles de la quinta.

Iba el carruaje al trote largo de sus caballos, que en efecto lo era, y con sus saltos hacía que á cada instante se tocaran Pedro y doña Dolores, que estaba hecha un mar de lágrimas. Pedro, al principio, las encontró muy en razón, muy oportunas ¿qué cosa más natural que la buena señora llorara á lágrima viva el próximo sacrificio de su hija? No era argumento bastante que Elena

le aceptara de buen grado; para una madre, la tal aceptación es como el producto de un bebedizo, olvidadas ya de que por ahí pasaron ellas y por ahí han de pasar sus nietas. Intentaba calmarla, pero no lo logró; "aquello era horrible"—sollozaba doña Dolores en el colmo de la pena. Á Pedro no le parecía la cosa horrible precisamente, mas se guardó de contradecirla y de aventurar opinión propia. Le impresionaba el contraste que se ofrecía á su vista, que se repite día á día; la madre, desolada por un suceso que ha autorizado, y la hija, satisfecha y contenta, obedeciendo á la ley inexorable que nos manda abandonar á los seres que debieran sernos más caros, por correr en busca de lo incierto y de lo desconocido. Lo que es él, cuando se casara, no permitiría que doña Adelaida se fuera á vivir sola; se prometía vivir como un patriarca, mimado por su mujercita y por su suegra.

—¿Y usted cree que será feliz?—le preguntó de pronto doña Dolores, cual si acabaran de hablar de Elena y no necesitaran mencionarla.

—Y muy feliz, señora, muy feliz; se lo garantizo á usted. Don Luis es un hombre nacido exclusivamente para labrar la ventura de

cuantos le rodeen. ¿Acaso no sabe usted lo que ha hecho por mí, que no soy nada suyo? Pues figúrese usted lo que hará con Elena!

Una vez en ese terreno no perdonó alabanza para el abogado; convencido de que, mientras más publicara sus bondades, más disminuía su deuda de gratitud. Y si hubiera sido posible iluminar por unos minutos el interior de aquel carruaje, se habría visto á la anciana, con los ojos humedecidos aún, no perder palabra de las virtudes de su yerno; halagada en su vanidad femenina de no haberse equivocado en la elección, y tranquilizada en sus exigencias de madre, á la que todo parece poco si se trata de edificar con solidez la dicha de una hija. Confesó que ignoraba todo aquello y Pedro se enardeció, contó el sinnúmero de beneficios que le debía á don Luis y desnudó la oculta belleza moral que le colocaba por encima de lo común y de lo pedestre.

En el mismo intervalo, Elena y don Luis caminaban del brazo la pequeña distancia que los separaba de su casa, cual si fueran un matrimonio avezado á esas excursiones crepusculares; cunfundidos entre la multitud que discurre á tales horas por las calles; obligados á juntar mucho los rostros, para no hablarse á

gritos y publicar sus intimidades; él, con el cuerpo inclinado sobre su compañera, y ella, conmovida y contestándole apenas. Al fin se hallaban solos, á pesar de los encuentros importunos, de los empellones casuales que los forzaban á estrecharse, á ceder la acera, á desviar el rumbo, á bajarse al arroyo. Á partir de entonces, formaban una entidad social indivisible; eran dos asociados que se dan la mano para infundirse ánimos y cobrar alientos que les sirvan de sostén en la lucha que les aguarda. Ya no tenía remedio; bien ó mal, pertenecíanse mútuamente; eran el uno del otro, con sus renuncias de libre albedrio, sus abdicaciones de voluntad propia, sus desprendimientos de egoísmo, su despilfarro de abnegación; todo el programa sonrosado del matrimonio que, cuando se realiza, convierte el vínculo en el contrato más noble y majestuoso que se conoce.

No se atrevían ni á violentar el paso, temerosos de que la gente lo advirtiera; marchaban con una forzada gravedad, en la firme creencia de que su unión no podía ser un secreto para nadie; que el transeunte más inofensivo, era un testigo ávido de solazarse con el lado grotesco que cualquier acontecimiento, por solemne que sea, encierra y manifiesta á las

ninguaas instancias. Porque así somos todos; en cuanto nos toca en lo vivo lo mismo un drama que un sainete, nos empeñamos en que se interese en él todo el mundo; se nos antoja imposible el que alguien ignore que nuestro hijo al morir nos ha herido el alma ó que alguna mujer adorada, al entregársenos, nos hace entrever el paraíso! Y nos sorprendemos de la mortal indiferencia que respira cada fisonomía; del soberano desprecio que los prójimos se tienen entre sí. Hay millares de individuos que no nos hacen maldito el caso, entregado cada cual á sus preocupaciones, sus placeres y sus dolores; y aunque publicáramos los nuestros á gritos, agruparíamos, á lo sumo, algunos curiosos insensibles, que á poco serían arrastrados por la gran corriente de la vida de las ciudades, que carece de tiempo para dolerse de las cuitas ajenas, que corre impelida por misteriosa fuerza, corre siempre, y apenas si, al pasar, enjuga algunas lágrimas con los edificios de beneficencia que sostiene y con la caridad ambulante que tolera!

Alucinados por esa falsa creencia, sostenían Elena y don Luis un diálogo de frases breves y de miradas prolongadas. Él, aumentaba la presión de su brazo, como quien

no quiere la cosa, y ella, le dejaba hacer con un pudoroso mutismo.

Al doblar la esquina, varió la calle de aspecto; disminuía de proporciones pero aumentaron la soledad y el silencio. Ni tranvías, ni carruajes; las casas de ambas aceras, defendidas por sus rejas y por sus jardines, sólo permitían divisar fragmentos de lo que acaecía en su interior iluminado. Brotaba de las viviendas un rumor sordo y semejante al de las colmenas; en las modestas, en las que no había jardín sino que la fachada, con abrumadora simetría, arrancaba del embanquetado, se escuchaba el ir y venir de la dueña, de los pocos criados, el parloteo de los chiquitines cuando los instalan en el comedor. En las casas ricas, distinguíase el coche acabado de entrar, con los faroles encendidos aún y sus monogramas retratados á la inversa sobre las cercanas paredes, y á los caballos desuncidos, que alargaban el cuello en espera del agua, mientras el cochero les silba para tranquilizarlos y tira del carruaje hasta colocarle en su puesto.

Don Luis entonces, se sintió más á sus anchas, y amparado por la escasa luz, por los ningunos curiosos, tomó una mano de Elena, muy suavemente, con amoroso respeto, y

antes de penetrar en el domicilio conyugal, que inauguraban en esa noche, le formuló una pregunta que sintetizaba sus afanes:

—¿Me quieres?....

—Sí!—le contestó Elena que no se esperaba la pregunta ni podía dar otra respuesta. En aquel momento fué sincera, tanto más cuanto que no suponía á la vida marital exigencias extraordinarias; le acontecía lo que á los individuos que se embarcan por la primera vez, que temen el mareo y se consideran á salvo porque, al partir, confunden el movimiento trepidatorio que la máquina imprime á la nave, movimiento muy suave y muy soportable, con el desencadenado y homicida, que más tarde han de imprimirle las revueltas y embravecidas ondas.

Comenzaron las sorpresas con el recibimiento preparado por la servidumbre; cuestión de oportunismo, de bienquistarse con la nueva soberana. Inclináronse todos, y el más atrevido, el cocinero ó el ayuda de cámara de don Luis, se aventuró á hilvanar cuatro palabras que ni se oyeron ni merecía la pena oírlas. Pasó Elena sonriente y, en esta vez, de veras amante al hablar á don Luis, que la escuchaba embelesado.

Habilidad femenina digna de mención.

Rara será la mujer que no apele al recurso de aparentar cuando le conviene—de visita, si no la creen dichosa, para hacer público su poderío, delante de inferiores para aumentarles el respeto—una envidiable armonía con el marido, una perfecta inteligencia, un amor apreciado y correspondido, aunque en el fondo le deteste ó simplemente no le ame.

La casa estaba iluminada; de suerte que Elena, pudo convencerse en una ojeada rápida, de que disponía de un pequeño palacio. Tuvo el buen tino de alabar especialmente las piezas en que don Luis se había esmerado; y como era de esperarse, lo que triunfó desde un principio, lo que causó mejor efecto, fué el *boudoir*. Sintióse Elena complacida y adivinada; no le hubiera amueblado ella más á su gusto. Dió rienda suelta á su temperamento nervioso; por unos instantes, se olvidó de su grave papel de esposa y apareció la chiquilla que existe siempre dentro de la mujer. Sentábase en las butacas, en la mecedora; abrió el piano, la librería, el escritorio, cambió de lugar á un chino y aumentó la luz de la lámpara. Volvióse á su marido y le tuteó abiertamente; tenía una mano muy atinada para la elección de sus cosas.

Él se apresuró á manifestarle, cual conve-

nía á un cónyuge galante, que sin duda por eso la había elegido á ella. Agregó que, si por la mañana no había querido dejarla ver la casa, era porque con la luz artificial todo se mira mejor. ¿Estaba contenta? ¿De veras le agradaba todo?

—Sí, sí; todo me gusta. Y para disimular la tristeza que la ganaba de nuevo, habló de su mamá, de lo llorosa que se había marchado.

Don Luis inició una generalización; así son todas las madres cuando nos quieren, por mucho que sepan que hemos de ser felices, como iba á serlo ella.

—Te quiero tanto...., añadió mirándola con cariño intenso, tanto, que te aseguro la felicidad. Sobre que es ése mi deseo único. Puedes estar cierta, de que mi misión es tornarte en grata y risueña la vida; si pudiera, si estuviera en mi mano, ahora mismo pondría á tus pies, toda la dicha imaginable para que nada desearas en lo sucesivo....

Elena le oía emocionada; ella misma, sin advertirlo, llevaba un buen rato de estar sentada á su lado, de haberle abandonado las manos que el otro besaba con respetos y transportes de idólatra; seducida por la actitud, por las palabras, por la entonación

de su enamorado; arrullada por tamaña pasión, en ignorada y agradable laxitud.

El péndulo sonó las once, y salieron entrambos de su arrobamiento; revelóse en ella la mujer en su aspecto incomparable de casto abandono, llamó á su camarera, y mientras llegaba ésta, de propia iniciativa, cediendo á hondos impulsos, besó á su esposo por la primera vez.

Fué muy rápido y muy dilatado al propio tiempo. Se levantó y, á pesar de que se hallaban solos, encendido el rostro de rubor, le dijo al oído:

—Hasta luego....!



IX

BAJO buenos auspicios comenzó á deslizarse la existencia conyugal de los recién casados, porque como lo había dicho don Luis, él tenía resuelto contribuir con todos sus medios á nulificar los tropiezos que surgen de ordinario en casos tales.

Elena, por su lado, mostrábase muy adaptable á su nuevo género de vida. Parecía no asustarla la prosa al por menor, que fatalmente se desprende de la vida en común; el cúmulo de detalles toscos que cada individuo deja al descubierto dentro de su casa, cuando reaparecen los malos hábitos contraídos en la infancia, los defectos adquiridos después.

Las visitas de felicitación, que recibieron en los primeros meses, halagaban y distraían á Elena que se oía llamar "señora" con mucha formalidad, por damas de algunos años más que ella, por casadas de antigua fecha,

que le prodigaban sonrisas y ligeras alusiones sobre los probables y venideros vástagos. Luego, debió retribuirlas todas, lo mismo las gratas que las que no lo eran, encerrada dentro del cupé, á eso de las dos de la tarde, cuando el calor agobia y nos predispone á la quietud. En seguida, las presentaciones en público; las idas al paseo en carruaje descubierto, el abono al teatro, donde escuchaba Elena los cuchicheos que producen las recién casadas en los masculinos. Sufrió la insistencia de sus miradas, y ahora las comprendía gracias á la transformación acabada de sufrir: la muerte de la niña y el nacimiento de la mujer!

Don Luis en estos paseos y diversiones, sufría indecibles tormentos en su sensibilidad exquisita de marido digno y en su acendrado cariño de amante. Los toleraba, porque no podía menos. Declaróse acérrimo partidario del coche; siquiera dentro de él, la mortificación y los inconvenientes disminuían, y sólo á la noche, cuando el gas de los faroles y los focos de luz eléctrica, esfuminan á los transeuntes con sus intermitencias y sus distancias, la llevaba del brazo gustosísimo; prolongaba el ejercicio, retardaba el andar, la tomaba de la mano, reía con sus

reflexiones, le iniciaba consejos y la adormecía con su cariño.

Temeroso de que el fastidio — ese monstruo destructor de la dicha conyugal, según Balzac — encontrara en su casa terreno propicio, y desconfiando de poder desterrarle él solo, apeló á doña Dolores y á Pedro, los alternó con el teatro y con las visitas á extraños. De la semana, comían con la pareja tres veces por lo menos, y en algunas noches salían por los alrededores, hasta la incipiente alameda de la Colonia, hasta la estación del camino de hierro, ó bien, pasaban la velada en el saloncito; se tocaba el piano, jugaban á la baraja; Elena se marchaba con su madre por las piezas interiores á mostrarle sus compras, á corregir juntas las irregularidades del servicio, y Pedro y don Lüis se quedaban solos. Pedro le comunicaba las noticias del bufete, ya á su exclusivo cargo, la secuela del proceso del telegrafista, y discurrían sobre política, sobre la vida del congreso ó sobre pequeñeces y puerilidades. Tornaban las señoras, se tomaba el té, y á la media noche, Pedro iba á acompañar á su casa á doña Dolores.

Las noches en que salían á caminar, generalmente Pedro ofrecía el brazo á Elena

y don Luis á su suegra; los primeros, por delante, con risas y conversaciones de gente joven, francas, ruidosas y comunicativas; mientras por detrás, la segunda pareja charlaba de cosas serias, de ahorros monetarios, de planes para lo futuro, de épocas pasadas, de días muertos, pero siempre para finalizar con Elena, á quien ambos adoraban á su manera cada cual. Y mirados en esa forma, se les habría tomado, á los muchachos, por novios que se comunicaban sus tonterías, y á los ancianos, por los padres de la chica que autorizaban el noviazgo. De vez en cuando, agrupábanse para comentar algo en común y obstruían la acera; otras, Elena y Pedro tenían que esperar á doña Dolores y á don Luis, cuyo andar era notoriamente inferior.

Llegaban á la alameda y sentábanse los cuatro en uno de los bancos de hierro que comenzaban á colocar ahí, juntos todos; las señoras en el medio, los hombres en las extremidades, en contacto perpétuo; ó si no, dirigíanse al paradero del ferrocarril, lograban el permiso para colarse hasta el andén y presenciaban la partida del tren nocturno, perdidos entre los empleados que se hacían señales con las linternillas encendidas. Ellos, se alineaban en silencio, hasta que el anima-

lazo se estiraba, lanzaba su silbido postrimero, el de despedida, y al melancólico tañer de su campana, emprendía su carrera, rasgaba las sombras con la proyección de luz de su farola delantera y se perdía de vista echando demonios y chispas á millones por esos campos de Dios.

Una noche, al regreso, ocurriósele á Elena una extravagancia, un capricho de criatura mimada; tomar café en uno de los cafetines que abundan por las vecindades de la estación. Volviose á don Luis, le alegó lo inocente de su deseo, con ese caudal de monería que saben desplegar las mujeres para que se las complazca; apenas si había nadie en el local, no los conocerían.

—¿Quieres que entremos?

Accedió don Luis como siempre accedía á cuanto ella indicaba.

El establecimiento estaba casi desierto; las mesas de madera, sin manteles y ennegrecidas por el uso, con las sillas encima del tablero; un quinqué de petróleo, suspendido del techo, arrojaba escasa claridad; en un rincón, dos maquinistas *yankees*, en traje de camino todavía, con blusa y gorra manchadas de aceite y de carbón, bebían una botella de cerveza, las pipas entre los labios, sin ha-

blarse, con ese silencio peculiar á los que ejercen labores rudas, que se acostumbran al mutismo, á las expresiones truncas, y se entienden con medias palabras; el patrón de la casa, en mangas de camisa, hacía sus cuentas en un cuaderno, con una vela al lado que chorreaba lagrimones mayúsculos; su mujer, preparaba sobre el mostrador los panes, las cucharillas, las tazas que servirían al día siguiente, temprano, cuando vivía su comercio con el tren de pasajeros. El camarero, medio oculto en otro rincón, cabeceaba sobre una silla, como si allá en su sueño, escuchara alguna música cadenciosa.

Nuestro grupo al entrar, originó un alboroto; el mozo al enderezarse, por poco se cae; la patrona allegó los trastes; el patrón dió las buenas noches, y los maquinistas, sin hablarse siempre, cual autómatas movidos por el mismo resorte, soltaron dos bocanadas de humo que se abrazaron en la atmósfera y abrazadas fueron á perturbar el reposo de las moscas pegadas en el cielo raso, y apuraron de un sorbo el contenido de sus vasos.

Para Elena fué aquello una verdadera escapatoria; encontró exquisito el brebaje que les sirvieron bautizado de café, pura la le-

che, sabroso el pan, limpias las dos servilletas que parecieron por milagro y encantador el paseo. Los demás la hacían coro, dentro de su papel de súbditos que se consideran felices con que su soberana les sonría.

Por esos días juzgaron al telegrafista; un proceso de sensación que tenía en alarma á la sociedad entera; sobre que se trataba de toda una hecatombe, aunque involuntaria. Invitado el triste personaje á un opíparo almuerzo, dado con motivo de la conclusión de un tramo de vía en uno de los muchos ferrocarriles en construcción, fueron más fuertes los vinos que los propósitos del telegrafista, y si bien no tomó la palabra, tomaba en cambio una copa íntegra al final de cada uno de los brindis entusiásticos que allí se pronunciaron; y como el número de oradores era considerable, considerable fué el número de sus propias libaciones. De tal suerte que, cuando el banquete tocó á su término y la nube de invitados se extendió por la llanura, en pleno campo — pues para solemnizar el acontecimiento habían levantado una inmensa tienda de campaña en el punto preciso del kilómetro construído — él se había dirigido, tambaleando ligeramente, á su estación provisoria, un cuartucho formado con tablas y

techo de zinc, adonde estaba instalado el aparato telegráfico, con su inquietud incesante y su pertinaz martilleo. Con la fuerza de la costumbre, oprimió el manipulador para pedir vía libre al tren que iba á regresar con los excursionistas é impedir una colisión en la peligrosa curva de la cañada, con él que conducía dieciocho furgones, atestados de ríeles, de durmientes, ruedas y trabajadores. Y sin advertirlo, por el exceso de alimentación y de alcohol, equivocó el mensaje, asunto de una cifra mal dada que echó á perder el texto y determinó el siniestro.

Al ponerse el sol, el tren empavesado y reluciente, con carros de lujo, guardóse á sus viajeros que conversaban á voces, fumaban sendos cigarros, elegían compañeros y asiento, manifestando la alegría que produce una buena comida y un viajecillo de placer. Alguno de los más peripuestos, ofreció al telegrafista un próximo y ventajoso ascenso, le retirarían del páramo aquel. Cuatro indios de un rancho vecino, echaron al aire tres docenas de cohetes; la vajilla y los criados también se embarcaron con restos del comelitón, y á todo vapor, emprendióse el retorno. Para pasar las dos horas de camino, se organizaron dentro de los coches iluminados, partidas de

naipes y pláticas picantes, salpicadas con alegres carcajadas que se escapaban por las abiertas ventanillas y se perdían entre las faldas de los cercanos montes.

De súbito, todos los semblantes empalidecieron, ahogáronse las risas y las pláticas se interrumpieron; escuchábase el silbato de otra locomotiva; silbaba agitada y nerviosa, cual si lanzara pequeños gritos de espanto, y la que á ellos conducía, le entabló un diálogo en el mismo tono fatídico y amenazante. Era un clamoreo que cogía el alma, que producía escalofríos; adivinábase la inminencia de un peligro; sentíase el hálito de la muerte, que parece que se anuncia antes de penetrar en ajenas tierras. Chillaron los frenos, se descargó cuanto vapor fué posible, por las válvulas de seguridad, con el fin de disminuir la fuerza del choque, y al desembocar ambos trenes por los dos extremos de la curva, se contemplaron frente á frente como dos fieras, sin poder humano que pudiera contenerlos; los fanales delanteros, cual ojos de fuego, confundieron sus mútuos rayos, cambiáronse torrentes de ira, y se escuchó un estruendo espantoso. Las dos máquinas, al chocar, se enderezaron para caer en seguida hechas mil pedazos, con los miembros dislocados y las

entrañas al aire, unas entrañas de carbones encendidos y de hierros candentes.

Los demás vehículos se deshicieron, como si por encanto los hubieran convertido en objetos de cristal. Por todas partes crugidos de maderos, vidrios estrellados, lamentos de heridos; por todas partes la noche, la confusión y la muerte.

Una de las máquinas, reventada y caída sobre uno de sus costados, conservaba un volante intacto que se movía trabajosamente, como esos caballos destripados en las plazas de toros, que en medio de su muda y patética agonía, estiran de vez en cuando un miembro mutilado.

Poquísimos fueron los que se salvaron y, de entre ellos, algunos echaron á correr con gritos de dementes, sin saber á dónde iban, presos de indecible pánico. Otros, más resistentes, diéronse á ayudar á los que necesitaban de urgente ayuda, y comenzó ese espectáculo espeluznante que la mecánica causa en sus víctimas; piernas por aquí, brazos por ahí, cabezas sueltas, sombreros intactos, individuos á los que un peso colosal desgarra el pecho con cruel lentitud; personas que no pueden ser tocadas, á pesar de lo insostenible de su situación, porque se les

violentaría el morir, y los que enmudecen y los que se pierden y los que se niegan á abandonar un escondrijo.....

Por dicha, un conductor sobreviviente llevó á cabo prodigios y maravillas; se impuso á los sanos, organizó angarillas, alineó heridos y cadáveres, envió dos grupos á pedir auxilios y restañaba la sangre con fragmentos de los manteles y de las servilletas del banquete, manchados y despidiendo un tufo de vino.

Horrible noche en aquel despoblado; en la vía, los trenes despedazados como ruínas de edificios moriscos; á poco andar, el montón de muertos y de heridos á los que ni agua se les podía dar. Después de reiteradas buscas, lo único que encontraron servible fué una caja de coñac y ¡qué servicios prestó! Se les aplicaba á unos como cauterio, dentro de la herida, á otros como tónico, y á otros como bebida.

De improviso, un crugido más prolongado, que partió del último de los coches, fué el preludio de algo imponente y aterrador: un incendio originado por el petróleo de las lámparas al derramarse ardiendo, por sobre los forros de las banquetas y sus rellenos de lana. Tuvieron que dejarle devorar cuanto

quiso y ver la iluminación adecuada á tantos horrores. De muchas leguas á la redonda fué esa la señal de alarma, y los habitantes de las cercanías, tomaron la gigantesca llama por guía de sus pasos. El accidente sirvió siquiera para reunir gente; los peones de las haciendas, llegaban en grupos compactos; algunos rancheros, con el lazo preparado y el rifle en las cantinas, creyeron en un aparecimiento de pronunciados. Y en cuanto se enteraban de la verdad de los hechos, desaparecían como exhalaciones, en busca de médicos, de curas y de auxilios.

En idas y venidas pasóse la noche, y con el alba, llegaron dos médicos rurales y dos curas de aldea, cual si vinieran retados á quien trabajara más, pues por desgracia había para todos. En su ingrata faena, los sorprendió el arribo de un tren de socorro con facultativos y botiquines, envíado por la compañía al tener noticia del suceso. Levantaron la tienda de campaña que sirviera la víspera para el banquete ¡qué cambio! ahora servía de hospital y de anfiteatro.

En medio de la gritería de la prensa, procedióse á descubrir al culpable, que estaba casi idiota desde que se supo autor de obra tan complicada; no negó, al contrario, sumi-

nistró confesiones y datos, con abrumadora abundancia, atribuyendo al vino del almuerzo la responsabilidad exclusiva del múltiple homicidio. Y de la noche á la mañana, convirtióse en personaje célebre; los periódicos le destaparon sus *repórters* más sedientos; veíase su retrato en tiendas y almacenes; algunos diarios le declaraban imbécil; otros, desde su redacción le enviaban á un asilo de dementes; otros, le suponían criminal hasta la médula, no había tal equívoco sinō un secreto afán de destrucción, un heredismo de salvaje, de hombre de las cavernas; y los periódicos sensatos, aconsejaron con palabras embozadas la pena de muerte!

Pedro se lució en la defensa, alcanzó la absolución con gran escándalo de los malvados y de dos compañías de seguros; y con ésto y con la distinguida clientela de don Luis, pasó á la categoría de los muchachos de provecho.



X

EL nuevo triunfo de Pedro, se festejó en la casa de Elena, como poco antes habían festejado el tílulo de abogado; en familia, los cuatro solos.

Y así, insensible y paulatinamente, convirtióse Pedro en el necesario del grupo, en el indispensable de una familia que, aunque no era la suya por lazos de sangre, sí era su refugio y su consuelo por la franca acogida de que le hacía objeto.

Sobre todo, entre Elena y él, se estableció una corriente de simpatía profunda, nacida desde el primer día en que se conocieron y se hablaron. Al principio, no le dieron acceso franco, le desconfiaban sin aparentarlo, víctimas de la preocupación que prohibe el que dos individuos de distinto sexo puedan tratarse en público, con franqueza y con cariño; pero conforme se vieron más y

conforme escuchaban de la parte de don Luis y de doña Dolores — autoridades indicadas — el que aquella simpatía era natural, que debían quererse como hermanos, con abundancia y sin malicias, les pareció muy cómodo abandonarse á esa fraternidad que les permitía no escatimarse las expansiones de su afecto, que los envalentonaba á no dejarse nada dentro del cuerpo, sinó á soltarlo todo, á congestionarse con amabilidades y complacencias mútuas.

Pedro transformó á Elena en confidente de sus amores con Magdalena, y Elena á Pedro en el mejor de sus amigos. Siempre tenían de qué hablarse; rara vez disentían en gustos ú opiniones; Elena le invitaba á comer con mayor frecuencia que antes, rompióse la costumbre establecida de los tres días á la semana, que se multiplicaron hasta absorverla en su totalidad; tanto más cuanto que, de ese modo, lograba también que doña Dolores comiera allí lo más posible.

Cerca de un año llevaban ya de vivir así: doña Dolores más satisfecha, don Luis más enamorado, Elena más encantadora y Pedro más contento que nunca. Don Luis sin sospecharlo, labraba á su antiguo protegido un pedestal en el ánimo de Elena; se hablaba

de él sin cesar, con él se contaba para todo exigíasele su voto para las cuestiones de interior y su compañía para las de exterior. Cuando él no estaba presente, era un contínuo análisis de sus cualidades, de sus merecimientos, de sus alcances, hasta de su figura; comentábanse sus amoríos con la veracruzana, sus avances con la abogacía, el aumento de sus honorarios. De tal suerte, que no se pasaba día sin que su nombre no fuera pronunciado á cada instante. Elena le escuchaba con agrado, por la simpatía experimentada desde un principio, y de tanto oírle, llegó á desempeñar el joven provinciano, un importante papel, una verdadera necesidad en la existencia de la recién casada. Puede decirse que vivían juntos; pues en los momentos ó en los días en que materialmente dejaba de verle, ahí quedaban doña Dolores y don Luis, para traérsele á la memoria embellecido con las alabanzas.

Todo le hablaba de Pedro; su esposo, su madre, un criado antiguo que le adoraba, los objetos y los muebles. Se le halagaban sus predilecciones, hacíansele guisos de su agrado, se repetían sus agudezas y se aplaudía su progreso.

Discurrieron que su novia no le merecía,

que podía él aspirar á más; ¡como si no debiera uno darse de santos de que haya una persona en este bajo mundo, que nos quiera de balde y nos endulce las amarguras desprendidas de los aleros de la existencia! Guíados todos por su afecto hacia Pedro, diríase que atisbaban la menor oportunidad para hacerle prescindir de Magdalena; llegaban, en su afán, á formar listas interminables de substitutas; casi se habrían ofrecido á tantear el terreno para ahorrarle un descalabro al interesado, que estaba ignorante de tanta y tan bien intencionada maquinación.

Continuaba él sus relaciones postales con ligeros interregnos; un disgustillo de cuando en cuando, alguna carta acre, una respuesta sentimental; pero firmes siempre y Magdalena, sobre todo, enamorada hasta lo último, con su cariño acrecentado por la separación y por la ausencia, en contra de lo que Pedro experimentaba, un despego sensible aunque poco definido, que le tornaba á veces en susceptible, á veces en exigente, y en tierno por excepción. Á cada correo tenían un altercado, una discusión ó un reproche. Magdalena lo soportaba todo y nó dándoselas de mártir cual pudiera, sinó con una abnegación y una paciencia infinitas, esperanzada

en el futuro que, al unirlos para siempre, borraría con invisible y placentera mano las pequeñeces y contrariedades del noviazgo. Hasta que en cierta ocasión, le ocurrió finalizar una de sus epístolas con una pregunta dictada por el afecto y que le pareció lo más natural del mundo:

—¿Cuándo se casaban?

Y aunque realmente la tal pregunta era una coquetería de mujer, un ansia de enamorada y una inquietud de chiquilla, Pedro la disfrazó con malicia tan inconsciente y atinada que, á primera vista, como él la comentaba, cualquiera la creería una ofensa y una desconfianza. ¿Pues no se atrevían á dudar de su palabra? Y el insulto no le venía de ningún enemigo, no señor, se lo infería su novia, la elegida de su corazón, la obligada á disculparle, aún en el falso supuesto de que él hubiera delinquido.

Llevó sus cuitas á don Luis, le consultó la respuesta y el noble anciano quiso sondearle:

—¿La quiere usted como antes? ó ¿está usted arrepentido del compromiso y quiere aprovecharse de esta coyontura ú otra análoga, para zafar el cuerpo?

Alarmóse Pedro de la penetración de don

Luis, leía sus pensamientos más secretos, le sacaba á luz sus intenciones más recónditas, y repuso:

—Sí que la quiero; lo mismo ó más que antes, pero no creo merecer su pregunta dubitativa. Á nadie mejor que á usted, le constan mis afanes y la lentitud con que puedo amasar sus productos ¿No debe esperarme?

Don Luis asentía con la cabeza, conforme brotaban los sofismas de la boca de Pedro, y por mucho que comprendió que se hallaban ambos en una falsa vía, quiso explotarla y cayó, no obstante la rectitud de sus proceres, en el pantanoso terreno de la vulgaridad y del egoísmo. La niña se consolaría con otro novio ó con el tiempo—ese viejo bondadoso que calma, amortigua y borra nuestros más hondos pesares—y Elena realizaría su deseo de casar á Pedro con alguna muchacha de sus relaciones, que le comprendiera y le encumbrara. Supuesto que se había jurado complacer á su esposa, ahí estaba la oportunidad.

—Creo en efecto, que usted tiene razón y encuentro por lo menos, cierta incongruencia, en la pregunta de esa señorita; pero ¡ay Pedro! convénzase usted de que en asuntos mujeriles, nunca sabemos lo que nos pesca-

mos. Cuente usted á Elena el contratiempo, que le dará un buen consejo.

Pedro siguió la indicación, y de sobremesa, se mencionó el asunto. Don Luis se levantó, haciendo guiños de inteligencia á su esposa, interiorizada de antemano del descalabro; los esperaría en el *budoir* ó en la sala, para que hablaran ellos con libertad.

Y comenzó de nuevo la consulta, salió á relucir la inocente misiva, toda arrugada y llena de faltas ortográficas, como son por lo común tales documentos. Elena exigió, para fallar en conciencia, que le narraran completa y detalladamente la historia de esos amores, desde su principio, sin olvidar peripecia ni perdonar detalle; sólo así podría ser un juez imparcial. Opúsose Pedro, quiso echarlo á broma, pero doña Dolores terció y preconizó las ventajas de una confesión general. ¿Qué más le significaba decírselo á ellas dos, en confianza, con la seguridad de que ni la misma interesada lo sabría nunca?

—Vamos, báñese usted en agua de rosas contándonos que le quieren.

Decidióse Pedro á que sus impresiones y recuerdos salieran á tomar el fresco, y les dió una salida ordenada, cual si se tratara de un alegato de buena prueba, con exactitud

de fechas y de sucesos, en un orden cronológico perfecto. Mas, conforme entró á lo vivo de sus amoríos, el eco de sus propias palabras y el tierno perfume de sus reminiscencias, le embriagaron suavemente; mirábalos, por un acto reflejo del cerebro, con todos los encantos que tuvieron al producirse y toda la melancolía de lo que ya pasó. Por eso prolongaba las situaciones románticas, por eso se detenía en los detalles que más le hicieron gozar; reproducíalos con deleite, con toques de artista, con la voz aterciopelada y temblorosa.

Realmente no les ocultó nada, ni lo más nimio. Á ello le obligaban dos sentimientos: su propia vanidad—la que todos tenemos cuando nos quieren—que se empeñaba en desenmascarar al don Juan que llevamos en las entrañas, y además, algunas ráfagas de cariño que le oreaban la memoria, que volvían lozanas y solícitas, como cuando Magdalena las hacía nacer con sus encantos. Las oyentes estaban en el colmo del interés, lo que contribuía á doblar los bríos del narrador, que reconstruía el poema ignorado de sus amores, con pequeñísimas falsedades, las indispensables para hacer más simpático su papel de protagonista.

Resultaba curioso en el centro de un comedor amueblado á la moderna, narrar una historia de lo que había acaecido en un puerto y en una casa modesta, con el sol y el aire libre por confidentes y testigos, mientras aquí, los tres interculores rodeaban una mesa de nogal cubierta de grueso tapíz, la lámpara arrojaba mucha luz hasta la mitad del cuarto, por la forma de su campana; las vidrieras, cerradas por lo desapacible de la estación y la lluvia que caía monótona y triste en el jardín y en la calle, y que á veces, impelida por el viento, aventurábase á golpear en los cristales como si la apenara el penetrar abiertamente, ó bien se conformara con permanecer en sus dominios, allá en las afueras, á las que empapaba con su caída acompasada y contínua.

De tiempo en tiempo, un vivo relámpago se colaba sin ceremonia, escrudiñaba despiadado, rincones, techos y paredes en un instante, para marcharse en idéntica forma y reunirse con el trueno, cuyas palabras se percibían imponentes, majestuosas, y se desvanecían muy poco á poco, según se alejaba para nunca volver.

Doña Dolores no perdía ripio, por más que aparentara una sonrisa benévola y un

interés mediano, como hacen los ancianos de ambos sexos cuando se enteran de los asuntos de los jóvenes; pero en el fondo, estaba embelesada, no podía substraerse á la influencia de la narración que se le subía á la cabeza cual si fuera un vino generoso, y allí, sacudía los recuerdos adormecidos, las fechas empolvadas, los rostros olvidados; era una resurección interna, toda una época que reaparecía con el sabor de días mejores, que le recordaba que también había sido joven y guapa y cortejada; que le ponía por delante un novio que la hizo soñar y que negaba en público, por la oposición de las familias; amoríos que tienen todas las muchachas y que son las violetas de ese jardín que se llama adolescencia: mientras más ocultas, mayor es su perfume.

Para Elena, el negocio era mucho más grave. No podía evocarle recuerdos, porque éstos no existían, y sin embargo, el negocio aquél no le desconocía ó, por lo menos, no la disgustaba; hallaba dentro de su sér algo similar, y palpaba la perfecta inteligencia que se establecía entre ambos, ni más ni menos que la que se establece entre niños que jamás se han visto y por primera vez se encuentran en un parque, y se toman de la mano y echan

á correr, juntos, adonde no los mire su mamá ó su aya, reunen sus juguetes, confunden sus rizos, tutéanse, y se cambian un cochecito por una caricia, ó, lo que es más común, un beso por otro beso!—No se alarmó con la psíquica simpatía; hízola depender de sus talentos ó de su penetración de mujer casada. Mas lo cierto era, que cuando Pedro contaba tal ó cual respuesta de Magdalena, ya ella la había adelantado para su coleto casi en términos idénticos. En ocasiones, sentíase una cólera sorda hacia don Luis, que nunca tuvo para con ella lenguaje semejante; que si acaso él le poseía, se había pasado de egoísta sin ofrecerle la menor sílaba, ni siquiera un signo ortográfico! Cierto que no podía quejarse de que la escatimara su afecto, pero ¡qué diferencia entre uno y otro lenguaje, el en que hablaban ellos y el en que hablaban Magdalena y Pedro! En nada se parecían; eran como el italiano y el alemán, lleno el primero de modulaciones tiernas, de frases voluptuosas, de giros ardientes, y el segundo, pesado, reflexivo, intenso.

¿Con qué así era el amor? Pues lo que es á ella, la habrían engañado, porque nunca le habían dado manjar tan exquisito, más que exquisito, sin igual; respondía á sus secretos

afanes de antaño que ahora tomaban forma casi tangible. Se lo pediría á su marido y él tendría que dárselo. Ganas le entraron de correr en su busca, de interrumpirle en su lectura y su cigarro, para que fuera á sentarse allí, con ellos, y se aprendiera la lección con que Pedro la deslumbraba.

—¡Qué hermosura!—se decía Elena—inspirar un cariño así de fogoso, de avasallador y de tirano; verse idolatrada porque sí, sin ninguna otra razón; hacer de dos existencias, una; tener celos del aire, del pensamiento, de cuanto pueda distraernos la menor partícula del objeto de nuestro culto. Yo tengo la fuerza, el capital; conozco que puedo disponer de iguales tesoros, aquí, muy hondo, mucho. Se los ofrecería á don Luis, claro, eran suyos como suya también era su persona; y entonces, al pensar en el obsequio, disminuían los tesoros, enfriábanse en la cuna, se resistían á reconocer ese dueño.

—Pero Dios mío—pensaba—si no puedo dárselos á nadie más que á él; si es mi obligación y él puede exigírmelos, quitármelos en lo absoluto y guardarlos donde le plazca, donde yo no vuelva á verlos!... Escondiánsele más aún, como azorados de su futuro destino, como si prefirieran continuar aban-

donados dentro de su pecho, que precipitado latía por la lucha librada dentro de él.

Pedro proseguía, andaba ya muy próximo de la separación, abundaban por consiguiente las escenas apasionadas y postrimeras; las pláticas en el corredor, á la luz de la luna; sus paseos solitarios á la playa; las lágrimas de Magdalena y las promesas mútuas....

—¿Y la quiere usted mucho?—interrumpió Elena.

—Mucho, muchísimo, se los juro á ustedes—contestó Pedro con lealtad, pues en ese momento realmente la quería, es decir, creía quererla al punto que aseguraba; mareado por su relato y por la novela que portamos en la mente, á la que añadimos ó cercenamos capítulos, según las contingencias que nos sobrevienen en la vida real. Llevaba un largo rato de representar un amante amartelado, y así en efecto se consideraba; ni más ni menos que los artistas de genio cuando crean un personaje de nota ó estrenan una obra que les proporciona aplausos; llega un pasaje en que se olvidan de la ficción, de los postizos de la cara, posesiónanse del papel y se creen ser ellos mismos los tipos que representan.

Á Elena no le agradó la respuesta; hubiera preferido que Pedro no la quisiera, ó á lo menos, que no la quisiera tanto. Dábale envidia la novia, una envidia recién nacida, que se movía apenas y que cualquier contratiempo podía aniquilar; no envidiaba el que Pedro la quisiera mucho por Pedro en sí, sinó porque la quería en una forma que á ella la habría hecho muy feliz. Por lo mismo, no disculpaba los procederes de Magdalena, esas exigencias y desconfianzas contínuas, esas cartas-reproche que le enderezaba á cada correo, ¿Qué más podía apetecer? ¿Acaso no tenía conciencia de la inmensa pasión inspirada? ¿No él se la tenía demostrada y seguía demostrándosela?

—Si pudiera oírle como le oígo yo, le pediría perdón de sus desconfianzas y procuraría no aburrir al pobre muchacho que no daba qué decir con su conducta. La tal Magdalena debe de ser tonta, supuesta su manera de conducirse; lo que es yo, si Luis hubiera tenido las ideas y las manifestaciones de Pedro, me habría dado de santos con el hallazgo y mil mañas para que no se me escapara de las manos.

Por segunda vez llevaron el té, que hervía impaciente dentro de su plateada cárcel, con

gruñidos de persona contrariada, y que, si conseguía levantar la tapa, anunciábase con pequeñas nubecillas azuladas que se desvanecían en el acto.

Pedro concluía, llevaba ya los dos primeros disgustos y estaba en el tercero, en el que motivaba la consulta y que, probablemente sería el último, á juzgar por el aspecto del tribunal.

El té gruñía y gruñía sin fruto; el sirviente preparaba las tazas, extendía las servilletas de color, arrimaba las galletas y frotaba las cucharillas, pero Elena no paraba mientes en las maniobras, muy preocupada con el inapelable fallo que debía pronunciar. Aunque se hallaba decidida á que el tal fuera adverso, deteníala sin embargo la consideración de que Magdalena sería desgraciada si le arrebataban aquel cariño. Y luego, ¿con qué derecho? No era bastante el que Pedro le pidiera consejo; no estaba ella autorizada á dictar semejante sentencia. Consultaba á su madre con la mirada, y la adivinaba inclinada á la reconciliación ¡es tan grato contentar á dos novios reñidos!

Por su fortuna, asomó don Luis frotándose las manos, mandó servir el té, y alcanzó su asiento entre bromas y sonrisas. Larga la

llevaban, ¿qué opinaba el jurado? ¿condenaba ó absolvía?

—Pues ahí verás—le contestó Elena—que no me atrevo; resuelve tú, que conoces á Pedro más que yo y que conoces mis proyectos más que él.

Don Luis resistió por mera fórmula, para que su esposa le rogara, pero decidido de antemano á que prevaleciera el capricho de Elena. Se echó, pues, sobre Pedro, sobre la desventurada Magdalena, sobre los amores de ambos.

—¿Por qué no quiebra usted? Le sobra á usted el tiempo para elegirse una compañera perfecta, hasta cierto punto. Apenas si conoce usted el mundo, y no sabemos si en el fondo, no estaría usted enamorado de esta señorita lo suficiente, con lo que la hubiera usted hecho una mártir al siguiente día de casados. Hay que huir de las ilusiones que nos engañan, de los espejismos de los veinticinco años; ¿á que no quiere usted ahora á Magdalena lo mismo que antes? sea usted franco.

—No señor, nó; alto ahí. Lo que es quererla, la quiero y la querré siempre, pero me duele la ofensa gratuita, la....

—Ríase usted de todo eso que, traducido

en romance, quiere decir "nones", que no la quiere usted ya.

Elena no hablaba; limitábase á apurar su té con inseguro pulso.

Doña Dolores opinó por la reconciliación; aquello no valía la pena, y mucho menos podía motivar un rompimiento. Si Pedro no quería casarse que lo dijera con lealtad, á las claras....

—Pero mamá—le interrumpió Elena—déjale que obre como quiera, y que Luis le aconseje. Nosotras no debemos mezclarnos, la echaríamos á perder.

Y nació una ligera discusión; sostenía cada cual sus opiniones, hasta que doña Dolores aflojó y Pedro se dió por convencido.

—Quebraría y se pondría en manos de ellos para que le curaran de la amorosa herida, para que le endulzaran las naturales amarguras de un rompimiento con la primera novia.

—Pues por supuesto—continuaba don Luis—no faltaría otra cosa. Y ya verá usted como ésta *(señalando á Elena)* y yo, le encontramos una sucesora que le violente la convalecencia. Verdad que se la buscarás? ...

Era más de media noche y anunciaron que el coche estaba pronto. Cuando Pedro se

despedía de Elena, vínole una ocurrencia peregrina, una curiosidad verdaderamente infantil: saber la opinión de ella sola. Al darle la mano, le preguntó:

—¿Pero usted qué quiere, que rompa ó que no rompa?

Elena no se esperaba la interpelación, ni menos en la forma en que se la hacían, aislados ellos y distraídos los otros. Antes de preparar una respuesta cauta, por efecto de sus deseos y de la sorpresa, le dijo:

—Que rompa usted!

Miráronse un instante en plenos ojos; con interrogativa extrañeza él, y ella con pavor manifiesto. Se soltaron las manos de un solo golpe, sin los sacudimientos afectuosos de siempre, sin prolongar la tibia sensación de sus mútuas epidermis en el abandono inocente que sellaba sus diarias separaciones; como si algún elemento poderoso y cruel, les hubiera muerto en su presencia la imagen sonríente de su amistad.

Elena comprendió que había ido más allá de lo que deseaba y de lo que debía; arrepintióse del hecho, de las palabras, y trató de reparar el yerro, de volver sobre sus pasos.

—Quiero que rompa usted—agregó—por

ser ese el consejo de Luis. Ya sabe usted que para mí, él tiene siempre razón.

Dijo esto con firme entonación, voz valiente y ademanes comedidos, para lucir lo que en realidad era: una dama que por humorada aconseja á un néofito ó á un encaprichado; mas, por detrás del aparato, había un no sé qué, que le acusaba de inseguro y de artificioso. Veíase la trama, como en los géneros falsificados; se notaba á la legua que era un recurso, una falsa pista.

Y ya al partir, Pedro, levantando la voz, declaró que quebraría:

—Se los prometo á ustedes.



XI

En el coche, doña Dolores se sintió más á sus anchas, con mayor independencia para defender á Magdalena, que le había sido simpática sin conocerla. Pobre muchacha, en nada delinquía con su pregunta que, en buen cariño, quería decir casto deseo de pertenecer por completo á quien nos ama. ¿Qué caso hacía de Elena y de don Luis? Un par de atolondrados y de ociosos, que hablaban de memoria y que no podrían darle lo que él iba á perder. Pero era gana que siguiera predicándole, era como son todos los hombres, ingratos, sin entrañas, con el corazón de piedra; y se desató, mitad en broma y mitad en serio, contra el sexo feo, espantoso—según aseguraba. Dió rienda suelta al justísimo rencor que nos guardan las mujeres; la mejor librada, tiene siempre de que quejarse, y por eso es que se aprovechan de cuanta oportu-

nidad se les presenta, para desahogarse un poco en teoría, ya que por su desgracia —y la nuestra—en la práctica, no pueden pasársela sin nosotros.

Pedro le llevaba la contraria por encolorizarla, por oír tales lindezas en boca tan principal y educada, hasta que doña Dolores, acalorada por el debate y en su afán de oponerse á la quiebra, le puso en claro que la única persona interesada en el negocio era Elena.

—Elena!..... interrogó Pedro.

—Sí, Elena; es una locura, ya lo sé, pero se le ha metido en la cabeza que esa niña no le merece á usted, que usted debe aspirar á más, ¿á más qué? Nada, muchachadas; querrá que usted se case con alguna amiguita de ella y por eso anda tan empeñada. Y ya ve usted, don Luis toma un participio directo por complacer á su esposa, por darle gusto y se acabó. ¿No tengo razón de recomendar á usted que no les haga caso? ¿No son unos atolondrados y unos ociosos? Si usted está de veras enamorado qué consejos ni qué ocho cuartos! á casarse pronto y á ser muy feliz.

En esto, llegaron á la casa de doña Dolores—que vivía por el centro de la ciudad—

adonde por lo general despedían el carruaje. Pedro le hacía regresar para andar á pie algunas calles y comprar los periódicos del día siguiente. Noche á noche tenían doña Dolores y él la misma disputa cuando abrían el zaguán; Pedro, que se empeñaba en subirla la escalera y doña Dolores, que se oponía por lo molesto de la oficiosidad. Pero en cuanto intimaron, que fué pronto —los ancianos y los jóvenes se compenetran fácilmente sólo si era temprano subía él y juntos tomaban, en sabrosa charla, alguna golosina.

Separáronse, pues, y lo último que le recomendó doña Dolores fué que, antes de decidirse, lo pensara mucho.

—Le protesto á usted que he de pensarlo más de lo que usted se figura — concluyó Pedro.

¡No había de pensarlo! Si había para volverse loco, para echar á correr, para pedir auxilio. ¿Pues no creía él?... Y se llamó al orden, propinóse un diluvio de vocablos injuriosos, se habría golpeado. Si no podía ser!... ¡No se figuraba que Elena ocultaba el móvil verdadero de su empeño, que le quería hacer quebrar porque... Vamos, que ni formular podía su monstruosidad. Pues qué, ¿ya no puede nadie en este mundo ser

amigo ó manifestar interés franco por un individuo del sexo contrario, sin que deba atribuirse todo á fines bastardos y sucios?... Indudablemente, él comenzaba á sufrir de alguna enfermedad cerebral, á desbarrar de lo lindo.

Hacía rato que le seguía un granuja vendedor de periódicos, con la picaresca insistencia que emplean para seducir al marchante. Le alargaba un diario, le seguía en caprichosas curvas, ora á su lado, ora atrás, ora al frente.

— "El Porvenir" de mañana!

Pedro iba tan preocupado, que no reparó en el mosquito humano; hasta llegó á decirle que no, sin fijarse, engolfado en sus ideas, por inconsciente y mecánica manera.

El muchacho no cejaba; volvía á la carga con mayor tesón que antes. Él era quien le vendía el periódico todas las noches ¿porqué no se lo compraba?

Por fin Pedro oyó; se hizo cargo de que el chicuelo ese debía haberle importunado con sus ruegos, con su compañía; que quizá le habría escuchado hablar solo, y se volvió iracundo y feroz, dió con el bastón un fuerte golpe sobre la acera, le sacudió en el aire después, cual si persiguiera mariposas imaginarias y con descompuesto tono le dijo:

—¿Me dejarás en paz?....

El gatera quedóse sin chistar, pegado al muro, porque no halló salida para disparar, y porque el bastón seguía echando rúbricas en la atmósfera que era una maravilla. Pedro se calmó ante la actitud humilde del vendedor, se convenció de que no estaba loco él, arrepintióse de la dureza desplegada en contra de quien no la merecía, bajó el bastón y pagó por el periódico precio doble, á guisa de indemnización. Pero el otro, á quien todavía el susto no le salía del cuerpo, hundió la mano en los bolsillos de su pantalón, agujeros negros más que bolsillos, tomó de entre algunas monedas de cobre un medio real de plata, que contrastaba por su blancura con lo sucio de la mano que le ofrecía, se lo tendió á Pedro y le dijo:

—El vuelto, niño.

— Guárdale, repuso Pedro, te lo regalo.

El chico entonces, le contempló con un poquillo de lástima, creyendo que el señorito iría chispo, habría besado á la novia ó ganado en el juego; familiarizado con tales encuentros á las horas avanzadas de la noche, y con la malicia necesaria para afirmar que nadie padece de desprendimientos monetarios, cuando la jornada ha sido normal y el ánimo

está satisfecho. Le dejó pasar; hízole un saludo en el que había algo de militar por el gesto y más de burla por lo cómico. Y lejos ya el uno del otro, Pedro le oyó aún gritar con su vocecita aguda y destemplada:

— "El Porvenir" de mañana! "El Porvenir de mañana"!!

Sirvióle el vulgar incidente para desviar sus pensamientos del malísimo camino en que trastabillaban. Volvió á lo real, á lo diario; en último análisis, no veía mal ninguno en que Elena se empeñara en casarle, de preferencia, con una amiga de ella, una compañera de colegio á la que continuaría viendo y tratando con mayor confianza, si se quiere, por la similitud de estados, mientras que la pobre de Magdalena con virtudes y todo, le significaría siempre una persona extraña y un espíritu por conquistar en su provecho. Fuera lo que fuese, él quebraba; y se echó á buscar atenuantes que le disimularan lo bárbaro de su resolución. El matrimonio es para toda la vida, requiere mucha abnegación, mucho heroísmo y no es cosa de dejarse coger por el cuello, como malhechor sorprendido en flagrante por un gendarme; después, el arrepentimiento de nada puede servir. Claro que á entrambos les iba á doler, en los pri-

meros tiempos sobre todo; que no se resignarían así como así ¡nos es tan fácil engreírnos con la dicha! pero, qué demonio! las grandes curaciones, las que salvan la existencia material ó moral, á las que apelamos en casos desesperados, son por el estilo; curan, mas curan despedazando al paciente, haciéndole sufrir dolores cruentos.

—Aunque me pueda, prefiero quebrar, sí señor, y es ella la que va ganando. Y ¿cómo quiebro?....

¿Contestaría una carta que pusiera término al noviazgo ó se limitaría á guardar un silencio absoluto? Optó por lo primero, y una vez decidido á concluir, parecióle más caballeroso declararlo por escrito. Pensó su carta. Hizo distintos borradores que rompía al leerlos, porque no le satisfacían y no sospechó que, con el que le dejó satisfecho, iba á romper algo más delicado que los pliegos de papel que yacían desmenuzados á sus pies: el corazón de una niña!

Decíale, que profundamente herido con su pregunta dubitativa y nó pudiendo por algún tiempo realizar la mútua y anhelada unión, unión que le había hecho soñar, que le había acompañado en su soledad y estimulado en sus labores, la desligaba del compromiso

contraído, le devolvía la palabra empeñada, por mucho que al hacerlo, se sintiera desventurado para siempre. "Jamás olvidaré lo acaecido, y cuento con lo vivísimo de mis recuerdos para seguir unido á tí en una vida etérea y deliciosa, ya que tú no permitiste con la desconfianza, que realizara yo mi más hermoso sueño."

Y cuando firmó su obra, sintióse delincuente y cruel; pensó en lo que iría á sufrir Magdalena al recibir su sentencia de infelicidad; que no tendría á nadie que la consolara ni nadie que le enjugara las lágrimas que por fuerza iría á derramar. La condenaba al sufrimiento; inmolaba un corazón sin más delito que haberle querido mucho á él, ingrato é inconsecuente, que renunciaba á la ventura eterna por peligros inciertos y males problemáticos.

—Diantres, diantres!—murmuraba indeciso. Y al fín, ni quemó la carta ni escribió otra que reconfortara á la muchacha; cedió á un impulso inexplicable y dejó que partiera el homicida pliego. Para anticiparse calma y bienestar por lo que ejecutaba, asoció la imagen de Elena á su vida futura, ahí quedaba ella para consolarle, según el mismo don Luis, para buscarle otra novia ó para

derramar sobre la quemadura que él acababa de hacerse, el bálsamo de la amistad que recíprocamente se profesaban. Todavía al dormirse, su pensamiento viajaba de Magdalena á Elena y de Elena á Magdalena; les dió hospitalidad á los dos juntas y, bígamo ignorado, repartióles su sueño que de improviso le venció, como si sólo dentro de sus discretísimos dominios fuera posible asociación tan disparatada.

Cuando se marchó Pedro, quedóse Elena espantada de su propia insistencia; bien mirado ¿qué le importaba á ella el que él quebrara ó nó? Pero estos conatos de arrepentimiento, pronto desaparecieron para dejar sitio en su conturbado ánimo al insaciable deseo de dar, dentro de su matrimonio, con los senderos de esa dicha sin horizontes que produce el amor y con la que Pedro la había deslumbrado en su narración. Quería recorrerlos una y mil veces, sombrearse bajo sus enramadas, gustar de sus arroyos, de sus alamedas, de sus misterios. Como, al parecer, no pueden visitarse más que en compañía de un ejemplar del otro sexo, y ella por estar casada tenía de obligado acompañante á su marido, que en todo le daba gusto, le invitaría al paseo, haríale entrever las belle-

zas y deleites de que se perdían por seguir sistema diverso, y no sería remoto que consiguiera su intento. Preocupada con su plan y preparado el discurso, penetró en la alcoba, sin otras luces que una tenue veladora que ardía blandamente, colocada en un mueble, y la vela de estearina que llevaba ella en la mano.

Don Luis estaba ya acostado, pues aunque poseía cama y cuarto propios, rara vez dejaba de dormir con Elena; la adoraba demasiado para prescindir de su contacto perfumado y juvenil, que le comunicaba vida reposada y plácida. En lugar de ardores carnales, experimentaba, con la idolatrada vecindad, un íntimo y castísimo bienestar. Gustaba de los innumerables encantos de su mujer, más con la vista que con ninguna otra cosa; la vista sola no exigía esfuerzos ni le perjudicaba. Contemplábala á sus anchas, horas enteras, sin temor y sin peligro. ¿Cuántas ocasiones, sin que ella lo sospechara, no la admiró en silencio, mientras dormía abandonada y exuberante y cuando la opaca claridad de la mañana que nace iba á guarecerse entre las colgaduras del lecho? Avaro de un tesoro que disfrutaba moderadamente, quería, sin embargo, mirarle con fre-

cuencia, saber que era suyo y cerciorarse acariciándole con cordura.

Elena avanzó hasta su puesto, los pies dentro de las chinelas, que se arrastraban sin ruído por la alfombra; cubierta con la finísima bata de dormir que se le pegaba al cuerpo, como si quisiera besarle en mil puntos á la vez, mientras la flama de la vela, insegura y temblona, resbalaba su luz por aquellos admirables contornos femeninos. No siempre charlaban acostados; allá en una que otra ocasión, decíanse cuatro palabras en el tono medio de que se echa mano en los santuarios públicos y en las alcobas matrimoniales — que debían de ser los santuarios privados. Por lo común, se despedían con un beso mutuo en las mejillas ó en la frente y, á poco, escuchábase en la estancia el monótono compás que el sueño inocente comunica á la respiración. En esa noche, Elena estaba locuaz, hablaba sin parar, puras tonterías; de una tela comprada por la mañana, de una amiga saludada en el paseo y de la proximidad del cumpleaños de su mamá. Don Luis la escuchaba sin violencia, llevábale el barreno y de cuando en cuando, disimulaba un bostezo con la sábana. Apagaron la vela, y Elena seguía como si tal

cosa, y aunque ignoraba por dónde comenzar la negociación, dióle ánimos la obscuridad. ¿Cómo invitaría á su marido para el anhelado paseo á la felicidad? Lo que es de buenas á primeras era imposible, y se atrevió á hacer una cosa nueva hasta entonces, á mencionar á Pedro en pleno tálamo; ¿qué opinaba de él? ¿quebraría ó se casaría con Magdalena?

Don Luis que, amparado por las sombras, comenzaba á dormirse, apenas si opinó; respondía con trabajos, entorpecido por el sueño, se hallaba seguro de que quebraría.

— Duérmete tú que es tarde, agregó.

¡Para dormirse estaba Elena! Volvió á la carga, pero para prevenir una segunda amonestación, acercóse á don Luis y, por sobre su hombro, apoyado un codo en las almohadas, continuó:

— Si vieras lo que se querían, lo que siguen queriéndose? Con sólo contárnoslo, nos ha tenido Pedro muy interesadas. Y á su vez le narró lo que ella estimaba piedras angulares del edificio de su dicha inmediata, los detalles más salientes y más apasionados. ¿Por qué habían hecho todo eso? ¿Qué clase de cariño era el que se tenían?

Don Luis, acabado de adormecer por el

calor que le comunicaba Elena y por el rum, rum de su plática, volvióse del otro lado y agregó para finalizar:

— Es natural, hijita; así se quieren los muchachos!

Muda y aterrada por la respuesta, se quedó Elena ¿así se querían los muchachos? Luego, don Luis que no lo era ya, jamás la querría en esa forma, no complacería sus más secretos afanes, sus más recónditos ensueños? Fué lo peor que se sintió enferma de deseos, que veía en la sombra perfilarse las figuras de Magdalena y Pedro, asidos del brazo, caminar risueños y felices hacia una tierra de promisión que ya nunca conocería ella. El único que podía y debía acompañarla, confesábase vencido, renunciaba el intentarlo siquiera y, en tanto, la venturosa pareja reaparecía, volvía á desvanecerse, mirándola Elena con la misma tristeza con que las chicas pobres miran entrar á las ricas en los grandes bailes; las primeras, en el arroyo, salpicadas por el lodo que despiden los carruajes, perdidas dentro de una multitud sofocante y soez, y las segundas, vestidas de rasos y de sedas, obsequiadas, radiantes, oliendo á gloria. — En una de las vueltas de los enamorados, Elena les habría

pedido que la llevaran consigo, á no estar convencida de que, sólo de dos en dos, puede penetrarse en el paraíso aquel. Su obsesión era tal, que percibía distintamente el murmullo de los tiernos coloquios que se prodigaban Pedro y su novia; y en ese estado de casi sonambulismo, agrandados los ojos para mejor distinguir lo que nada más en su mente existía — un término medio entre la vigilia y la pesadilla — vió que Pedro tornaba solo y que se dirigía á ella andando de puntillas para no ser sentido, con un dedo en los labios. Había quebrado con Magdalena y venía por ella, á llevársela para siempre al mundo que le tenía pintado. La instaba arrodillado junto á la cama, la atraía con suavidad y, Elena, por la misma excitación de que era víctima, cedía voluntariamente, sin conceptuar delito el abandono del lecho conyugal ni el engaño al esposo, impulsada por fuerzas misteriosas y superiores, hasta que caía en los brazos de Pedro, enamorado y rendido. Después, nada; nunca recordó la continuación, porque una fiebre cerebral fué el resultado físico de la noche.

Púsose don Luis hecho un loco; médicos especialistas de justo renombre, se hicieron cargo de la enferma, que pasó una semana

en gravedad positiva. Se le buscaba origen al mal, y ni atrás ni adelante. Achacáronle entonces á la casa, al temperamento impresionable de Elena, á la estación. Se preguntó á doña Dolores si su hija no había sufrido de pequeña ataques al cerebro, y resultó que no, nunca. Ni la experiencia de don Luis ni la ciencia de los facultativos, fueron suficientes para aclarar el enigma; á nadie le ocurrió que fuera lo que era en realidad: dolencia crónica de toda mujer, que lo mismo persigue á las solteras que á las casadas, hiriéndolas de muerte:

—La nostalgia del idilio!



XII

LA verdad es que Elena, á haber estado en sus cabales, se habría convencido de que era idolatría le que le profesaban su madre y su marido. Daba lástima contemplarlos en la cariñosa asistencia que prodigaron á su enfermita. En el período de la gravedad, cuando Elena deliraba y á nadie reconocía, no se apartaron un instante de su lado; rodeaban la cama, inclinados, ansiosos, queriendo adivinar los pensamientos de quien la ocupaba, queriendo conjurar el traicionero mal que se complacía en desesperarlos. Llamábanla en voz muy queda, le levantaban los cabellos caídos sobre la frente, le propinaban los medicamentos con delicadeza suma y, al dárselos, le preguntaban si no los reconocía; "somos nosotros" "¿no nos miras?" "¿no nos oyes?"

Y Elena, como todo febricitante, los con-

templaba algún tiempo, fijo el mirar y dilatada la pupila; creían ellos que iba ya á responderles de acuerdo y saltaba con una incoherencia que acababa de ponerlos inconsolables. No tenían noches, ni reposo; si el cansancio los rendía, á lo sumo caían en un mueble, vestidos y sobresaltados, para despertar á poco y correr junto á ella, temerosos de novedades ó de complicaciones.

Por supuesto que Pedro, enterado del infausto suceso en el mismo día de su aparecimiento, se portó cual tenía que portarse. Se instaló en la casa, se alternaba con los deudos en la asidua vigilancia, especialmente al ceder la gravedad de la enferma y aumentar el cansancio de los enfermeros. Velaba las noches en que tocaba igual faena á doña Dolores; salía á buscar al médico de cabecera, si un síntoma insignificante alarmaba fuera de medida á los de casa. Era el único capaz de llevar por escrito las alzas y bajas de la temperatura de la enferma, exigidas por el facultativo; á él entregaban el termómetro clínico, que le llegaba tibio todavía de los diez minutos pasados bajo el brazo de Elena. La primera vez que franqueó los umbrales de la alcoba, y que miró á Elena acostada, no advirtió las

curvas que su cuerpo dibujaba á pesar de las coberturas, de veras impresionado con el estado alarmante de la joven. Pero conforme adquirió el convencimiento de que la enfermedad no era de muerte, conforme los doctores le explicaron que vencidos tales y cuales síntomas, no existía después el más mínimo peligro, entonces sí comenzó á fijarse en el espectáculo delicioso que una casualidad le brindaba.

¡Es tan tentadora una mujer bonita en su lecho, por cubierta que esté y recatada que sea, que á no mediar parentescos muy íntimos ó circunstancias muy especiales, es difícil substraerse á consideraciones y deseos de voluptuosidad!

Don Luis, al narrar á Pedro con mal contenido lloro, la historia de la dolencia que "no crea usted—le decía—se presentó como un rayo", le contó con un candor digno de mejor suerte, que Elena le había mencionado á él, á Pedro, en los comienzos del delirio. También los mencionaba á ellos, á doña Dolores y don Luis, y otra porción de palabras ininteligibles y de conceptos dislocados.

Pedro se indignó para sus adentros de que le reaparecieran sus temerarias sospechas. ¿Qué cosa más natural que Elena en su deli-

rio le hubiera mencionado á la par de sus gentes, si él formaba con éstas un núcleo compacto?

—¿Estaré enamorado de ella?

Y al formularse por fín esta pregunta que llevaba meses de pugnar por salir de su encierro, allí, delante de don Luis que con él se desahogaba de sus pesares y de sus inquietudes, en el tono confidencial que de rigor es entre las personas leales que se estiman mútuamente, sintióse malo, pervertido, desgraciado. ¿Cómo había ido á fijarse en la mujer de su protector, de su segundo padre? En su acaloramiento, no discurría que el hecho de prendarse de la mujer más santa, aunque no nos pertenezca ni haya indicios de que nunca pueda pertenecernos, no es un crimen ni mucho menos. Las pasiones, cuando en realidad lo son, nacen soberanas, grandes, arrolladoras, y se van á donde les place, sin reparar los trastornos que originan en su curso ni enjugar las lágrimas que á su llegada provocan.

Rápidamente, mientras contestaba á don Luis, se trazo una linea de conducta invariable. Por lo pronto, evitaría hasta donde pudiera su acceso al dormitorio, y en cuanto Elena pudiera levantarse, él se marcharía muy

lejos, mucho, á los Estados Unidos ó á Europa, para no encontrarse cerca de ella y ahora menos que nunca, que se presentía querido. Al efecto, pretextó qué haceres que no existían, se despidió de don Luis diciéndole que comería fuera y prometiendo no faltar por la noche, á informarse siquiera.

—¿Cómo á informarse? Pues, qué ¿ya no dormirá usted acá?

—Quizá no don Luis. La señora va de alivio, yo de nada sirvo ya, y ustedes no andan muy abundantes en camas extraordinarias. Los acompañaré como siempre; lo único que suprimimos, es mi dormir en la casa.

Salió disparado; se recetó una caminata exagerada para cansar al cuerpo y poder en seguida finalizar su proyecto. Cogió el camino que le pareció menos frecuentado, es decir, la prolongación de la calle en que se hallaba y que sería calle con el tiempo, cuando la terminaran, por mucho que el azulejo de la esquina la bautizara de tal prematuramente. Era una calle en proyecto y como son en su mayoría las calles nuevas, situadas en el rumbo elegante del ensanche de las grandes ciudades; que ofrecen un aspecto singular y característico: las aceras, anchas y recién embaldosadas; las casas en

construcción, con su acumulamiento de materiales, los huecos, sin marco, de puertas y ventanas, como cavidades de craneos antediluvianos; los andamios, que semejan arboladuras de navíos fantasmas; los solares, cercados con empalizadas irregulares en las que se miran anuncios multicolores de diversiones públicas y de medicinas de patente; á trechos, una pequeña hondonada ó diminuta prominencia que todavía conservan un musgo verde y abatido, alimento de algún caballo valetudinario de las cercanías. Á lo lejos, divísanse las espaldas de las casas vecinas ó los costados, enteramente lisos éstos y aquéllas disparatadas y vistosas; con ropa blanca que en cuerda se balancea; los corredores internos, sin adornos; las chimineas de zinc de las cocinas; algunos pararrayos, enhiestos é insolentes, y uno que otro tinaco rojo que resalta del conjunto. Mientras la calle no se puebla, mientras no se engalana con sus edificios, mientras un tranvía no viene á hacerle la corte, el silencio es absoluto; á dos pasos de la vida y del movimiento, diríase que se encuentra á inmensa distancia. Si acaso se escuchan ruídos, éstos son escasos y provienen de un ladrillo rebelde á la cuchara del albañil, de un carro que perezosamente

conduce más materiales ó de una gallina atrevida que picotea obstinada en el empedrado.

Eso quería Pedro, un local donde no encontrara importunos ni ociosos, donde pudiera caminar á sus anchas, el sombrero en la mano y al aire libre la adolorida cabeza; donde poder dar suelta á los múltiples pensamientos que le atenaceaban.

—Triste cosa es la humanidad y más triste aún el pertenecer á ella! Y sin reparar en que había hecho en alta voz exclamación semejante, ni en que accionaba cual si estuviera solo en su habitación, ni que caía en inconducentes y trasnochadas filosofías, continuó sus meditaciones, ora hablando á voces ora en silencio. Ya no le cabía duda, no podía caberle; estaba enamorado de Elena, ¡qué atrocidad! Ahora comprendía muchas incidencias que en un principio atribuyó á causas diversas. Veía claro, porque el amor al presentársele, le quitaba una venda para ponerle otra; se explicaba, con asombrosa facilidad, su enfriamiento para con Magdalena; su afán de pasarse con la otra el mayor tiempo posible; su identidad de pareceres, de gustos y de inclinaciones; el bienestar dulcísimo que experimentaba al verla, al

hablarle, al oirla. Estaba envenenado y envenado de manera tal, que no preveía las consecuencias. Lo que más le sorprendía era haber vivido engañado tanto tiempo; pues que ¿es posible no sentir la picadura en el instante en que uno la recibe? Quizá entonces habría hallado un remedio sencillo para atajar el mal ó, por lo menos, para convertirle en inofensivo; mientras que ahora, cuánto sacrificio, cuántas lágrimas y cuánta desesperación no iría á costarle su cura? Inficionado por absorción, por esa absorción lenta é inapreciable que nos origina el trato diario con una mujer que nos fascina sin que lo sepamos, le era muy aflictivo, al descubrir el hecho, abandonar el campo, huir la tentación, vencer la carne! ¿De qué fuerza voy á disponer para la lucha, si me siento vencido ya, á los cuantos minutos de no verla; con ansia loca de irme á donde ella esté y de continuar sobre el mismo pie, en respetuosa y muda idolatría? ¿Qué será más adelante, cuando haya yo puesto en práctica mi proyecto de ausentarme, de no mirarla nunca ni nunca saber lo que haga ó lo que piense? Ah! si no fuera la esposa de mi protector, de don Luis, no vacilaría ni me marcharía tampoco y, en el caso de huir, huiría

con ella! ¿Con ella? Sí, con ella porque también ella me quiere, aunque no me lo diga, aunque lo calle y sufra!

¿No lo demostraban sus pequeñas amabilidades, su pronta intimidad, su empeño en que quebrara con Magdalena y, sobre todo, eso impalpable, sin nombre y sin figura, que al más torpe revela en elocuente y acariciador idioma, que le quieren, que le querrán y que le han querido? Hoy, es una alusión delicada, sin ningún valer para los que nos rodean, y que nosotros valorizamos y encerramos en lo más hondo del sagrario de nuestros sentimientos; mañana, será una palabra que nos embelese y entusiasme; ayer, fué una sonrisa que premió nuestro mudo afán ó que nos hizo entrever un paraíso de ventura! Y han pasado una tras otra, á veces dos juntas, sin que las advierta nadie, —como pasan las chispas precursoras de los incendios, muy altas, en fantástico vuelo, hasta que acumuladas en sitio peligroso, determinan las llamas que lo devoran todo - pero el día en que nuestro recuerdo las evoca, preséntanse unidas, exigentes y nos enloquecen, nos roban el sueño aunque el insomnio resulte agradable y suave; nos murmuran al oído, en celestial parloteo, himnos de dicha

que creemos haber escuchado ya en otra edad ó en otro planeta y que no son más que nuestro secreto y eterno delirio por la mujer; delirio que nos viene de muy atrás, con manifestaciones distintas, según las épocas y las circunstancias; de niños, en nuestra predilección por la virgen, por nuestra madre y por las compañeras de nuestros juegos á quienes defendíamos en las batallas infantiles, á las que por instinto obsequiábamos dulces y flores, juguetes y caricias; de adultos, con las novias, las queridas y el matrimonio, y que, de viejos, aún nos acompaña en forma de reminiscencia amiga, nos comunica calor y alientos con que sobrellevar ese invierno inevitable y nos alfombra de hojas secas—imagen de lo que fué—los áridos senderos del sepulcro!

Eran inútiles los esfuerzos que hacía Pedro para penetrarse de la urgencia de separarse de Elena, inútiles protestas de su moral—la moral que adquirimos en el hogar, en los plácidos días de la infancia, y que con dosis variables nos acompaña siempre. La cabeza, la reflexión, el buen sentido, ordenábanle partir y el corazón, sin ordenarle nada, bastábale para triunfar, latir precipitadamente de miedo de que le despojaran de su

amoroso cautiverio. En esta lucha que por completo le absorbía, no se fijó en el tiempo que llevaba de caminar ni en que la noche se echaba encima de la ciudad como malhechor empedernido. Hubiera caminado hasta el día siguiente, y tampoco lo habría advertido, cuando una insignificancia le sacó de su abstracción sobresaltándole: un buey que, extravíado, mugía enclavado en el suelo, con el cuello vuelto hacia el rumbo en que debía hallarse el establo.

Se detuvo para orientarse; sólo campo veía en su alrededor, con los tintes sombríos que le da el crepúsculo de la mañana al nacer y el de la tarde al morir; cuando los árboles se despiden con grandes y rumorosas reverencias de sus follages y, los más próximos ó de mayor confianza, alárganse una rama y algo se cuchichean; cuando los pájaros se acomodan en sus nidos y, en familia, comunícanse con pequeños gritos las impresiones de la jornada; cuando los caminos simulan adornos de blanca y empolvada cinta en el verde traje de naturaleza; cuando los retardados caminantes apresuran el paso para llegar á poblado antes que las sombras; cuando la ciudad, allá á lo lejos, se adivina más que se divisa y, de las torres, que desva-

necen sus contornos entre las nubes arremolinadas y cenicientas, el toque de oraciones brota acompasado, lento, y se difunde por la atmósfera con algo de piedad y de misterio, en el eco apagado y vagabundo!

Sin saber cómo, había llegado al llano que conduce á "Los Morales;" tenía á su izquierda la arquería que se entra en la calzada de la Reforma y, al frente, la mole del castillo de Chapultepec, defendido por su bosque secular. En la media tinta de aquella hora, esfuminábase el alcázar con caprichosas líneas y un color de indefinible gris. La montaña, que de asiento le sirve, distinguíase negra, y los ancianos ahuehuetes con sus guedejas de canoso heno, se asomaban de cuando en cuando á las afueras, en majestuosa y solemne calma, como para cerciorarse de que podían dormir tranquilos. La corneta de los soldados, que custodian las verjas de la entrada, tocaba algo, y apenas si se escuchaba rumor de armas y de maniobras.

—Estarán pasando lista—murmuró Pedro, y ganó la calzada, desierta en esa parte. Violentó el andar, dueño ya de sí mismo y decidido á abandonar la ciudad cuanto antes. Pero ¿cómo se lo notificaba á don Luis? Ahí estaba la cosa, ¿qué pensaría de él? En últi-

mo análisis, que piense lo que le plazca, yo me largo; lo mismo me da que me llamen mala cabeza, perezoso ó loco. Es la única salida que me permite no comprometer honras ajenas. Lástima que el mundo no consienta el que un hombre, cuando como yo se encuentra en tal conflicto, no confiese toda la verdad. Y no que en lugar de proceder tan noble, tiene uno que apelar al fingimiento y la mentira. ¡Cuántas tempestades no se conjurarían con que un individuo fuera á otro, y en términos francos y precisos, le dijera: —"Caballero, yo debo separarme de usted, no volver á verle, porque me ha cabido la desgracia inmensa de enamorarme de la mujer de usted, con lo que por otra parte y hasta este momento, ni yo le he ofendido,—pues el hecho es independiente de mi voluntad—ni usted puede lamentarse de nada ni de nadie. Como la cosa pudiera ir á mayores —y eso sí está en mi mano impedir—le participo que voy á dejarle con su hacienda íntegra y á marcharme donde Dios me dé á entender."

Á Pedro se le antojaba inmejorable la teoría, y si las gentes se condujeran cual debieran, el interesado, después de un discurso análogo, no habría de cansarse nunca de

agradecer tanta cordura y tanta lealtad. Porque, en efecto, ¿quién vá á impedir el que un individuo se apasione de una señora? Pues nadie; y ahí estaba él para declararlo en caso necesario. Á pesar de cuanto inconveniente inmoral y moral le ofrecía el negocio, no había habido poder humano que le evitara su adoración á Elena, adoración que no le entraba de repente, por más que así lo pareciera, sinó que venía de antiguo, de aquella simpatía experimentada al conocerla y otra porción de cosillas que, en su manía de enamorado, complacíase en pasarles revista tras revista, en el fondo de su imaginación acalorada. Desechado, pues, el recurso de la confesión, por lo insólito y extraordinario, no le quedaba otro que el de la partida; ¿con qué cara ni con qué palabras va á ir nadie á espetarle á un marido, una codicia en mal momento nacida y unos deseos contínuamente acariciados? El mismo don Luis, que alardeaba de filósofo, se quedaría estupefacto! Y mientras más se convencía de que el famoso viaje era la solución mejor, sentíase menos dispuesto á llevarle á cabo. Quizá se engañaba; quizás Elena se hallaba muy distante de compartir quimeras tales y entonces, quedaría fresco llevando á cabo

sus designios! Descansadamente podía quedarse, por muy enamorado que se hallara; aquello pasaría, ó no pasaría, pero si jamás habían de ocuparse de él, el riesgo resultaba imaginario y nada más que imaginario.

Llegaba ya á la glorieta en que se levanta el monumento de Cuauhtemoch, y se sentó en una de las banquetas circulares, para tomar alientos. Hacía muchas horas que caminaba y estaba fatigado.

La noche al fin, enseñoreábase de la ciudad. Los focos de la luz eléctrica, medio ocultos en los árboles del paseo, retrataban sobre la menuda arena del piso las innumerables hojas que, con las intermitencias propias del alumbrado, veíanse como otras tantas manchas negras, intranquilas, movedizas. Un carruaje que otro, aún daban vueltas sin agitar los caballos, ó bien si eran de plaza, marchaban á un trotecillo malicioso por el medio de la calzada. Reíase Pedro de estos últimos, que por lo común encierran parejas amantes en anacreónticas caminatas, y reíase también de las dos ó tres parejas de la gendarmería montada, que sobre sus rocines, departían filosóficamente respecto de la moral pública, á la que suponen influyente seño-

rona, por el respeto con que acerca de ella exprésanse jefes y reglamentos.

Esperó Pedro á que pasara un coche de vacío, pues estaba rendido, y al dejarse caer en el negro y ahulado interior, gritó al cochero:

— Al café de Iturbide!



XIII

La convalecencia de Elena fué rapidísima, como lo son siempre las de los enfermos jóvenes. Los servicios que entonces prestó el jardincillo de la casa, fueron incalculables; puede decirse que Elena no salía de él, y ora en el kiosko, ora en los corredores que á él caían, ora detrás del enverjado, siempre podíase verla ahí. Una poltrona, un banquito para los pies, un tapete contra la humedad, una manta y una mesa pequeña, llenaban todas sus necesidades y no requerían esfuerzos magnos para las muchas traslaciones á que se hallaban sujetos. El primer día de salida, cuando Elena abandonó la cama, y pálida é interesante, bajó al jardín apoyada en don Luis y en doña Dolores, no hubo criado que no saliera á felicitarla, lo que hizo exclamar á su esposo, muy contento del alivio:

— Pobres muchachos, se les conoce que te quieren. No hay persona que te trate y que no te quiera.

Elena, según su sentir, no estaba curada ni mucho menos; podrían los médicos haber cortado la dolencia física, pero la dolencia moral, la que ella ocultaba con miedo y con delicia á la vez, sin disminuir ni variar seguía en su sitio. Su misma resolución de no caer, de nunca faltar á hombre tan bueno y generoso, la enfermaba más y más. Y en cuanto á la figura de Pedro, que ni un instante se le separaba de la memoria, procuraba ella mandarla á lo más hondo, no volver á verla, como cuando en apartado mueble encerramos los rizos de un hijo muerto ó el retrato de una persona amada, que por otra causa perdimos para siempre! Precisamente por tenerlos guardados míranse más, el mueble ejerce atracción irresistible, la cerradura nos sonríe, nos ofrece doloroso consuelo y resistimos poco, volamos á él, extraemos el adorado objeto que de nuevo guardamos empapado en nuestras lágrimas. Así Elena, mientras más se empeñaba en no pensar en Pedro, en no cometer un crimen mental que la alarmaba cual si fuera material, más pensaba y caía más en ensimismamientos y

tristezas, que á la convalecencia se atribuían. Educada con sanos elementos, vástago de familia decente y animada de propósitos honestos, para combatir su inclinación, había querido confesarse desde un principio, pues sólo un sacerdote podía salvarla. Le contaría todo, claro, y estaba segura de vencer las tentaciones del demonio y recobrar su antigua calma y su tranquilidad perdida. Pero cuantas veces le pidió, ya bajo el pretexto de lo grave de su mal, ya bajo el de que siempre es bueno estar preparado y en buenas cuentas con la conciencia, otras tantas opúsose don Luis. La confesión dentro de la casa abate el ánimo, hace perder al enfermo la ignorancia de su estado, le impresiona fuera de medida. Esas eran cosas buenas para el templo, cuando la salud no puede resentirse de la nerviosidad que el acto determina.

—Cuando te alivies, cuando te halles buena enteramente, lo harás, pero por ahora nó.

Tuvo que conformarse, mal de su grado, con la marital resolución. Casi deseó decir á don Luis por qué quería confesarse; por él, por él sólo, pues lo que es ella, conceptuaríase dichosa de no ocultar su cariño por Pedro. Cosa singular la que palpaba; su

amor por Pedro, inmenso, avasallador, terrible, no destruía con todo y poderío, el afecto tranquilo que don Luis le inspiraba y que gustosísima le otorgaba ella. Cuando sus pensamientos rebeldes la llevaban hasta los labios de Pedro, quien le daba un beso imaginario, sentía una revolución en todo su sér, sentíase morir; mientras los besos que realmente recibía de don Luis y que en el acto le pagaba, fuera de la sensación natural, nada extraordinario le producían. Y se lamentaba dentro de sí misma de que don Luis no hubiera sido su tutor ó su hermano ó su tío; le habría querido lo mismo, lo mismo le habría endulzado su ancianidad naciente y ella, en cambio, hubiera podido idolatrar á Pedro á la faz del universo entero!

Durante el mes de la convalecencia, Pedro disminuyó en efecto sus visitas, y las que hacía, eran cortas, frías y nunca en horas en que don Luis pudiera hallarse ausente. Cualquiera, que conociendo el secreto de entrambos, presenciara estas entrevistas, habría aplaudido la actitud de los dos jóvenes. ¡Cómo se defendían de sí mismos! ¡Cómo trataban de engañarse, de aparentar una calma absoluta y una indiferencia recíproca!

Sentábanse á distancia y si podían hallar algo que se les interpusiera, mejor; procuraban que don Luis quedara siempre entre ellos como para indicarle que ésa debía ser su posición perenne. Se dirigían la palabra sin mirarse á la cara, porque cuando, se miraban, los ojos de uno y otro resarcíanse de la forzada abstinencia, se besaban, confundíanse en estrechísimo abrazo, narrábanse sus cuitas, sus afanes; se lamentaban de la crueldad de sus dueños respectivos, prometíanse quién sabe cuántas cosas; se separaban contra su gusto, prometiéndose volver pronto y, todavía al partir, se enviaban un saludo al través de las pestañas, como esas novias que al dejar la ventana, levantan la celosía y por detrás de los cristales mandan su prostrimer caricia. — Cuando Elena y Pedro se hablaban, el tono de su voz adquiría cierta dureza que, á la menor distracción, desaparecía. Dábanse la mano, como quien por compromiso coge un bicho delante de señoras asustadizas. En fin, que con sus actos todos, querían demostrase odio casi, cuando á sabiendas se adoraban, cuando no podían pasarla sin verse, aunque en la entrevista volvieran á emplear idénticas engañifas, comprendiendo lo meritorio

de su empeño, suponiéndose firmes en su anhelo mútuo de nunca pasar de ahí.

La misma naturaleza, parecía hacerse cómplice del drama incipiente; estaba la primavera en auge, con sus tardes perezosas y sus noches tibias y estrelladas; azul el cielo, perfumado el ambiente, la atmósfera diáfana, los árboles lozanos y coquetos, las flores en gratuito derroche de perfumes, las frutas maduras, parleras y celosas las aves, y las juventudes de ella y de él, en pleno desarrollo.

Don Luis no encontraba chocante la tirantez de entrambos — quienes por otra parte, prodigios hacían de disimulo — la achacaba al débil estado de Elena y á la quiebra reciente de Pedro. Andaba en la empresa de hermosear su jardín y, al efecto, disponía de un entendido jardinero á quien en ocasiones ayudaba y entorpecía en otras, con su contínua charla y exóticos caprichos. Á lo mejor de la conversación, saltaba de la silla é íbase á corregir un defecto ó á enderezar una mata, y los dejaba solos, pues doña Dolores, con motivo de la enfermedad de su hija, habíase hecho cargo de los quehaceres domésticos que la retenían en el interior de la morada. Angustiosos instantes en los que su misma soledad los convencía de

lo inútil de su fingimiento, que los obligaba á levantar la careta y manifestarse al natural. Y reinaba el silencio, un silencio fúnebre y pesado; Elena cerraba los ojos y Pedro contemplaba el espacio, contaba los barrotes de la verja ó consideraba las fachadas de las casas fronteras. No comprendían que ese era el primer peldaño de su mútua inteligencia, los primeros vagidos de un futuro delito que ya vivía, por más que no viera aún la luz. En cuanto sentían los pasos de alguien ó un ruído semejante, poníanse á charlar como si no hubieran enmudecido, como si continuaran una conversación que versaba siempre sobre insulseces y futilidades. En uno de estos peligrosos momentos estaban una tarde, don Luis accionando á lo lejos con su floricultor, cuando por desgracia de ambos, buscáronse sus ojos y se encontraron al punto. Saber lo que se dijeron es muy difícil, porque declinaba la tarde y sólo los interesados entienden esos lenguajes; ello fué que Pedro sin poder dominarse, de veras apasionado y perdido el seso, tomó á Elena una mano y se la estrechó entre las suyas. Nada más. Asunto de un minuto y de un poema.

Elena, que temió quedarse en el sitio, muerta de ventura imponderable, levantóse

sin embargo y en voz breve, imperiosa, digna:

—Salga usted de aquí! — le dijo á Pedro.

Pedro vió la magnitud de su falta, su desmán, su desgracia, y sin esperar á don Luis, visiblemente emocionado, murmuró por lo bajo:

— Y para siempre, es justo!

Elena, que le conocía incapaz de faltar á su palabra, le dió por perdido y casi se arrepintió de la dureza desplegada. ¿No lo habría estado demasiado? ¿No se habría vendido, delatado? No, no y no. Ya que Dios le había prestado fuerzas bastantes para simular una indignación que no sintió, debía darse de santos. Aunque se muriera de pena por no verle, era ese su único remedio y ojalá y Pedro acatara su palabra. ¿Acaso no veía que no podía resistirle? ¿Que el día en que solos se hallaran no podría oponerse á nada de lo que quisiera él? Y lo que es solos, se hallarían diariamente, á cada paso, supuesta la confianza de que Pedro gozaba en la casa; á millares podía contar las ocasiones en que solos habían estado ya. Comunicó á don Luis, que Pedro se había marchado sin despedida, porque un cliente de importancia le llamó al pasar por enfrente y, conforme soltaba su

mentira, ganábala un desconsuelo infinito de mentir con tanta frescura, de engañar á su esposo, confíado y noble. Pero la sola idea de contarle la verdad de los hechos, la estremecía; miraba en lontananza un escándalo, un duelo, sangre, y no quería la sangre de ninguno de los dos. Así como había resistido aquella tarde, resistiría en las tentaciones por venir, suponiendo en Pedro una insistencia poco caballerosa ó demasiado amante.

Pedro salió como un sonámbulo, dobló en la primera esquina que le cayó al paso. En seguida, esa misma noche hacía las maletas y se marchaba á cualquier parte; lo que es seguir así, ni lo intentaba. "Soy un mónstruo de maldad, un fascineroso — se decía — atreverme á lo que me he atrevido, tomarle una mano? Pero hombre ¿no habrá quien me pegue un tiro? Y luego allí, en su casa ó, más bien dicho, en la casa de él, de don Luis? Si lo supiera, se moriría de tristeza y con razón. ¡Yo, ser yo quien le lleva la deshonra! ¿Qué castigo merezco? ¿Qué martirio?" Y á la par de sus exclamaciones de caballero, nacíanle los pensamientos de enamorado. No había que darle vueltas: estaba hecho un loco por Elena, pero un loco de atar. ¿Qué pensaría ella de lo que él acababa de hacer? Lo que

es su actitud y sus palabras no eran más que una máscara; Elena le quería y mucho, estaba seguro!

En su delirio, mezclaba arbitrariamente los remordimientos de un adulterio que aún no cometía, con los deleites de un amor recién nacido y por consiguiente, torpe, inseguro y asustadizo en sus manifestaciones. Detúvose de pronto, cual si alguna duda le estorbara el camino ¿cómo justificaba su partida y no les decía siquiera adiós? Escribir una carta no le parecía bastante, y volver á la casa parecíale demasiado. Conforme se convencía de que, por lo menos en esa noche, no podría largarse, sentía un inexplicable bienestar que le embargaba el organismo todo. Y no porque pensara en comenzar de nuevo nada malo, sinó porque le significaba una noche más pasada á corta distancia de Elena. Indeciso y febricitante llegó al hotel, y al tomar la llave, el portero alargóle una carta. Sin mirarla, se la dejó en la mano; para cartas estaba! Algún majadero, sin duda, que le recordaría su negocio; ¿qué podría importarle cuando iba á desentenderse de todos los del bufete, cuando la tierra y sus pobladores le eran indiferentes? Decidido á no leerla, por mera curiosidad miró el sobreescrito y, en la penumbra

de la escalera, no se atrevió á dar crédito á su vista; creía reconocer la letra de Magdalena. Acabó de subir en cuatro brincos, encerróse en su cuarto, encendió una vela y rasgó la cubierta: de Magdalena era! Helósele la sangre al leer la firma, porque adivinó que la carta iba á causarle mucho daño. Después de tanto tiempo de no recibir respuesta á su epístola de ruptura, alegrándose del tal silencio que le ahorraba remordimientos y malos ratos, suponía no tener más noticias de su inocente víctima, cuando he aquí que se le presentaba de nuevo en forma de misiva, con el aspecto probable de juez vengador, y él, sentíase recargado de delincuencia—ahora más que antes — sin voz ni argucias con que defenderse.

Las letras menudas del manuscripto, adquirían fisonomías de séres animados, de testigos de cargo; no encontraba ni una coma predispuesta en su favor, ni una tilde prevaricadora, ni una mayúscula venal; los renglones, apretados y negros como deudos de luto que cortejan un cadáver, le horrorizaban, y fuera de sí le pusieron uno que otro surco circular en que la tinta desteñida acusaba la tumba de más de una lágrima derramada á su memoria. Pensó quemar el papel, mar-

charse á la calle, huir aquel suplicio, pero se contuvo; al punto á que había llegado, merecía eso y cuanto más pudiera acontecerle. La leería, y la desazón que su lectura le causara, sería una especie de desagravio á la cándida niña.

Veracruz: etc.

"Pedro:

"No te contesté tu carta en cuanto la
" recibí, porque su lectura me enfermó á un
" punto tal, que hasta ayer no he dejado la
" cama. He pensado, que cuando la escribiste
" habías perdido el juicio, porque no es posi-
" ble que me mates á sangre fría, que me re-
" tires tu cariño, que me hagas desgraciada
" para siempre. Reconozco que yo he tenido
" la culpa de todo, que hasta cierto punto
" —y si tú quieres hasta todos—fuí una
" impertinente al preguntarte lo que te pre-
" gunté. Te pido perdón por ello; ven cuando
" quieras, casémonos cuando buenamente
" puedas ó no nos casemos nunca, pero por
" Dios santo, por tu madre, cuyo recuerdo
" veneras tanto á pesar de no haberla cono-
" cido, no me quites tu amor, no me abando-
" nes. ¿Verdad que lo vas á hacer? Acuérdate
" de tus promesas, acuérdate de cuando me
" jurabas que jamás serías de otra mujer. Yo

" te prometo no volver á preguntarte nada
" que te ofenda, y te aseguro que no ha de
" faltarme materia para mis cartas; te quiero
" tanto, tanto, que con sólo decírtelo, podría
" estar llenando pliegos y pliegos por toda
" una eternidad.

" Todavía no estoy bien; si me vieras, no
" me reconocerías, pero en cambio, á los dos
" minutos de tenerte á mi lado, me devolve-
" rías la salud.

" ¿Por qué no escribes á mamá? Extraña
" mucho tu silencio. Antonio, como supiste,
" fué nombrado juez en .... ; nos acaba de
" escribir y nos anuncia su casamiento.

" ¿Se acabó el disgusto? Si, sí y sí ¿ver-
" dad? De tí depende la suerte de tu pobre

MAGDALENA."

Concluyó de leer y las sienes latíanle con violencia, agolpábasele la sangre en el cerebro, iba á darle algo. Nunca, jamás se figuró que Magdalena estuviera emparentada tan de cerca con los ángeles ó, más bien dicho, que fuera el mejor de los ángeles habidos y por haber. ¡Pues no le pedía perdón á él, á él que saliendo bien librado le darían un merecido grillete, si penalidad existiera para los delitos sociales que la mayoría de las veces quedan impunes? ¿Qué cantidad de

amor no se necesitaba, para que una señorita pura, bella y digna, no se dejara llevar de un falso orgullo y rompiera con su novio por más que el rompimiento le significara su desventura? ¡Pedirle perdón, cuando era él quien debía pedirle de rodillas! Pero entonces, le quería muchísimo, hasta donde es posible querer en este bajo mundo, hasta la idolatría. Y en medio de sus lamentaciones mentales, de sus sinceros remordimientos, la imagen de la otra no se le separaba; enclavavásele más y más, en el alma, en el cerebro, en todas partes. La sentía muy cerca y él sentíase esclavo suyo; derrotaba á Magdalena en el descomunal combate que libraban dentro de su voluntad. Comprendió, por una de esas revelaciones inexplicables del espíritu, que Magdalena le haría dichoso, respetado, bueno; que Elena, en contra de sus propios deseos, fatalmente, le haría recorrer la orilla de cuanto precipicio existe, no siendo remoto el que rodaran en alguno de ellos sin nadie que les tendiera la mano ni nadie que de ellos se doliera. No titubeó; con tal de ser Elena la compañera del precipicio, le aceptaba gustoso, anhelaba que se los tragara cuanto antes. Inmoló á Magdalena; la sacrificaba, sabiendo que quizá la hería de muerte y

con la secreta esperanza de que un matrimonio venturoso con otro hombre, la premiara cual merecía. Él, resignábase con su suerte, adorar á Elena á distancia, siempre, hasta que pudiera hacerlo de cerca, por algún hecho inesperado que se lo permitiría, aunque no pudiera todavía darle forma ni cuerpo. Tuvo un rasgo de honradez; le escribío á Magdalena la verdad de lo que le acontecía, es decir, lo que podía contarle; que le perdonara pero que renunciara á él, maldecido del destino sin que supiera por qué. Aunque quisiera hacerla dichosa, no lo conseguiría y no vacilaba, ratificaba su carta.

" ¡Si tú supieras! ¡Si pudieras saber!....
" te daría yo lástima y no sólo me perdona-
" rías sinó que rezarías por mí. Figúrate que
" me he muerto sin confesión y, de acuerdo
" con tus creencias, llórame y reza por sa-
" carme de un infierno que jamás conocerás
" por tu fortuna. Tus oraciones, por ser de
" quien son, me servirán de mucho, serás el
" ángel de mi guarda y ¡quién sabe! si no me
" salvarás de veras? Ya lo ves; antes me re-
" ñías por incrédulo y ahora soy yo el que te
" pide que reces. Perdóname de nuevo, per-
" dóname siempre que me recuerdes y sé
" feliz. "

No podía más. Con muchos días como ése, realmente moriría. Por hacer algo, por distraerse, comenzó á sacudir ropa y á preparar baúles; enternecíale la operación, estaba hecho una criatura y, á lo mejor, cuando entre sus objetos se encontró juntos un bordado de Magdalena y un obsequio de Elena, rompió á llorar, de pie ante un cajón abierto de la cómoda, los codos apoyados en ésta y la cabeza entre las manos.

De repente le dió miedo el cuarto, la vela que le alumbraba, sus preparativos de viaje, su soledad, su abandono, su infortunio y se salió de ahí. Recordó que no había comido, que necesitaba comer, ver gente, irse á algún teatro, si era preciso, y no dejarse dominar de la difícil pero no única situación en que se hallaba. Eligió un café concurrido, donde por fuerza tuviera que encontrarse con amigos; les invitaría á cenar y él se emborracharía por la primera vez de su vida y se iría por ahí, á buscar consuelo con su dinero, entre los brazos de las mujeres que se ofrecen al mejor postor.



XIV

A la letra cumplió su programa, que así es de rara nuestra masculina condición. Mientras Elena trataba de defenderse con los auxilios de la religión y soñaba con confesarse, con ir á sacar fuerzas bastantes de la santa experiencia de un ministro del Señor, para la lucha que cercana presentía; mientras Magdalena, sentenciada á la más espantosa de las muertes: pérdida de las ilusiones, anunciaba una resignación espiritualmente dulce, Pedro, que no era malo ni estaba pervertido, pero que era hombre, resolvía incitarse deseos bastardos y adormecidos, y dar insípido alimento á sus apetitos carnales.

Por supuesto, que más se tardó en descubrir un sitio libre donde cenar, que en hallar un individuo que á las ningunas instancias, aceptara la oferta. ¿Quién no encuentra un acompañante cuando el dinero no escasea?

Se aparecen por grupos, nos sonríen de lejos, nos abrazan de cerca; diríase que adivinan nuestro propósito, que nos ahorran la invitación. Los hay de todas fuerzas; desde los que cenan más que el anfitrión, censuran al cocinero y regañan con los servidores, hasta los que sólo aceptan una taza de café, una copa de licor ó un cigarro. Luego, vienen los que nada aceptan, que se acercan á charlar y comentan las noticias periodísticas, la crónica escandalosa y los trastornos extranjeros. Todos son agradables, todos hacen volar las horas y esparcirse el ánimo; aquello es una verdadera francmasonería, existente entre los abonados á los cafés de todo el mundo, que entre sí tutéanse, tienen sus resentimientos y reconciliaciones, conócense sus mútuas empresas y en ellas se ayudan y complementan.

Reina allí una alegría comunicativa, unas risas francas, un tuteo general. El gas, las banquetas de terciopelo, las mesillas de mármol, el mostrador reluciente de limpio y el bazar de la cantina, atestado de cajas de cigarros, de botellas encorchadas en caprichosas combinaciones, los ordinarios tarros de ginebra junto á las plateadas botellas del Champagne, la infinidad de copas en arries-

gados equilibrios, como funámbulos de circo ecuestre, todo atrae, todo seduce. Se comprende que en tales sitios sea la conversación predilecta la mujer y las mujeres; adivínanse las confidencias hechas en los rincones, las calaveradas aplaudidas; de tanto oír hablar de la mujer, uno se interesa, se impregna de ellas, las desea; entran ganas de echar una cana al aire, sin advertir que abunda la calvicie entre los más corridos, cual demostración elocuentísima de que, á las veces, se pierde la cabellera completa.

Pedro cenó bien y, sobre todo, contento; reíase de las ocurrencias de los que le rodeaban; los billares vecinos, le ensordecían con su constante choque de bolas, tenía que hablar alto, como hablaban todos, sin lograr por eso distraer á los impasibles jugadores de cartas. Sus comensales bebían fuerte, y Pedro no quiso quedarse atrás, de suerte que, al concluir la cena, ya no veía tan criminal su cariño por Elena ni tan criminal su conducta para con Magdalena. ¡Qué diablo! Ni era el primero ni sería el último tampoco que se encontrara en situación semejante. El medio en que discurría de tal forma, era adecuado á sus deseos, á lo que le pedía su pasión. Las teorías que escuchaba eran acomodaticias,

las conciencias anchas, los chascarrillos continuados, picantes las aventuras y las moralejas anémicas y encanijadas. Como quien no quiere la cosa, mientras encendía un cigarrillo, preguntó si podrían verse muchachas alegres que no refunfuñaran por divertir y por divertirse. ¿No habría modo de ir con ellas á algun sitió animado?

—Ya para el teatro no es hora.

—Pues no ha de haber? Y de sobra; nada más que si para el teatro es, en efecto, tarde, para lo otro es temprano aún. Á la media noche, ó después, comienza la diversión; tendremos que esperar una hora á lo sumo. ¿Quieres que matemos el tiempo jugando al billar?

En el acto aceptó, lo mismo que habría aceptado cualquier entretenimiento, sin importarle no saber jugar. ¿Qué más le daba aquél que otro, con tal de no quedar á solas con sus ideas que le daban miedo? Para que no decreciera la animación, ordenáronse más copas; el camarero quedó notificado de llenarlas cada vez que se vaciaran, y concienzudamente cumplía con el mandato. De cuando en cuando, y no obstante la atmósfera de ruidosa alegría en que Pedro se hallaba, miraba pasar á Elena, á Magdalena, solas y

acompañadas, vivas y muertas, y apuraba entonces el contenido de la primera copa con que sus manos tropezaban, fuera ó no fuera la suya, sin advertir el licor que contenían. Los otros aplaudían, incitábanle á continuar.

— ¿Quieres emborracharte?

—Nó, precisamente emborracharme, nó. Lo que quiero es divertirme, estar alegre y con mis amigos. Mozo! Mozo! Sirve, hombre, no ves que no tenemos qué tomar?

Y las bandejas se sucedían colmadas de copas, de sifones, de botellas; hasta que intervino un tronera viejo, devolvió la última y accionando con el taco, á punto de tirar su carambola, dijo:

— Pero hombre, parece mentira que beban tanto! Buena es una parranda con borrachera y todo, pero nunca entre varones. Emborrachémonos pero emborrachémonos matrimoniados! En nombre de las cándidas palomas que nos esperan, prohibo el alcohol!

Resonaron aplausos, gritos; golpeóse el piso con los tacos; uno de los del grupo, imitó á la perfección el ahullar de los perros cuando les pisamos la cola ó una pata, y continuó la partida. Sólo Pedro insistió; esa prohibición era un atropello y no le consenti-

ría; nadie estaba borracho. El orador, que hacía de jefe y le tuteaba, se le acercó:

—El único borracho eres tú, no te pongas necio. Y sonando las manos.

—Á ver—gritó—¿cuánto se debe? Liquidaron cuentas y marcháronse como una catarata.

El caminar y el viento de la calle, serenaron un tanto á Pedro y le trajeron de nuevo las figuras de Magdalena y Elena; llevaba una á cada lado, ésta le reprendía por su conducta, indignábase de que la mezclara á las mujerzuelas que iba á ver, le prometía quererle mucho, y, aquélla, lloraba sin hablarle, cual si se conformara con seguirle aunque él no la quisiera. La ilusión habría sido completa á no sentirse sostenido de los brazos por dos individuos que se decían amigos suyos, que reían de su traspiés y que conversaban de indecencias. En medio de la pesadez que principiaba á embargarle, le atemorizaba una grande inclinación á entrar en confidencias con aquellos perdidos, con los transeuntes, con las fachadas de las casas ó las piedras del arroyo; comprendió trabajosamente que sería una ligereza irremediable, trascendental, y para dar salida á algo de lo mucho que le atormentaba, conformóse con exclamar:

—¡Soy muy desgraciado!

Detuviéronse los que le llevaban y le miraron serios:

—¿Quieres burlarte de nosotros?

—No, si no me burlo, les aseguro que es la verdad.

—Vaya hijo, pues no te atormentes. La has tomado tierna, tiernísima; ya te pasará.

Llegaron por fin á uno de los concurridos centros nocturnos del rumbo galante de la ciudad, café y salón de bailes públicos; frecuentado por hombres decentes, por apellidos de buen tono, que van á distraerse allí al concluir de los teatros y al suspenderse el *baccará* en los clubs. Se encuentra uno con individuos casados, con gente seria durante el día, pero los más de los parroquianos son muchachos alegres, despreocupados y calaveras. Cruzó por la cantina en la que sólo se veían ebrios taciturnos sentados junto á las mesas, arrinconadas y sucias. Venía después, un pasillo con puertas en ambos lados, que daban acceso á los gabinetes particulares, todos llenos; en unos se cenaba, en otros se bebía manzanilla, en el de más allá, un grupo de toreros españoles cantaba "flamenco." Oíanse gritos, carcajadas, desvergüenzas; la luz era escasa y la atmósfera estaba impreg-

nada de humo de cigarros, de guisos de cocina, de bebidas derramadas. Las guitarras lloraban con las peteneras, quejábanse con las malagueñas y retozaban con los tangos; al través de la puerta cerrada, escuchábase la voz del torero cantor, ronca, desapacible, soltar en mutilado castellano, estrofas que allí resultaban sarcasmos:

" ...... el último de mi madre
y el primero que te dí...... "

recibidas con "oles" y palmas ó acompañadas en su ritmo por las *cañas* de grueso vidrio que golpeaban contra las mesas. Pedro se detuvo, jamás había escuchado esa música y la encontraba muy de su gusto. Sus amigos tiraban de él, le hacían señas y por toda explicación le dijeron:

—Déjalos, son los toreros!

Pedro los conocía en el redondel y no atinaba con la inconveniencia de escucharlos y verlos en otra parte; mas no hubo forma de que se lo permitieran.

—Anda, vámonos; no te puedes figurar cómo son de intratables.

En su carácter de autómata, perdida la voluntad, siguió á sus mentores que le condujeron al salón de baile, una pieza espaciosa iluminada por una gran araña de pe-

tróleo, pendiente del centro del techo; junto al muro, sillas austriacas de bejuco, con mesitas á su frente; suspendidos algunos grabados con marco y cristal, dos espejos, varios candelabros, y, en un ángulo, un piano vertical recargado de abrigos y de sombreros. En el instante de penetrar, bailábase una danza y el número de parejas era bastante crecido; abundaban las parejas de mujer con mujer sin que por esto escasearan las de mujer con hombre. Los varones restantes, miraban bailar alineados en semicírculo, con el cigarro entre los labios y el sombrero puesto. Según el sentir de Pedro, los que bailaban lo hacían de una manera rara y diversa de la que él conocía. Las parejas no hacían cadena; en la primera parte de la danza, giraban sobre sí mismas, y en la segunda, sin abarcar mucho terreno tampoco, escurriéndose como peces azorados ó entrecruzándose, arrastraban los pies hasta producir un ruído *sui generis,* fiel observador del compás, y movían las caderas con una maestría tal, con una lascivia tan descarada que, con razón los testigos gritaban "bravo," "bravo" é invitaban á refrescos á las irredentas pecadoras. Terminó la danza, una danza admirablemente tocada y pródiga en voluptuosidad de mala

ley, en cadencias canallas y notas excitantes; una música adecuada al lugar, la danza legítima, que cuando se la escucha en los salones decentes, cuando sube á los bailes de la gente honesta y aristocrática, déjase en la portería su traje inmoral y callejero, se hace la barba, se viste de limpio, y no da qué decir por su moderación y buenos modales. Por eso Pedro no la reconocía ahora que andaba de confianza. Los compañeros le instalaron en una mesa, al lado de un individuo ya entrado en años, que le presentaron bajo el título de "profesor" y cuya conversación le recomendaron:

—Es un maniático que te entretendrá y te disipará la mona. Volviéronse al personaje y, refiriéndose á Pedro, le dijeron:

—El señor es abogado y nuevo por estos andurriales; ilústrale y aconséjale, para que se conduzca como es de rigor.

Apenas si el individuo hizo caso del presentado, de los que le presentaban y de lo que le decían. Estaba muy distraído con dos mujeres, una de las cuales, se le había sentado en las piernas, mientras la otra le trazaba con el dedo rúbricas en su calva. Admirado le contemplaba Pedro por la beatitud de que parecía disfrutar; tenía los ojos medio cerra-

dos, la cabeza apoyada sobre la pared y una sonrisa plácida le dividía los labios. Las mujeres le hablaban con cariño, al oído, y él respondía siempre que sí, que sería luego; invitólas á tomar algo y no le incomodó el que un extraño, que no le saludó siquiera, levantara por un brazo á la que tenía en las piernas. Dejóla ir, se conformó con la otra, con la que le quedaba y que, á poco, también se marchó sin despedida. Cuando se quedó solo, miró un momento á Pedro, abstraído con la batahola, los altercados á voces, las caricias insolentes, los besos en público, cuyo eco perdíase en seguida como denigrado del local, de los actores, y huyera á ocultar su pudor adonde nadie los mirara.

—¿Qué opina usted de las válvulas, señor licenciado?

—¡Las válvulas! ¿Qué válvulas? — preguntó Pedro creyendo que el "profesor" estaría chispo para saltar con pregunta tan estrafalaria.

—Pues todas las que nos rodean, todas estas muchachas ¿No le parece á usted que son las válvulas de la seguridad social?

Ingenioso y apropiado halló Pedro el símil. Si el viejo ése era el autor, de fijo se pasaba de listo.

—Sí que me parece,—contestó. Unas me agradan y otras no, pero todas me inspiran una profundísima compasión.

—¿Cuánto tiempo lleva usted de tratarlas?

—Hombre, según y conforme; de tratarlas así como hoy, es esta la primera vez, pero de otro modo, toda mi vida.

—Entonces, por eso les tiene usted tanta compasión. Conforme vaya usted conociéndolas, se convencerá de que las dos terceras partes apenas la merecen; en esta vida han nacido y en esta vida tienen que morir; si las sacara usted de ella, las mataría mucho antes. Las pruebas abundan, cientos hay por ahí que se han encontrado con ricos, en los que han hecho nacer grandes pasiones, que se han olvidado por ellas de cuanto hay, que las han colmado de beneficios, de dinero, de cariño, y que sin embargo, á la primera oportunidad, han renunciado á todo eso. Y no crea usted que porque un amor, nuevo ó antiguo las obligue á ello, no señor, se han largado con su propio cochero ó con el primer tunante que las ha solicitado.

—Es la verdad, no puede negarse; pero ¿y las otras? ¿las que usted mismo reconoce desgraciadas en esta tristísima profesión?

—En cuanto á esas, nada tengo que decir.

Hay algunas que merecen no sólo la compasión platónica que por lo general inspiran, sino una mano amiga que las ayude á levantarse. Se oyen historias tremendas, que conmueven de veras cuando no indignan contra los causantes. ¿Ve usted aquella?....

—Danza, danza! gritaban los bailadores y, al mismo tiempo que el pianista se acomodaba en su asiento y preludiaba sobre el teclado, Pedro y el "profesor," tuvieron que acercar sus caras para continuar la charla.

Bailóse otra danza y luego otra, y otras muchas; el público las exigía prolongadas, frecuentes. La bebida y la lujuria, convertían á los concurrentes en algo como animales, con ahullidos en vez de palabras, brusquedades en vez de caricias. Las obscenidades cruzaban por el aire, cual siniestros mochuelos, con un aleteo fatídico, desagradable, y se posaban por doquier, seguras de no provocar rubores. El pianista protestó; estaba rendido, necesitaba descanso por un momento á lo menos, y le rodearon, le suplicaban que continuara; los hombres, de palabra, con ruegos verbales, las mujeres echándole los brazos al cuello, le ofrecían copas, le acariciaban la cara, la cabeza y las manos que colocaban sobre el piano y que el otro deja-

ba caer inertes, produciendo una que otra nota destemplada y fugitiva. El patrón del establecimiento acercóse también, disolvió el grupo.

Dénle dinero para que se ablande.

Y en el acto una de aquellas, convirtió en cepo un sombrero cualquiera y asaltó masculinos:

—Para el músico! Y caían las monedas una sobre otra, con ósculos sonoros en el fondo de su nueva casa. El "profesor" y Pedro contribuyeron con su parte. Verificóse el recuento, se volcó el contenido del sombrero en una de las mesas desocupadas; la cosa llegaba á diecisiete pesos, que el artista aprisionó incontinenti en uno de sus bolsillos. Daba las gracias, prometió resistir á la fatiga y, en efecto, hizo brotar una colección de danzas coquetas, provocativas, agradecidas.

Decididamente el "profesor" y Pedro se comprendían, á juzgar por el tiempo que llevaban de plática, sin apurar las copas que tenían delante ni hacer caso á las muchachas que de cuando en cuando, se acercaban á importunarlos. Era el "profesor" quien llevaba la palabra, Pedro se limitaba á rebatir con monosílabos ó á consultar temores. Des-

de que se habían líado en la conversación formal—tan formal que los había abstraído de lo turbulento del local—á Pedro disipábasele la borrachera como por encanto, como en el teatro despiertan los prestidigitadores á las personas magnetizadas. Así le volvían á la razón el discurso y los argumentos de aquel escéptico acabado de conocer. Y con la razón, volvíanle también sus penas, algo esfuminadas por el alcohol pero no menos sensibles y consistentes. Las mismas palabras del "profesor," parecían encaminadas á darle en la llaga, á cauterizársela cruelmente; les encontraba una intención que no tenían, le recordaban su falta cometida y su falta por cometer, hasta temió haberse delatado sin saberlo, en uno de esos instantes de peligrosa expansión que sugiere la ebriedad, y que el individuo que le hablaba, leía sus pensamientos, sus deseos, su tortura, y se complacía en aplicarle con mano despiadada, una medicina que le hacía daño. Eran filosofías profundas las que le propinaba el "profesor," padecimientos antiguos y latentes de calavera empedernido, que con triste experiencia, predica á un neófito que le ha sido simpático. De todo había en la vida de aquel personaje; malos instintos, educación descuidada,

amistades nocivas, juventud maltrecha; después, la destrucción de un hogar y, al fin de ésta, el remordimiento, un remordimiento obstinado y sordo que le había impulsado á adoptar el género de existencia en que se le miraba y con el cual, á fuerza de practicarle, hallábase connaturalizado. Confesaba que la orgía es traidora y que, la experiencia que produce, nos viene á costa del corazón que asfixiado, perece hecho jirones en cada alcoba momentanea y en cada aventura venal, por nuestro necio empeño de conocer el mundo. ¿No sabía cuál era el peligro mayor que ofrecía la intimidad con las mujeres esas? Pues que el ochenta por ciento se enamora locamente de algunas de ellas!

—Sí, sí; creame usted!—exclamó al notar las mudas negativas de Pedro—sucede y sucede más de lo que usted pueda figurárselo. Casi no encontrará usted un hombre que de joven haya llevado esta vida, que pueda cantar victoria.

Y era natural; no veía que son las primeras mujeres que aseguran querernos cuando se nos entregan, y que creemos siempre lo que halaga nuestra vanidad?

—¿Qué dice usted? ¿Que no pueden querer? Y ¿por qué nó? vamos á ver ¿por qué nó?

Y volvía á perderse su charla en el estruendo que llenaba el local.

Principiaron las desapariciones, retirábanse los prudentes, los que no gustan de presenciar el desfile final. De los mentores de Pedro, sólo quedaban dos; los demás, hacía tiempo que se habían escapado en sabrosa compañía.

La tesis con que ahora el "profesor" lucía sus descreimientos, era más elevada que las anteriores, más amarga para Pedro que no podía dejar de pensar en Elena — mucho más que en Magdalena — aunque le pareciera una profanación evocar en sitio tan infecto, siquiera en su propia mente, la figura encantadora de su ídolo. Su interlocutor, sostenía que para ser feliz y respetado y objeto de admiración general, todo, absolutamente todo debe sacrificarse ante las apariencias.

—Son las reinas del mundo, las diosas de la humanidad y lo más despreciable para los espíritus superiores!

— Pero profesor, no exagere usted — le dijo Pedro — ¿á dónde iríamos á parar?

— ¿Á dónde?.... Á donde pueda cada cual. Le he dado á usted un solo fenomenal, y lo siento. Usted venía con ánimo de distraerse y yo le he obsequiado un compendio de filosofía moral de mi cosecha. Discúlpe-

me y no me guarde rencor. ¡Es tan raro encontrarse gente sensata por estos barrios, únicos á que concurro!....

Llamó al camarero para pagar la cuenta y después hizo señas á una muchacha sentada en el otro extremo, que en el acto acudió, amable y obediente.

—Saluda al señor—le dijo y, volviéndose á Pedro añadió:—Es la mejor de mis amigas, la que más me tolera y á la que quiero un poco ¿verdad?

La chica le tapó la boca, le dió un beso y le instó á que se retiraran:

—Es muy tarde, hijo—exclamó con un ceceo marcadamente andaluz.

Despidiéronse de Pedro y, medio abrazados, riendo como chiquillos, desaparecieron del salón.

Pedro quedó tristísimo. Aparte de sus penas, le entristecía el espectáculo presenciado, sus excesos de bebida, la aurora que tan pálida como él, parecía lavarse la cara al despertar, en una lluvia menuda y triste que golpeaba como con miedo los cristales de las ventanas. Le entristecía no haberse dominado y ahorrádose una noche semejante. Le entristecían una que otra mujer rezagada, que le asestaban miradas codiciosas de la paga; le

entristecía el aspecto de la sala y el del pianista, que se doblaba los pantalones y alistaba el paraguas, con los dedos medio rígidos por el trabajo, pero sobre todo y más que nada, entristecíale el convencimiento de que su mal no tenía remedio, de que era preciso partir, desgarrarse el alma y no ver á Elena!

—¿Te sientes bien ya? ¿Vas á irte con alguna de éstas?—le preguntaron los dos amigos que permanecían fieles.

—Nó—contestó Pedro horrorizado de imaginarse en íntimo contacto con una extraña—voy á acostarme solo, en mi casa.

Se separaron en la puerta con promesa de volver á reunirse; promesa que Pedro no contaba cumplir. Dirigióse á su casa avergonzado y corrido, con la firme creencia de que en la cara le conocerían la mala noche. Tenía que marcharse; y conforme avanzaba, conforme se aproximaba al hotel, el deber repetíale la orden y el corazón le decía bajito, muy bajito:

— Quédate, dame gusto.

Entrábanle ganas de consultar el caso con los que veía por la calle, con los dependientes que abrían las tiendas de abarrotes, con los artesanos que se echaban al coleto su aguardiente matinal. Subió á su cuarto con

gran escándalo del portero, que le admiraba por sus buenas costumbres, y que se quedó mirándole hasta que dobló la curva de la escalera, movió después la cabeza y cayó con furia sobre la escoba, como si ésta fuera la responsable del trastorno; en su rústica comprensión, barruntaba que el "licenciadito" no andaba á las derechas y, solo en medio del patio, mientras arañaba las lozas con la escoba y alguna historia añeja le renacía de pronto, murmuró:

— Dios le saque con bien de las mujeres!

Cerró Pedro las maderas del balcón y encendió la vela para disimularse la desvelada; desnudóse de prisa y no pudo dormirse en el acto, cual deseaba. Al cerrar los ojos, veía cosas disparatadas: Elena y Magdalena que bailaban en el café nocturno, con las mismas contorsiones de las parroquianas. El alegre clamoreo de los vendedores ambulantes le indignaba; se volvía y revolvía en la cama, aunque sin fruto. Hasta que el sueño se dignó visitarle, y él oyó, por último, los dos consejos que le enloquecían:

— Márchate, márchate! — insistía el deber.

— Quédate, dame gusto! — le suspiraba el corazón.

XV

Pero ¿qué es esto? ¿Está usted enfermo? Pedro abrió los ojos y distinguió á don Luis, entre las sombras del cuarto, dirigiéndole la palabra desde el centro del mismo.

— Señor ¡usted por aquí!—le contestó echándose fuera de la cama y sin hacer hincapié en lo que le preguntaban. Permítame usted un minuto, voy á abrir para que pueda usted sentarse.

Púsose de prisa los pantalones, un saco y abrió las maderas del balcón. Don Luis entónces, pudo ver los baules abiertos, las maletas sobre un sofá, prendas de ropa aquí y allí, y se quedó pasmado.

— Parece que estamos de viaje ¿eh?

— Nó, por ahora nó, dentro de unos días. Precisamente contaba con comunicárselo á usted hoy — repuso Pedro inclinado ante el lavatorio, cerrados los ojos, la cara y las manos untadas de jabón.

—Y ¿á dónde la emprende usted, si es que puede saberse?

— Pues, á Europa, contestó Pedro hundiendo el rostro dentro de la jofaina.

— ¡Ah! vamos, como quien dice á la otra puerta. ¿Por qué no mira usted algún médico antes de marcharse?

— Nó, si me siento muy bien, nunca he estado mejor. ¿Qué quiere usted que me haga un médico?

— ¡Una friolera! Meterle á usted en un manicomio, ponerle la camisola de fuerza, porque su cabeza se descompone.

Pedro, que se secaba la cara, el cuello y las manos con una tohalla, defendido de la presencia de don Luis por el cancel que dividía la habitación, comenzó á ensartar mentiras. Siempre deseó hacer el viaje y ahora se ofrecía brillante oportunidad; un amigo — y aquí inventó nombre, dinero y pericia — que partía, le invitaba y le serviría de guía.

— Con lo que llevo ganado podré pasear un par de años, no más. Usted no se perjudica, pues ahí queda ese aventajado pasante, á punto de concluir la carrera, que hará mis veces.

Don Luis se exaltó, se paseaba furioso

por entre maletas y baúles, hizo rodar un sillón, derribó la sombrerera. Aquello no tenía nombre, era la más negra de las ingratitudes, pero hacía muy bien ¿quién le había mandado á él contar con afectos ajenos? ¿quién era para exigir que le consultaran las grandes determinaciones, para que no le abandonaran cuando llegaba á viejo, para que no le dejaran sus negocios, así, á la buena de Dios, en medio de las cuatro esquinas? Y de repente, se detuvo frente á Pedro que experimentaba toda clase de tormentos con el afectuoso enojo de su protector, le miró de hito en hito y le dijo:

— Pero no ha comprendido usted todavía que le quiero como si fuera hijo mío, que no he tenido otro afán que formarle un magnífico porvenir? ¿Que usted tiene que heredar mi clientela, y que cerrarme los ojos cuando muera, en compañía de Elena, que es la predilecta de mi alma? Pues si no lo ha comprendido usted, es usted un tonto de capirote. Ahora mismo va usted á colocar en su sitio todos estos chismes, á decirle á ese su amigo que se vaya á paseo, que usted es un hombre serio, un hombre de trabajo que no puede desperdiciar la buena época ni plantar á la fortuna que ahora le sonríe, por irse á mal-

gastar á Europa las economías de mucho tiempo. Eso va usted á hacer, y, en seguida, ira usted á comer á casa para que Elena le eche á usted un sermón largo y repiqueteado.

Pedro se oponía, luchaba por convencer á don Luis. ¿Cómo diablos no pensó en otro pretexto? un empleo aceptado ya, un compromiso en que le fuera el crédito de por medio, algo irremediable, algo que le permitiera no ofender á ese hombre, no manchar unas canas venerables, no asesinar una existencia á la que todo debía, cuanto era, cuanto había sido y cuanto sería! Casi le confesaba el móvil verdadero de su viaje. Todo antes de perpetrar un crímen contra el que no podía luchar. Y serio, con algo de imponente en la mirada y de doloroso en el semblante, murmuró:

—Imposible, don Luis, imposible. Déjeme usted partir, le juro que no puedo quedarme!

—Pero ¿habla usted en serio desventurado? ¿No adivina usted que sería un golpe para mí, que estoy acostumbrado á usted, á no sospecharle ingrato ni capaz de darme este golpe?

Y ante la actitud decidida de Pedro, ante la irrevocable resolución que se le pintaba

en el rostro, ideó una estratagema que le pareció excelente; olía en todo eso un asunto de faldas, el recuerdo de Magdalena ó alguna aventura desgraciada, y le propuso que Elena decidiera.

—¿Quiere usted? Si ella le convence, si es más feliz que yo y logra retenerle, se queda usted. No le pido que me confiese nada; pero si como sospecho, es por una mujer por lo que usted abandona cuanto tiene y lo mucho más que tendrá, nunca me consolaría de no haber intentado cuanto estaba de mi mano para impedirlo.

Pedro, aunque con taxativas, aceptó; era inútil, pero por darle gusto escucharía á su señora. En efecto, por una mujer adoptaba la extrema resolución y, no pudo decir más, no pudo concluir; confesarle la verdad sería matarle y se estremeció. Ya que él mismo designaba á Elena, que ella resolviera; si le ordenaba quedarse, sabiendo como sabía que la adoraba, se quedaría, y cerró los ojos asustado de lo que preveía inevitable, desvanecido ante la perspectiva de tanta dicha.

Resolvieron caminar á pie por lo apacible de la tarde; don Luis tenía una preocupación y un proyecto. La preocupación, producíasela una perenne tristeza de Elena.

—No crea usted, no está curada del todo, por más que el doctor lo asegure. Nunca ha estado como está ahora; hasta me parece haberla sorprendido en llanto, y le protesto á usted que no atino con la causa.

Pedro gozaba con estas noticias; Elena le quería, él y nadie más que él era la causa de su tristeza y de su lloro. Pobrecita! Y al pensar en su digna actitud de la víspera, cuando le había rechazado, sintió aumentársele el cariño; también ella luchaba, también ella padecía! Así se manejaban los leales, los que no toleran el que un afecto desgraciado que se interpone en la mitad de nuestro camino, como los invisibles guijarros de las calles, nos haga caer en el barro inmundo del arroyo. La imitaría, haría prodigios, ya que el destino—personaje en el que nunca creyó hasta entonces, que necesitaba de un testigo falso—se empeñaba en arrojar á la una en los brazos del otro. Don Luis, continuaba su charla colgado del brazo de Pedro y sin sospechar la batalla heróica que éste libraba dentro de su pecho. El proyecto era dar una pequeña reunión, un baile de confianza que distrajera á Elena, que la sacara de su letargo; ¿qué le parecía?

—¡Magnífico!—contestó Pedro por con-

testar algo, pues maldito lo que el baile le importaba.

—Después, más tarde—continuaba don Luis—si el mal persiste, seremos nosotros, Elena, doña Dolores y yo, los que emprendamos un viaje, no obstante mis años y las repugnancias de mi suegra. Es preciso hacer algo, combatir el enemigo y salvar á Elena. ¿No opina usted lo mismo?

—Lo mismísimo, ni más ni menos. Hay que adelantarse á la enfermedad, desenmascararla, pedirle cuenta de sus intenciones para contrarrestarlas en el caso de que sean malas. Los entretenimientos que por fuerza encontrará y á los que no podrá substraerse, se la pondrán á usted como antes estaba, sinó mejor. Porque al fin y al cabo, ¿qué puede tener? Y se hizo lenguas de los benéficos resultados que un viaje trae consigo, por más que en el fondo no deseara su realización; quería, sin embargo, no tener nada que reprocharse, procurar por todos los medios el alejamiento de Elena. Ya que él no podía practicarle, que se la arrebataran, que no la dejaran á su alcance, que se la llevaran lejos, muy lejos, adonde sólo la alcanzaran sus suspiros y sus lágrimas, con los que ninguna ofensa material puede cometerse.

Llegaron á la casa; Elena estaba como siempre, en el jardín, con un libro entreabierto sobre el suelo, la cabeza echada en el respaldo de la mecedora y la mirada perdida en las alturas. El rechinar de la reja la hizo mirar hacia la puerta y, al distinguir á Pedro, que no quería penetrar antes que don Luis, encendiéroseǹle las mejillas antes pálidas y amarillentas. Apenas se tocaron las manos al saludarse, ambos temblaban y veían para otra parte. Don Luis, según costumbre, la besó en la frente, y sin reparar en la turbación que los delataba, exclamó:

—El señor es un perdido. ¿Sabes lo que quiere hacer, lo que hará dentro de poco? Abandonarnos, se va á Europa con un amigo por el próximo vapor.

—¡Ah! murmuró Elena en agradado tono.

—Y como éso sería un disparate y á mí no me hace caso, aquí te lo traigo para ver si le convences y le haces renunciar á su idea.

—Pero Luis.... objetó Elena, interiormente encolerizada de la torpeza trascendental de su marido—déjale ir, tendrá sus razones para marcharse.

—¡Cómo! ¿Tú también? Pues señor, estamos frescos; es claro, si tan muchacho es uno como otro. Y haciendo señas al jardinero

de que le esperara, se sentó un momento, tomó una de las manos de su mujer, le mostró á Pedro, que paseaba por el jardín cual si le interesaran los progresos de flores y plantas, y le explicó todos los inconvenientes del viaje proyectado, lo que el muchacho perdería, su porvenir, un porvenir brillantísimo, cuando le sobraría después el tiempo para viajar á su antojo.

—Figúrate que él se somete á lo que tú resuelvas, lo hemos convenido, y si observa que tú le apoyas, no habrá nadie que le haga cejar.

—Pobre muchacho!—agregó Elena con una frescura admirable—acuérdate con qué entusiasmo nos ha hablado siempre de Europa, de sus deseos de conocerla. ¿Por qué quieres privarle de que los realice? Que se vaya, que se divierta, está en la edad. Cuando vuelva, tú le encarrilarás de nuevo y asunto concluído....

Ay las mujeres—clamó don Luis. Pero no calculas, tontuela, que eso es imposible, que suponiéndome eterno, no es eterna la paciencia de los clientes, ni los negocios esperan, ni hay nadie que sacrifique su dinero porque su abogado se divierta viajando!

Elena no daba su brazo á torcer; veíase

salvada con el viaje, le agradecía, y se empeñó en convencer á don Luis de que no debía oponerse. Al notar don Luis una insistencia que jamás sospechara, le dijo:

—Pues no parece sinó que tienes empeño en que Pedro se marche!....

—Nó, lo que es empeño nó, al contrario; llámale y trataré de convencerle. Insistía porque no me parece descabellado lo que pretende.

—Las mujeres no entienden de negocios; se imaginan que todo sale á medida del deseo. Pedro!—gritó—venga usted á que le sermoneen!

Acercóse Pedro con fingida alegría, como si realmente se tratara de un juego en el que lo mismo le significara cualquiera resolución.

—Ya escucho—exclamó al sentarse junto á Elena, que no daba crédito á lo que veía. ¿Verdad señora que usted reconoce que tengo razón, que no hay inconvenientes insuperables en contra de mi viaje y que debo aprovecharme de la compañía que un amigo me ofrece?

Elena era presa de encontradas angustias. ¿Cómo convencer á Pedro de que aún cuando le rogara de rodillas que desistiera de su proyecto, lo que anhelaba, lo que le habría

pedido — si esto no significara un mútuo acuerdo, una complicidad que por dicha no existía — hubiera sido que partiera cuanto antes, que se quitara de su vista y para siempre, si era posible? ¿Cómo decirle que por obedecer á su marido, por no despertar sus sospechas, era por lo que iba á rogarle que no se marchara, que no dejara los negocios y la fortuna? Veíase tentada de decirle por lo bajo, cuando don Luis se distrajera ó se alejara un poco:

— "No crea usted una palabra de lo que le digo; váyase usted, váyase."

Eso sí que se lo rogaría, para eso sí que estaría elocuente; hasta las gracias le daría por habérsele ocurrido lo del viaje; pero si tal hacía, acababa de comprometerse; al formular sus ruegos, confesábale que le quería; que carecía de fuerzas con que resistir, y no se atrevió. Pedro, se hallaba en efecto, en la actitud de una persona que se promete no perder ripio de lo que va á oír, que concentra su atención, sus sentidos, su voluntad, en el interlocutor encargado de convencerle de una cosa creída de distinta manera. No hubo remedio; don Luis estaba ahí, á su lado, en espera de los primeros ataques, y apuró Elena el cáliz, dijo una cosa queriendo decir la con-

traria, convenció á Pedro de que debía quedarse en Méjico, con ellos, como había vivido hasta allí. Pedro se defendía, replicaba con brío y, cuando Elena flaqueaba, más por propia voluntad que por falta de respuesta, terciaba don Luis, ayudaba á su esposa, decidía la victoria. Lo singular del debate, don Luis no lo observó ni era fácil que lo observara supuesta su ninguna malicia, supuesta su ilimitada confianza en Elena y Pedro. Si alguna vez sintió temores, allá muy al principio, antes del casamiento, desvaneciéronsele por completo al verificarse éste; y conforme conoció á Elena, conforme la vida diaria —que entre sus muchos inconvenientes ofrece el principal de irnos desnudando interiormente, hasta dejarnos casi desnudos ante quien nos contempla — le hizo valorizar las virtudes de la mujer, rióse de sus disparates, de sus quimeras, se entregó de lleno al casto goce que experimentaba, unido á su joven y angelical compañera. Malamente, pues, hubiera podido observar la singularidad apuntada. Ni Elena miraba á Pedro ni Pedro á Elena; por nada se encontraban sus ojos; de grado ó por fuerza, los obligaban en las alzas y bajas de la conversación, á posarse en los árboles, en el suelo, en lás nubes, hasta en la

ropa de ambos, pero sin dejarlos pasar adelante, sin dejarlos sonreírse y charlarse con los otros ojos sus amigos—como hacen las ayas crueles con los niños que conducen á la escuela, y á los que no dejan contemplar los juguetes exhibidos en las dulcerías ni detenerse con los amiguitos que los saludan. Cada vez que se rebelaban, cada vez que iban á escaparse y á solazarse juntos, hacían ellos un esfuerzo supremo y los clavaban en don Luis, que sonreía á unos y otros.

Pedro cedía, posponía el viaje sin comprometerse del todo á no llevarle á cabo; iba á pensarlo y les resolvería dentro de poco; con razón triunfaban de él, unidos los dos en su contra.

Don Luis se separó de pronto, alarmado de una maniobra del jardinero que transplantaba el geranio predilecto de Elena:

—Le van á estropear—dijo—le transplantaré yo mismo.

Y en un instante estuvo lejos de ellos, se arrodilló sobre la removida tierra y, con sus propias manos, emprendió la delicada labor.

Elena y Pedro, en cuanto desamparados se vieron, uno al lado del otro, rodeados de flores y de aromas, conmovidos por su situación y por las postrimerías de la tarde que

se hundía en el horizonte para nunca volver, cortaron bruscamente la plática. Ya no tenían por qué fingir, ya estaban de nuevo frente á frente temiéndose y adorándose, ya no necesitaban preguntarse mentiras para responder mentiras. No recordaron el incidente de la víspera; tal como don Luis los dejara así permanecían, rígidos, con la respiración entrecortada y difícil, como se queda uno en la cama con la obscuridad del cuarto y el silencio imponente de la alta noche, cuando una pesadilla nos despierta y nos hace echar de menos, adultos ya, el dulce calor de nuestra nodriza que de refugio nos servía en análogas circunstancias, que medio dormida nos acercaba á su regazo y, con la mano libre, conjuraba todo ese mundo fantástico que puebla la imaginación impresionable de la infancia.

De repente, confiando en las sombras que comenzaban á extenderse por el jardín, dieron libertad á sus miradas que en el acto produjeron sus devastadores resultados: desfallecimiento en Elena, ansia y fiebre en Pedro, y como estaban juntos, tan juntos que se daban cuenta de su turbación mútua, Pedro no tuvo que esforzar la voz, sino que muy por lo bajo, preguntó:

—¿Elena, quiere usted que parta?....

Elena quiso defenderse, decir que sí, y no pudo; durante el corto diálogo no cesaban de mirarse, de experimentar misteriosas sensaciones con los efluvios de sus miradas. Volvió ella la cara, quiso levantarse, llamar á su esposo, todo inútil; Pedro la miraba amante y respetuoso, sus ojos la buscaban y la encontraban siempre, donde quiera que se colocara, y en el mismo tono de voz, que más parecía caricia, continuó:

—Si usted me lo ordena, partiré, se lo juro. Dígame usted si quiere que me vaya!

Don Luis entonces, gritó desde su lugar que entrara Elena, la noche podía hacerle daño.

—Déla usted el brazo para subir la escalera, Pedro. Ahora concluyo.

Ofrecióselo Pedro, no porque le sobraran las fuerzas—por poco hubiera pedido apoyo para sí—sinó por llevarla un instante colgada, por aspirar su perfume de mujer limpia, por concluir de embriagarse. Y al pisar la última grada de la escalinata de mármol, vieron que don Luis se dirigía hacia ellos, comprendieron que dentro de un minuto los habría alcanzado y, rápido, rozando casi con sus labios la oreja de Elena, le susurró Pedro.

—¿Parto?...,

—Nó! — contestó Elena soltándose de su brazo y echando á correr por las habitaciones, mientras él se apoyaba en una de las columnas, congestionado de dicha, y don Luis que se le reunía, ordenaba á los criados que encendieran las luces de la casa.

Anunciaron á poco la comida y doña Dolores, presentóse con la nueva de que Elena no bajaría á comer, por sentirse algo indispuesta.

—Nó, no era nada de cuidado; una fuerte jaqueca que la obligaba á acostarse, nada más.

Don Luis subió en el acto á convencerse por sí mismo de la insignificancia de la indisposición; á cerciorarse de si era inofensiva y pasajera. Encontró á Elena acostada, con el rostro encendido, pero sin el menor síntoma de calentura.

—¿Quería que le mandara algo con la criada? Una sopa y un trozo de carne que comería en la cama? ¿Se los mandaba? Y no se separó hasta que la arrancó la promesa de que los tomaría, y hasta que le tranquilizó ella asegurándole que sólo tenía un fuerte dolor de cabeza; le pasaría con dormir.

Bajó don Luis contrariado de no tenerla á la mesa, en el sitio de costumbre, y se los

confesó á doña Dolores y Pedro: no podía pasársela sin ella. Aprovecharían la ausencia preparando el baile, quería sorprenderla, que no supiera ni pizca hasta el día mismo. Doña Dolores opinó que la cosa se violentara, ya estaba ahí la cuaresma y lo que es durante ella, no consentiría Elena un baile en su casa. Y entre si convenía este día ó aquel, fijóse el sábado próximo; estaban en lunes y sobraría espacio á los invitados para prepararse. Pedro se encargaba de ver á los músicos y de invitar algunos hombres, para que las muchachas no se aburrieran por la carencia de bailadores. Pidióse á los postres, recado de escribir, y con el mantel doblado por uno de los extremos, se procedió á formar la lista de invitados; se analizaba cada nombre, se contaban y recontaban los miembros de cada familia, discutíase si á Elena le eran simpáticos ó nó y, cuando había duda, se les tachaba sin misericordia, expulsábaseles del papel para no expulsarlos del salón. La fiesta era por Elena y para Elena, exclusivamente para ella, y hubiera tenido gracia proporcionarle contrariedades en vez de regocijo. Doña Dolores iba y venía sin parar, por interés propio ó por calmar á don Luis. Subía á enterarse de cómo seguía

Elena; nada, la jaqueca que principiaba á marcharse y el sueño á venirle.

No había tal jaqueca ni tal sueño. Elena lloraba sin tregua ni consuelo en cuanto la dejaban sola; era asunto concluído, ella había detenido á Pedro, se había entregado! Era infame y débil y pecadora; en lugar de insistir en que partiera, de exigírselo, le decía que nó! Hundía la cara en las almohadas, para gritar y que nadie escuchara sus gritos, ¿qué pensaría de ella? ¿qué diría? Diría que era como todas las mujeres viciosas, peor que todas, y pensaría lo que quisiera; estaba autorizado á suponerla una cualquiera. Por eso había pretextado la jaqueca, porque no se sentía con la necesaria desfachatez para presentársele, comer con él y con su marido, con su madre—pobres víctimas que nada sospechaban! Pero á él, á él ¿con qué cara le hablaría en lo de adelante, cuando le dijera lo que era preciso decirle, que no le hiciera caso, que había mentido al aceptar su presencia, al oponerse á su partida? No la creería, estaba cierta, y apenas si tendría razón! seguir así no podía ser; á cada día avanzaba más en el pecado, á cada día sentía más honda su desgracia, más inevitable su deshonra. Y en su desesperación, en su amar-

gura, en esa necesidad que persigue al creyente de siempre culpar á alguien de las faltas propias, de escudarse con esto, con aquello, de no aceptar la responsabilidad de sus actos ni el remordimiento de sus deslices, en tanto que en el comedor ocupábanse de ella, con cariños distintos y á cual más profundo, en tanto le preparaban una fiesta, ella, desdichada, inocente y miserable, se encaró con la divinidad y, con el rostro bañado en lágrimas y las manos unidas como persona que ora, murmuraba:

—¿Pero, por qué Dios mío, permites que le adore?

Pedro encargó que le despidieran de Elena; suponía, deseaba que la indisposición no fuera de importancia. Quizá no los vería al día siguiente, pues pensaba ocuparse con empeño en su parte asignada de preparativos.

Cuando se echó á la calle, cuando los únicos testigos de su contento fueron las estrellas que cintilaban allá arriba, cual persona que está dentro de un secreto y guiña los ojos en testimonio de que no dirá una palabra; cuando los faroles de gas, á los dos lados de la avenida de San Cosme, se manifestaban rectos, discretos con sus intranqui-

las y prisioneras luces, entonces su alegría no reconoció límites. Cantó, silbó, recitó versos, saludó á un gendarme, obsequió un peso á un individuo que, aunque no pedía limosna, juzgó prudente no desdeñar la dádiva; y habría hasta bailado, si el temor de llamar mucho la atención no le contiene.

—¿Con que era cierto? Y antes de poder contestarse, una cosa extraña le recorrió el cuerpo, le sacudió los nervios, le robaba un poco de aire respirable, le pasaba por la contraída garganta y salió en forma de inarticulado sonido, mezcla de risa que se extíngue y de llanto que asoma, de ilusión que se realiza y de temor que se contrae; sensación que todos hemos experimentado más de una vez con nuestros grandes dolores ó nuestras grandes alegrías. ¿De veras le querría? ¿No se habría equivocado? ¿No desfiguraría los hechos, las palabras y las miradas? Y mientras más se convencía de que estaba en lo cierto, de que nada desfiguraba ni inventaba nada, de que Elena no quería que partiera, más se hundía en su dicha, más se engolfaba en el mar traicionero del amor.

En medio de placer tanto, chocábale extraordinariamente no sentir ni el más pequeño remordimiento por su accción, ni uno solo

de los que le desazonaban no hacía muchas horas aún; nada, ni rastro. Ó se habían marchado, rendidos de su ingrato papel de verdugos, ó el cariño de Elena operaba el milagro de aniquilarlos. Buscábalos él dentro de sí; removía un recuerdo, descolgaba un considerando, arrimaba un ejemplo, y no parecían, como si nunca hubieran morado allí. Por todas partes, en todos los sitios, en las celdillas más apartadas, era Elena quien le salía al encuentro, Elena que le sonreía, Elena que no quería mirarse abandonada, Elena que le amaba! Si alguna vez la noble figura de don Luis, cruzaba por el mental escenario, ni le amargaba ni disminuía el lucimiento de la pieza; recitaba su parte, accionaba un poco, y en paz. Desaparecía tras de un bastidor y Elena y él se iban unidos — oh! muy unidos—hasta el fondo del drama, fondo divisable apenas y ora tenebroso, ora magnífico y radiante.

Resolvió no tornar hasta la noche del baile, sofocar sus ímpetus para dar tiempo á Elena de prepararse, para no mortificarla en seguida con su presencia. Su instinto de enamorado le aconsejaba no abusar de su situación, no echar á perder su triunfo; que pensara ella un poco á solas, que se acos-

tumbrara á la idea de lo que había hecho, que se convenciera de que hasta entonces, el daño perpetrado era puramente imaginativo, que él se hallaba dispuesto, si lo exigía ella, á nunca cometer otro, á adorarla en las nubes, á no mancharla con materialidades ni prosas!—En este instante Pedro era sincero; creíase capaz de no tomar lo que no quisieran darle, se sentía con bastante fuerza para no provocar rubores en las mejillas de Elena. ¿No en su efímero noviazgo con Magdalena, fué respetuoso y caballero hasta la exageración? Pues otro tanto sería con Elena, lo juraba y lo cumpliría.

Á cabo llevó el propósito de no verla hasta la noche del baile; se pasó seis días, víctima de las ansias más ardientes por mirarla de lejos siquiera, pero se contuvo y Elena de su parte, se lo agradeció de veras: le hubiera significado un martirio encontrarse con él, sobre todo solos; y como para calmar su natural inquietud, su propio marido disculpaba las ausencias de Pedro; por las conversaciones íntimas, sabía que no estaba enfermo y admiraba su delicado tino de no hacerse presente en lo material, pues por lo demás, aunque ella no dejara de pensar en él, aún cuando no le adorara, don Luis y

doña Dolores persistían en su arraigado hábito de no hilvanar cuatro palabras sin no mencionarle de alguna manera.

En un principio, quizá fué esto lo que contribuyó á engendrarle su cariño, á agigantarle, á convertirle en irresistible; esa especie de presidio perpétuo impuesto á los corazones de entrambos, ligados con la misma cadena, juntos siempre, en pensamiento cuando menos. Esa manía de presentarle á Pedro sin cesar y sin mala intención, de encomiarle, de aumentar sus virtudes y disminuir sus defectos, ahora no le daba miedo como antes, sinó que con maña, procuraba multiplicar las deliciosas evocaciones.



XVI

LA noche del baile, mirábanse iluminados el jardín, los corredores y las habitaciones; el salón, con triple número de luces, la orquesta en su sitio y los lacayos listos. Don Luis, como enamorado de quince años; á cada dos minutos sorprendía el peinar de su esposa, besábale los brazos y las espaldas por encima del tenue peinador, bajo el pretexto de comunicarle un secreto, con escándalo de la camarera y pudores de Elena. Pedro, desde su hotel, trémulo por arreglar su camisa; su frac extendido, el bigote rizado, halagüeño el semblante. Los tres reventaban de contento: don Luis porque Elena lo estaba; Pedro, porque iba á mirar á Elena y Elena, porque amaba, porque el amor, que le hacía la primera visita, le embellecía cuanto la rodeaba. Don Luis se lo decía:

—¿Qué tienes esta noche?

Y ella, por única respuesta aseguraba estar contenta. El carruaje que primero penetró en el jardín, se anunció á su manera, con un chirrido especial que producía la arena al ser triturada por las ruedas del vehículo y los cascos de los caballos. Poco á poco aumentó el número de ellos, el ruído de las portezuelas, las voces de los cocheros que apaciguan á los caballos, el roce de las sedas y los saludos en el vestíbulo, donde los dueños de la casa sonreían y tendían la mano, en amable abandono, á todos los que llegaban.

Pasaron los instantes de fastidio que preceden á un baile; cuando los recién llegados forman un círculo que se ensancha siempre é inician una conversación fría, pesada, que protesta cual chiquillo malcriado, no ha ido á eso, quiere divertirse, y las palabras bostezan, se arrastran por los escotes de las señoras y por las relucientes pecheras de los caballeros, como lagartos que tomaran el sol en algún paredón abandonado. El ama de la casa no puede galvanizarlas, sus imperiosos deberes la obligan á levantarse, á recibir á los demás invitados, á mudar de asiento, hasta que hay concurrencia bastante, retíranse las sillas y la orquesta lanza al

saturado ambiente los primeros compases y las primeras armonías.

Pedro no llegaba, Pedro, que debía estar ahí antes que nadie, que debía ayudar á Elena y á don Luis en sus faenas, no parecía. Buscábale Elena con esa delicada manera que las mujeres tienen de escudriñar una muchedumbre, de encontrar lo que desean y tranquilizarse. Analizan un grupo compacto con una ó varias miradas que pasan inadvertidas, que van de un extremo á otro de un paseo, de un teatro, de una sala, de una calle, sin interrumpir su charla con los importunos, sin volver la cara exageradamente ni dejar adivinar su contento en caso de éxito, ó su disgusto en el contrario. Por fin le distinguió. Pedro acababa de entrar, también la había visto y se dirigió en derechura á saludarla. Sería la influencia del baile, del tibio calor de la estancia, de la alegría contagiosa de las fiestas, de la música, de la tardanza de él, ello fué que Elena en vez de manifestarse digna y fría, como tenía decidido, no pudo disimular su gusto, estrechó la mano que le tendían, y al ceremonioso saludo de Pedro, que se inclinó diciéndole:

—Señora!

— Creí que no vendría usted —repuso — ¿Por qué tan tarde?

Pedro se excusó sin palabras, con mirarla, sufrió el que le presentara con su acompañante y después de pedirla permiso, los dejó pasear, yéndose él á donde estaba doña Dolores. Luego buscó á don Luis por entre conocidos y conocidas; ¡cuánta cara bonita, cuánto cuerpo escultórico, cuánto nombre conocido, cuántas fortunas! La fiesta había resultado de etiqueta y no de confianza. ¿Quién reconocería en Pedro, que cruzaba la sala con elegante aplomo, al antiguo y encogido habitante de Villanueva que doce años antes no daba señas de salir tan sociable? Él lo pensaba así, se lo decía y recordaba los sermones de su padre que siempre trató de borrarle el defecto.

—¿Si me viera? murmuró, y con un poquillo de vanidad agregaba:—Estaría orgulloso. Como no bailaba, eligió un lugar que le permitiera no perder de vista á Elena y sí perderse él de la de los impertinentes. Encontró un hueco magnífico, entre dos ventanas, defendido por las cortinas y por las jardineras artificiales; llegábale allí el eco de la música, el de las conversaciones, el perfume femenino. Después, cuando fuera oportuno, sal-

dría de su escondite, acercaríase á Elena y darían juntos un paseo por la sala. Entonces le diría, ¡sabe Dios lo que le diría! pero sería mucho, muchísimo, hasta que ella lo permitiera.

Y así escondido, se dejó mecer por las notas del valse que nacía en el fondo de la estancia, en una plataforma ocupada por la orquesta, para luego enseñorearse de la morada y de los moradores; lo mismo de los que bailaban que de los pacíficos y sosegados. Brotaban las notas de los medio encubiertos instrumentos y, cual bandada de palomas multicolores, volaban por la pieza, picoteaban en la alfombra y en los muebles, se asustaban ante los espejos, huían de las luces que oscilaban á su paso y se posaban en los frisos, en las colgaduras, en los cuadros, en los jarrones; algunas, más atrevidas, inclinábanse en los escotes de las damas, se acurrucaban en sus espaldas y hombros desnudos, en las gardernias de los caballeros; hacían entreabrirse labios como cerezas maduras, entrecerrarse ojos encantadores y, hasta en los oídos de las ancianas, evocaban con melancólico y rumoroso aleteo, el eco tierno de los tiempos de antaño, de los tiempos de ellas, en que también las arrullaron

con armonías amantes y sentidas! Salían después por las puertas abiertas y se colaban en las habitaciones interiores, en los pasillos, en las dependencias de la servidumbre, en los patios, las cocinas, el jardín, en todas partes y, los criados, los cocheros que esperaban á la intemperie, reclinados en los pescantes ó charlando agrupados sobre la acera, con el cigarro entre los labios y la envidia entre las pestañas, nadie hubo que no percibiera su parte melódica, su fragmento musical, como si la casa entera se hallara satisfecha de encerrar en su seno á la sin par orquesta y, en arranque altruísta, comunicara su placer á los dueños, á los invitados y á los vecinos! De súbito, á un mandato del director, cesó el encanto, murió el valse blandamente y, entonces, reanudáronse las conversaciones, se recobró el juicio, es decir, cada individuo dió el brazo á su compañera, como Dios manda, sin las peligrosísimas intimidades del baile, sinó con cierto respetuoso alejamiento en la actitud no obstante el marchar lado á lado. Volvió la voz á su diapasón normal, interrumpieron los novios su tuteo, los pretendientes sus pretensiones, los amantes, el mal disimulado abrazo con que estrechaban á su ídolo. Las mujeres recupe-

raron su dignidad oficial, azorada aún de los riesgos acabados de correr y, por un instante, escuchóse un murmullo parecido al que ocasiona el arribo de un tren de pasajeros ansiosos de participar, á los que los reciben, las impresiones del viaje y las incidencias del camino.

Pedro continuaba inmóvil, sin delatarse, sumido en hondas reflexiones, con el pensamiento absorto y los oídos alarmados, la vista deslumbrada y sus deseos más vivos que nunca. Había visto y oído lo que se ve y se oye en análogas circunstancias: manos que tiemblan al reunirse, como cómplices de delitos proditorios; miradas que son todo un vocabulario de complacencias y de anhelos; sonrisas que prometen ó que agradecen; labios que se mueven cual si oraran; bustos y cuellos blanquísimos; cabellos rubios, negros, castaños; trajes soberbios de todos los colores, salpicados sin cesar por las fúnebres siluetas de los hombres vestidos de ceremonia; trozos de súplica, finales de gratitud, insistencias humildes, preguntas exigentes, celos bruscos, reconciliaciones lacónicas, candores juveniles y, tres ó cuatro veces, con una misma pareja, el adulterio que tanto le espantaba de lejos le había pasado cerca, le había

rozado la frente con su ala de murciélago; minutos nada más, mientras los complicados quedaban á su alcance para, á poco, perderse en el océano de parejas. Y ahora que los veía ceremoniosos y sonrientes, cruzar el salón como si tal cosa, charlando en voz natural de generalidades y sandeces; ella, seria, con una amabilidad fría y común; él, cortés é indiferente, se desconsoló por la suerte que le esperaba. ¿Quién diría al verlos, que no hacía un cuarto de hora aún, habíanse dado cita para un lugar que no pudo oír, habíanse jurado amor y, una lágrima temblona y vergonzante, asomó á los ojos de la dama, sin que nadie la viera, ni el mismo que la originaba? Y cuando se separaron, cuando ella tuvo que conversar con sus vecinas de asiento y él, en la antesala, encendía un cigarrillo obligado á tomar parte en las embozadas indecencias con que entre sí se distraen los hombres, sacó Pedro la cabeza para cerciorarse de quién era la señora. No acababa de convencerse, hacíase cruces, no le apartaba la vista.

—¿La señora de.... ? Y yo que la habría defendido en el remoto caso de que la hubieran creído capaz de.... ? Pero ¿por qué lo hace? Si todo el mundo la cree feliz y

piadosa y honesta; si su marido es joven y la ha obsequiado con dos chiquillos como dos querubines, y son ricos y guapos ambos.... ?

Temió haberse equivocado; sería otra, indudablemente había visto mal y, á ese tiempo la joven señora, sin interrumpir su plática, golpeó siete veces con el abanico una de sus mejillas, mientras en el marco de la puerta y por entre el grupo de hombres allí estacionado, había unos ojos que no perdieron los golpes del abanico, vuelto ya á sus funciones de proporcionar ráfagas de viento. No le cupo duda, fijaban la hora, accedía ella, y Pedro pensó en lo horripilante de las apariencias; en todo el fingimiento que domina en las reuniones; pensó en todas las pasiones buenas y malas que encerramos debajo del frac y debajo de las flores que guarnecen los corpiños femeniles; pensó en lo que hacían esas personas y en lo que él estaba resuelto á cometer.

—¡Qué tristeza! —se dijo. Pensó luego en lo que acaecería si por milagro, en medio de una fiesta de esas, ó de otras, quedaran, sólo por un segundo, los interiores de los concurrentes en el más completo de los desnudos; á las claras, pasado, presente y futuro; á la

luz del gas y de los focos eléctricos, las empresas en proyecto, las empresas en planta y las empresas fracasadas?

Pues habría que salir disparado, tapada la nariz y vendados los ojos!

Se alarmó de su respuesta, de la alucinación de que era víctima, porque se le antojó que le daban gusto, que todos se preparaban á la exhibición é, instintivamente, cerró el frac para defenderse; lo que es á él no le sorprendían con Elena retratada en el corazón, ni á Magdalena enterrada en la memoria, ni á don Luis asaltado en un próximo futuro, y sólo se calmó al notar que la segunda pieza de baile, alegre y peripuesta, era la autora de su falsa alarma.

De repente, hizo un movimiento tan brusco que por poco derriba la jardinera que de baluarte le servía; Elena acababa de pasar bailando abrazada por alguien que no era él, por un individuo que le decía cosas que la hacían sonreir, por un hombre que le estrechaba el talle, que la conducía á su antojo y que iba junto á ella, tan junto, que debían confundirse sus mútuos alientos. Sintió Pedro una mordedura cruel y prolongada en la mitad del alma, en todo su sér. Á fuerza de fuerzas, pudo contener un grito de dolor que

pugnaba por salírsele; le robaban su tesoro ó, por lo menos, el tipo aquel se lo vulgarizaba. Olvidado de que el baile es confianzudo y libertino, creía que Elena y su acompañante no bailaban con decencia, escandalizaban á los del salón, que era urgente llamarlos al orden, y abandonó su puesto, aventuróse por entre los bailadores que le propinaban empellón tras empellón y le hacían andar cual si estuviera beodo; llegó á don Luis, radiante de gozo, halagado en su vanidad de dueño de casa, tranquilo en sus temores de esposo anciano, y como si deseara manifestarle algún horror, ahogado por los celos y por la ira, interrumpiéndole en la charla que sostenía con un grupo de hombres serios, le tomó por un brazo y le acercó á la valla de masculinos que no bailaban. Una vez allí, preguntó don Luis el por qué de la maniobra, ¿á qué le llevaba? ¿qué quería?

Decíale Pedro al oído, que se trataba de una sorpresa que no se habría ni siquiera imaginado, algo que le dejaría estupefacto.

—Espérese usted unos instantes, y juzgará por sí mismo—concluyó, deseando para sus adentros que impidiera él con su autoridad marital, inconveniencia semejante. Si era cierto que amaba á Elena tanto como ase-

guraba, no podría en calma, verla entre los brazos de un pisaverde cualquiera. Y cuando reapareció Elena bailando siempre y siempre sonriente, más provocativa ahora que la agitación de la pieza le enrojecía el semblante y le dulcificaba la mirada, Pedro tuvo vértigos, ímpetus de arrojarse encima de ella y arrancársela al elegante que la conducía. Oprimió el brazo á don Luis y, como si quisiera azuzarle, comunicarle su rabia, exclamó:

—Mire usted, mire usted á su señora; ahí va bailando!

Don Luis, en contra de lo que Pedro esperaba, permaneció, no impasible, sinó contento y satisfecho; reía, reía por lo bajo mientras pasó Elena congestionada de juventud y de belleza. Se inclinó á Pedro y le dijo.

—Gracias, amigo Pedro, me ha proporcionado usted la mejor de las sorpresas: mi Elena está curada y no pido más. Ojalá y baile toda la noche!

Y se le escurrió, fué á reunirse con sus amigos, el aspecto feliz y rejuvenecido. Pedro le vió partir sin darse cuenta exacta de sus movimientos; atontado con la respuesta acabada de oír, creyéndose sonámbulo. ¿Pues no le daban las gracias por su delación? ¿No en lugar de impedir el pasatiempo, quien solo

podía impedirle, — el marido — manifestaba deseos de que Elena bailara la noche entera, de que todos los invitados masculinos pudieran cerciorarse á mansalva de la pequeñez de su talle, de lo resistente de su pecho, de la dureza de sus brazos y del aroma que se desprendía de su persona toda? ¿Y ese era el gran amor, la pasión decantada? ¿Así la quería? Comparó el afecto de don Luis con el suyo propio, que no toleraba participaciones ni nada; que tenía celos hasta del aire respirable, porque entraba y salía sin cesar en un cuerpo que idolatraba, que anhelaba para sí, para él únicamente, para él siempre; aún después de muerta, si es que llegaba á morir primero que él, le velaría entónces sin que el menor pensamiento lascivo fuera á empañar la fúnebre limpidez del sepulcro; le sobrarían lágrimas para cubrirle de dura coraza é impedir la descomposición?.... Y á su vez abandonó el lugar en que le martirizaba Elena cuando pasaba sin mirarle; dirigióse á la antesala, al corredor después y, apoyado en el barandal de hierro, oculto entre las macetas de porcelana cuajadas de flores, que embalsamaban la atmósfera, mientras á un paso la reunión acusaba una alegría inmensa, comunicativa y necia—como es siempre la ale-

gría de las grandes agrupaciones—él solo, desesperado y doliente, convencíase de una cosa que nunca quiso creer y que palpaba ahora. Como nadie podía oírle, como nadie le hubiera advertido melancólico, meditabundo; como la fiesta tódo lo invadía, se atrevió á formular su convencimiento, á decírselo á sí mismo y murmuró:

—¡Nadie, nadie, ni él la quiere como yo!!

Asido á esa convicción, que se le antojaba innegable, serenóse un tanto y tornó al salón, decidido á definir situaciones con Elena, á prohibirle que bailara ó á rogárselo, y á obtener de una vez, en promesa al menos, lo que estaba ambicionando. No le fué difícil encontrarla ni invitarla á pasear por el salón; y confundidos en el *maremagnum* de bailadores y de curiosos, con los hombros y los brazos en gratísima presión que no rechazaba ella, y que él procuraba aumentar á medida que le crecía la embriaguez que le causaba su proximidad con Elena, los semblantes en apariencia serenos, díjole al fin su idolatría, sus celos y sus deseos. Una declaración amarga, en la que salían mezclados en doloroso consorcio, todos los candores, todos los balbuceos del amor y todos los remordimientos de las malas acciones. Le

pedía perdón por quererla, perdón por decírselo, perdón por esperar la correspondencia; se reconocía infame y traidor y malo, pero no podía más, sufría mucho; sus esfuerzos por sofocar ese cariño, que no debía existir, eran inútiles, en lugar de desaparecer le enardecían. Estaba resuelto á obedecerla, siempre que no le condenara al martirio, es decir, siempre que ella no le negara su afecto. Con tal de saberse querido, de saber que le perdonaban y también por él sufrían, se conformaba, no exigía más; hasta dejaría de verla aunque le matara la pena:

— Dígame usted si me quiere, si no me he engañado al pensarlo, y sobre todo, dígame usted si me perdona la declaración, si comprende que no he querido ofenderla, si se convence de que la adoro?

Elena le escuchaba sin reparos, sin sentirse lastimada en su decoro de dama, en su susceptibilidad de esposa, en su delicadeza de mujer. Escuchábale sin alarmarse de los términos de la misma declaración, de esa mezcla de palabras en la que marchaban de bracero las rosas y las espinas. Le escuchaba embelesada, en dulcísimo y nunca sentido transporte, creyendo firmemente que no la ofendían, suponiendo que no debía ser igual

el idioma en que un hombre se dirige á una soltera al en que se dirige á una casada. Perdonábale de antemano ¡sobre que le había perdonado hacía tanto tiempo! Cuando Pedro terminó de hablar y ella advirtió que no estaban solos y escuchó la música y divisó á la gente, se detuvo, apoyóse en el brazo que oprimía el suyo y, aunque conoció que obraba mal, que se perdía, que sacrificaba deberes sagrados y juramentos solemnes, no pudo vencerse, se volvió á Pedro y le contestó que sí, que le quería, que le perdonaba, que era suya; que sí á todo!

Por dicha concluyó la pieza; era la hora de pasar al comedor y las cortesías y cumplimientos, le sirvieron á Elena para ocultar su turbación. En cuanto estuvo lejos de él, cuando don Luis se le acercó benévolo y la felicitaba porque había bailado, porque la miraba contenta; cuando las señoras sus amigas, la rodearon y le prodigaban el caudal de frases hueras con que entre sí se tratan las mujeres; cuando los caballeros se apresuraron á brindarle su momentánea compañía y Pedro permaneció en un ángulo del salón, como si sus semejantes le inspiraran terror ó desconfianza, entonces le renacieron sus arrepentimientos y su amargura. Como no po-

día desairar á todos los que le ofrecían el brazo, tomó uno de ellos, cualquiera; llamó á don Luis, que llevaba también una invitada, cual si no quisiera que la abandonara, que la dejara sola y, el grupo de las cuatro personas desapareció en el iluminado comedor, precediendo al resto de los concurrentes que marchaban en plácida y reposada procesión.

Como por común acuerdo, como si no les agradara hallarse juntos, Elena y Pedro no volvieron á reunirse ni á mirarse casi; y cuando se despidieron al fin del baile, mientras los criados adormecidos y de mal humor, apagaban las luces, y la aurora se asomaba tras de los cristales, y flotaba por la estancia esa tristeza indefinible que sigue á las fiestas, en lugar de estar contentos y satisfechos por la mútua declaración de sus respectivos cariños, diríase al verlos, que eran dos enemigos que por miedo se estrechan la mano, aunque con el ánimo firme de no repetir la prueba ¡tan frío y tan amargo fué el saludo!

Don Luis, tampoco advirtió nada en esta vez; el cansancio, la desvelada, el sueño y su confianza excesiva, más que nada, le hicieron felicitarse de haber ideado la tertulia, y dormir tranquilo al lado de su esposa.

XVII

Al levantarse Elena, le ocurrió una cosa que es muy frecuente que suceda al reposo del cuerpo: un horror profundo por los acontecimientos de la víspera, por lo que había cometido y por lo que había autorizado á cometer; un principio de repugnancia por Pedro, de afectuosa fidelidad por don Luis y una irrevocable decisión de no delinquir nunca. Recordó lo avanzado de la cuaresma, su necesidad de confesarse — y ahora más que siempre — que necesitaba un baño de pureza, un aumento de fuerzas, algo sobrehumano que fomentara sus propósitos. Don Luis se lo permitió y á eso de las diez de la mañana, pisaba Elena el templo, llena de rubores y de sobresaltos.

Sentóse en un banco, arrinconado junto á un altar que se caía de viejo y cuyos principales ornamentos, formábalos la polilla con

sus innúmeros agujeritos negros que se destacaban del blanco desconchado del ara y sus columnas; uno de esos altares que existen en cualquier iglesia y que como todo lo que está en desuso, vuelve al polvo, justo compensador de las ingratitudes de los hombres. Sentada ahí, con el velo echado sobre la cara, pensaba Elena en la manera de confesar su pecado; forjaba discursos, elegía palabras recatadas, circunloquios confusos y todo le parecía claro y desvergonzado. No hallaba salida; entre la tiranía de la confesión, que exige un absoluto desnudo de la conciencia, y las peticiones y ruegos de su pudor, que le suplicaba una infinidad de miramientos para cuando le desnudara, se debatía ella inútil y dolorosamente. Ó cometía un sacrilegio — y la sola idea le daba escalofríos — ó regresaba á su casa como había salido, peor todavía, supuesto que regresaría con la convicción de que nada ni nadie podía salvarla. Pero también ¿con qué cara iba á decir á su padre confesor que, al poco tiempo de casada, se hallaba en la antecámara del adulterio? ¿qué diría el santo señor? ¿ese anciano lleno de virtudes, de desengaños y de canas, que la había llevado á la primera comunión, que había sonreído con sus nimiedades de chiquilla, que

se había puesto serio con sus deseos y nostalgias de adolescente y que se había tranquilizado de nuevo, con sus escrúpulos de esposa joven? ¿Le iría á decir que los principiós inculcados, los ejemplos vistos, el armiño de su conciencia, sus deberes de cristiana, de esposa y de señora, todo ese caudal de honradez y de moral, de nada le servía en la primera escaramuza de su vida? Y conforme analizaba el hecho, más se acobardaba, mayor era su incertidumbre, con especialidad en aquellos instantes en que, decidida á renunciar á Pedro, sentía que el cariño maldito que le inspiraba, renacía más absorvente y más irresistible. De poco servía la severidad del sitio, lo religioso de los adornos, lo imponente del silencio, lo edificante del conjunto; los altares cubiertos, los candiles enlutados, los confesonarios defendidos por grupos de devotas, que se acercaban ó se retiraban con aspecto transfigurado y contrito. En todas partes miraba á Pedro, en todas sentíase mirada por él, y la fascinación que ejercía sobre ella reaparecía, la rodeaba, no la dejaba respirar. Se le ocurrió entónces un subterfugio lícito que le ahorraría parte de su pena y la produciría el mismo resultado: confesaríase con otro sacerdote, cualquiera, el que

tuviera menos fieles y no la conociera á ella. De ese modo, hasta se explicaría con mayor libertad y citaría en su defensa las atenuantes que todo delito tiene consigo. Al fin y al cabo, todos son ministros del Señor, todos poseen idénticas facultades y todos deben tener el tino, la prudencia y el mundo que reclama tan alto ministerio.

Se acercó al confesonario que más cerca le quedaba; por dicha, sólo tres ó cuatro señoras esperaban su turno, hincadas unas, abierto el libro de oraciones, otras, y el resto, sentadas sobre la tarima en humilde y devota actitud. Colocóse al cabo del grupo y trató de prepararse rezando en su devocionario lo que está prescrito para casos tales, y no conseguía lo que buscaba. Volvía y revolvía las hojas sin detenerse en oración ninguna; parapetado tras de las letras, hasta detrás de los grabados del santo sacrificio de la misa, la imagen de Pedro se complacía en perturbarla, en perseguirla; ella, la miraba á pesar suyo, como hipnotizada, al punto de que las oraciones que maquinalmente leía y que murmuraba por lo bajo, más eran dirigidas á Pedro para que la dejara tranquila, que á los santos y santas á que estaban dedicadas. Cuando el ventanillo taladrado quedó

libre y el sacerdote golpeó desde dentro para avisar que podían acercarse, Elena se sintió enferma de veras, la cabeza se le iba y las piernas le flaqueaban de un modo horrible. Trémula todavía, balbuceó el "yo pecador" mientras el párroco se sonaba con estrépito en un pañuelo colosal que dobló con esmero, soltando dos ó tres resoplidos de visible fastidio. Escuchaba distraído el murmullo de la penitente; consultó el reloj, contó el número restante de cédulas, inclinóse hacia el ventanillo ocupado, cerró beatamente los ojos y, familiarizado con la penumbra del confesonario y con lo serio del acto, preguntó indiferente:

—¿Cuándo te confesaste?

Elena contestó en el acto; hacía cuatro meses, y el padre entonces, oculto siempre insistió:

—¿Cumpliste la penitencia?

Aquí principió la complicación. Elena hubo de declarar que por accidente acudía á él; que su director espiritual era otro, pero que deseaba cumplir cuanto antes con la Iglesia. El cura la reñía con moderación, picado de que le tomaran de suplefaltas; ¿acaso su confesor estaba imposibilitado ó ausente ó muerto? Cuando se tiene uno no debe

cambiársele; la conciencia es como el organismo, es indispensable visitarla á menudo para conocerla á fondo y no es cuerdo, si enferma la sentimos, entregársela á un desconocido, como tampoco es cuerdo, en caso grave de dolencia física, no acudir al médico de cabecera. Elena sufrió la reprimenda sin chistar y el padre se ablandó ante su humildad, minoró la acritud, sofocó los celillos que se le escapaban; celos del oficio y susceptibilidades de sacristía. Apeló á su carácter de pastor de almas y ya dentro de su papel, ordenó:

— Dí tus pecados!

Comenzó Elena por librarse de la carga menuda, la que apenas incomoda y puede perdonarse con golpes de pecho, pan bendito y demás contriciones menores. La soltaba de prisa, con la seguridad de que la dejarían pasar sin observación; pero cuando se le concluyó, cuando tuvo que confesar lo grave, lo que la atormentaba, se contuvo sin ánimo para continuar; nó, no podía, ni entonces, ni nunca! Dos veces el padre había exclamado: "sigue" y ella no seguía. La voz se le anudaba en la garganta, la imagen de Pedro le interceptaba la rejilla, le rogaba que no le hiciera desgraciado,

volvía á prometerle un mundo de delicias jamás experimentadas; delicias tan infernales, que se atrevían á presentarse allí, en el sagrado tribunal de la penitencia, junto á un sacerdote y dentro de la casa de Dios! Y en un arranque de superstición, víctima del pánico que nos inspiran de niños Satanás y sus obras, rompió á llorar sacudida por un temblor nervioso, se pegó á los huecos imperceptibles del ventanillo, y en vez de acusarse, de narrar su delito en forma, impotente para luchar y anhelando con toda su alma no caer, murmuró en el colmo de la desesperación:

—¡Padre, padre, sálveme usted; estoy maldita y condenada!!

El sacerdote se enderezó en su asiento; se le espantó una grata somnolencia en la que habitualmente escuchaba las cuitas y los escrúpulos de sus devotas, que no requerían mucha sabiduría, siempre eran los mismos: envidias, pequeños hurtos, maledicencias, fanatismos y avaricias, total, poca cosa. Ni él se asustaba, ni tenía que ser cruel, ni que castigar su memoria, obligándola á sacar de sus desvencijados armarios, las resoluciones aprendidas en los conventos para los casos difíciles y peliagudos. Y de repente, se le

presentaba uno que sí lo era, con todos los visos de extraordinario é irremediable, á él, un cura sin ambiciones y sin luces, conocido por su clientela insignificante, por su mansedumbre; preocupado de nunca subir al púlpito, de no hacerse mala sangre y de bienquistarse con la mitra. Por poco se excusa; pensó interrumpir el acto ó fingirse enfermo; le iban y le venían por todo el cuerpo, unos sudores fríos que le alarmaron fuera de medida. ¿Qué resolvería en el supuesto más que probable de que le pidieran consejo? Y en su congoja, adquirió el aspecto que menos debió adquirir; encomendóse á toda la corte celestial, á los esclarecidos varones que son las lumbreras de la Iglesia y que con su poderosísima ayuda podían salvarle. Parecía, con sus tribulaciones, reo y no juez, penitente antes que arbitrador. Llevaba un rato de no escuchar sinó el llanto de Elena — exhausta después de su confesión — un llanto silencioso y triste, que corría en abundancia, como raudal de agua largo tiempo contenido, que encuentra al fin salida franca en tierras abrasadas por la sequía y que le absorven con avidez. Sin interrumpirla la escuchaba el padre, interesado á su pesar, adivinando uno de tantos dramas del alma

que obtienen ignorado y desgarrador desenlace en el fondo negro del confesonario; que conmueven á los mismos sacerdotes y que convierte en excelso, cuando con conciencia se practica, el cargo sublime de director espiritual.

— Cálmate y habla — le dijo á Elena — Dios, en su misericordia infinita, lo puede todo. ¿Qué es ello? ¿De qué se trata?

— Padre - repuso ésta—soy mujer casada y adoro á un hombre que no es mi marido! Hace mucho tiempo, muchísimo, que el recuerdo de mis deberes se empequeñece junto á este cariño que me absorve toda, que me hace vivir y sin el cual me moriría! Y no crea usted, la culpa es sólo mía; yo le hice romper con su novia, yo vencí sus repugnancias de participármelo, porque no he sido recatada, porque no pude vencer esta pasión, porque no la resisto.... Y dió principió á la narración detallada de la historia, desde su verdadero punto de partida, aquella simpatía tan expontánea y tan profunda que no le inspiró miedo y que los que la rodeaban, en vez de combatirla, la fomentaron sin querer; luego, sus complacencias y sus amabilidades para con Pedro; su creciente desasociego, su enfermedad, y, por último, su aquiescencia á

que la quisieran y su deseo interno de quererle ella más todavía, de hundirse en amor tan criminal, de perderse y desaparecer entre sus besos y sus caricias.

—Le quiero tanto, padre, que renunciaría á cualquier cosa, la mejor y más santa, con tal de no perderle. Sálveme usted; déme usted un remedio que me haga luchar con ventaja y vencer. Pídame usted en cambio la vida y la daré, pero por Dios santo, máteme usted el corazón. Si me le deja vivo, no podré negárselo; es suyo, hace tiempo que se lo dí y no ha de devolvérmele.

El padre meditaba con trabajo; deslumbrado por la llama vivísima que despedía la confesión. Demasiado anciano ya para experimentar el menor deseo carnal, la impureza más nimia, las oleadas tibias de afecto tan gigantesco le alcanzaban sin embargo; adivinaba los estremecimientos de la pecadora, los espasmos que le produciría el recordar á su amante, y, hombre al fin, no pudo substraerse á la eterna envidia que nos origina, en nuestro orgullo necio de varón, el saber idolatrado á un semejante. Fué asunto de un minuto; el fuego de Elena, sin duda, que calentó las muertas reminiscencias del estudiante de mínimos, que evocó confusa-

mente, el rostro ovalado y los cabellos rubios de alguna novia de antaño, de cuando la vocación religiosa aún no se definía y la juventud ejercitaba sus derechos, saltando la tapia del huerto del seminario ú ocultando entre las fojas de un infolio sagrado, una violeta marchita ó el borrador de una epístola amatoria! Algo de la tristeza y algo del encono que deben aquejar á los sacerdotes por su alejamiento perpétuo de la mujer; tristeza, para los que han acatado religiosamente el voto de castidad, encono, para los violadores.

En medio de sus meditaciones, se alegraba bastante de que el pecado en cuestión, no hubiera resultado tan grave como él imaginaba - pues queda dicho que el tal eclesiástico no disponía de grandes facultades intelectuales—más le espantaban otras cosas, aunque reconociera que también el adulterio es pecado y pecado mortal por añadidura. Severo el rostro y seguro del remedio, inquirió:

—¿Te has entregado ya?

—Nó, padre, nó; eso es lo que quiero que usted remedie, que usted impida, que me haga usted algo con el fin de que no suceda nunca!

Recuperó el padre su habitual placidez, enjugóse un copioso sudor y casi sonrió. No había por qué asustarse ni por qué poner el grito en el cielo; el daño existía pero en periodo inicial; por muchas raíces que acusara, siempre habría tiempo de desenterrarlas, de reducirlas á polvo vil. Y en supremo esfuerzo de memoria, recetó un antídoto ineficaz y necio. Según él, la enferma no necesitaba de más, y en caso de que más necesitara, no podía curarla. Pero Elena no quedó conforme, aquello no sería bastante, se lo aseguraba; requería algo mucho más enérgico, algo sobrehumano que la pusiera á cubierto de las demoniacas asechanzas de que era víctima. El clérigo tampoco cejó, obstinado como todos los de reducido caletre cuando creen haber hallado salida á dificultad insuperable, en que su receta era buena, una humildísima prescripción de la extensa farmacopea eclesiástica: que rodeara su cuello con un rosario bendecido, que regara agua bendita en su persona y vestidos y que rezara mentalmente una "magnífica" en los instantes de mayor peligro.

— Hazlo con fe — añadía — y verás cómo te salva!

Elena se debatía, desilusionada del reme-

dio; pegaba los labios á la rejilla y, en voz alta, que ni ella ni él advirtieron y que se perdía con lentitud por entre las bóvedas del templo, desierto ya, insistió porque le cambiaran la medicina.

—No me basta, padre, se lo juro á usted. ¿Cómo ha de bastarme si aquí mismo, dentro de la iglesia, la imagen de ese hombre no se aparta de mi lado; si nunca me abandona, si turba mis sueños, aviva mis vigilias y endulza mi existencia? ¿Cómo podré rezar en los momentos de mayor peligro, si apenas tengo fuerzas para mirarle, complacerle y bendecirle?

El sacerdote se violentó de nuevo, más por su propia impotencia para salir avante, que por la pecaminosa obstinación de la señora. Buscaba otro remedio pues, en efecto, palpaba la inutilidad del propinado, pero todo era inútil; salia de ese y entraba en otro análogo ó inferior. Cerró los ojos aterrorizado con lo que había ocurrido y sin madurarlo, sin reflexionar, lo soltó de un solo golpe:

—Pues entonces, no puedes comulgar!

Elena sofocó un grito, que hizo volver la cara al sacristán que limpiaba un altar, estremecer á dos ó tres devotas viejas que dormitaban en los bancos, y helarse la sangre

del desventurado que le originaba. ¿Acaso la excomulgaba? ¿Estaba tan abandonada que se le negaba hasta el alimento eucarístico y purificador, único que podía hacerle bien?

— Dígamelo usted señor; dígame usted que he oído mal y que no es posible que Dios le encargue á usted de participármelo!

El padre no podía más; comprendió que había ido demasiado lejos, que se comprometía; que no podía inflingir una excomunión y, al mismo tiempo, que tampoco podía absolver á una penitente que no daba muestras de contrición ni de arrepentimiento; que se acusaba, como nunca había oído acusarse á nadie y que manifestaba sus ningunas fuerzas y su voluntad escasísima para continuar luchando y quebrantar al fin la cabeza de la serpiente. Era una poseída, un caso de exorcismo, de consulta. La tranquilizó sin hacer caso ya del formulario; suprimió el tuteo y echó fuera medio cuerpo, pues aunque esté prevenido que no se mirarán á la cara el confesor y la confesada, lo cierto es que ellos contrarrestaron la prevención. Y así, en irregular postura, ella arrodillada y él inclinado hacia el exterior, le manifestó que no la excomulgaba, que no se desesperara

de esa manera. Lo que hacía era simplemente una suspensión.

—Mientras no pueda usted vencerse, mientras la tentación pueda más que la voluntad, no comulgue usted; rece mucho, muchísimo y ya veremos después. Yo también rezaré y además, consultaré el caso con el señor arzobispo. Vuelva usted á verme y huya las ocasiones de pecar.

Y por efecto de la costumbre, extendió la diestra y comenzó á mascullar la fórmula de absolución; á poco, recordó lo anormal del suceso, se interrumpió, y sólo una curva desganada diseñó en el aire.

La intranquilidad en que Elena regresó á su casa, hizo que don Luis la interrogara con cariños y ternezas, como se interroga á un chiquillo encaprichado en ocultar sus travesuras.

—Si no tengo nada—contestaba ella— ya sabes que la confesión me pone siempre así.

Don Luis, aprovechó la coyuntura para colar parte de sus ideas racionalistas, para censurar ese sacramento "el más pernicioso de todos" — según declaraba accionando airado.

—No me opongo á que lo hagas, porque no quiero contrariarte en tus creencias, pero

no me gusta que vayas, no me gusta. Y agregó bruscamente:—Mañana almorzará Pedro con nosotros, acabo de invitarle.

Qué tarde y qué noche las que pasó Elena! la noche sobre todo. No cesó de llorar, un llanto disimulado para que don Luis no la sintiera. Temía volverse loca, le parecía hallarse sola en el mundo, tan sola, que hasta los sacerdotes la desahuciaban. Á intervalos, entrábanle tentaciones de ir á doña Dolores y contárselo todo; después, se le acurrucaría en su regazo, sufriría el chubasco que le propinaran, la calmaría con besos y monerías y le exigiría que no la desampara-ra, que estuviera con ella y, á ser preciso, que la condujera de la mano, como cuando niña la conducía al través de los cuartos obscuros que la hacían temblar, reconfortándola con su abrigo y espantando con su materna solicitud los fantasmas que merodeaban por su infantil imaginación. Lo que la contenía era este argumento: ¿Cómo la había de disculpar doña Dolores, si un sacerdote le había prohibido comulgar hasta nueva orden? Y en el caso de que la disculpara, de que llorara con ella y la ayudara en ese combate horrible contra un corazón que se nos escapa sin salir de su cárcel, que

nos atormenta sin que nadie se entere de ello ¿no sería responsable de un doble pecado, el que cometía ella y el que obligaba á cometer? Resolvió sin embargo, contárselo y refugiarse en ella, en su experiencia de anciana y en su cariño de madre. Aunque la asustara con la noticia, siempre se asustaría menos de lo que debía asustarse con la consumación del hecho.

Pálida y desazonada se levantó Elena á la mañana siguiente; contaba las horas y los minutos, presa de ansiedad contínua. Doña Dolores llegaba por costumbre antes de las once, salían juntas á tiendas ó á hacer ejercicio y tornaban antes que don Luis; revisaban los últimos preparativos del almuerzo y al llegar el abogado, sentábanse á la mesa sonríentes, satisfechas y comunicativas. Y precisamente ese día, en que la quería junto á sí, doña Dolores estaba en retardo, un retardo inexplicable que sacaba á Elena de quicio ¿por qué no llegaba? Con su tardanza y el avance sordo y socarrón de los relojes, iba á perderse la oportunidad única de confiarle todo, antes del arribo de su marido y Pedro. Lo que es después, no habría forma de que se encontraran á solas una ó dos horas; por muchos pretextos que para

ausentarse inventara, no podría prolongar la ausencia más allá de algunos minutos, insuficientes para su intento. En lugar de doña Dolores, llegó á las once un recado de la misma; que la excusaran si no los acompañaba á almorzar, una de sus tradicionales jaquecas la obligaba á no moverse de su casa y á no mirar la luz. Á poco, el carruaje anunció que don Luis y Pedro habían llegado.

Lamentaron el contratiempo de doña Dolores y se instalaron en el comedor, Elena en la cabecera de la mesa, Pedro á la derecha y á la izquierda don Luis, que andaba expansivo y contrariado por un incidente que les comunicó: una enojosísima discusión en la cámara de diputados, á la que no podía faltar; su honradez y su patriotismo se lo impedían, estaban de por medio intereses sagrados, concurriría y hablaría en contra, porque así se lo dictaba su conciencia. Volvióse á Pedro y á guisa de paréntesis, le recomendó que acompañara á su esposa á tomar el café; él no podía perder más tiempo. Se apresuró á terminar, mandó que sirvieran los postres y, mientras continuaba deslumbrándose con su propia tesis—llena de utopias políticas y de generosos arranques de hombre honrado

— Elena y Pedro habían perdido el color y se miraban aterrados, con una mirada vaga y desconfiada que significaba mil cosas: deseos carnales, temores fundados, remordimientos prematuros; una mirada idéntica á la que entre sí deben tener los homicidas antes de herir á la víctima que duerme descuidada, ó á la de los ladrones junto al cofre, abierto por olvido, y que de balde luce la complicada maquinaria que le hacía invulnerable. Guíados por la misma idea, interrumpieron á don Luis, medio extraviado entre los jardines en que tomaba el aire su fantasía, y Pedro le dijo que deseaba oirle en cuestión tan palpitante, que le llevara consigo para juntos regresar luego á narrar á Elena las peripecias de la parlamentaria lucha. Elena asentía con la cabeza, temerosa de terciar en la súplica y despertar con ello las sospechas de su marido. Don Luis lo declaró hasta tres veces: no podía complacerle, la discusión iba á ser secreta y ni él ni nadie estaba autorizado para introducir extraños.

— Créame usted que lo siento — finalizó halagado en su orgullo de orador de nota— pero me es imposible.

Dejó su asiento, arrojó la servilleta con nervioso gesto y se despidió de ellos como

siempre, besando á Elena en la frente y acariciando á Pedro en un hombro. Todavía del corredor regresó y, desde la puerta, con el sombrero puesto y el cigarro recién encendido, le gritó á ella:

—No te alarmes si vuelvo más tarde que de ordinario; ya sabes que estoy en el congreso.

Se marchó de veras; escuchóse el golpe de la portezuela del carruaje, el chasquido del látigo, el estruendo de la salida de los caballos y después, acompasado y majestuoso, el trote de los mismos, insolentes de su prosapia y de su precio.



XVIII

Recostado dentro del cómodo cupé, adormecido por el movimiento, por el perfume tenue del tafilete, por lo caluroso de la hora, don Luis cerró los ojos y experimentó una recrudescencia de conyugal cariño. ¡Cómo se felicitaba de haberse casado con Elena, una criatura tan irreprochable y amorosa, tan honesta y linda! Reía para sus adentros de los solteros, de los egoístas, que pasan junto á la dicha y renuncian á ella. Él mismo, si obcecado con sus preocupaciones antiguas, no se atreve á vencer las repugnancias que le inspiraba el matrimonio, se queda sin conocer la verdadera ventura, la que ahora le rejuvenecía, la que le multiplicaba los anhelos nobles y los ideales levantados. Bendecía la hora en que había conocido á Elena, la hora en que resolvió hacerla su esposa, la hora en que se casaron y, á partir de aquí,

tenía que bendecir hasta los minutos, hasta los segundos; cuando reclinaba su encanecida cabeza en el seno castísimo de la joven, cuando la miraba, cuando la acariciaba, cuando pasaba las horas á su lado embebecido con su belleza, sintiéndola cosa suya y, al propio tiempo, su reina y señora. ¿Qué vida podía apetecer que superara á la que vivía? Mirábase célibe, con la salud y el humor perdidos, entregado á merced de los criados, susceptible y gruñón, descontentadizo y antipático; el corazón, endurecido por el aislamiento, las fuerzas debilitadas por los años; tal vez una querida venal que le explotara y engañara; Pedro, con la familia que se hubiera formado ó huyendo también de tanto defecto; en fin, los horrores todos de un solterismo en la difícil edad que alcanzaba. Y volvía á engolfarse en las mudas alabanzas que prodigaba á su cónyuge; casados hacía dos años y ni una nube que empañara el límpido horizonte matrimonial, ni un altercado, ni un peligro en lontananza, nada; siempre luz y siempre dicha. En sociedad, consideraciones y envidias moderadas; en el hogar, la calma, la pureza y un afecto mútuo, sereno y duradero....

El carruaje, al detenerse, le volvió á la

realidad; puso serio el semblante, cual conviene á un padre de la patria, cuya hija está de cuidado; despachó al cochero con agridulce tono y, reposado y severo, penetró en el santuario de las leyes.

Insólito cariz presentaba el edificio; con abundante público en las afueras, que esperaba á que abrieran las puertas de las galerías superiores; bajo la columnata, diversos grupos de diputados jóvenes que se exhibían con ademanes de hidrófobos, con conversaciones en elevado diapasón, satisfechos de su encargo y ambicionando una popularidad legítima y ruidosa, que alguien del pueblo les adivinara las intenciones y los aplaudiera antes del combate, ahí, en medio de las cuatro esquinas. Las columnas de la fachada, algo inclinadas hacia la tierra, parecían valetudinarias que clamaran descanso, que sólo ambicionaran el reposo eterno; en el vestíbulo interior, la animacion crecía, multiplicábanse los grupos y apenas si del portero alcanzábanse á ver sus manos atareadísimas en repartir los "Diarios Oficiales" de ordenanza, pues su mesa desaparecía tras una infinidad de sombreros de felpa y de levitas negras.

Las vidrieras cerradas, el pasillo de alfom-

bra, los impasibles gendarmes y en uno que otro lugar visible, un escudo nacional, no eran bastantes á disimular la profesión antigua del recinto; precisamente por haber sido teatro y no serlo ya, se muere de tristeza y de fastidio, ni más ni menos que los cómicos —sus criaturas—cuando están sin contrata, se mueren de nostalgia por las tablas, por las amarguras de la carrera, por las malas aromas de los escenarios, por las emociones de la representación y por las indecencias de los bastidores.

Poco á poco fueron entrando todos, hasta que no quedaron sobre la acera más que los concurrentes á la galería, que continuaban en espera del instante de entrar á su vez y resarcirse allá arriba, en los asientos de madera, de la incómoda y prolongada antesala. Pero se convencieron de que era inútil su abnegación, que no les abrirían, y el más audaz se llegó á tomar informes del por qué de la medida. Mohínos y contrariados, prescindieron del espectáculo; reprobaban con sus ademanes y comentarios, la infeliz ocurrencia de la sesión secreta. No jugaban limpio aquellos señores, pues, si así jugaran, no necesitarían de recurrir á secretos ni tapujos; las audiencias en que tienen que ven-

tilarse asuntos graves, sólo públicas pueden ser.

Y se retiraron en mal contenido tumulto, mirando de reojo á los soldados, que en apiñada formación rodeaban el templo legislativo, dizque para evitar desórdenes; los obreros habían desertado de las fábricas y de los talleres, sacrificando un día de salario, por ir á ver cómo andaba la cosa y dar una mano en caso necesario, la blusa sucia y desgarrada, como están después de la fatigosa labor, y el puño duro, calloso, sólido, dispuesto á reconquistar lo que trataran de arrebatarles.

Los estudiantes, indignados y peroradores, con el ademán decidido, las teorías nobles, los rostros juveniles y sonrosados; pródigos en palabras levantadas, en proyectos de revoluciones patrióticas y destrucciones regeneradoras.

—Mueran los tiranos! Abajo el despotismo! — gritaban al desparramarse por las calles adyacentes, seguidos de caudas entusiastas.

En el interior, no andaban los ánimos mejor dispuestos. Diputados gobiernistas y diputados de oposición, increpábanse en corrillos para hacerlo á poco, con mayores

bríos, en la tribuna misma. El debate iba á ser trascendental; tratábase de un crimen de leso-patriotismo, al decir de los de la oposición; de una medida salvadora y urgente, al decir de los gobiernistas. Y en los dos bandos se alistaban las armas, se escogían los campeones, se apercibían á la lucha. Por fin el presidente se instaló bajo el dosel y, con nervioso pulso, agitó la estridente campanilla. Hubo su momentanea confusión mientras se instalaba cada cual, y la sesión quedó abierta. Hacían alternativamente uso de la palabra, los del pró y los del contra; entre éstos se hallaba inscrito don Luis, veterano en esas refriegas, respetado por su posición y temido por su saber. Le tocó hablar á lo último, dar el golpe de gracia, ceñirse los laureles de la victoria, alcanzada por un discurso elocuente que electrizó á tirios y troyanos, uno de esos triunfos de la palabra que hacen época en un parlamento, que pueden por sí solos formar una reputación y que se escuchan de tiempo en tiempo, cuando las circunstancias lo requieren y la patria lo agradece. De los poquísimos censores que resultaron, más descontentadizos que críticos, no hubo uno que no reconociera que el defecto del discurso estaría quizá en un ex-

ceso de optimismo, impropio de la edad y de los antecedentes de don Luis. Pero ya queda dicho más arriba; don Luis aquella tarde sentíase venturoso, todo le sonreía. Si hubiera podido sospechar el drama que entre tanto destruía su hogar, el hogar de que tan orgulloso se mostraba, probablemente no habría pronunciado discurso ninguno y, en el supuèsto de que alguno hubiera dicho, habría sido amargo, desconsolador y pesimista.

No bien dejó solos á Elena y Pedro, cuando ambos se sintieron cohibidos, con ganas de decirse una infinidad de cosas que les estorbaban hacía tiempo, y sin poder hacerlo. El criado que los servía, esperaba inmóvil á que concluyeran de apurar el café y ellos, por no despertar sospechas, se dirigían la palabra entre sorbo y sorbo, para decirse alguna generalidad y contestarse un monosílabo. La verdad es que no había por qué desconfiar del fámulo; su respetuosa actitud y su ignorancia absoluta del asunto, le convertía en inofensivo. Por más que prolongaban el contenido de las tazas, hubo al fin que dejar retirarlas, el mozo se apresuró á hacerlo, recogió después el mantel y aguijoneado por su apetito, marchóse también. Reinaba en la

estancia un silencio tirante; Pedro fumaba cigarrillo tras cigarrillo y Elena no se atrevía á mudar de postura, temerosa de provocar un arranque decisivo en su enamorado. ¡Extraña situación; solos despues de haberlo deseado tanto, con tanto que decirse y sin despegar los labios! El delito mismo que los atormentaba, aún no le cometían; la servidumbre, comiendo á distancia; don Luis, sin poder presentarse de improviso; visitas, remotas á tales horas y, sin embargo, así permanecían: él temblando por hablarle, ella, temblando porque no le hablara. Algo en la atmósfera y mucho en sus conciencias los conservaba en el martirio, prolongaba la inquisitorial situación; quizá la noble confianza del marido que los dejaba sin testigos, quizá la falta, que al acercarse, los aterraba. Todos los sueños locos, los secretos afanes, los deseos ardientes que habían experimentado lejos el uno del otro, se desvanecían cuando menos debieran desvanecerse, como fuego fatuo, como quimera. Habían suspirado por un momento semejante, por un instante en que pudieran á solas comunicarse y repetirse lo mucho que se querían, lo que sufrían, lo que ambicionaban y, nada, diríase que una muralla de hielo amortiguaba

sus bríos y para siempre los dividía. ¿Acaso no se querrían ya? Y asomándose á sus respectivos interiores, tenían que confesarse que sí, que se querían lo mismo que antes sinó más. Entonces ¿el amor no existe? ¿el amor ese que hace milagros, que resucita, que rejuvenece, no era inquilino de ellos? ¿habrían dado alojamiento á algún intruso ó algún vagabundo? Y el huésped protestaba; era el amor, el único que existe, el chicuelo de marras, miope, desnudo y sin entrañas; no tenía hermanos ni parecidos, pero le daba vergüenza mostrarse, hacerle una jugarreta al bueno de don Luis; hacerlos, á ellos mismos, reir primero y llorar después; por eso estaba quietecito y adormecido. Tranquilizados sobre este punto se hablaron:

—¿Por qué no toca usted el piano?—le preguntó Pedro.

—¿Qué quiere usted que toque, si hace tanto tiempo que ni le miro?

—Pues lo que á usted le parezca; cualquier cosa que anime nuestra conversación—replicó él, aludiendo á la ninguna que tenían.

Levantáronse con la serenidad recobrada; era en efecto indispensable el hacer algo, no podían quedarse así toda la tarde, el uno frente al otro. Los mismos criados encontra-

rían sospechosa esa quietud. Y como parecían resueltos á no aludir al punto peligroso, á hacer caso omiso de la oportunidad surgida, se llegaron hasta el *boudoir*, envuelto á esas horas, por lo acentuado de la estación y por las cerradas persianas, en un calor de invernadero y en una media luz de intimidades. Flores que se agostaban en uno que otro vaso de porcelana, contribuían á convertir en sofocante la atmósfera del cuarto; sofocación de buen tono, de las que incitan á recostarse en un mueble, á cerrar los ojos y, mientras el cuerpo reposa, dejar que el pensamiento vague á sus anchas por entre los recuerdos gratos ó por entre los anhelos sonrosados.

Elena sin advertirlo y por mero instinto de defensa, había dejado abiertas todas las puertas del tránsito; al llegar á su pieza favorita, hizo lo propio con la ventana y no reparó en Pedro, hundido á medias en los cogines del canapé. Entró el sol de rondón, un sol pesado, fisgón y canicular que rasgó sombras, hirió dorados, se acostó en el suelo, y tocó de paso los pies del piano y los de algunas sillas. Pedro, para defenderse, aproximó el biombo y le colocó de manera que le resguardara sin aislarle de Elena, á la que

contemplaría cuando tocara. Estaba satisfecho de su conducta, del dominio ejercido en sí mismo, de la sin par victoria que alcanzaba sobre el maldecido cariño que le inspiraba esa mujer y que, cual veneno lento, corroíale la entraña más delicada. Pero triunfaba valiente y denodado ¿qué mejor prueba? Solo con Elena, enteramente solo — y al pensar en esto sentía un temblor interno que le recorría el organismo — y no obstante, firme en sus principios, en sus propósitos de no mancillar, mientras pudiera, las canas de su protector con un delito casi involuntario, mas no por esto menos destructor y menos horrible. Asombrábale no poder moverse, mirarse embargado por un miedo infantil y por un respeto extraordinario. Todavía el respeto, le encontraba comprensible y dignísimo de encomio, pero el miedo ¿por qué le tenía? ¿por qué le inspiraba miedo la realización de su más bello ensueño? Y luego un miedo tan infundado, tan tonto, cuando los dos se hallaban solos, cuando los dos se querían, cuando quizá nunca más se les presentaría oportunidad semejante!.... En cuanto se imaginaba en el ataque, la figura de don Luis confiado y noble, se le aparecía de pronto y, don Luis ausente, imposibilitado

de impedir nada, podía más que don Luis presente, cuando delante de él hacía un cariño á Elena; ¡oh! entonces, lo que es entonces sí que habría hecho la mayor monstruosidad!

El piano, en tanto, charlaba con su dueña; en notas agradecidas y armoniosas le devolvía sus caricias; diríase que se quejaba del abandono injusto en que le habían tenido, así era de sentida la sonata en que conversaba, algo de Mendelssohn ó de Beethoven, una romanza sin palabras ó una melodía elocuente y apasionada. Elena miraba á Pedro sin verle, sobrecogida también de terror, también orgullosa de resistir la prueba. Aunque nada le hubieran pedido, se felicitaba de no haberlo ofrecido todo antes de que le pidieran algo; se felicitaba de conservarse tan recatada y tan honesta. Y saberse en poder de Pedro, la tenía nerviosa; tocaba y tocaba, como si el piano pudiera defenderla en un caso dado y, de tiempo en tiempo, comenzaba una oración en recuerdo del consejo sacerdotal: que rezara mucho en los instantes de supremo peligro! Tocaba inspirada y la música ganó á Pedro, le perturbó en su heroísmo, le hizo hervir la sangre; experimentó el comienzo de un vértigo raro

y se levantó, se acercó á Elena y le suplicó que suspendiera:

—No toque usted más señora, su música me hace daño.

Y ambos se acogieron á la ventana, como para atraerse testigos, la luz y el aire que de bracero recorrían las calles y se detenían en todos los jardines. Asomáronse á ella con fingida naturalidad, sin tocarse ni la ropa, la mirada perdida en los celajes de la tarde viajera. También la calle estaba silenciosa, su calidad de transversal la diferenciaba en eso de las grandes arterias; allá con intervalos, un carruaje que pasaba por las esquinas interrumpía momentaneamente la quietud, y volvía todo á quedar silencioso.

El aparecimiento del jardinero, allí á sus pies, acabó de tranquilizar á Elena; con un grito le avisaría y en un minuto habría puesto á la servidumbre al cabo de lo que ocurría. El jardinero canturreaba y se olvidó de levantar la cara; desenvolvió una manga de caucho, la ató á una llave de agua y principió á regar las flores y el césped del parque diminuto. Describía círculos, curvas; se ensañaba con un arbusto, regaba dos veces á una planta, y la lluvia finísima que repartía, evaporábase después de refrescar la tierra. Ese

perfume indefinible y excitante de la tierra mojada, á Pedro y Elena subíaseles á la cabeza; el salvador se tornaba en enemigo, le habrían prohibido que continuara, le habrían gritado que los perdía.

Elena, por más que ningún signo de Pedro la autorizara á interrogarle, con una secreta adivinación de que el peligro se acercaba—un estado patológico especial y análogo al que nos permite prever una tempestad mucho antes de que estalle—se volvió hácia él y le dijo:

—No ha de tardarse ya ¿verdad?

No le mencionó, porque le pareció inútil ¿quién si no don Luis había de preocuparla? Le nombraba en el último trance, como á su natural apoyo; hablar de su marido, invocarle, era plantarle entre Pedro y ella que se refugiaba en los derechos de aquél; era decir á éste que no se pertenecía, que era casada, que la tuviera lástima ya que ella se sentía sin resistencia. Pedro iba á contestar, mas al enderezarse, al mirarla inclinada en una curva arrobadora, perdió la noción de lo bueno y de lo malo, ofuscósele la conciencia, quebrantó sus propósitos, se declaró vencido y, sin hablarle, sin consultarla, la tomó del talle como se toma á una criatura.

Ella no protestó, ni se opuso, ni gritó, ni nada; desde que la tocó Pedro, sintióse transportada á otro mundo, sintió que su alma volaba y que su cuerpo se hundía.

Fué asunto de instantes; Pedro, con su preciosa carga, trémulo de pasión, de locura, ebrio de amor culpable y de deseos carnales, cruzó la estancia y desapareció tras del biombo, sin cuidarse de cerrar ni puertas ni ventanas.

Y mientras se ahogaban en un oceano de caricias, mientras confundían sus existencias y entrelazaban sus espíritus en un arranque de voluptuosidad nunca sentida, los chinos bordados en el biombo, parecían azorados de su involuntaria vigilancia, el sol se marchaba de prisa, como para no presenciar aquéllo, un coche á lo lejos doblaba la esquina con desapacible ruído, y el jardinero, continuaba con su canto sin dejar de regar el jardincillo de la morada..............................



TERCERA PARTE

I

¡Comenzó para Elena y para Pedro el poema negro de la mujer caída!

Período horrible en el que cada mirada significa una lágrima, cada palabra un suspiro de dolor y cada caricia un remordimiento! Que de todas las formas que el amor reviste, es la que más seduce de lejos y más envenena de cerca; que nos hace vivir un año en un día, nos roba la paz, nos destruye los anhelos nobles y nos acibara la existencia.

Antes de un mes, convenciéronse entrambos de que habían equivocado el sendero, de que por ahí, por donde ellos marchaban, no se llega á ninguna sombra amiga ni á ningún cobertizo hospitalario. Cómplices de un delito, querían separarse á cada día, decirse adiós frente al cadáver insepulto de su cariño mútuo; que se quedara así, en medio del arroyo, para que el polvo de los

años le fuera enterrando y enterrando hasta que no pudiera advertirse ni la menor huella del cuerpecito, ni en la memoria de ellos el menor vestigio de su despiadado infanticidio. Pero no podían desandar lo andado, satisfacer sus impulsos; no se resignaban á depositar el muerto en esa fosa inmensa que se llama separación, y no sólo engañaban á don Luis, á doña Dolores, á los sirvientes, á las relaciones, sino que se engañaban á sí mismos, hacíanse creer en la recíproca existencia de un afecto. Semejantes á los que se extravían en un bosque y que conforme más se internan más se pierden, sin confesar que tienen miedo, así ellos procuraban ahuyentar los malos presagios y los pensamientos sombríos. Casi hubiérase podido creer que se desconfiaban, por la pregunta que sin cesar se hacían; en cuanto estaban solos, cuando aprovechaban el murmullo de la conversación general, cuando los defendía una puerta ó los ocultaba una cortina, siempre la misma, siempre la duda enlutando esos apartes rápidos, esos hurtos de ventura:

—¿Me quieres?....

Y ante la respuesta afirmativa, cualquiera que preguntara, repetía:

—¿De veras me quieres?

Y entonces había que jurarlo por cosas sagradas y por personas venerandas, como si las respectivas protestas fueran insuficientes. En lugar del amor soñado, se encontraban con otro; lo que es ahora, sí que no les cabía duda de que era otro. ¡Qué diferencia entre el que divisaban antes de la falta y el que codeaban después! ¡Y de qué manera le codeaban, diariamente, supuesto que diariamente se veían!

Ni don Luis ni doña Dolores sospechaban nada, pues los culpables resultaron maestros en el arte del fingimiento. Delante de la gente conducíanse con exquisita reserva, sin dar señales de que llevaban muerta el alma, sin dejar subir á la superficie el hervidero de torturas en que se consumían. En un principio, quizá hubieran podido delatarse; la falta de hábito, la ignorancia de refinar la ficción, hacíales cometer ligerezas de riesgo. Rubores en Elena, que todo, hasta lo más disímbolo se le antojaba intencionado y alusivo; estremecimientos cuando alguna puerta se cerraba de golpe, cuando caía un mueble de improviso y cuando su marido hablaba alto ó la llamaba bajo, y en Pedro, olvidos de su verdadera posición de amante oculto, que le hacían temblar de delirio al pensar en mil

cosas, por ejemplo, que las formas que le cubría la ropa, él las conocía, las besaba y eran suyas también, aunque no con el descanso y la legitimidad que deseara. Se prometía no renunciar á ella nunca, porque se sentía cogido en red inextricable, aprisionado en cárcel perfumada y suave: aquel cuerpo de veinte años que tanto le había hecho sufrir antes de entregársele!

En el fondo, reconocía que su cariño aumentaba por más que no atinara con la causa, que lo era, la posesión material, ese pulpo voraz cuyos tentáculos son los recuerdos que abrazan y rodean á la víctima uno tras otro, sin descanso ni conmiseración. No podía resistir, defenderse; el mónstruo estaba ahí acechándole implacable, con los tales recuerdos que surgían á cada vuelta, á cada paso, muchos, incontables, infinitos, grandes, pequeños, medianos, que se multiplicaban y le ahogaban y le hacían pedazos.

Luego, la manera brusca y descompasada de recorrer el camino de los amantes, tan deliciosa y tierna cuando se trata de dos enamorados que pueden declarar su pasión á la faz del mundo entero, y cada avance es un encanto, un idilio cada progreso, ellos tenían que sufrirla sin quejarse aunque les hiciera

daño. Para Elena sobre todo, era tirana y cruel; las naturales delicadezas de su sexo, los rubores y las susceptibilidades femeninos, se desgarraban con las violencias, con los apresuramientos indispensables. Todo tenían que hacerlo con rapidez y con premura, sin tiempo de gustar el placer, como se despacharía el manjar más refinado en un paradero de ferrocarril, temiendo que el tren parta y nos deje abandonados en la mitad de un desierto.

La primera vez que Pedro la tuteó, no pudo ella reprimir un movimiento de sorpresa; llegó la frase inopinada y apremiante, sin halagarle la vanidad, sin dulcificarse con ruegos previos. Y así fué lo que siguió, y así tendría que ser todo.

La tarde aquella, la de la caída, cuando Pedro salió y quedó Elena sola en espera de su esposo, se echó á llorar desconsolada y convencida de que acababa de pasarle una gran desgracia, la mayor, la que más había temido. Entristecíala especialmente el que una cosa que tanto anheló realizar, fuera del deleite instantáneo y criminoso, sólo le produjera remordimientos y lágrimas. Lo peor, lo peor era que adoraba á Pedro; que por mucho que se supiera condenada, maldita,

indigna, acababa de compenetrarse con él, de entregarle á la par de su cuerpo, su alma, su honra, la honra de don Luis, cuanto tenía en propiedad ó en depósito; que nadie ni nada le importaba; que todo y á todos los daría por él, por complacerle, por contentarle sus más nimios caprichos. De lo que sí no andaba muy segura, era de poder presentarse delante de su marido, de contestarle en orden, de fingirle lealtad. Casi se arrepentía de no haberse fugado con Pedro en un coche de alquiler, disfrazados entrambos, según narraban las novelas que le habían llegado á las manos. Y conforme la tristeza del crepúsculo penetraba en el *boudoir* y teñía á muebles y objetos con un tinte delicado y melancólico, sentíase ella envuelta también en una tristeza infinita; no sólo había pecado sinó que deseaba continuar pecando, nada podía argumentarse en su favor; el demonio la tenía ganada y bien ganada, supuesto su afán de reincidir, de no formar más que un sér con su Pedro, suyo ya únicamente. De pronto, su pensamiento tomó rumbos diversos; estaba maldita y con razón, ella era la sola culpable, ella la que había instigado á Pedro, ella la causante y la responsable de la catástrofe. En vez de arrepentirse, de lle-

var una vida de penitencia y de martirizar el cuerpo — que era por donde había pecado — su perdición y su desgracia llegaban al punto de que olvidaba aquello y recordaba no más á Pedro.

La obscuridad del cuarto la amedrentó por lo que se asemejaba á la de su conciencia; le entró uno de esos miedos que sólo nos asaltan en la niñez y que requieren mucha luz, mucho ruído y el calor de la madre para desaparecer. Primero, fué aprehensión de que don Luis y todo el mundo le conocieran en el rostro la falta que infructuosamente trataría de ocultar, y á poco, la aprehensión tornóse en certidumbre, pasó á idea fija y degeneró en alucinación. Esta fué tal, que se quedó inmóvil, muda, sin poder llamar á la criada ni tocar la campanilla; figurábasele que cuanto la rodeaba, las sillas, el piano, las figuritas de porcelana, los hijos de Confucio que abundaban en el biombo, en la lámpara, en los abanicos de pared, todo se disponía y aunaba á delatarla con el abogado, á suministrar pruebas irrefragables, á rendir testimonios circunstanciados, á no dejar impune el hecho brutal; ¿pues qué, se imaginaba por ventura, que los habían colocado ahí sin otro fin que el ornato? Ya vería lo equivocada que andaba

cuando en coro ó uno por uno, se acercaran á declarar ante su legítimo juez. Elena los veía en efecto, los escuchaba y, los chinos sobre todo, asustábanla fuera de medida, pues aparte de ser los más al tanto en detalles y pormenores, con sus contorsiones fingidas, las muecas de sus caras alargadas y llenas de sarcasmo, sus ojos torcidos, los suponía crueles y muy capaces de llevar su amenaza á puro y debido efecto. Paralizada por el remordimiento, oyó la llegada del carruaje, el silbido del cochero y el rechinar de la reja al abrirse; oyó luego el golpe de la portezuela, y, por último, los pasos de don Luis que se acercaba, que á poco estaría á su lado y se alarmaría por la obscuridad, su aislamiento y su actitud. Urgía sobreponerse, hacer el esfuerzo supremo y aparentar lo que sintiera menos, y doliente, desvanecida, apoyóse en el muro, encendió la lámpara y se dejó caer de nuevo en el asiento; cogió una labor de esas que eternizan las manos de las señoras y les sirven lo mismo para disminuir tedios que para ocultar congojas, y esperó.

Radiante apareció don Luis; hasta por los poros salíale su triunfo oratorio, medio narcotizado aún por el incienso de las lisonjas y de los aplausos, con ganas de reir, de abra-

zar á su mujer, con ganas de contar su victoria á todo el mundo.

— Me he tardado — dijo consultando su reloj —pero triunfamos, es decir, triunfé. Lo que es en esta ocasión, se ha lucido el gobierno. ¿Y Pedro?....

Pedro se había marchado al obscurecer, impaciente por averiguar algo en la calle con un amigo ó con un periódico. Y mientras hablaba, mientras endilgaba esta sarta de mentiras con frescura tan admirable, Elena era víctima de dos sentimientos: alegría por no delatarse y tristeza por fingir con el aplomo con que fingía.

La comida, retardada, convirtióse en cena; pasaron al comedor y la verbosidad y contentamiento de don Luis eran tales, que á Elena se le disipó un tanto el nublado que la abrumaba poco antes. Claro que la cosa no había variado de aspecto, que la falta andaba por ahí pegándosele al vestido como perrillo faldero que no se conforma con que le olviden, pero valíale más no aclarar el enigma y aprovechar la bonanza de las circunstancias. Siempre creyó Elena que á la mujer casada que delinque podía cualquiera conocérselo, y al palpar ahora lo erróneo de su creencia, sentía un alegrón interno que le permitía

estar en la conversación; simular un interés del que se hallaba muy distante, reír con franqueza, ruidosamente y, Dios se lo perdonara, hasta cenar con algún apetito, como si nada hubiera pasado y ella continuara pura, respetada y respetable.

Excusado el decir si con disposición semejante en un auditorio tan querido para el abogado, no se enardecería éste; accionó, repetía pasajes íntegros de su discurso con ahuecada voz, cual si perorara en la tribuna; se exaltó, estuvo irónico. Elena hacía de galería impresionable; la entusiasmaban las frases retumbantes, esas que al final de un período, dejan en el oído eco entusiástico de música militar, y aplaudía de todo corazón. Don Luis, contó después las indecencias y chicanas de los gobiernistas, los cohechos simulados, todo el teje maneje de los congresos con sus envidias, sus odios y sus recursos de mala ley.

—¿Crees que á cinco de los nuestros, los invitaron á comer y los emborracharon para que no concurrieran á votar?....

—¡Qué poca vergüenza!—replicó Elena —y ustedes ¿cómo lo supieron?

—Pues por uno de ellos, el menos alumbrado, que se presentó hecho un mamaracho.

Pero nada les sirvió; los batimos y los batiremos siempre.

En esto, sonaron las doce en el péndulo del comedor y en seguida en los relojes públicos vecinos; el anciano triunfador tuvo una humorada, quiso felicitarse él también y se acercó á Elena, que de nuevo sentía el gusanillo del remordimiento, la besó en la boca, sin decir "agua va," envalentonado por el halagüeño cariz de su jornada; no se apeaba de su dicho: aquel había sido un buen día.

Elena, para tranquilizar su conciencia y por vía de indemnización que estimaba justísima, sin dejar de querer á Pedro, pensando en él y acariciándole con la memoria, devolvió á don Luis el beso recibido, con más los intereses devengados, y así resultó una catarata de ósculos que acabaron de trastornar al heroe político del día.



II

PEDRO, en efecto, había partido al obscurecer Salió disparado como si la dicha se le escapara y, más ligera que él, no pudiera alcanzarla ni volver á verla. Al fin, Elena era suya, acababa de serlo, de probarle por plástica y convincente manera, la correspondencia con que le favorecía. Y sin embargo, no se sentía feliz; el placer sensual, por lo instantáneo y próximo, no le dejaba más que una reminiscencia muy agradable, agradabilísima, pero que se empequeñecía junto á circunstancias superiores y que por lo mismo que en tropel le venían, no podía analizarlas con acierto. ¡Placer extraño que se presentaba asociado del dolor! Desde que había adquirido la certeza de que amaba á Elena, ni un momento, ni uno solo, dejó de experimentar desazones y quebrantos. Y cual si exigiera el cumplimiento de

lo pactado á algún deudor rehacio, murmuraba:

—¿Dónde están los prometidos goces, la ventura inacabable, los instantes de transporte extrahumano, vamos á ver, dónde están?

El deudor imaginario seguía mudo, ni siquiera un transeunte volvió la cara y Pedro estuvo á punto de negar que el amor fuera una verdad y un sentimiento real. Si no era así ¿por qué llevaba él dos veces de salir chasqueado? Cuando creyó querer á Magdalena y ahora que quería á Elena? Cierto que en esta ocasión mirábase asido con mayor fuerza, mas ello no le consolaba, ni le daba tampoco el usufructo pleno de los goces imaginados. La ofensa á don Luis, sin duda por haber pasado á la fatídica categoría de los hechos consumados, de lo irremediable, no le hacía el daño de antes, inquisitorial y brusco, sinō calmado, melancólico; algo así como la tristeza que deja en nuestro espíritu el desaparecimiento definitivo de una persona querida.

—Yo no tengo la culpa - se decía—bastante luché y resistí; y aunque me apena recurrir al destino – por ser maniobra propia de ignorantes y pusilánimes—comienzo

á creer en él, en su influencia sobre todo. Y mis remordimientos deben ser muy relativos, muchísimo; don Luis me ha llevado á un depósito de materias inflamables, á esa Santa Bárbara que se llama mujer, y, yo, sin advertir los riesgos, me he acercado distraído, no apagué este endiablado cigarrillo de juventud.... la explosión no se hizo esperar y nos ha herido á todos, así como suena, á todos; lo mismo á ella, que á él y que á mí! Que no vengan luego á exigirme responsabilidades, ni indemnizaciones; nadie, ni un jurado, ni un juez de derecho podría condenarme á nada. Que usted causó un mal gravísimo! Lo sé, sí señor, y bastante que lo lamento, más que ustedes que, al fin y al cabo, son indiferentes y extraños y público, pero ¿qué remedio tiene? ¿cómo vamos á hacer para que vuelvan las cosas á su estado inmediato anterior? Pruébeseme que estuvo en mi mano impedir la consumación del hecho y entonces inclino la cabeza y sufriré sin protesta cualesquier castigo que se me imponga. Mientras no me prueben tal cosa, y mucho tiempo ha de pasarse para lograrlo, no reconozco en ninguno el derecho de censura; lo que ha acaecido no es excepcional ni único; de lamentarse sí, ya lo creo, pero

nada más. Se la doy al mejor á ver qué me contesta: dos personas entran á una armería y al examinar de cerca un arma de fuego, se les escapa un tiro que va á herir de muerte, en su inconsciente y ciega necesidad de matar, á la persona que más nos es cara ó á la que debemos cuanto somos ¿hubo crimen premeditado ú homicidio involuntario? ... Se culpará al armero, al arma, al mismísimo Satanás, pero nunca al que por pura é inocente afición, se aproximó á manejar esos cachivaches.

No advertía Pedro que mientras más se afanaba por acarrear materiales para su defensa, más culpable se veía, y se engolfó en las argucias de su profesión, triunfó ante el tribunal imaginario que le juzgaba, hasta creyó percibir murmullos de aprobación: eran las hojas y las ramas que coqueteaban con los iluminados faroles de gas, perdidos entre los árboles de la Alameda. Entonces volvió en sí y tuvo miedo; sus argumentos y defensa vinieron por tierra y se contempló él tal cual era: un esclavo miserable de sus propias pasiones, un destructor de hogares ajenos, una individualidad como otra cualquiera de las tantas que codeamos, sin sospechar sus gérmenes internos ni sus propósitos diarios.

Se arrepentía; el placer sentido no era nada junto á las penas morales que le atormentaban. Hubiera dado hasta la vida, por reparar lo irreparable. El remordimiento que le atenaceaba, traía de su mano una figura que le dejó sin respiro, la figura de su padre envuelta en las nebulosas del recuerdo y evocada por la necesidad de sus consejos.

—¿Qué diría si lo supiera?

Volvería á morir, presa en esta vez de las más horribles congojas, convencido de que su hijo, el que debía ser orgullo de su nombre y aureola de su vejez, le escarnecía despiadado y torpe. Y con todo y todo, Pedro no podía prescindir de Elena; nó, ni entonces ni nunca. Su mismo martirio, ese acíbar que se le anunciaba inseparable, le apuraría gustosísimo con tal de que no le exigieran el abandono de su tesoro. Mirábase de nuevo en la escena de la tarde, en la posesión absoluta de la mujer que le enloquecia. Recordaba los menores detalles, recontaba los suspiros, los estremecimientos, las promesas; inclinaba el rostro y aspiraba á plenos pulmones los restos del aroma de ella, impregnados en la ropa de él, volviendo á embriagarle el cerebro y á ofuscarle la razón. Y se materializó, olvidó de intento cuanto la vida

encierra de noble y levantado, para halagar al carnívoro voraz qne alimentamos con nuestra médula; bendijo esos instantes de dicha sin nombre, que si más duraran nos matarían, cuando estrechamos junto al corazón á una mujer joven y bella que jura adorarnos y, sus besos, sus miradas, sus caricias, hasta sus lágrimas, todo es nuestro, nadie nos lo disputa y en el silencio de alguna estancia íntima y discreta, disfrutamos de aquello sin que haya nada que se le iguale! ¿Qué importaba sufrir? Á la larga, concluirían por vivir juntos y solos y contentos ¿quién le aseguraba que don Luis no muriera el día menos pensado?

—No es que yo le desee la muerte ¡Dios me libre! pero debe ser bastante viejo, por bien conservado que esté y, si en todas las edades nos hallamos expuestos grandes y chicos á dar el trueno gordo, con mayor razón en una edad como la suya. Y la antipatía aquella, invencible é injustificada que el abogado le produjo cuando se conocieron, renacíale próxima á tornarse en odio, un odio que no le parecía monstruoso sinó natural. Por poco si no declara culpable á don Luis de lo pasado y de lo por pasar. Había sido un temerario en aproximarlos á

él y Elena, en permitirles una intimidad tan grande ¿acaso sus muchos años y su vasta experiencia no le presagiaron el inminente riesgo? Y si por desgracia el diablo tiraba de la manta y se aclaraba el pastel, estaba seguro de que don Luis se sorprendería, sin que hubiera de qué. ¿Cuándo se había visto que la gente se sorprenda de que dos trenes de vapor se hagan pedazos en una colisión? Nunca, jamás; ni es posible semejante sorpresa; á lo sumo, se lamenta, y, si entre las víctimas había deudos nuestros, los lloramos y se concluyó. Eso hemos sido nosotros; nuestras dos juventudes representan á los trenes, nos hemos encontrado y fatalmente se ha producido la catástrofe. Si alguna culpa hay, esta pertenece á don Luis que también representa algo, el guarda-agujas; salió al camino creyendo en la existencia de una vía de escape, y en lugar de encender dentro de su linterna una luz roja que indicara peligro, nos hizo la señal con luz blanca y confiada. Tanto peor para él si ha resultado herido el primero ¿quién se lo manda? Sin embargo, es triste cosa ésta. Podrá serme antipático é inferior á todas luces y estar plagado de defectos, pero la verdad es que no merece que yo, su criatura y su protegido, le pague

robándole la honra.... Volvióse Pedro hacia las sombras del parque, más densas mientras más tiempo pasaba, y, encarándose con el cielo—tan estrellado y plácido que casi podía decirse que sonreía—exclamó:

—Pero entonces, señor, ¿por qué tenemos cerebro y corazón, pasiones y deseos?

Y triunfaba su honradez al declararle delincuente, suspendió las argumentaciones en su favor y abandonó el sitio que comenzaba á hacérsele pavoroso. Desembocaban en la avenida los carruajes que se retiraban de los teatros, y al pasar cerca de los focos eléctricos, entreveíanse bustos femeninos cubiertos por abrigos blancos; salían por las portezuelas, ráfagas de conversaciones animadas y de risas de confianza; las flamas de los faroles, oscilaban cual si se cayeran de sueño; los cocheros azuzaban, á los caballos ansiando descansar, mientras por la acera, marchaban de bracero los que carecen de coche, los que tienen que devorar á pie distancias respetables, y apresuran el paso, suprimen ó recargan la charla, según el humor, y que de repente, parecen desvanecerse al penetrar en las calles transversales y solitarias.

Pedro dobló rumbo al barrio galante, ani-

madísimo á tales horas, y no porque sintiera deseos torcidos ni mucho menos, sinó por distraerse, por ver si le asqueaba el amor de tarifa, el desvergonzado, el que ofrece una sensación animal á cambio de unas monedas. En las ventanas abiertas é iluminadas, tras de las rejas, las irredentas dirigían la palabra á los transeuntes, cantaban, reían, todo á voces, todo fatídico en el sentir de Pedro, como condena que á ello las obligara por indefinido tiempo. Acercóse á dos que le llamaron, enternecido de veras, gracias á la situación excepcional de su ánimo, creyendo á ojo cerrado lo que acerca de ellas cuentan las imaginaciones románticas, y que á las veces resulta cierto: que la miseria y la infamia de algunos seductores, alimentan ese ejército necesario y desgarrador; al través de su colorete y de su descoco, creía adivinar días sin pan, noches sin abrigo y llanto sin consuelo. Les dió dinero, lo que llevaba en el chaleco, y no quiso penetrar ni sacarlas á cena ó á copas. Volvería en otra ocasión, se los aseguraba, y con modales comedidos, dió la plática por terminada. Preocupábale una cosa muy grave, gravísima ¿pues no se le había ocurrido que Elena podría concluir en una de esas casas si don Luis la expulsaba del

mancillado hogar y si él entonces no se hacía cargo de ella?

— Vamos, que no puede ser, que disparate! Aunque Elena se halle en el peor de los casos, apelará á cualquier medio antes de parar en esto.

Cerca del hotel, le asaltaron unos celos espantosos, invencibles, que le hacían daño. De tan brusca manera le cayeron, que se le antojó un asalto nocturno perpetrado por malhechores prácticos, de los que se amparan en los vanos de las puertas y en lo negro de las esquinas. Figurábase que Elena en ese mismo momento, no sólo tenía que aceptar las caricias de otro hombre que no era él, sinó devolverlas con agrado espontáneo ó fingido. La rabia le ahogaba, dominábale un deseo insensato de correr á donde estuviera é impedir tamaño desacato; no se detenía á pensar en que carecía de derechos; que era él el único intruso; llegaría vengador y frenético, la arrancaría de unos brazos que por más que á ella no la mancharan á él le asesinaban, y se irían juntos, muy lejos, á un lugar ignorado donde él pudiera ser su solo poseedor. Nada más la idea de que Elena tolerara á otro, poníale fuera de sí. ¡Maldito amor que con tantos dolores se disfrutaba;

ningún otro, ni el que inspiran las mujeres perdidas podía compararse al suyo! Siquiera con éstas, se conoce de antemano el desesperante infierno con que nos brindan, y como la degradación es pública públicos son también los deleites y las tormentas. Y cuando el alma no puede más, cuando el dolor es tal que nos enloquece y ofusca, se termina por trágica manera, y á descansar en el cementerio; recordaba mil casos de compañeros de estudios y conocimientos de un día, que habían perdido la carrera y la vida en ese mar artero y encrespado. Pero los amores con una mujer casada, ninguna compensación ofrecen, ninguna — repitió alto como si alguien le contradijera.

Á solas en su cuarto, convencióse de que á pesar de los pesares, no podría prescindir de Elena.

— Estoy encadenado á ella; si un positivo milagro no acude á salvarme, que se cumpla mi suerte.

Se quedó dormido, pero impresionado cual lo estaba, soñó encontrarse en la cima de una montaña desde la que miraba perfectamente el curvo sendero de la falda. Á poco, escuchaba el jadear de una locomotiva, y luego, el de otra; saltaba á la vía un hombre que no

reconoció de pronto, el guarda-agujas que daba pase libre á entrambos trenes, levantando la linternilla á la altura de su cara: era don Luis. Pero ¿cómo se realizaba lo que él imaginó sentado en un banco de la Alameda? ¿por qué habría ido á parar en guarda-agujas y por qué daba vía expedita á dos trenes que marchaban en direcciones encontradas? Quiso advertirle á gritos, pero no le salía voz de la garganta; quiso entonces correr, retirarle del peligro, pues se acercaban las máquinas, ya estaban ahí, sus farolas delanteras arrojaban un resplandor rojizo y espantoso, y tampoco pudo; parecía enclavado en el sitio, condenado á presenciar la desgracia que con gran estruendo tuvo lugar, mezclándose en su pesadilla, las monstruosidades de ésta y los detalles del género aprendidos de memoria cuando el proceso del telegrafista.

Al día siguiente y al otro y todos, despertábase Pedro con ansia de mirar á Elena, de oírla, de pasar en su casa el mayor tiempo posible. Si le invitaban á comer, aceptaba al punto, y si no, salía mohino y descorazonado á vagar por las calles desiertas y á quejarse de su desventura con las estrellas y los edificios. Desde los primeros tiempos quiso saberlo todo, hasta lo que más daño le hacía, y

así preguntaba á Elena cuanto puede preguntarse: si don Luis la acariciaba y, sobre todo, si ejercitaba sus derechos maritales; ruborizándose de descender tan bajo, instigado por un sentimiento tan alto. Elena le engañaba, noble mentir, que le ahorraba á ella la vergüenza de violar los secretos del tálamo y á él la de saber que ocupaba el segundo número en el catálogo de sus obligaciones. Á ninguno de los dos sorprendía el emplear y comprender un lenguaje impropio de gente bien nacida; reconocían en su interior la fuerza de las circunstancias. Y en los cariños que mutuamente se prodigaban, cariños rápidos y vergonzantes cual si fueran una mala acción, ocultándose hasta de los criados y temblando hasta de su propia sombra, había algo de furioso y enfermizo. Se estrechaban iracundos, se contemplaban enternecidos; cambiábanse besos sombríos, miradas preñadas de mal contenido llanto, alejaban después la cara y, cual si los cobijara un espíritu nefando ó presintieran un porvenir lleno de desventuras y congojas, se miraban con una expresión de tristeza infinita.

Muy á su pesar y sin darse cuenta de ello, inició Pedro una obra de destrucción lenta y contínua, un trabajo de zapa, consistente en

censurar los hábitos, gestos, pensamientos y palabras de don Luis; cuanto éste hacía, pensaba ó intentaba, Pedro lo encontraba ridículo, exagerado ó tonto. En los meses que llevaba de relaciones con Elena, había recorrido vertiginosamente el camino inevitable para todo enamorado de mujer que no le pertenece. Comienza por encontrar suficiente que el dueño legítimo no advierta sus merodeos; la ambición mayor es engañarle y casi se le agradece el que delante de uno se muestre afectuoso con la que ha dejado de merecer su afecto, es una garantía de impunidad. Después, la vanidad herida — rara vez el amor — protesta y se encabrita; nuestro necio exclusivismo de masculinos soberbios, se opone á la coparticipación, se ofende de la regla de tres que uno mismo ha establecido, y todo lo quiere para sí.

Elena toleraba el acre censor que asomaba en Pedro, porque dos ó tres veces que algo se permitió objetar en obsequio de la justicia ó para rectificar una exageración, la cosa adquirió serias proporciones, saltaron á la palestra dicterios como verdugos.

— Era natural que le defendiera, al fin y al cabo era su marido, su señor y dueño mientras él, Pedro, no era sinó el suplefaltas,

el segundo, el faldero á quien arrojamos los desperdicios de un festín.

Y ella lloraba, tapábale la boca con las manos y con sus besos; desconocía al muchacho que poco antes la cautivaba con su fineza de modales y de dichos ¿por qué la insultaba? ¿no veía que se estaba muriendo por él, y que su principal desgracia consistía en verse obligada á continuar esa comedia que tan duramente le arrojaba á la cara? Pedro entonces doblaba la cabeza, arrepentido de veras, avergonzado de su brutalidad. Y los juramentos de amor sincero y de fidelidad eterna, reaparecían para calmar por cortísimo tiempo la desconfianza en que vivían; eran treguas instantáneas que aprovechaban agotando las delicias nacidas del sentimiento que los unía, por lo común, delicias materiales y lascivas.

Deslizábanse así las semanas y los meses; Pedro, con la idea fija de huír con su tesoro, de abandonar cuanto tenía y cuanto no tenía, de perderse en algún lugar ignorado y concluír allí sus días. Cada vez que participaba á Elena sus proyectos, ésta de pronto se entusiasmaba, adornaba la fuga y la imaginaria existencia que había de seguirla, con muchos detalles de su fantasía en que Pedro

no pensaba pero que, al oírlos, encontrábalos hacederos y primorosos; entrambos ofuscados por la necesidad de sufrir menos de lo que sufrían. Mas, á poco, sus situaciones respectivas ahogaban los planes halagüeños y los transportes y los idilios; imposible el llevarlos á cabo, á millares surgían los inconvenientes y los tropiezos; hasta la silueta de los gendarmes aprehensores se destacaba inquisitorial y precisa. Luego, el escándalo; no encontrar trabajo; vivir siempre escondidos, el nombre cambiado y allá, muy lejos, como en el campo se miran las tormentas pluviales que lo mismo pueden empaparnos que dejarnos enjutos, adivinaban los dos el mútuo hastío, una desesperación sin límites por lo inútil del sacrificio y, quién sabe si no, por final, la intolerancia, el abandono y el odio!

En ocasiones, complacíanse en allanar todos los inconvenientes, en dar salida franca á todas las objeciones y nunca, jamás, vencieron la principal, la que los torturaba más, la imagen de don Luis, que como el espectro de Banco, presentábaseles sin faltar una sola vez á echar por tierra sus mejores edificios y á desmoronar sus más sólidos castillos aéreos. Era inútil tarea no invitarle, no ha-

cer mención de él, juntarse mucho, tanto, que los labios del que hablaba rozaran las orejas del que oía, aparecía siempre á colocarse en medio de los dos, separándolos eternamente.

—¡Ay!—pensaba Pedro después de sufrir estos desencantos—¿por qué los legisladores del mundo entero se habrán preocupado y seguirán preocupándose de hallar para los adúlteros un castigo proporcional á su falta? Ó son unos cándidos y unos ignorantes ó jamás ninguno de ellos ha cometido adulterio.... ¿Qué peor castigo que el adulterio mismo? ¿Dónde encontrar otro que siquiera se le iguale? Yo de juez, condenaría un adúltero á la reincidencia y estoy seguro de que preferiría hasta la pena de muerte. Ya lo creo. Si uno supiera lo que es esto, si siquiera pudiera adivinarse la mitad de la mitad, nadie lo perpetraría si no por moral por egoísmo á lo menos! No podemos ni confiar nuestra pena, porque en caso de hacerlo, si el que nos escucha es amigo, tratará, para curarnos caritativamente, de birlarnos á la querida y, si es enemigo, excuso decir á ustedes. Ella, cuando bien le vaya, quedará de casquivana y yo de canalla.

Elena, por su parte, caminaba de sorpresa

en sorpresa ¡qué diferencia entre lo soñado y lo que palpaba! Ni una ilusión florida, ni un halago, ni una delicadeza; había soñado con un jardín y se encontraba con un páramo. Cada palmo que pisaba de terreno nuevo, significábale doloroso golpe, un cardo ó un abrojo que se le clavaba en el alma, que rasgaba su exquisita sensibilidad femenina y en el que no reparó al entrar. Y aunque los cardos y abrojos abunden en todos los senderos de la vida, la mujer está organizada para que el hombre que elige por compañero, se los arranque con suavidad y cure después con sus besos las pequeñas heridas. Elena tenía que llorar éstas en silencio, porque don Luis estaba imposibilitado de verificarlo por sus años, y Pedro se los arrancaba sin miramiento, debido á la falta de tiempo y de derechos.

Don Luis permanecía ignorante y confiado; nada, lo que se llama nada había venido á despertar sus sospechas, sus primordiales temores ó sus celos de esposo anciano. Y no porque con la edad se le hubiera embotado su penetración ó enmohecido la inteligencia, muy lejos de eso, sinó porque la humana condición es así. No advertía el horrible drama que se representaba en su presencia; continuaba tranquilo y feliz, como

esos pasajeros de los grandes vapores cuando el fuego se declara en las bodegas del buque, y no sospechan que llevan la muerte tan cerca. Acuéstanse risueños, comen con apetito, pasean por la cubierta y, los fulgores de la puesta del sol en el horizonte sereno y azulado, los acarician y les adormecen las reminiscencias del hogar lejano y las facciones de las personas queridas.... Sin embargo, la menor indiscreción de la gente de abordo puede ponerlos al tanto, hacerlos informarse, reclamar y hasta destruír, pero antes, nó; oficiales y marineros tienen el rostro habitual, sus costumbres invariables, conversan y engañan á los viajeros hasta que no pueden más ó hasta que el incendio se anuncia por sí mismo.

Doña Dolores estaba todavía más ignorante que don Luis, y si bien es cierto que á las veces, juntos comentaban los cambios del carácter de Elena y juntos trataban de aplicarles remedio, también lo es, que ni por las mientes le pasó á ella la verdad de los hechos. En su ceguedad de madre, llegó á imaginar que la chica estaría en cinta y al estado interesante atribuyó las novedades observadas. Lo comunicó á don Luis, quien perdió la cabeza ante la posibilidad de tener un hijo

en su ídolo; ni con la idea sola quiso encariñarse nunca, porque la perspectiva de dicha tanta, hacíale reír á solas y envanecerse de su paternidad problemática. Después de todo ¿por qué no había de ser posible? Por docenas podía citar casos análogos de hombres mucho más viejos que él engendrando vástagos que eran una maravilla, y volviéndose á doña Dolores, con emoción mal disimulada, exclamaba:

—Pero de veras cree usted que Elena?....

—Y ¿por qué nó, señor don Luis, por qué nó?

Entonces era de ver cómo se arrebataban la palabra los dos ancianos, en qué discusiones se empeñaban, cómo disputaban hasta el sexo de la criatura, que nacía al fin muy traída y muy llevada en la conversación. Resolvieron no decir nada á Elena sinó vigilarla y cuidarla lo más posible.

—¡Si fuera hombre!.... decía don Luis refiriéndose al heredero por nacer; y por algunos instantes, se abandonaba al ensueño más grato de toda su vida; ensueño que compendiaba su larguísimo celibato, sus tendencias al amor y á la vida de familia, ensueño que sintetizaba sus afanes de hombre honrado que posee un apellido sin man-

cha: ser padre, tener á quien legar la conquista de muchos años de labor, recrearse en el retoño que miramos crecer á nuestro lado; dar una vida que endulce la nuestra; confundir nuestras canas entre unos rizos negros y sedosos; olvidar que hemos sufrido y que hemos luchado, junto á un cuerpo que se acurruca en nuestros brazos; sacrificar el egoísta y eterno "yo" ante un tierno y amado "él"; olvidarnos de nuestra vejez al contemplar embebecidos una infancia; formar un hombre y, si posible es, un hombre ilustre y bueno; inutilizar, creando, la destructora obra de la muerte, y uno marcharse con el convencimiento de que disfrutó en este bajo mundo, la verdadera felicidad.

—Me conformaría —continuaba don Luis —con que se pareciera á Pedro en lo físico y en lo moral; en lo moral, sobre todo. He aquí un muchacho modelo, lo que se llama modelo. Tengo alboroto de sorprenderle en un acto reprobado, en una mala acción; y tengo alboroto porque sé que es imposible, porque se necesitaría un cúmulo inverosímil de circunstancias para que la ejecutara. ¡Cómo se lo pondría de ejemplo á mi hijo y cómo me agradaría que le imitara!

En un arranque de confianza y expansión, hizo sabedor á Pedro de lo que él y doña Dolores sospechaban, se alegraría con ellos y de mancomún concertarían lo más prudente y atinado para que el suceso alcanzara un término satisfactorio. Pedro tuvo que hacer poderíos para disimular, sintió literalmente que una víbora le mordía el corazón y, con la mordedura, unas ganas inauditas de matar á todo el mundo, Elena inclusive. Y en su próxima entrevista con ésta, se extralimitó, dejóse llevar de su celosa ira y la colmó de improperios, de denuestos, siendo lo más curioso que, en su frenesí, no le decía el por qué. Ella quiso conocer el motivo y Pedro acabó de perder la brújula, levantó la voz, con grave riesgo de que los criados se enteraran, y tomándola de los brazos, delirante, ciego, le decía;

—Te has lucido y te felicito; sólo esto nos faltaba y ya sucedió! Supongo que ahora no tendrás nada que alegarme, á menos que no digas alguna de las mentiras con que estás envenenándome. ¡Infame! Díme que me quieres, atrévete á jurármelo de nuevo y te ahogo aquí mismo, en tu propia casa, aunque después se junte el cielo con la tierra!

—Pedro, por Dios, cálmate, te lo suplico. ¿En qué te he faltado, dímelo, en qué?

— Ah! ¿no lo sabes? Pobrecita, realmente no es fácil que lo sepas; con que lo sepa tu marido, basta y sobra. Después, cuando ya no puedas ocultarlo, me dirás á mí cualquier cosa y seguiremos tan contentos ¿no te parece? Pues te equivocas; lo que es esta vez te has equivocado. Hoy acabamos pero acabamos para siempre ¿qué puede importarte? Me mataré ¿lo oyes? me mataré por darte gusto, por dejarte tranquila en tu majestad de esposa y en tu paraíso de madre! Sólo que vas á hacerme un favor, el último con que te importuno; no me recuerdes ni me menciones nunca, porque hasta mis cenizas se quejarían....

Elena le escuchaba llorosa y trémula. Las frases de Pedro, le hacían el efecto de latigazos en el alma, por mucho que reconociera la pasion grandísima que las dictaba. Perdonábalas de antemano, pero exigió saber el orígen de la crisis, saberlo todo. Y cuando lo supo, cuando Pedro al fin le contó la confidencia de don Luis, ella invocó cuanto tenía de sagrado y respetable para sacarle del error; aquello no era cierto; ni á ella le habían dicho una palabra ni sentía nada tampoco.

—Créeme Pedro, te juro que lo que yo te digo es la verdad. ¿Quieres una prueba, la mejor de todas, la que no puede dejarte ni sombra de duda?.... Diré que siento algo, haré que un médico me reconozca y ya verás cómo tengo razón ¿te conviene?

Ya lo creo que le convenía; y se echó á llorar abochornado de su comportamiento, de no poder reprimir unos celos tan cruelmente sentidos y tan bárbaramente manifestados. Le pedía perdón arrodillado, besándole los piés y la orla del vestido. Era un miserable y un canalla y un mónstruo, pero ¡sufría tanto!

—Debo darte lástima; lo que hago es propio de un loco y te aseguro que yo no soy otra cosa. ¿De veras me perdonas? ¿Nada te queda dentro que con justicia se oponga á tu perdón? Haré lo que tú me mandes, por desagraviarte. ¿Si vieras qué asco me doy después de una escena de éstas y cómo me considero indigno de tu cariño?.... Y te juro que quisiera tratarte de muy distinta manera, tenerte en perpetua idolatría, que ni el aire te tocara, pero no puedo; no puedo; en cuanto pienso en ciertas cosas se me va el sentido!

Perdonáronse mútuamente; triunfó el amor, triunfo efímero, aparente como su amor, y que duraría cortísimo tiempo. Desde que eran el uno del otro, no disfrutaban de calma, ni de placer, ni de vida.



III

"Mi Elena adorada:

" Seis días sin mirarte, no sé como los he
" resistido. Algo me consolaría saber que tú
" no los pasaste mejor que yo, que has pen-
" sado en mí sin cesar, que cuentas hasta los
" minutos que faltan para vernos de nuevo.
" ¿Si vieras el efecto que me causó tu carta?
" La he leído mil veces lo menos, empleando
" todos los tonos, desde la risa hasta el
" llanto; parecíame que te tenía á mi lado,
" que escuchaba tu voz, y besaba el papel
" con furia, me le habría comido ¡que sé yo
" lo que hubiera hecho! Dios le tenga en
" cuenta á tu médico esta peregrina ocurren-
" cia de mandarte á tomar los tales baños
" sulfurosos ¡cómo si los necesitaras! ¿Sabes
" por qué te mandó? por quitarse de encima
" los lamentos del pobre de don Luis. Declá-
" rate curada, no prolongues más allá de

“ una quincena esta maldecida ausencia;
“ piensa en que sin tí no vivo, que eres
“ cuanto tengo y cuanto deseo. Vuelve, te lo
“ ruego, no me obligues á cometer la locura
“ de trasladarme allí bajo cualquier pretexto
“ y vayamos á despertar importunas sospe-
“ chas. Me dices que estás celosa, que me
“ desconfías? ¡Ingrata! ¿Y qué diré yo, que
“ tolero tu vida con otro hombre, que permito
“ que te acaricie y que tú le devuelvas sus
“ caricias? Por mucho que me lo jures ¿cómo
“ quieres que crea en el platonismo y en la
“ pureza de esas mismas caricias?... Y pien-
“ so en esto y en el acto trastórnanseme las
“ ideas, me siento congestionado de malos
“ instintos, con una criminalidad latente que
“ me espanta porque jamás la sentí! Com-
“ prende mi sacrificio y en vez de despre-
“ ciarme, quiéreme y admírame. No puedes
“ figurarte lo degradado que me contemplo
“ con todas estas tolerancias que se me im-
“ ponen; el amor, que según malas lenguas
“ es el mayor bien de la tierra, para mí no
“ ha sido sinó una inmerecida y despiadada
“ maldicion. A él le debo mis instantes más
“ amargos, mis horas más negras, mis días
“ más espantosos! Conozco lo que te hago
“ sufrir, que en ocasiones te trato de una

“ manera indigna para los dos, pero ¿crees
“ que lo hago por mi gusto? Cuando en pú-
“ blico te manifiestas amable con tu marido
“ y apenas amable conmigo ¿si vieras lo que
“ siento? Ni á tí ni á nadie deseo semejante
“ sensación; éntranme deseos de declarar ahí
“ mismo, delante de todo el mundo, que son
“ unos cándidos si se fían de las apariencias;
“ que tú eres mía, que te adoro, y que esa
“ frialdad con que me hablas, la derrito yo
“ en cuanto estamos solos, con mis besos
“ apasionados y delirantes! Y hago esfuer-
“ zos sobre humanos, me contengo y finjo, ó
“ abandono la estancia en busca de una tran-
“ quilidad que nunca encuentro!

“ Ya ves, en menos de un año, estoy hecho
“ un viejo física y moralmente, y si esto se
“ prolonga, no resistiré mucho, te lo aseguro.
“ Antes, creía que eran cosas de poetas ó de
“ desequilibrados eso de tener el alma enfer-
“ ma; lo que es ahora, no lo dudo sinó al con-
“ trario, me la siento enferma y bien enferma
“ por desgracia. Luego, no tengo ni el con-
“ suelo de explayarme con nadie; mis triste-
“ zas, mis alegrías, todo, hasta mis lágrimas,
“ lo devoro abandonado y solitario. Si no
“ tuviera tu recuerdo que, por egoísmo no le
“ permito que se me separe, sufriría más aún.

" Tú, en cambio, no creo que padezcas
" tanto; perdóname, pero no lo creo. Es cla-
" ro que no has de hallarte en un lecho de
" rosas, pero también lo es que las espinas
" en que ambos nos encontramos no te hacen
" mucho daño ó que eres más resistente que
" yo para tolerarlas.

" ¿Te has divertido? ¿Concurres á teatros
" y paseos? Yo salgo poco; al bufete y á la
" fonda; una que otra ocasión me llego á pie
" hasta el paseo y regreso de noche, solo
" siempre. Ayer me entré al teatro Arbeu,
" donde daban una zarzuela de tu gusto, y
" tuve que salirme después del primer acto.
" Me hacía la ilusión de que estabas en algu-
" no de los palcos; alzaba la cara y, aunque
" no te encontré, estaba yo seguro de que
" andabas por ahí. Al pisar la calle, me con-
" vencí de que donde únicamente habitas á
" perpetuidad es en mi cerebro y que por
" eso me acompañas á todas partes. Puedes,
" pues, vivir tranquila acerca de mi fidelidad
" ¿cómo quieres que tenga ánimo de ver y
" frecuentar otras mujeres — buenas ó malas
" — si mi voluntad y mis anhelos te los lle-
" vaste tú, quizá sin advertirlo, en una de tus
" maletas? No seas tontita; ¿qué me importa
" nada ni nadie si me faltas tú?

" Hasta pronto, cielo mío; piensa en mí
" nada más, lo mismo dormida que despier-
" ta. Te mando muchos millones, una fortuna
" inagotable de besos; todos los que sean
" necesarios para envolverte en dulce cora-
" za de pasión. Con los que te sobren, harás
" un equitativo reparto entre los objetos que
" te rodean, para que se impregnen de mi
" cariño y cuando los toques, te hablen de
" mí en mudo y sentido lenguaje. No te olvi-
" des de dar su parte, y que sea preferente, á
" las prendas de tu vestir que disfrutan la di-
" cha suprema de estar adheridas á tu cuer-
" po y, por ultimo, vuelve á pensar en mí.

PEDRO."

" P. S.—¿Tienes confianza suficiente en la
" criada que ha de recibir esta carta? Vigila
" á aquélla y quema ésta."

Cerró su carta y se dirigió al correo para certificarla; iba rotulada á una sirvienta antigua de Elena, que parecía dispuesta á sacrificarse por su ama.

Acababan de iluminarse los focos eléctricos de la administración principal de correos cuando Pedro entró, y el patio ofrecía á tales horas una animación extraordinaria. El pequeño edificio de casilleros postales, con su chapa metálica y sus calados intersticios por

donde se cuela la luz que sirve á los empleados que dentro de él trabajan, simulaba una fortaleza de juego, de esas que se ven iluminadas con magnesio al fondo de los escenarios, en el apoteosis final de una comedia de magia. De su interior y del interior de las demás oficinas — con puertas y ventanas sobre el mismo patio — salía un ruído complejo y especial; diálogos breves, fragmento de conversaciones, choque de monedas contadas de prisa para dar el vuelto, el golpe seco y monótono del sello que toma tinta y cae sobre las cartas, y el silbido de éstas, al resbalar en el plano inclinado y negro de los buzones que bostezan.

Por todo el recinto, continuaba el rumor; gente que entra á la carrera antes de que cierren la estafeta; personas que interrogan por el buzón que necesitan y que no saben dónde está; conocidos que se encuentran y buscan los ángulos para echar un párrafo y fumar un cigarrillo; individuos que escriben inclinados ante las repisas de mármol; otros que trabajosamente leen las listas de las piezas rezagadas; empleados que cruzan afanosos, con la pluma en la oreja; carteros que arriban y carteros que parten, limpiando el sudor de las gorras, las bolsas de cuero ter-

ciadas en el hombro; y, en la puerta, recibiendo fardos repletos de correspondencia, las diligencias, los carros y el tranvía encargados de llevarlos á las diversas estaciones de los ferrocarriles.

En la oficina de certificados contestaba Pedro á las preguntas de rigor, cuando oyó á sus espaldas un apellido y una voz que creyó reconocer; se volvió para cerciorarse y quedó como petrificado. Antonio Correa, su antiguo condiscípulo, su amigo único, el hermano de Magdalena, alargaba la mano y certificó también una abultada carta. No hubo lugar ni á saludarse siquiera; la masa compacta de gente que los rodeaba, en su flujo y reflujo, les obligó á permanecer el uno junto al otro, los puso en la puerta del patio y, ellos, procuraban mirar á otros sitios para ahorrar una explicación y un disgusto. Ya en el patio, pudieron respirar y separarse; demasiado se habían observado y demasiado que se dieron cuenta del cambio sufrido por cada uno, durante los años que habían cesado de verse. Ambos eran unos hombrazos completos, con toda la barba, y, las facciones en general, visiblemente acentuadas. Antonio más grueso, de mejor color; Pedro, flaco y pálido, pero más ele-

gante. Aquél olía á campo, á salud, á tranquilidad; éste á ciudad, á vida nerviosa y agitada. Pedro huía el bulto, indeciso entre escabullirse ó ir á estrechar ese corazón amigo que no le haría ascos—la rarísima ocasión en que dos hombres quieren entenderse se entienden de veras—y optó por lo primero, le impelía el remordimiento de la falta cometida años atrás. Pero oyó que Antonio le llamaba, por lo bajo primero, para no llamar la atención, y después alto, lo más alto que pudo:

—Pedro, Pedro!

Entonces sí que se volvió y, corriendo como un chiquillo, con el llanto en los ojos, las palabras prisioneras en la garganta y henchida el alma de reconocimiento, cayó entre dos brazos robustos que le estrecharon al recibirle y sintió que el pecho en que apoyaba su cabeza, estremecíase á causa de los sollozos que se le escapaban, sollozos de esos que hacen mucho bien porque nacen de muy hondo y van muy lejos! Nada se dijeron ¿para qué? Cierto que no podían hablar, pero cierto también que con el prolongado y cordial abrazo se lo habían dicho todo. Así confundidos permanecieron un buen rato; codeados y magullados por una nube de in-

diferentes, que si acaso advertían la escena, reían para sus adentros y pasaban sin detenerse. Salieron ellos á la calle, en silencio siempre; sólo de cuando en cuando, sus manos se buscaban para darse un apretón expansivo y mudo. En vez de tomar rumbo á la plaza de armas, marcháronse hacia la Academia de San Carlos; querían estar solos y charlar á sus anchas. Sentía Pedro un mundo de çosas en el que había lo alegre y lo triste, recuerdos, ensueños y deseos. Lo que primero formuló, fué una pregunta llena de ansiedad y de afecto:

—¿Y Magdalena?....

—Bien—repuso Antonio—ó más bien dicho, mal, muy mal, malísimamente mal! Desde que sucedió aquello, está inconoscible; todo, absolutamente todo le es igual, nada desea ni por nada se queja tampoco, pero te aseguro que parte el alma verla. Yo ya sabes que me casé; tengo ahora tres chicos monísimos, dos varones y una mujercita *(exclamó dejándose llevar de su amor de padre y distrayendo la conversación)*.... Bueno *(después de una pausa)* á mí me nombraron juez y.... ¿no sabías?

—Sí, hombre, sí; ella me lo escribió en su última carta ¿qué más?

—Con la separación y el juzgado y mi luna de miel, no me sorprendió el que nada me dijeran de tí; ni si habías vuelto, ni si pensabas volver, ni nada. Pero á eso del medio año, le pregunté á mi madre por el estado de tus amoríos con Magdalena. Sí, como lo oyes ¿pues qué te crees? ¿que nos habías engañado á mi madre y á mí? Tonto, retonto y diez mil veces tonto, ¿ignoras que es muy difícil engañar á una madre, y que la mía me puso al cabo de lo que ocurría?.... La pobrecita me contestó una carta llena de circunloquios, en la que asomaban ya disculpantes para tí; que la cosa se había resfriado, que tú escribías poco, que Magdalena no confesaba y que temía que el asunto no pasara de una muchachada. Paré la oreja porque te conozco, porque te sé incapaz de una villanía, porque me gustabas para cuñado y á mi madre le encantabas para yerno. Insistí porque se me dijera la verdad, te defendí sin que nadie te atacara, declaré que era preciso algo muy gordo para que te condujeras como un cualquiera. Y me contó la verdad, me mandó tu carta á Magdalena y luego, un mensaje que me dejó helado: "Tu hermana se muere, ven." Volé á Veracruz; Magdalena gravísima, nosotros locos, tú maldecido por

la familia y, te lo juro por mi honor, con poquísimas probabilidades de sobrevivir á Magdalena. Con todo y lo que te quiero, te habría matado! En fin, que la muchacha se salvó gracias á Dios y á un médico que le volvió la vida á su cuerpo; lo que tiene incurable es la herida del alma; por dicha, entereza le sobra. Durante su convalecencia y alguna vez en que yo echaba pestes contra tí y en que mi madre—que es una santa—trataba de calmarme, Magdalena nos llamó y nos pidió un favor que no pudimos rehusarle. "Miren—nos dijo—ustedes deben darme gusto, porque me quieren y porque el médico ha ordenado que no me contraríen. Les ruego que delante de mí no vuelva á hablarse de ese señor—y á tí se refería. Hagan de cuenta que á mi novio le arrebató la muerte ¿me le recordarían á cada paso? ¿verdad que nó? Yo les juro que Pedro, para mí, está muerto y bien muerto." A partir de entonces, y hace ya casi dos años, tu nombre no se pronuncia nunca en aquella casa....

Pedro, que llevaba tiempo de estar en un potro, no pudo más, se detuvo, detuvo á Antonio y, cual si le hiciera un reproche, prorrumpió:

—Me has hecho infeliz con no matarme!

No te lo agradezco, no quiero ni que te figures que te lo agradezco, al contrario. Si me hubieras muerto y es verdad que hay otra vida, desde allí te estaría colmando de bendiciones, á tí y á los tuyos y en un paroxismo de exaltación, como un poseído, continuó:

—¿Acaso no te imaginaste que algo muy grave y muy horrible me impide realizar mis proyectos y cumplir mi palabra de caballero? Pues ¿por qué no me mataste? No soy cobarde ¿verdad? te consta que no lo soy, y si bien jamás me has conocido de camorrista, sabes que soy hombre digno *(reflexionando un punto)* que lo era, que lo fuí; ¿crees que á pesar de la razón que te asiste me inspiras miedo? ¿que reuhiría un lance?.... Y sin embargo, te pido perdón á tí y á tu madre, y á Magdalena sobre todo; lo único que lamento, es no hacerlo hasta ahora y no poder darles otra reparación.... vamos, mátame, te juro que no me defenderé.... que soy un desdichado, concluyó abrazando de nuevo á Antonio que le miraba estupefacto.

—Vaya, serénate - añadió éste y abre ese pecho. No te maté, ni te mato, porque no soy un criminal, porque no puedo dejar de quererte, y creería cometer un fratricidio,

porque mi ensueño más sonrosado consistía en unirte á mi hermana, en verlos felices, contentos y viejos, porque ya que la casualidad me trajo á Méjico y ahora nos junta, no partiré sin intentar tu cura, sin alcanzarla quizá.

—¿Estás loco? ¿curarme? ¡qué ilusión! Ni tú ni nadie; mi enfermedad no tiene cura, digo mal, sólo una tiene, la muerte. Te digo que nó, no insistas, te lo suplico.

Tan absortos habían caminado, que cuando lo advirtieron, se hallaban ya alejadísimos del centro, en pleno arrabal de San Lázaro, temible por sus actuales moradores. Para llegar hasta allí, habían pasado por el Méjico viejo, por todas esas calles antiguas que se resisten á desaparecer, que se asustan de las reformas municipales y quisieran morir en paz, amortajadas en sus tradiciones y en sus recuerdos.

Como los ancianos recalcitrantes y atrabiliarios que no desean tener nada de común con las edades modernas, que huyen del tumulto, del ruído y de la luz porque el primero los alarma, el segundo los enferma y la tercera les lastima la cansada vista, así estas calles valetudinarias se recogen temprano, no han admitido teatros, el tramvía las cruza

de mala gana y el alumbrado de gas les llega sin fuerza casi, para consumirse amarillento y tétrico dentro de los reverberos.

De entre la línea recta de los inmuebles, surge de repente algún caserón de piedra ennegrecida por los años y las vicisitudes, con los barandales de los balcones y las rejas de las ventanas, de hierro retorcido en contorsiones de sentenciado á hoguera; el zaguán, de roble macizo, defendido por multitud de clavos de enorme y achatada cabeza, y en el ángulo saliente del edificio, en lo que forma la esquina de dos calles, empotrada en el muro á unas cuantas varas del suelo, divísase la imagen de una virgen, empolvada y descolorida, á la incierta luz de una lamparilla de aceite que el dueño de la casa, ó los vecinos, alimentan religiosamente desde tiempo inmemorial y que se mece á impulsos de los vientos de la noche.

Y al recorrer esos lugares—ya muy escasos—la imaginación se impresiona de tal modo, que el Méjico colonial resucita como por májico conjuro, espérase de un instante al otro el aparecimiento de la ronda con su alguacil y sus corchetes, se piensa en los horrores y en las ventajas del virreinato, el pavor y el silencio enseñoréanse de las ace-

ras y, sólo vuelve uno á la realidad, cuando topa con un tendajón en el que venden bebidas y platos nacionales, al envidiar á algún esforzado galán que pela la pava ó al compadecerse de los pobres gendarmes, de pie junto á sus linternas vigilantes y delatoras.

Pedro y Antonio habían llegado hasta la plazuela, espaciosa y desierta; uno que otro individuo, envuelto en su *sarape,* pasaba junto á ellos sin volver el rostro; de algunas accesorias, brotaba claridad suficiente para medio adivinar su confuso interior; la luna se esperezaba en el piso, fangoso y cubierto de inmundicias, y, al fondo del cuadro, la chimenea de la fábrica que por ahí funciona, alta y esbelta, con su pararrayos de remate y unas nubecillas de humo que le salían á intervalos, parecía la personificación del trabajo, que se alzara decidida á defender y cobijar las familias y los hogares de sus obreros.

—Nos hemos extravíado más de lo conveniente ¿te parece que regresemos? Y al decir esto tomáronse del brazo como en sus buenos tiempos de estudiantes, cuando se aventuraban por los barrios excéntricos para llevar á cabo parrandas y correrías. Estaban cansados y ni modo de pescar un coche en aquellas soledades.

—¿No tienes hambre? preguntó Antonio que la tenía despierta por el ejercicio.

—Y aunque la tuviera, ¿dónde quieres que entremos á saciarla? Por aquí no miro sinó figones de mala muerte y peor concurrencia.

—Anda licenciado, haz ahora remilgos á establecimientos tan honorables y que más de una ocasión hemos pisado juntos! Entremos.

—Pues entraremos, repuso Pedro cediendo á los deseos de su amigo, bonachón y jovial aún en medio de las contrariedades mayores.

Coláronse en el primero que les salió al encuentro, repleto de consumidores ordinarios y bulliciosos. Había allí mucho sombrero de palma, un fieltro que otro, mucho calor, mucha bebida, mucho humo y poco alumbrado. Cerca de las puertas, pequeñas cocinas portátiles, de un solo hornillo, sustentaban grandes y cuadradas sartenes, dentro de las que chillaba la manteca y saltaban los fritos. En un rincón, el mostrador de la cantina y cuatro enormes barriles llenos de *pulque,* donde el dueño hundía sin descanso unos vasos tan anchos como profundos que salían chorreando el líquido popular. Los bancos y mesas, barnizados con varias capas

de grasa, andaban en consonancia perfecta con los gritos y conversaciones de sus ocupantes.

—Buenas noches, ciudadanos! gritó Antonio al entrar, y aquellos hombres igualmente temibles en conjunto que solos, que en sus riñas se matan por cualquier fruslería, quitáronse el sombrero para contestar el halagador saludo.

—Ya estos no se mezclarán con nosotros, dijo Antonio, lo que no toleran es que se quiera rebajarlos y tienen razón. Ahora á cenar y, en seguida, continuaremos nuestro asunto.

Cenaron en efecto; Antonio de buena gana y Pedro, por imitarle, no lo hizo mal tampoco. Rieron de lo que escuchaban, de su inocente calaverada y de sus excursiones análogas de antaño.



IV

Al final de la cena, que no fué larga, Pedro volvió á ponerse taciturno, Antonio encendió un cigarro, y al través de las espirales de humo, le contemplaba con cariño sin perturbarle, seguro de que á lo último le había de soltar la confidencia.

Y así sucedió. Fijóse Pedro en Antonío, que se hacía el desentendido, y le dijo:

—Te lo voy á contar todo para que me compadezcas. Supongo que tú estarás ó habrás estado enamorado de tu mujer ¿no es cierto?

—Pero hombre ¡qué ocurrencia! Si no lo estuviera no me habría casado ¿por qué me lo preguntas?

—Para que me comprendas; es preciso saber lo que es amor para apreciar lo que son los celos ¿nunca has estado celoso? Te hablo en serio, no te rías.

—Pues lo que se llama celos propiamente, nó; he tenido mis inquietudes, allá de novio, y ahora de marido, mis exigencias de amor propio, mis necedades de varón, nada más; por consiguiente, no llamas á buena puerta.

—Cómo no! Me bastan esos principios para que te hagas el cargo. Ahora, sábete que rompí con tu hermana porque adoraba y adoro á una mujer casada y no quise hacer á Magdalena más desgraciada de lo que la he hecho ¿me comprendes? Yo hubiera podido llevar las cosas adelante, casarme con la una y amancebarme con la otra, pero no pude; un resto de honradez opúsose á ello y por eso dí el paso que dí. Lo peor del caso no está ahí, sinó en que soy un ingrato, un ratero y un canalla; la mujer que me enloquece, la que me conducirá á donde Dios quiera, es la esposa de don Luis, de mi protector, de mi segundo padre ¿comienzas á ver la razón que me asiste para decirte que vivo en el más horrible de los infiernos y que mi mal no tiene cura?....

—Sí que comienzo; sigue.

—Hacerte la reseña de nuestras relaciones, sería largo y ocioso; que te baste saber que el adulterio existe pero nó el amor. Nó, ni el

amor, no me hagas señas en contrario; ni dentro ni fuera del matrimonio existe amor; el amor es una ficción dulce y necesaria, una de tantas apariencias en que es indispensable creer para que la humanidad no apele al suicidio. Tú no eres voto por más que te golpées el pecho; no conoces de estas materias casi nada....

—Caramba con el escéptico y con el experimentado ¿y no tengo hijos? ¿sabes tú ni te figuras lo que puede idolatrarse á un hijo?....

—Los hijos!.... Sí, tienes razón; se les ha de querer mucho, muchísimo; han de ser el cariño por excelencia, porque es el único desinteresado. Pero hasta ese rey de los afectos, es una resultante, no es espontáneo y te lo voy á probar. Cuando engendraste tu primogénito ó tu ultimogénito, me es lo mismo, al que quieras más, lo hiciste por proporcionarte un momento de placer en una mujer que te gusta; de consiguiente, ni tiempo tuviste para pensar en una paternidad que tanto podía salir como no salir. En cuanto tu esposa te notificó hallarse en cinta, lo primero que experimentaste fué un movimiento de orgullo, de vanidad satisfecha. No me interrumpas, déjame concluir.

No te alegró saberte padre, te alegró saberte macho capaz de engendrar. Gran parte del cariño que sientes por tus vástagos, aunque en realidad no le sintieras, crerías sentirle, porque de lo contrario tú mismo te considerarías una fiera, porque desde pequeñito has visto y oído que los hijos *deben* querer á los padres y los padres *tienen* que querer á los hijos. Pero para que puedas asegurar que los amas, necesitas que principien á hacerte monerías, á tirarte de los pelos, á llamarte papá, á que la muerte se asome á su cuna y quiera arrebatártelos! Entonces sí que es el cariño de los cariños, el más grande y el más santo, sólo entonces, y le produce el diario contacto, su propia debilidad que se acoge á nosotros y quién sabe si nó también un remordimiento que, aunque vago, ha de mortificarnos: haber dado una vida que no nos pedían y que quizá mañana se les convierta en una carga insoportable....

—Pero sabes que el oirte enferma? que ni Schopenhauer ni nadie se expresa como tú? Cualquiera diría que la existencia te pesa y que en el pecho llevas el camposanto de tus creencias y de tus ilusiones.

—Es que tengo razón, y si nó ¿díme por qué se han dado casos de que hijos que no

conocían á sus padres, ó vice versa, se han odiado y hasta exterminado en ocasiones, al encontrarse rivales por una misma persona ó por una misma idea? Díme ¿por qué? pero si no me lo dices, y jamás podrás decírmelo, no me vayas á salir con que la sangre tiene voz, como cualquier tenor que para contratarse la luce. Amamos y odiamos porque somos humanos é imperfectos, pero para lo uno y para lo otro nos es indispensable tratarnos y conocernos!

—Pues no me da la gana, se concluyó; no quiero oírte desbarrar, te falta un tornillo, hijo, estás de remate.

—Sigo mi cuento, dijo Pedro sonriendo á su amigo. Negarte que he gozado, sería pueril y no habías de creérmelo. He gozado mucho, como nunca ¡pero á qué precio tan amargo y tan cruel! No puedes imaginártelo, se necesita experimentarlo por sí mismo. Tampoco supongas que voy á darte una pintura exacta; hay ciertos sufrimientos que no se describen. Yo vivía contento y feliz; volví de Veracruz lleno de ilusiones y de proyectos; enamorado de tu hermana, decidido á trabajar y economizar mucho para casarme pronto. De intento nada quise comunicarte; y cuando prepa-

rábamos juntos el examen profesional, paseándonos por el jardín y los corredores de la escuela, acuérdate de mis interrupciones intempestivas en las que á propósito del Digesto ó de la legislación patria, te interrogaba yo acerca de tu familia. Tú te sorprendías y yo gozaba interiormente de tu sorpresa, que contaba aumentarte con el notición de mi futuro enlace. Conté á don Luis mi proyecto; él estaba á punto de casarse, me le aplaudió y me ofreció cual siempre, su protección y ayuda. Hízome conocer á su novia, se casaron, y nos separamos él y yo aunque continuamos viéndonos diariamente. Te doy mi palabra de honor, de que su esposa no me produjo impresiones torcidas, ni un mal deseo, nada, nada. Me gustó porque es lindísima, pero nada más; al casarse con don Luis, consideré que mi familia se aumentaba y hasta incestuoso me habría parecido el codiciar á Elena, siquiera en pensamiento; lejos de eso, en cuanto nos hicimos de confianza, que fué pronto, le narré mis relaciones con Magdalena, mi intención de casarme y todas las pequeñeces sonrosadas que todos los enamorados tienen cuando hablan de sus damas. Y si vieras qué bien nos comprendíamos! Hasta doña Dolores, su mamá,

que es una virtuosa anciana, tercíaba y presidía nuestros debates. De pronto, sentí un golpazo muy adentro; Magdalena se empequeñecía en mi memoria, á ratos se borraba del todo y yo tenía que llamarla á voces para que volviera. Elena, en cambio, tomaba posesion de mi sér moral como conquistador del siglo XVI; monopolizó mis ideas, esclavizó mi albedrío. En un principio, no me dí cuenta exacta, atribuía el fenómeno á diversas causas; estaba yo como los que viven sobre una tienda que no hace negocio y cuyo dueño le prende fuego para que el incendio disfrace la quiebra y la compañía de seguros le salve de la miseria. El inquilino del entresuelo nada sospecha, tranquilo acuéstase y á pierna suelta se duerme ¿qué quieres que haga si cuando despierta la cosa ya no tiene remedio?....

—¡Qué sé yo!

—Chillará, tratará de huír, de que le salven los bomberos; mas si el incendio es serio, no le queda otro remedio que morir quemado. Los techos crugen, las paredes se desploman, los pisos se hunden; el humo le ahoga, el pánico le hurta el juicio y, en su horrible agonía, escuchará las mangas de riego que de balde se desgañitan por con-

vencer á las llamas de su crueldad, verá que éstas sacan la lengua como muchachos mal educados y, por último, verá entre los resplandores de su próxima tumba, que las bombas jadean como asmáticos, que los bomberos corren como locos y trepan como monos y adivinará que la masa de curiosos, negra, movediza, despiadada, que la policía tiene á raya, no se irá de ahí hasta que no concluya la fiesta gratuita, hasta que sólo queden escombros y ruínas donde saciar sus instintos de pillaje después de que ha saciado sus instintos de crueldad. . .

—Pedro ¡por Dios! exclamó Antonio impresionado á su pesar.

—¿Qué, te asustas? Pues eso soy yo, un desventurado que se quema sin que nadie pueda salvarle, y con torturas mayores todavía. He perdido la dignidad y la calma y cuanto hay; tengo un cáncer de celos, la mujer que adoro es de otro, otro la posee, otro la luce, otro la disfruta. Yo, soy un ente asqueroso y despreciable, un mendigo de amor, un perro hambriento al que se le arrojan las migajas y sobras de una comida y que si nos incomoda, le alargamos un puntapié para que nos deje en paz. ¿Quién quieres que me inspire confianza? Nadie,

ni ella misma, ella menos que nadie; y por mucho que yo reconozca que la ofendo y lastimo con mis dudas, no puedo reprimirlas. ¿Por qué no ha de engañarme á mí si engaña á su marido? ¿Qué privilegios tengo sobre él? Ningunos; de manera que sin cesar lo temo. Aún hay más, en los instantes de delirio, de supremo éxtasis, sí creo que ella me adore también, pero después, estoy cierto de que me desprecia. No muevas la cabeza, te digo que sí. ¿No ves que ha de darle vergüenza estar ligada á un ratero, como nos la da á nosotros el que nos salude en pleno día el truhán que fué nuestro compañero de una noche de orgía? Y luego, los constantes disgustos con los que mútuamente nos martirizamos; que no podemos hacer ni pensar nada sin no obsequiarnos un diluvio de dicterios ¿no crees que agrien nuestras relaciones? ¿no crees que demuestran lo que alguien ha dicho: que dos amantes son dos enemigos inconscientes?

—No seas niño ¿por qué dices eso?

—Convéncete, en el fondo de cualquiera pasión amorosa se revuelve el odio; hasta en las más célebres, Hamlet y Romeo, Abelardo y el Petrarca, lo mismo que el último albañil que trata á puñadas á su querida,

todos han sentido odio del que no se han dado cuenta, pero que resalta si se analizan sus amoríos. Y las mujeres son lo mismo, lo mismísimo ¡quién sabe quienes seremos más culpables, ellas ó nosotros!

—Te extravías con paradojas, Pedro; estás muy excitado y todo lo miras sombrío.

—Pero si no son paradojas, hombre de Dios, es la verdad pura. ¿Cómo te explicas, si no, el que en los altercados imprescindibles de toda unión de hombre y mujer, así sean esposos, amantes ó novios, se puntualicen sus defectos recíprocos, se los arrojen á la cara, para olvidarlos á poco en los transportes de la reconciliación? ¿No te está indicando esto que el amor no es ciego sinó que disfruta de una vista poco común? Explícame también, por qué cuando estás junto á una mujer que idolatras, fijas de repente en ella una mirada que rasga el porvenir y que te profetiza las facciones que la vejez ha de imprimir en ese rostro joven, encantador y fresco? Para querer, necesitamos recordar á cada paso que nos lo hemos propuesto, que es una auto-obligación á la que no deseamos faltar, pues por lo demás, toda unión trae aparejado el hastío, un hastío invencible que nos importuna y nos persigue. ¿Que nó? Toma un

matrimonio cualquiera, el mejor que conozcas, y comprobarás mi aserto con el ejemplo siguiente, que puedes observar en cualesquier esquina, á la salida de un teatro ó de un baile, cuando las múltiples impresiones recibidas parecen reclamar la expansion íntima y á media voz, cuando la soledad de las calles y lo avanzado de la hora parece que exigen un calor amigo ¿hay algo mas triste que ver un matrimonio que camina del brazo ó no del brazo, pero siempre sin dirigirse la palabra?....

—Te equivocas, hijo, te equivocas de medio á medio. Á mí me acontece precisamente lo contrario y como yo, hay muchos, los más.

—Nó, los más nó. Habrá algunos; no lo dudo ni lo niego, pero son las excepciones que confirman mi regla, y aún cuando así no fuera ¿qué me importa? Yo sólo sé que vivo en un suplicio que me está matando, creémelo. No tengo ni el recurso de fugarme con Elena y ¿sabes por qué? Porque con el golpe mataríamos á don Luis y ni ella ni yo queremos aumentar nuestros remordimientos. Me tienes, pues, dentro de un cerco de hierro que concluirá por ahogarme, pero mientras tanto, no sé que hacer. Supuesto

que lo comprendo, debiera huír de mi situación y me es imposible, imposible; parezco un morfinómano que en mis momentos lúcidos palpo que cada picadura me acerca la muerte; pero me reaparece Elena, mi neuralgia, y para combatirla, aplícome doble dosis de veneno.... Por eso te dije que no me curarías, ni lo intentes; corres el riesgo de contagiarte con mis perniciosas predicaciones.

—Pedro, acuérdate de tus sueños de niño, de tu madre, de todo lo bueno que nos reconcilia con la existencia, y abandona á Elena, parte muy lejos y te curarás.

—No acabes de volverme loco, no puedo, ella es más fuerte que yó. Ignoro si volveremos á vernos, mi vida pende de un hilo que resguarda la casualidad; no tengo seguro ni un minuto, cualquier pequeñez puede delatarnos y don Luis me matará, con lo que habremos saldado cuentas.... Vuelve al lado de tu familia y prométeme, como hombre, cumplir con lo que voy á suplicarte. Díle á Magdalena que de veras he muerto, para que me llore y me perdone; la muerte es el mejor de los depurativos, con ella obtienen la conmiseración general hasta los criminales más empedernidos y yo he sido criminal con

tu hermana y con don Luis, muy criminal sin quererlo. ¿Lo cumplirás? Ponte de luto, llega vestido de negro y escríbeme de cuando en cuando, muy en reserva ¿quieres?....

Antonio lloraba y decía que sí con la cabeza; derramaba un llanto imponente y silencioso, uno de esos llantos de hombre conmovido, que resbalan despacio por la mejilla y se pierden por entre los rizos de la barba.

Liquidaron cuentas y sin carruaje ni tramvía á semejante hora, emprendieron lado á lado su larga caminata por las calles desiertas. Intempestivamente dijo Pedro:

—Tengo un escrúpulo. No me creas un canalla porque te he confiado ésto, sé que tales cosas no se confían ni á un sacerdote; pero tú, tú eres mi hermano, tenía contigo una deuda de honra y mi pena me ahogaba. Júrame que nunca repetirás lo que has oído.

—Te lo juro, repuso Antonio, y no volvieron á despegar los labios.

Caminaban sin más compañía que el ruído seco y acompasado de sus propios pasos, hasta que llegaron al centro y vieron un noctámbulo que otro, marchar de prisa. Siguieron por la avenida del 5 de Mayo, á cuyo fondo divisábase la fachada enorme del tea-

tro Nacional; se filtraba la luna por su enverjado y llegaba hasta las cerradas puertas del edificio, como *diletante* que aguarda la apertura de éstas para entrar á delectarse con el espectáculo.

Cuando se separaron, continuaban mudos, impresionados, queriéndose mucho en el fondo y ambos asaltados por presentimientos tristísimos. Miráronse un instante, se dieron un prolongado abrazo y al fin se desprendieron uno de otro.

Minutos después, cada cual seguía su camino, con su silueta negra que arrastraba la luna, por sobre la acera, y el ánimo más negro aún. Por secreto impulso, volviéronse los dos para saludarse con la mano, de lejos, y Antonio, cediendo á una antigua costumbre y cual si quisiera conjurar cercanos peligros, gritó antes de doblar la esquina.

—Hasta mañana, Pedro! Hasta mañana!



V

¿A quién crees que he visto mientras estuviste fuera?

—¿Á quién? ...

—Á Antonio, que vino para arreglar unos negocios y en el correo me le encontré casualmente.

—¿Y me lo dices á mí? ¿Te imaginas que voy á creer en lo casual del encuentro? Vendría á buscarte, á hablarte de su hermana, de tu pasión que nunca has podido olvidar, de Magdalena. Querrá que te cases con ella, claro, no se les vaya á quedar la alhaja para vestir santos. Anda, cásate y déjame ¿qué más dá? Al cabo yo, no puedo quejarme ni oponerme ¿quién soy para tí? Una mujer atravesada en tu camino, que por tí olvidó sus deberes, y que no merece sinó el abandono y el olvido. Lloraré, moriré de vergüenza ¿qué te importa? Tú, en cambio, go-

zarás, tendrás esposa, hijos, consideraciones, y si acaso un remordimiento asoma en tu interior, le desterrarás pronto, reirás de una aprehensión que ha de parecerte infantil y necia, y no volverás á recordarme. No sabes fingir y por eso me dices muy formal que casualmente viste á Antonio y que sólo hablaron de astronomía ó agricultura! Vete, toma el tren hoy mismo y deja que me muera en paz.

—Pero Elena! si supieras de lo que hablamos, me querrías un poco y no me tratarías así. ¿Qué me importa Magdalena ni nadie?

Continuó el debate con sus alternativas agridulces y su final conciliador: besos y caricias, juramentos y lágrimas, celos y desconfianzas. Un debate de los muchos que tenían día con día y que los dejaba pensativos y descorazonados; incesante y duro castigo que les hacía odiar la falta cometida. Después, era forzoso apelar al más refinado fingimiento, serenar los semblantes, presentarse como si tal cosa, para comenzar de nuevo, no descansar nunca, vivir atados á una cadena pesada é infinita.

Una noche, don Luis llevó á todos al teatro; una compañía francesa representaba "Carmen" y tomó un palco para verla.

Hubo que decidir á doña Dolores, que invitar á Pedro en forma, y que comer más temprano que de ordinario. Las señoras irían en el carruaje y los hombres á pie; reuniéronse en el peristilo del coliseo y se instalaron en su palco cuando el director de orquesta levantaba la batuta y las notas apasionadas de Bizet saludaban á los espectadores. Seguían con grande atención las peripecias del palpitante argumento. Elena y Pedro, sobre todo, apenas apartaban su vista del escenario para mirarse ellos con motivo de las alusiones de la pieza. Y cuando en el segundo acto se inicia la infidelidad de la gitana que se ofrece al torero, mientras José se pierde y compromete por ella, Pedro por sobre el hombro de Elena, en la media voz de que usamos en los espectáculos, le decía:

—¿Qué opina usted de la mujer esa, señora? ¿No es cierto que su comportamiento indigna y que uno quisiera que el soldado no la tomara á lo serio?

Don Luis, sin saber el mal que iba á causar, contestó:

—La que inspira más lástima es la pobrecilla de Micaela que, sin ninguna culpa, es bárbaramente sacrificada!

Volvieron todos á quedar mudos y aten-

tos, menos Elena, que nerviosa, agitada, no se daba cuenta de lo que miraba sin ver. Concluída la representación y camino del café, á donde iban á tomar algo, Elena, que caminaba del brazo de Pedro, á corta distancia de su madre y su marido, le preguntó á aquél:

—¿Por qué me hiciste en el teatro un reproche tan duro? ¿Me supones tan descorazonada y voluble como Carmen?

—Nó — repuso Pedro — pero estoy seguro de que como ella á José, tú á mí de un modo ú otro, has de costarme la vida!

Estremeciéronse entrambos, cual si en efecto la muerte los hubiera rozado con sus alas y les hubiera dicho que los codiciaba.

Don Luis en el café, habló de Próspero Merimée, autor del libreto y á quien había conocido en París, y, por un momento, animó al grupo con su charla. Habló de las mujeres veleidosas y casquivanas con una filosófica compasión, tan llena de colorido y de frases redentoras, que hacía daño escucharle. ¿Por qué había de expresarse de otro modo si creía sin nubes su cielo conyugal, su honra sin descalabros y á su esposa sin mancha? Estaba en carácter con esos conceptos generosos y ese tono tranquilo;

hasta consultó á Pedro ¿No era cierto lo que decía?

—Ya se ve que sí —le contestó éste, mientras por debajo de la mesa, buscaba con los suyos los piés de Elena y se los oprimía cariñosamente, en muda y degradante satisfacción de lo que le obligaban á decir....

Otra noche, salió Pedro de la casa de don Luis, decidido á pegarse un tiro, á concluír de una vez.

—Ya no puedo—pensaba—ya no puedo y no me queda otra salida. Por fortuna soy solo, á nadie hago falta, nadie vive con mi trabajo. Fugarme con Elena es peor que el suicidio, mucho peor. ¿Qué haríamos obligado á huír siempre, á vivir á salto de mata como los bandidos, temiendo siempre el telégrafo, el correo, la policía, las caras conocidas? ¿Sin casa, sin ocupación, sin amigos? Mientras que muriendo yo; hasta Elena descansará y, quién sabe si no le renazca su extinguido afecto por don Luis y vivirán felices! Felices, nó, mentira ¿quien puede vanagloriarse de ello? Ni los santos. Pero á lo menos, vivirán tranquilos; la durabilidad de mi recuerdo, si es cierto que tanto me quiere, le servirá de salvaguardia, le impedirá una segunda caída. Porque, hasta eso,

tengo remordimientos de mi conducta para con ella, de todo lo malo que le he enseñado y de todo lo pésimo que le he hecho gustar. ¡Esta maldita carne es autoritaria y extravagante! le obliga á uno á enseñar á la mujer ajena mil cosas reprobadas que ni en pesadilla enseñaríamos á la propia. Y esto es una infamia mayúscula; no sólo no nos conformamos con robar lo que es de otro, sinó que nos complacemos en envilecer y en ensuciar el objeto robado, aunque de veras le amemos; en lugar de venerarle, de estarle gratos porque nos entregó su honor y el de un tercero, le hundimos más y más en el fango de nuestra lascivia y en el barro de nuestra brutalidad.... pobres mujeres.... es cierto que nos hacen sufrir, pero ¡qué venganzas les aplicamos! Por eso temo que de nuevo caiga, porque á mi pesar, le he arrancado por siempre el pudor y la vergüenza, únicos baluartes que medio defienden la fisiológica debilidad femenina. ¡Qué necios somos! Trabajamos por derribar una virtud y luego queremos que no nos falte nunca, que nos sea fiel hasta más allá de la tumba, si es posible. Si supiera que Elena volvería á ser la esposa modelo que yo destruí, me mataría ahora mismo sin vacilacio-

nes ni tropiezos. No sé qué daría por enamorarme de una perdida, que me arrastrara hasta un nivel en que Elena no pudiera recordarme sin sonrojarse y arrepentirse....

Y por esa atracción extraña que sobre nosotros todos ejerce el mundo, á pesar de sus defectos, Pedro abandonó la idea del suicidio para pensar en el regalo que dentro de poco ofrecería á Elena, cuando ajustaran el primer aniversario de la mútua y material posesión.

Por su parte Elena, sufría más que Pedro, pues tenía que fingir á don Luis un amor que estaba muy lejos de profesarle. Ay! dónde estaban los ensueños, ilusiones y esperanzas de su adolescencia? ¿Por qué había caído tan bajo cuando intentó subir tan alto? ¿Qué se habían hecho los ideales entrevistos al apagar la luz de su alcoba de niña, los idilios acariciados en los libros de la escuela, la pureza y excelsitud aspiradas en medio de un nervioso temblor, entre las azuladas nubes del incienso, y prometidas por las armonías celestiales del órgano del templo, en el augusto y memorable día de la primera comunión?....

Unida á un hombre que todo se lo merecía, á ella no le inspiraba amor; era el otro quien la fascinaba, para quien no tenía fuerzas ni deseos de contradicción. Los caprichos

de Pedro eran las leyes de ella, órdenes sus anhelos, mandamientos sus súplicas. Y la estaba degradando, la había degradado ya y ella no se oponía, prestábase de buen grado, sin importarle una infinidad de cosas que antes la entusiasmaban y que ahora veía muy lejos, lejísimos, en la mentirosa y consoladora región de los sueños y de los imposibles. Su mismo pecado, que cuando le miraba de frente, hacíala temblar, si le comparaba á una separación ó un abandono, no le parecía tan feo ni tan grande. Entregábase y entregábase sin cesar multiplicando las ocasiones, descubriendo oportunidades, como para concluír de embriagarse con su delito, y luego, declararse irresponsable. Hacíalo también, con el secreto y criminoso intento de apurar ella sola una juventud que podía ser de otras, de esas de la calle, á las que, en su criterio intransigente de señora que ha pecado por pasión, sin pensar en el vicio, consideraba capaces de todos los desmanes y enormidades que los pudibundos les achacan. Á piés juntillas creía que Pedro había de despertarles una codicia torpe y soez, muy distinta de la levantada y casi pura que á ella le despertaba, y se moría de celos, unos celos que se le agrandaban á medida que sabía por pro-

pia experiencia, que el placer es un libro voluminoso, cuya lectura enferma á la larga, pero cuyas páginas andan llenas de asuntos y grabados encantadores. Figurábasele punto menos que imposible, el que Pedro se conformara con ella, y por eso se le entregaba tanto, por embargarle el pensamiento y dejarle sin fuerzas ni apetitos. De cuando en cuando, ráfagas importunas del pudor herido, alguna delicadeza de su ignorante esposo ó una alusión de doña Dolores que la soltaba á la buena de Dios, la hacían arrepentirse, proponerse la enmienda á costa de cualquier sacrificio, mas la crisis pronto se desvanecía y tornaba á su yugo enamorada y sonríente.

No recordaba ya qué otras cosas había soñado y Pedro prometido, ni las que ambos resolvieron disfrutar; y con lágrimas, suspiros ó sonrisas, endulzaba las frases duras, penetrantes como espinas, que defendían el más portentoso de los frutos: el fruto prohibido! Insensiblemente fué aislándose de sus relaciones; personas que antes la cautivaron le eran ahora antipáticas, no retribuía visitas, no iba á teatros ni paseos. El tiempo que no pasaba con Pedro le pasaba con su recuerdo, y si bien no le disgustaba la pre-

sencia de don Luis, prefería hallarse sola. A Pedro no le guardaba rencor; en todo caso, le habría estado grata por los momentos inefables que le proporcionaba, hasta por las lágrimas que le hacía verter, y premiábale su fidelidad de mil modos cariñosos que enloquecían al muchacho. Le adivinaba el gusto, las genialidades, le hablaba como á persona grande y le arrullaba como á chiquillo; rizábale el bigote con los dedos y se lo desrizaba con los labios; á besos también le cerraba los ojos y le enardecía la frente para, por último, besarle el cuello con ósculos apagados y fugitivos. Habíale descubierto en su mirar un lenguaje que la fascinaba y en cuanto juntos se hallaban, le decía:

—Mírame mucho, mucho, me haces feliz cuando me miras!

Y el otro se esmeraba por causar mayor efecto; entornaba los párpados, contraía ó dilataba la pupila y, en efecto, lanzaba efluvios acariciadores y cálidos. En ocasiones, consideraban su situación con relativa frialdad, decíanse lo cierto, y negras ideas los hacían interrumpir sus coloquios, para contemplarse sombríos y sin esperanza.

—Si muriéramos ahora—exclamaba ella—ahora que estamos seguros de querernos y

antes de que nos sobrevenga alguna desgracia?....

Y se ponían á hablar de las ventajas y desventajas de morir entonces, con un dejo amargo en las palabras. Era tal su martirio del momento y el que cercano presentían, que olvidaban ó adrede no deseaban recordar, que las juventudes de ambos tenían derecho á vivir, á recrearse en el amor y en la dicha, á vestir de color de rosa hasta las contrariedades mismas; que tenían derecho á no creer en la existencia de las penas, á abandonarse confiados por donde hubiera más luz y más flores. Entristecía oirlos con su aire de niños desengañados y escépticos, hablar de la muerte en reposado tono y aspecto tranquilo, llamarla, hacerle buena cara, considerarla refugio y consuelo de sus cuitas. Estaban una vez tan decididos, que hasta discutieron la forma del doble suicidio, el arma á propósito y menos cruel, las cartas que escribirían, y una postura amante y casta que no provocara en los extraños sinó condolencia y respeto. Por coquetería postrimera, recomendó Elena que no la hiciera sufrir mucho.

—Que no se me descomponga la cara—añadió sollozando.

Pedro, ceñudo y contristado, recobró el primero el aplomo, desterró la fúnebre fantasía:

—Somos unos tontos—le dijo—no nos conformamos con sufrir lo que necesariamente sufrimos y nos damos á tonterías y disparates románticos. No me hables de morirte porque no puede ser, para mí eres inmortal y eterna. Nunca me preocupé en llegar á viejo y ahora es mi mayor anhelo, me falta tiempo para quererte y para decírtelo!

Decididos, pues, á no apelar al suicidio ni á la fuga, sin ánimo para decirse adiós, creyendo imposible la vida lejos el uno del otro; olvidados de que el tiempo y la distancia curan á la larga, siguieron como antes, como habían estado desde un principio y como probablemente estarían cuando el hastío ó acontecimientos anormales dieran fin á su pasión y los separaran para siempre. Muchachos é inexpertos, no se conformaban con la idea de romper, creíanse ligados por toda una eternidad, les daba miedo despedirse y coger cada cual por diversa senda. No sabían que es preferible hacerlo así; separarse cuando aún hay probabilidades de permanecer de amigos, aunque sea á distancia, cuando los recuerdos tienen que ser

buenos por más que surjan de la memoria envueltos en crespón, como los muebles de una casa cuyo dueño ha muerto, y no hacerlo cuando las circunstancias á ello nos compelen, cuando no nos queda otro remedio y, cuando la reminiscencia de la persona que nos fué querida, en vez de acompañarnos, nos persigue y obliga al alma, que sangra todavía, á formular sus primeras y más cordiales maldiciones.

Y por no saberlo, continuaron de la mano camino del precipicio, un precipicio que se anunciaba ya, aunque la bruma no permitiera aún verle á las claras, es decir, aunque don Luis no diera señales de que algo sospechaba. La mejor inteligencia persistía dentro y fuera de la casa, los encontrados afectos que cada quien sintetizaba, no llegaban á chocar. Eran las comidas patriarcales, sabrosas las conversaciones, afables las frases, la labor productiva y lento y plácido el rodar majestuoso de los años. Ya no pensaba don Luis en engendrar párvulos, ni doña Dolores en alimentarle sus vanidosas esperanzas al respecto; conformábase él con verse querido y rodeado de los "suyos," así calificaba á las dos señoras y á Pedro, de quien por broma solía decir:

—Demonio de chico, me ganó; ha resultado incasable!

Ni quien se imaginara al contemplar á esa familia, los gérmenes de tormenta en que abundaba. Don Luis y doña Dolores, por la vecindad del sepulcro sin duda, benévolos y caprichosillos; Elena, cumpliendo á maravilla con sus deberes de esposa sensata para la que el mundo no es sinó un kaleisdocopio interesante pero peligroso, parientes y amistades hacíanse lenguas de sus procederes y mimos para con el viejo marido; y Pedro, amable, trabajador y agradecido por los favores antiguos y recientes. Las apariencias, satisfechas, y fuera de la criada que hacía á la vez de intermediaria y cómplice, nadie, ni amos, ni criados, ni maldicientes podían barruntar nada. Era un adulterio sordo y discreto, para cuyo desenvolvimiento no habían tenido que apelar á casas desamparadas, carruajes de alquiler ni amigas de manga ancha. En ese punto, habíalos favorecido la suerte y la confianza de don Luis también. Celos, transportes y reconciliaciones, todo pasó dentro de la casa; cada una de sus piezas habría podido delatar á los culpables pues, la que menos, fué testigo de un par de besos. Preferían sin embargo, el *boudoir*, por-

que les recordaba la vez primera y ofrecía mayores garantías de defensa. Encerrábanse en él con más ó menos cautela, según el humor, y pasábanse las horas embebecidos en su cariño y atormentados con los inseparables remordimientos que éste les producía. Y llegaron á familiarizarse con los peligros de sus entrevistas; lo que en un principio los asustaba, lo que les interrumpía el discurso y los obligaba á permanecer inmóviles, muy juntos, ahora los hacía reír. Distinguían á distancia el más pequeño ruído; reconocían por el rumor de los pasos, la persona que se acercaba; sabían cuál puerta se cerraba con estrépito, cuál cerraba el viento y cuál los sirvientes.

Si el abogado había salido á la calle, no reconocía límites la confianza de Elena y Pedro; reían, charlaban alto, sacábase él la levita y dejaban entornada la ventana para que el rechinar de la verja los pusiera sobre aviso y les diera tiempo de exhibirse presentables é indiferentes.

En una de estas ocasiones en que todo podían imaginarse menos ser sorprendidos, acaeció la catástrofe. Don Luis, que había salido con ánimo de no regresar hasta la noche, olvidóse de algo, cualquier pequeñez que le

obligó á volver á su casa después de unos minutos de ausencia. Por una de esa casualidades, tan frecuentes en las casas que tienen muchos criados, nadie le miró entrar y aunque él no intentó esconderse ni disimular su arribo, es lo cierto que pudo subir hasta las habitaciones superiores sin que le sintieran. Calculaba que Elena dormiría en su *boudoir* y, al marcharse de nuevo, se le ocurrió ir á verla.

Ella y Pedro se hallaban tan seguros, que dejaron abierta la puerta y pudo don Luis al divisarla de lejos, confirmarse en su creencia de que Elena dormía.

Así era en efecto, amorosamente acurrucada en el regazo de Pedro, sentado en un sillón, tenía ella los ojos cerrados mientras él le acariciaba la cara y el cuerpo todo, muy poco á poco, pasándole la mano por sobre el vestido, desde la frente hasta las rodillas, que venían á quedar pendientes de uno de los brazos del propio sillón. No se hablaban, era uno de esos instantes en que dos enamorados prefieren á la plática y á los besuqueos, una silenciosa quietud y el contacto tibio de sus mutuos cuerpos. Hundidos en sus respectivas meditaciones nada oyeron, de suerte que, cuando volvieron la cara—ad-

vertidos de la presencia de un extraño por eso no sé qué que nos le anuncia —y se encontraron con la figura de don Luis, pálido, los ojos fuera de las órbitas, contraída la fisonomía como por interno y espantoso dolor, no atinaron sinó á separarse, es decir, Elena á resbalar hasta el suelo y esconder el rostro en el asiento que ocupaba Pedro, y éste á quedar de pie, frente por frente de don Luis, con los brazos caídos y la vista baja!

Nada negaban ¿cómo iban á negar? el delito se hallaba manifiesto, grosero en su misma realidad, sin admitir atenuantes ni disculpas.

Don Luis nunca pudo darse cuenta de lo que experimentó entonces. Primero, al asomarse y sorprender el grupo, se resistió á creer en lo que veía; hasta pensó que alguna pareja de sirvientes se hubiera dado cita ahí y que Elena habría salido á hacerla expulsar. Todavía después, ya convencido de que era ella, su esposa, el tabernáculo de sus afectos, y Pedro, su hijo, su mejor amigo, á quienes veía en actitud tan rara, quiso explicar ésta; sería un ataque, algo anormal y extraordinario pero nó el adulterio. Y al mirarlos más y convencerse de que sí, que eran ellos los que le enlodaban, los que por

la espalda le daban la peor de las muertes, ¡oh! entonces fué cuando no pudo hablar, ni moverse, ni nada; cuando el dolor le roía el corazón y se le enroscaba en el cerebro, cuando se creyó víctima de una pesadilla en la que todo bailaba, lo mismo los muebles del cuarto que las enredaderas de la ventana, lo mismo los chinos del biombo que el Cupido que se mecía en la péndula del reloj, lo mismo el raso que tapizaba las paredes que el pedazo de cielo, muy diáfano y muy azul, que se asomaba desde lejos!....

Por dicha, Elena y Pedro permanecieron mudos y esto los salvó. No les dió muerte don Luis, porque el pensamiento en su carrera vertiginosa le hizo ver, por entonces al menos, la inutilidad de la sangre para borrar el hecho consumado. Cuando pudo mover los labios, con tristísima voz dijo á Pedro:

—Váyase usted lejos, muy lejos, á donde no pueda verle nunca!

Y Pedro salió en el acto, sin chistar, sin cuidarse de Elena que medio desvanecida quedaba á los piés de su marido, expuesta á que se descargaran en ella sola iras exterminadoras y justificadas. Adorándola como jamás había adorado, dispuesto á dar su vida por la de ella, á sacrificarse, los dere-

chos de don Luis eran de tal magnitud, que Pedro, agobiado por el peso de su crimen, se olvidó de que le había prometido no abandonarla en las circunstancias difíciles, defenderla, fugarse juntos si era preciso.

Quizá si hubiera tenido que habérselas con un esposo vulgar, habría cumplido punto por punto sus caballerescos ofrecimientos, pero en contra de don Luis, nada podía ni nada intentaba. El anciano aquel con sus canas mancilladas, bebiendo sus lágrimas, se le impuso más que un valiente de oficio ó que un tigre de cartel. No huía, le obedecía simplemente para volver cuando le llamara y sujetarse al castigo que le impusiera.

Á partir de entonces, viviría si don Luis le permitía vivir. Y devorado por el remordimiento, murmuraba al marcharse:

—¡Que no me lo permita, Dios mío, que no me lo permita! ¡Sería una crueldad!!



VI

En cuanto don Luis se halló á solas con Elena, que permanecía inmóvil, como petrificada, ímpetus le vinieron de arrojarse sobre ella, de despedazarla en trozos menudos y saciarse en los dolores que la operación había de producirle. Luego, se arrepintió de haber permitido que se marchara Pedro, de haberlo exigido él mismo sin vengar la ofensa; tentaciones le entraron de correr en su busca, de asomarse á la ventana y gritarle al gendarme que echara el guante al bandido aquel. Y los reuniría á Pedro y Elena, los pondría muy juntos, para entonces él deshacer el grupo de un solo golpe que hiriera mortalmente á los dos. Ya en la ventana, los temores al escándalo le impidieron gritar, miró el cuerpo de Elena, sintió un asco invencible y como ebrio, apoyándose en los muros y muebles del tránsito, llegó á su biblioteca.

Se dejó caer en el sillón de marroquí con atril y candelero, con respaldo móvil, su sillón favorito, donde tanto y tan bueno había leído, donde acarició sus ensueños de enamorado, donde le preocuparon sus amarguras de solterón y sus jardines de recién casado, donde maduró el porvenir de Pedro y la dicha de Elena, para cuando él hubiera muerto! Allí se sentó, y con una mano en la frente, temiendo sofocarse, al fin pudo dar suelta á su pena inmensa; lloraba á gritos, ó bien, sollozaba con un temblor convulsivo que le sacudía el cuerpo todo.

—¿Con que es cierto?.... Elena, Elena y Pedro me.... No es posible, nó. Estoy delirando ó el mundo es una abominación!

Intentaba calmarse y la crudeza de la escena sorprendida, volvía á ponerle fuera de sí.

—Miserables, miserables, y sobre todo ingratos! ¡Cómo me pagan beneficios, afecto y confianza! ¿Por qué lo habrán hecho? ¿Por qué?....

Trabajosamente, por el sacrificio de amor propio que la confesión le significaba, creyó dar en el clavo: porque eran jóvenes, porque él los había puesto en contacto y una pasión había podido más que la honradez de entrambos.

—Esto no los excusa, no señor, pero lo explica, lo explica con claridad aunque demasiado tarde. Yo debí preverlo, hasta tuve tiempo de evitarlo... Y un mundo de recuerdos agolpábasele á la mente, le aturdía; conforme los entresacaba, conforme los puso en orden cronológico y en orden de importancia, hacíase la luz en su cerebro —una luz fatídica y amarillenta, como la de los cirios que acompañan á un cadáver y entre sí conversan de cosas muy tristes y muy remotas por medio de su fúnebre y contínuo chisporroteo.

—Sí, sí, esto es, pero ¡qué amargo es reconocerlo y palparlo! Recordó varios detalles en los que jamás había reparado; la quiebra de Pedro con su novia, el afán de Elena por consolarle y el viaje en proyecto, que él, habría imbecil, él había frustrado. Sin duda querría huír la tentación, la infamia, y le precipitaron en el abismo con la oposición y las negativas.

—Pero Dios mío, si me debe hasta la vida! Conociéndole ¡qué digo! habiéndole yo formado digno y caballero, tengo que declarar que es un canalla y de los peores, la mancha de su casta, el borrón de su apellido! Pobre de su padre; esta noticia le habría muerto, habria renegado de su hijo, el

hijo único que tanto me recomendó y á quien tanto adoraba. Vea usted al conquistador de mujeres ajenas, al destructor de hogares honrados ¡valiente hazaña! Engañarme á mí, que le quería quizá más que su propio padre, á mí que necesito palpar su infamia para creer en ella! Se reirá de mí, de mis canas cubiertas de barro, de mi vejez envenenada y quién sabe si no, hasta se vanaglorie por ahí de lo que ha hecho.... Y lo que es eso no se lo tolero, ni á él ni á nadie; ahora mismo salgo en su busca, le encuentro, porque ha de estar esperándome, y le mato como lo que es, como á un miserable. Vaya si le mataré; me sobran para ello, fuerzas y vergüenza y ánimos. Le mataré sin apelar á armas, con mis propias manos, para probarle que aún soy un hombre y un hombre que no tolera ningún ultraje.

Y en alta voz, cual si le tuviera en su presencia, le apostrofaba moviendo los brazos.

—Es usted un canalla y un ingrato, así, como lo oye usted. ¿Qué hubiera usted sido sin mi apoyo?... Nada, nada y nada, aunque le sobren ambiciones y talento. Sería un infeliz, uno de tantos que almuerzan por las noches y comen cada dos días. Voy á matarle á usted, lo mismo me da que se defienda ó no;

pero muerto y todo, no me devolverá lo que me ha robado, porque eso no se devuelve ni aunque se devolviera lo aceptaría yo. Vamos, enorgullézcase usted de su obra, ¿por qué no se defiende? Usted creería que la cosa iba á pasar así como una broma que tienen dos amigos íntimos, y se ha equivocado por completo ¿no le hace á usted gracia? Ya ve usted, yo estoy como un loco y sin embargo, me ha hecho gracia, muchísima gracia! ¿Qué muerte supone usted que más le hará sufrir? ¿Dígamelo usted pronto, pues tengo que ventilar el mismo asunto con una señora que se prostituyó por usted....

Como había ido soltando maquinalmente este monólogo, hablando alto y solo cual si de veras hubiera perdido el juicio, al mencionar á Elena, experimentó una indecible exacerbación en su dolor, una especie de encuentro que se le antojó inesperado, por más que no lo fuera.

—Elena.... murmuró, y este nombre que tanto le significó hasta hacía muy poco, le encontraba ahora una resonancia cruel que le desgarraba el alma—Elena me ha engañado, me ha engañado con Pedro, para aumentar más todavía su delito inícuo!

Pero en el fondo, y más que el engaño mis-

mo, entristecíale su significado: una falta absoluta de afecto y un fingimiento refinadamente criminal!

—¿Qué hago ahora? ¿Quién es más culpable Elena, Pedro ó yo? ¿Yo?.... Yo no soy culpable, soy un olvidadizo de lo que debemos esperar de nuestros semejantes. La gente, en cuanto sepa esto, me señalará con el dedo, me obsequiará una burlona conmiseración ¿por qué injusticia tamaña? ¿Qué, cuando un individuo se asocia á otro y para los negocios de ambos adoptan un nombre común, si uno de los dos se pervierte, acaso perjudica al nombre del otro?.... Pues la mujer propia no es otra cosa, es un asociado que nos cautiva y que puede hacer un uso indigno de la firma social, con lo que ella nada más será merecedora del castigo. Mi honor ha quedado íntegro porque es mío exclusivamente, sólo yo puedo desbaratarle; y así como los hijos no son responsables de los delitos de los padres ni los padres de los de los hijos, tampoco un esposo debe serlo de los deslices de una mujer que se le convierte en mujerzuela....

El amor, la amistad, el deber, todos los grandes sentimientos, ¿no existirán en realidad? ¿Será todo apariencia?....

Y en medio de su delirio, en medio del estado caótico de sus pensamientos, había uno de ellos que le acosaba lógico y frío. Don Luis le rechazaba, quería ahogarle con los demás que le saltaban aglomerados dentro del cerebro, golpeándole las sienes como público de teatro de arrabal. Comenzó por aconsejarle calma y siguió de defensor de los pecadores.

—Vamos á ver—creyó oír don Luis—¿puedes asegurar que en igualdad de circunstancias hubieras resistido?

Don Luis se cogió la cabeza sin atinar con la respuesta, sin saber realmente lo que él habría hecho. Entonces el pensamiento crecióse ante su triunfo y continuó:

—Suponte joven y que en tu camino encuentras una mujer linda, inexperta y que te adora ¿qué harías? Resistir á la tentación, tratar de huír, pasar sufrimientos espantosos por lo ignorados y anormales, pero á la larga, sucumbirías y sucumbirías por una cosa que no recuerdas: la flaqueza humana, que á tí, á tí te hizo sucumbir también. Y si no ¿por qué te casaste? ¿no te parecía descabellado tu matrimonio? ¿no mucho vacilaste antes de decidirle? Además ¿quién te asegura que Pedro no ha luchado, que Pedro no ha sufrido?

Y don Luis se levantó, púsose á dar paseos en la habitación seguido del pensamiento orador que persistía en sus discursos, hasta que quedaron triunfantes los otros, los malos, los que le bullían instigándole á la destrucción y al asesinato. Dolíale mucho la herida para hacer caso de ideas nobles, y, la práctica social establecida de que todo marido engañado debe matar para que le respeten, acabó de vencer al buen impulso. Cual un autómata, se acercó al escudo colgado de armas que descansaba sobre el sofá, y escogió un puñal japonés, bastante grande, que colocó en la mesa escritorio; ¡triste casualidad! resultó ser el que Elena miró siempre con malos ojos, á consecuencia de la herida que con él se infirió un sirviente, en cierta ocasión que limpiaba el escudo. En seguida, sacó de un armario su revólver, un revólver de caballero, pequeño, nikelado y con la cacha de nácar.

La tarde declinaba y la luz huía de la biblioteca, como contra su gusto; retardando el andar, decía "hasta mañana" á los muebles, los cuadros y los bronces, y del propio modo daba su beso de diaria despedida á las vidrieras de los estantes y á los lomos de los libros, que permanecían serios, impasibles,

luciendo sus nombres en los dorados caracteres del tafilete.

Don Luis se asomó al balcon, por nada, porque no sabía lo que se hacía, y miró con vaguedad la calle silenciosa, el cielo diáfano y el crepúsculo que ardía allá lejos, tras de las montañas que limitaban el horizonte.

Entró de nuevo, y aunque convencido de que para llevar á cabo su intento, bastábale con un arma sola, tomó las dos y hecho un sonámbulo se encaminó á las habitaciones de su esposa. Puede decirse que durante el cortísimo trayecto, su cerebro no pensaba; de cuando en cuando, oprimía el puñal y el revólver, medio escondidos dentro del saco, y se sorprendió de hallarse tan pronto en la puerta del *boudoir*.

Ya no había luz; apenas si quedaba una claridad, que á su antojo disfrazaba los más inocentes objetos. Al detenerse en el umbral, una ola de ira acabó de cegar á don Luis; la escena de la tarde, reconstruíase de por sí con detalles y todo. Prefirió el puñal, dejó que el revólver resbalara hasta uno de los bolsillos y penetró en la estancia. Tuvo la visión precisa de lo que debía haber sucedido dentro del cuarto; caricias refinadas y deliciosas por lo prohibidas, besos volup-

tuosos y rápidos; diálogos breves y mudos, con los labios unidos y los alientos mezclados; un abandono pasivo y obediente de la parte de Elena, que á nada se opondría, y de la de Pedro, un furor insano por apurar en los cortos instantes del latrocinio, todas las carnalidades y lascivias que devoran á los solteros en las horas amargas del celibato. De suerte que, si por milagro hubiera conservado don Luis un secreto ánimo de perdón, el ambiente ese saturado de cariños ilícitos y de íntimos espasmos, se lo quitó de un golpe.

Continuaba Elena á los piés del sillón, sobre la alfombra, sin haber mudado de postura, y cual si la muerte, compadecida de ella, la hubiera visitado antes que el puñal de don Luis. No se movió con la entrada de éste, parecía que sólo su cuerpo quedaba allí para que en él se saciara la marital venganza. Don Luis, oculta el arma, se inclinó para saber si Elena vivía y también por efecto de la prolongada y gratísima costumbre de levantarla y asistirla en sus crisis de mujer nerviosa. La respiración existía, débil, apenas perceptible, pero existía; encendió él un fósforo, sin que nunca supiera para qué supuesto que con sólo dejar caer la mano la

habría muerto, y al mirar desencajado ese rostro que había sido su idolatría, con unas ojeras negras, pálido hasta lo inverosímil, cual si de veras no alentara, con ese tinte peculiar que hace parecer de cera los rostros de las personas muertas; al mirar contraída la boca que le prodigaba unas sonrisas que le hacían el efecto de rayos de sol en el invierno de su existencia, entonces, arrojó lejos el fósforo, espantóse del espectáculo y experimentó una general conmoción. El poema de sus desgraciados amores personificado en aquella criatura, alzábase de improviso y, con la duración de un relámpago, vió el pasado con todos sus encantos; Elena, niña y virginal, el templo y la boda, su hogar y su dicha; también sintió las caricias de que había sido objeto, las dulces horas deslizadas en la sacrosanta comunión del tálamo y, por último, sintió una cosa que le hizo temblar: su corazón traicionado y no comprendido, amaba aún, y para colmo de sarcasmos, amaba á quien le pisoteaba!

Enderezóse frenético, atravesó los pasillos y corredores, negros, porque los criados no habían osado iluminarlos adivinando una catástrofe en los amos, y desesperado, gimió don Luis:

— Dios mío, Dios mío, la adoro todavía!

Hallóse otra vez en su biblioteca, ya enteramente á obscuras, y arrojó el puñal contra el piso de madera, donde se clavó y donde permaneció oscilando un segundo como si dijera: "Nó, nó; yo no sirvo para esto, yo no asesino."

—¿De modo que no puedo matarla, que la quiero tanto que ya junto á ella depongo mi encono? Pues lo que es ella sí que me ha muerto y de proditoria manera, hoy una herida, otra mañana y siempre igual! Nó, si no es que la quiera; ni puedo ni debo quererla; lo que pasa es que me repugna matarla en el estado en que se encuentra. Después, cuando me vea y me oiga, cuando sepa por qué muere, será otra cosa.... ¿Y si también vacilo? ¿Si vuelvo á temblar y nada le hago?.... ¿No sería mejor ahora, dejarla ahí sola con el síncope que tiene?.... Dicen que cuando un síncope no se atiende puede matar.... pues que la mate éste! Nadie sin mi permiso entrará á asistirla, cada minuto de menos es un peligro de más; dentro de poco, ahora mismo, quizá Elena agoniza, y mañana ó esta noche, el médico certificará un fallecimiento normal.... Nadie sospechará nada, yo quedaré ileso, hasta considerado por mi intem-

pestiva viudez, y ella, la pecadora, bajará á la tumba entre lágrimas y entre flores....

En las afueras, la noche estaba tibia, melancólica la luna.

—¡Qué linda noche!—pensó don Luis, y al volver á sumirse en sus cavilaciones, un remordimiento le marcó el alto. El "ahora mismo quizá Elena agoniza" no se le quitaba de delante. Figurósela sola, allá en las tinieblas del *boudoir*, agonizando arrepentida sin ningún auxilio humano, sin apelar á ellos por pudor, dejándose morir en medio de llanto y de congojas. Indudablemente pensaría en su madre, en él, don Luis, y.... en Pedro. Y al llegar aquí, interrumpíasele su lástima por ella, sus conatos de perdón, conatos que bien podrían convertirse en huracán de nobleza y de olvido.

Á poco, reaparecía el remordimiento que le inducía á la clemencia. La crueldad que para con Elena desplegaba no tenía nombre; era preferible que la matara francamente y no con esa maldad inquisitorial y refinada.

Él contestaba alto, alucinado. Merecía el morir así, no le había tenido lástima á él y el dolor le asesinaba. ¿No se figuró nunca lo que él había de sufrir al descubrirlo? Dió algunos pasos, y sus ojos tropezaron ante el

botón de la campanilla eléctrica, colocado encima del sitial en que escribía; no podía apartarle la vista, ¿qué? ¿por ventura le hablaba?

—Me estoy volviendo loco, murmuró, y llegó hasta el botón para ahuyentar la fantasía, decidido á arrancarle, á arrancar los alambres aún cuando se despedazara las manos. Y cerca ya, la alucinación aumentó, el botón hablaba.

—"Vamos, oprímeme para llamarte á los criados. Si yo pudiera hacerlo sin tu ayuda, me echaría á repicar y me oirían los sordos, pero no puedo, me es indispensable tu contacto. Yo no te digo que quieras á Elena, mas ¿niégame que la has querido muchísimo? Pues hazlo por eso, por el recuerdo, y oprímeme; manda buscar á un médico y mátala luego, pero primero atiéndela. Anda, nada temas; si nadie sabe lo ocurrido, si tu buen nombre goza en el público de su honorable integridad, si no ha habido escándalo ¿qué te detiene? ¿La maldad humana? Entonces ¿de qué te ha servido leer tanto? Mira, no vuelvas la cara á los estantes, porque tus libros preferidos, los de los pensadores y filósofos que creyeron haberte hecho hombre superior, se están riendo de tí á carca-

jadas! Si la hubieras muerto en el primer momento, cuando los sorprendiste, y le hubieras muerto á él también, habría estado menos mal. Pero que te ensañes ahora, después de varias horas de reflexión, es cobarde y es salvaje. Oprímeme ¿qué te cuesta? Extender el brazo y nada más."

—Nó, nó y nó; que muera así, y en cuanto á su seductor ¡oh! lo que es él, morirá igualmente de alguna muerte parecida. Lo que hago no es una venganza, es una obra justiciera y necesaria.

De súbito, varió de rumbos y oprimió nerviosamente el diminuto botón de marfil.

—¿Señor?.... preguntó un criado entreabriendo la puerta.

—Á Irene que atienda á la señora. Ignacio que ponga el coche, que corra á buscar al médico y que no se vuelva sin él.

Y la casa, que había estado en un silencio de tumba, despertó. Oíanse carreras, voces sofocadas, puertas que se cerraban y, en el piso bajo, al cochero que alistaba el carruaje.

—De prisa Ignacio, de prisa—gritó don Luis desde el balcón y, á poco, rechinó la verja para dar salida al vehículo.

—¿Cómo no me había ocurrido ésto, si es mil veces peor que la muerte? Que vivan;

tal vez para otros el castigo provocaría á risa, para Elena y para Pedro nó, si es cierto que delinquieron por pasión. Que sufran, que agonicen como he agonizado yo, como agonizaré siempre. No me lo agradecerán, estoy seguro. Sin mirarse, ni hablarse, en en lugar de amor tendrán remordimientos.

—Caiga, pues, sobre ellos el castigo de los castigos, purguen su crimen.

Y amenazador, erguido, terrible, levantó las manos extendiéndolas en la sombra, cual si echara sobre las cabezas de entrambos, su primera y única maldición.

Se apoyó después en el canapé, extenuado por tantas y tan encontradas emociones, decrépito en una noche de dolor, y, al considerar su hallazgo, casi se arrepintió de habérselos destinado. Superaba con mucho á la falta; había exceso de crueldad.

—Les dejaba la vida como castigo!

FIN



